

**F. SCOTT
FITZGERALD**

**E L A R T E
D E P E R D E R**

UNA VIDA EN CARTAS



EL ARTE DE PERDER

UNA VIDA EN CARTAS

F. SCOTT FITZGERALD

**F. SCOTT
FITZGERALD**

EL* ART *E
DE* PERDER *E
UNA VIDA EN CARTAS

Traducción e introducción de Martín Schifino

Epílogo de Alejandro Gándara



F. Scott Fitzgerald
El arte de perder. Una vida en cartas

De esta edición:

© Círculo de Tiza (Derecho y Revés, S. L.), 2016, Madrid
www.circulodetiza.es

Coordinación y cuidado de la edición de las cartas:
Giselle Etcheverry Walker

© de la selección: Yolanda Delgado, 2015

© de la traducción, introducción y notas: Martín Schifino, 2015

© del epílogo: Alejandro Gándara, 2015

© de las fotografías: Getty Images y Biblioteca de la Universidad de Princeton

Primera edición: febrero de 2016

Diseño gráfico: Miguel Sánchez Lindo

Corrección: Alfredo Blanco

ISBN: 978-84-945719-6-1

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su almacenamiento, tratamiento o transmisión de ninguna manera y por ningún medio, ya sea electrónico, físico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa por escrito de la editorial

INTRODUCCIÓN

Desde sus comienzos, F. Scott Fitzgerald fue un escritor reñido con su oficio. «La historia de mi vida —afirmó en un ensayo de 1920— es la de la lucha entre una imperiosa necesidad de escribir y una combinación de circunstancias que se aliaban para impedírmelo». Con veinticuatro años, se refería a dificultades de su etapa de formación, pero el aserto suena profético. El círculo vicioso comienza con el éxito, cuando Fitzgerald, a poco de publicar su primera novela, *A este lado del paraíso*, se descubre rico y famoso de la noche a la mañana; más o menos por entonces, encuentra una fuente de ingresos aún mayor en las publicaciones periódicas, que le ofrecen grandes sumas por cuentos populares. Adepto al despilfarro, opta por escribir novelas en los ratos que le dejan los cuentos, a pesar de considerarlas lo único importante. Sin ser traumática, la historia empieza por un desdoblamiento: el cuentista mantiene al novelista, el novelista desprecia al cuentista y ambos conviven a disgusto. Que el asunto parezca una fábula de Henry James no lo hace menos incómodo.

Narrador autobiográfico por naturaleza, Fitzgerald habló continuamente de sí mismo en su obra, y no solo a través de personajes como Amory Blaine, el protagonista de *Paraíso*. Durante toda su carrera escribió ensayos personales que exponían sus dilemas de manera más o menos directa, sin otro disfraz que la retórica. De variado tenor, esos textos abarcan un espectro que va de la ironía a la amargura, pasando por una especie de aceptación aguerrida, como en los ensayos que reuniría más tarde Edmund Wilson en *El crack-up*. El famoso «La fisura» y sus dos continuaciones son de lectura obligatoria para todo interesado en la ética de la derrota, pero no menos reveladores son los de la primera etapa, cuando Fitzgerald presenta su vida bajo la lente de la comedia. «Cómo vivir con 36.000 dólares al año» y «Cómo vivir con casi

nada al año» son dos piezas muy entretenidas sobre lo difícil que puede ser mantenerse a la altura de aspiraciones desmesuradas. En ambas, la literatura sale triunfante, por más que el literato y su familia gasten la pequeña fortuna del título y acumulen deudas de hasta 5.000 dólares (en dinero de hoy, multiplíquese por doce o trece). Y la solución la proporciona la pluma, cuando el escritor profesional compone unos cuantos cuentos para vendérselos a revistas por 2.000 o 3.000 dólares cada uno. «Fueron necesarias doce horas al día durante cinco semanas para salir de la abyecta pobreza y volver a la clase media», escribe Fitzgerald. La nota de autosatisfacción es inconfundible, sin que sea difícil detectar un armónico de arribismo. Pero poco después aparece, también, una frase como la siguiente: «No estaba ni remotamente satisfecho con aquel asunto. Un joven puede trabajar a velocidad excesiva sin efectos perjudiciales, pero por desgracia la juventud no es una condición permanente de la vida».

Es un perfecto remate aforístico, muy propio del autor, con una igualmente perfecta combinación de ligereza y ansiedad; aun así, lo más llamativo es la conciencia tácita de que la bonanza no puede durar. Muchos de los cuentos que Fitzgerald escribió en esa década —«El diamante tan grande como el Ritz» o «El curioso caso de Benjamin Button» vienen en mente— corroboran esa impresión. Y el propio autor, al volver la vista sobre la llamada «era del jazz», señalará más tarde: «Las historias que se me ocurrían tenían algo de desastroso: las criaturas amables y jóvenes de mis novelas acababan en la ruina, las montañas de diamantes de mis cuentos saltaban por los aires, mis millonarios eran hermosos y malditos [...]. En la vida estas cosas no habían ocurrido aún, pero yo estaba seguro de que vivir no era el quehacer descuidado e irreverente que se suponía». ¿Qué le pasaba a Fitzgerald? Las biografías aportan los lineamientos de la historia, a estas alturas legendaria, pero la leyenda deja fuera el punto de vista del primer interesado, las percepciones que registran el día a día de sus esfuerzos, las dificultades concretas de sus «circunstancias».

No hay mejor manera de alinearse con ese punto de vista que recurrir a las cartas. Y en el caso de Fitzgerald, que llevó durante años una vida itinerante en Europa y Estados Unidos, tenemos una enorme cantidad de cartas a las que recurrir. El presente volumen, una selección hecha a partir de un número al menos tres veces más amplio, abarca toda la etapa de madurez de Fitzgerald,

coincidiendo con sus dos décadas de actividad profesional, desde el momento en que vende su primera novela a la editorial Scribner's hasta sus últimos días como guionista en Hollywood, cuando era un novelista olvidado y tenía la salud hecha pedazos. Más aún, las cartas permiten escapar al orden cerrado de la leyenda: al sucederse de manera cronológica, sin el beneficio de la retrospectiva, restituyen el drama impredecible de la vida, mientras aportan un retrato de primera mano de los demás actores. Vemos a Fitzgerald hablando con su agente, Harold Ober; con su editor, Maxwell Perkins; con su esposa, Zelda Sayre; con amigos escritores como Ernest Hemingway y Thomas Wolfe; y con varios familiares y personas relacionadas con su trabajo. En diversa medida, el énfasis y los temas cambian según el interlocutor, y no es de sorprender, dado el interés puntual de muchos de ellos, que a menudo las cartas del autor se hayan publicado en forma de diálogos (hay volúmenes de su correspondencia con Ober, con Perkins, con Zelda, incluso con su hija); pero nada sustituye a la visión de conjunto, que muestra no solo sus distintas facetas, sino sus obsesiones. Cuando un tema se repite en cartas dirigidas a interlocutores muy distintos, no cabe duda de que el escritor pensaba en ello de manera constante.

Algo esquemáticamente, las correspondencias de escritores podrían dividirse en las que hablan de literatura y las que hablan de la vida literaria. Flaubert, dándole lecciones de prosodia a Louise Colet o a Maupassant, aporta un claro ejemplo de las primeras; Fitzgerald pertenece más bien al segundo grupo. Sin que se echen en falta recomendaciones de libros (en sus cartas a Perkins), análisis de obras concretas (en las que intercambia con Hemingway) o consejos prácticos sobre la escritura en general (al hablarle a su hija Scottie), el grueso de estos papeles privados atañe a cuestiones prácticas de la profesión: Fitzgerald negocia contratos, pide adelantos, promete entregas, se disculpa por saltarse plazos, planea a qué revista enviar determinado cuento, se queja de las condiciones que ofrece tal o cual editor y así sucesivamente. Nadie que haya pasado una velada con escritores se sorprenderá de que aquí se hable mucho de dinero, pero incluso quien no haya tenido el gusto (o disgusto) encontrará una contracara realista de la impostura de tranquilidad que asomaba en «Cómo vivir con 36.000 dólares al año», donde la literatura parecía una eflorescencia indolora. En las cartas, queda bien claro que Fitzgerald tiene que ganarse cada dólar a pulso. Y también que

el pulso tiembla. A Zelda le confiesa que se ha «arrancado *El gran Gatsby* de la boca del estómago en un momento de pena»; y a Scottie, que sus «escasos logros han sido fruto del trabajo más intenso y laborioso».

Por lo demás, el dinero nunca alcanzaba. Hoy en día, cuando se han revisado hasta las declaraciones de renta de Fitzgerald, se sabe que en los años veinte ganó en promedio 24.000 dólares anuales y, a fines de los treinta, llegó a cobrar 1.250 dólares por semana en Hollywood. Una pregunta algo ingenua, pero inevitable, es adónde iban a parar semejantes cantidades; las cartas la responden indirectamente en pasajes como el siguiente, de junio de 1925: «No sé cuándo regresaremos a Estados Unidos; puede que nunca. Nos quedaremos aquí [París] hasta enero, salvo por un mes en Antibes, y luego iremos a Niza en primavera, con un viaje a Oxford planeado el verano próximo»; o el siguiente, de junio de 1940: «Vivo en el apartamento más pequeño que puedo sin parecer pobre, un lujo que no me puedo permitir en Hollywood». Si la pobreza era un lujo, la simple frugalidad era una opción que Fitzgerald parece haber sido incapaz de contemplar. De ahí, en parte, que estuviera constantemente buscando fuentes adicionales de ingresos con cuentos, guiones cinematográficos, ensayos periodísticos, adaptaciones teatrales y hasta una pieza original, que pasó sin pena ni gloria. La gran ironía de su carrera es que el género en el que haría su contribución más perdurable, la novela, fue el que menos dinero le reportó, a excepción de *Paraíso*, un libro mediocre aupado por la moda. Y la ironía es aún mayor en un sentido histórico: en lo que al público se refiere, la decadencia del Fitzgerald novelista comenzó, no en sus últimos dos o tres años, cuando Hollywood le impidió terminar *El último magnate* (publicada póstumamente en 1941), sino con la publicación *El gran Gatsby* (1925), la misma novela que, desde su muerte, ha vendido millones de ejemplares y lo ha situado en el panteón de «grandes novelistas americanos». Es para llorar.

Fitzgerald optó por una opción equivalente: beber. O, mejor dicho, seguir bebiendo. Desde sus días de alumno en Princeton, según diversos testimonios, había sido un alcohólico más o menos funcional, pero a la larga debió aceptar que aquel funcionamiento era análogo al de una bomba de relojería («la juventud no es una condición permanente de la vida»). Las cartas hablan de dolencias pulmonares y cardíacas, y el agotamiento mental que sufrió después de *Gatsby* explica en parte por qué hay una brecha de nueve años entre esa

novela y la no menos lograda que le sigue, *Suave es la noche*. Pero la explicación no termina ahí. Las famosas «circunstancias», que en gran medida Fitzgerald se ocupó de generar él mismo, le pasaron factura en la segunda mitad de los años veinte. Al alcoholismo y el estilo de vida insostenible se sumaron las trifulcas, las aventuras extramaritales, las legítimas ansiedades de Zelda y una monstruosa crisis de pareja. «Recuerdo preguntarme por qué trabajaba para pagar las cuentas de aquel desolado *ménage*», escribe Fitzgerald. Y el contexto fue a peor: cuando cayó la nueva década, Zelda sufrió un colapso nervioso y tuvo que ser internada en una clínica de las afueras de París, luego en una de Suiza y finalmente en Baltimore. El diagnóstico inicial fue esquizofrenia, aunque hoy se cree que sufría de un trastorno bipolar; en cualquier caso, pasó el resto de su vida en instituciones psiquiátricas.

Lo que nos lleva, sin eludir el drama humano, la infelicidad de fondo, las acusaciones y los mea culpas, de vuelta al dinero. En una carta de 1930, dirigida a la psiquiatra personal de Zelda, Fitzgerald se lamenta por tener que costear «lujos como la locura». Y aunque la palabra «lujos» es una inconfundible muestra de rencor, la nota más patética viene a continuación: «Scottie y yo tenemos que vivir». Pase lo que pase, seguirá produciendo «las bagatelas convincentes y bien decoradas por las que el señor Lorimer me soborna con dinero». (Lorimer era el editor de *The Saturday Evening Post*, una de las revistas que mejor pagaban a Fitzgerald). A esas alturas, no tenía alternativa. Pero el escritor forzado a escribir bagatelas es una figura tan frustrada como el que nada puede escribir. Y si apostar por una novela era inviable, Fitzgerald no hacía sino pensar en la novela que por entonces tenía más o menos aparcada. En esas condiciones, que acabara *Suave es la noche* a principios de 1934 habla muy bien de su ambición, aunque su ambición no hable muy bien de su altruismo.

Por estos años, tiene lugar uno de los episodios más discutidos de la vida de los Fitzgerald. En 1932, mientras recibía tratamiento psiquiátrico en la clínica suiza, Zelda escribió en pocos meses una novela autobiográfica, *Resérvame el vals*, que compartía con el manuscrito de *Suave es la noche* bastante «material». Conviene entrecomillar la palabra no solo porque la usaba Fitzgerald, sino porque su existencia es bastante cuestionable. ¿Cuál es el material de un escritor? ¿Su vida? ¿Y cuando la vida es compartida?

Fitzgerald, en todo caso, protestó que había plagio e intercedió ante los médicos de su esposa para que esta hiciera algunos cambios («solo le he pedido que elimine dos episodios»). A regañadientes, como también se infiere en las cartas, Zelda se los concedió, y la novela vio la luz en la misma editorial que publicaba a su marido, Scribner's. Fitzgerald cuidó que la publicación llegara a buen puerto, como se ve en su correspondencia con Perkins, pero hasta hoy carga con la condena de censor. Lo indudable es que el orgullo profesional se mezclaba con el orgullo herido, y la idea de plagio se aliaba con la de traición: «Mis libros la convirtieron en leyenda y lo único que ella pretende con este retrato indisimulado es convertirme en una nulidad». Se trata de una de las frases más famosas de la correspondencia, y no sería un puro delirio revisionista leer en ella la voluntad masculina de definir los términos en los que ha de considerarse a la mujer (una «leyenda», no un agente libre). No obstante, queda resonando el final de la oración. ¿Es de sorprender que Fitzgerald, un escritor cada vez más apremiado por el fracaso, más consciente de la disminución, se resistiera a que su esposa confirmara la imagen que él temía dar?

La publicación de *Suave es la noche* no hizo gran cosa por disipar los temores. Al igual que *Gatsby*, la novela se topó con una acogida comercial tibia, y esta vez ni siquiera las críticas fueron entusiastas. Quedaba el negocio de los cuentos, pero incluso eso empezó a tambalearse, y ya nadie le pagaba los exorbitantes 3.500 dólares por texto que el *Post* le había ofrecido en 1930. Entretanto, las deudas se acumulaban, la salud iba de mal en peor. Hacia 1937, Fitzgerald razonó que la solución económica se encontraba en Hollywood, donde había pasado breves temporadas como guionista en 1927 y en 1932, y decidió probar suerte una vez más. «Me temo que deberé ir a trabajar a Hollywood», le escribe a Scottie en junio de 1937; y si eso suena como la frase de una persona resignada, lo es. No hay más que repasar lo que había escrito a Maxwell Perkins doce años antes: «Si puedo ganarme la vida [...] seguiré como novelista. Si no, voy a renunciar, volver a casa, marcharme a Hollywood y aprender el negocio del cine». Recordemos que sus dos intentos anteriores habían acabado mal. ¿Qué posibilidades tenía Fitzgerald de aprender el negocio del cine a los cuarenta y pico, cansado y lleno de manías? La respuesta llega tres años más tarde, en una carta a Perkins: «No me ha ido bien como escritor a sueldo». Pero el problema no era de Hollywood; en

muchos sentidos, aquella fue una época dorada para los escritores que buscaban trabajo bien pagado en los estudios, y hasta se dieron triangulaciones irrepetibles de talento como la de William Faulkner adaptando novelas de Hemingway y Raymond Chandler para que las dirigiera Howard Hawks. Fitzgerald colaboró brevemente en el guion de *Lo que el viento se llevó* y en otras producciones hoy olvidadas, pero su único crédito como guionista lo obtuvo por *Tres camaradas*, una película que le parecía fallida por culpa del coguionista. Quizá en ese juicio hay una clave. El medio colaborativo del cine, las correcciones y reescrituras constantes, la figura subordinada del guionista, no casaban con su idea de cómo debía ser un escritor.

Puede que Fitzgerald estuviera demasiado apegado a un ideal romántico, pero en ello reside también su integridad. Quería creer, y no se equivocaba, que un escritor solo debe rendir cuentas a su propia visión. «No soy un gran hombre —le escribió a Scottie hacia el final de su vida—, pero a veces creo que el aspecto impersonal y objetivo de mi talento, y los sacrificios que, aun en pedazos, hago por conservar su valor esencial tienen una especie de grandeza épica». Matthew Brucoli, el gran experto en el autor, usó estas últimas cinco palabras como subtítulo de su biografía. Es un lema bonito, pero conviene estar atento a dos detalles. Primero, el matiz: *una especie* de grandeza, con lo que Fitzgerald daba a entender que en su ambición había modestia; y luego el adjetivo: épica. «Muéstrame un héroe, y te escribiré una tragedia», había anotado Fitzgerald en uno de sus cuadernos. Cabría concluir que, si más tarde él mismo se guardó de apelar al heroísmo, lo justo sería no tachar su vida de trágica. Las cartas, por lo pronto, reflejan una epopeya privada: Fitzgerald da batalla hasta el final, animado por una imperiosa necesidad de escribir.

Martín Schifino

*Y si uno quiere expresar la grande e inevitable derrota que nos
espera a todos, tiene que hacerlo dentro de los límites estrictos de la
dignidad y de la belleza.*

Leonard Cohen.

Del discurso pronunciado al recibir
el Premio Príncipe de Asturias en 2011

NOTA A LA EDICIÓN

La correspondencia de F. Scott Fitzgerald está llena de símbolos, dibujos y líneas que ponen de manifiesto su sentido del humor e imaginario. Este volumen de cartas se apoya principalmente en la edición de Matthew J. Bruccoli (*A Life in Letters*. MacMillan, 1994), que es fiel a esos detalles con los que el autor «enriquecía» sus cartas. Aunque todo esto es importante para no perder de vista ni un ápice del espíritu del autor, en esta edición se ha optado por favorecer la lectura y se han sustituido algunos de esos símbolos, al tiempo que conservado algunos otros detalles, como, por ejemplo, la escritura de los telegramas sin signos de puntuación, la forma en que están escritas las firmas o la carencia de ellas. Del mismo modo, se han incluido cursivas donde Fitzgerald colocaba subrayados a modo de énfasis. Como si a un diálogo propio con el autor se atendiese, se ha hecho caso del mandato de nunca pasar por alto este detalle, tal como se puede leer en una carta recogida en este volumen a su editor, Maxwell Perkins. Por último, los encabezados de las cartas muestran la fecha a la derecha solo cuando esta es estimada, en los casos en los que por alguna razón el propio escritor no la hubiera indicado.

Como constatará el lector, las cartas son una notable fuente de referencias literarias y de nombres de artistas y escritores, como corresponde a la vida de un autor que viajó y se relacionó con un buen número de sus pares. Se han colocado notas allí donde parecía importante dar noticia, o aclaración, de sucesos, obras literarias o personas mencionadas para enriquecer la lectura, intentando, a su vez, no abrumar al lector.

CRONOLOGÍA ESENCIAL DE LA VIDA DE F. SCOTT FITZGERALD

24 de septiembre de 1896

Nace F. Scott Fitzgerald en el 481 de Laurel Avenue, St. Paul, Minnesota.

Septiembre de 1913

Ingresa en la Universidad de Princeton, donde conoce a Edmund Wilson, John Peale Bishop y John Biggs.

1917

Fitzgerald se une al ejército y es designado subteniente de Infantería.

Marzo de 1918

Termina el primer borrador de novela, *El egoísta romántico* (publicado posteriormente por la editorial Scribner's con el título de *A este lado del paraíso*).

Julio de 1918

Conoce a Zelda Sayre en el baile de un club de campo en Montgomery, Alabama.

Agosto de 1918

Scribner's le devuelve el manuscrito de *El egoísta romántico* para su revisión, aunque finalmente, en octubre de ese mismo año, la novela es

rechazada.



Pasaporte de F. Scott Fitzgerald.
© Biblioteca de la Universidad de Princeton.

Febrero de 1919

Encuentra trabajo en la agencia de publicidad Barron Collier. Vive en una habitación en Nueva York, en el 200 de Claremont Avenue.

Julio de 1919

El compromiso matrimonial entre Zelda Sayre y Fitzgerald se rompe debido a la inestabilidad económica de este último, por lo que decide volver a Minnesota y terminar la novela en la que estaba trabajando.

16 de septiembre de 1919

El editor de Scribner's, Maxwell Perkins, acepta la novela *A este lado del paraíso*, reescritura de *El egoísta romántico*.

Otoño - invierno de 1919

Comienza su carrera como escritor de relatos en revistas, momento en el que inicia su relación con Harold Ober, su agente literario para publicaciones periódicas.

Noviembre de 1919

Se compromete nuevamente con Zelda Sayre.

26 de marzo de 1920

Se publica *A este lado del paraíso*. Con la aparición del libro, Fitzgerald se convierte a los 24 años, casi de la noche a la mañana, en un hombre famoso.

3 de abril de 1920

F. Scott Fitzgerald y Zelda Sayre se casan en la catedral de St. Patrick, en Nueva York. Se van de luna de miel a Baltimore y luego al hotel Commodore en St. Paul, Minnesota.

10 de septiembre de 1920

Se publica *Flappers y filósofos*, la primera recopilación de cuentos de Fitzgerald.

Mayo - julio de 1921

Estando Zelda embarazada viajan por primera vez a Europa. Visitan Inglaterra, Francia e Italia.

26 de octubre de 1921

Nace Frances Scott («Scottie») Fitzgerald en St. Paul, Minnesota.

4 de marzo de 1922

Se publica *Hermosos y malditos*, que es llevada al cine ese mismo año.

Otoño de 1922

Se mudan a Great Neck, Long Island. El consumo de alcohol de Fitzgerald aumenta, pese a lo cual, dice poder escribir solo estando sobrio.

22 de septiembre de 1922

Se publica la segunda recopilación de cuentos de Fitzgerald, *Cuentos de la era del jazz*.

Primavera de 1924

Para alejarse de las distracciones se traslada a Francia. En la localidad de Valescure, St. Raphael, Riviera francesa, Fitzgerald escribe *El gran Gatsby*. La relación con Zelda se ve afectada por una aventura que esta tiene con un aviador. Allí conocen y establecen una estrecha relación con Gerald y Sara Murphy, una pareja de expatriados estadounidenses.

Invierno de 1924

Se traslada al Hotel des Princes, en Roma, donde realiza la revisión de *El gran Gatsby*.

10 de abril de 1925

Se publica *El gran Gatsby*. Este libro supone un importante progreso en el estilo de Fitzgerald. A pesar de recibir elogiosas críticas, las ventas son decepcionantes.

Mayo de 1925

Fitzgerald conoce a Ernest Hemingway en el Dingo Bar, en París.

1926

Se produce la primera versión de la película *El gran Gatsby*.

Enero de 1926

Zelda Fitzgerald recibe un tratamiento de aguas termales en Salies-de-

Béarn, Francia.

Febrero de 1926

Se estrena en Broadway la obra de teatro basada en *El gran Gatsby*, dirigida por Owen Davis.

Diciembre de 1926

Los Fitzgerald regresan a Estados Unidos.

Enero de 1927

Viaja por primera vez a Hollywood para trabajar como guionista.

Abril de 1928

Viaja a París.

Septiembre de 1928

Regresa a Estados Unidos.

Marzo de 1929

Viaja a Francia, desde Génova, pasando por la Riviera, hasta París.

Febrero de 1930

Zelda y Scott viajan al norte de África.

Abril de 1930

Zelda es internada en la clínica Malmaison, a las afueras de París, tras su primera crisis nerviosa. Luego es trasladada a la clínica Valmont, en Suiza.

5 de junio de 1930

Zelda ingresa en la clínica Prangins, en Nyon, Suiza.

Enero de 1931

Muere el padre de Fitzgerald.

15 de septiembre de 1931

Zelda es dada de alta y la familia Fitzgerald se instala definitivamente en Estados Unidos.

Febrero de 1932

Zelda sufre su segundo colapso nervioso y es internada en la clínica psiquiátrica Henry Phipps del hospital Johns Hopkins, en Baltimore.

7 de octubre de 1932

Se publica *Resérvame el vals*, novela que Zelda Sayre escribe estando en el psiquiátrico y que es fuente de grandes disgustos para Fitzgerald.

Diciembre de 1933

Fitzgerald se muda a Baltimore.

Enero de 1934

Zelda tiene su tercera recaída y es ingresada en el hospital Sheppard Pratt, a las afueras de Baltimore.

Marzo de 1934

Zelda es trasladada a la clínica Craig House en Bacon, Nueva York.

12 de abril de 1934

Se publica *Suave es la noche*.

19 de mayo de 1934

Zelda es trasladada al hospital Sheppard Pratt, a las afueras de Baltimore.

Noviembre de 1935

Fitzgerald comienza a escribir los ensayos recopilados en *El crack-up*.

8 de abril de 1936

Zelda es ingresada en el hospital Highland, en Asheville, Carolina del Norte.

Julio de 1937

Fitzgerald firma un contrato de seis meses para trabajar como guionista con un salario de 1.000 dólares a la semana y se traslada a Hollywood, donde conoce a Sheilah Graham.

Diciembre de 1937

Prolonga su contrato un año más con unos honorarios de 1.250 dólares a la semana.

Septiembre de 1938

Scottie comienza sus estudios en Vassar College, una universidad privada situada en el pueblo neoyorquino de Poughkeepsie.

Diciembre de 1938

La productora que emplea a Fitzgerald decide no renovar una vez más su contrato, quedándose él en una situación económica muy precaria.

Marzo de 1939 - octubre de 1940

Trabaja por encargo para las productoras Paramount, Universal, Fox, Goldwyn y Columbia.

21 de diciembre de 1940

Fitzgerald muere de un ataque al corazón en el apartamento de Sheilah Graham, en Hollywood.

27 de diciembre de 1940

Es enterrado en el cementerio de Rockville Union, Rockville, Maryland.

10 de marzo de 1948

Zelda Fitzgerald fallece trágicamente al incendiarse el hospital Highland, Asheville, Carolina del Norte. Sus restos yacen junto a los de F. Scott

Fitzgerald.

1919

23 años

Estoy en una etapa en la que cada mes tiene una importancia frenética y es como un porrazo en esta batalla contra reloj en pos de la felicidad.

(Carta a Maxwell Perkins,
18 de septiembre)

A Zelda Sayre

Nueva York
Después del 22 de febrero de 1919

srta zelda sayre

cariño tengo ambición entusiasmo y confianza declaro todo glorioso el mundo es un juego estoy seguro de tu amor todo es posible soy la tierra de ambición y éxito y solo espero y confío que mi alma esté conmigo pronto.

* • *

A Zelda Sayre

Nueva York
22 de marzo de 1919

srta zelda sayre

cariño el viernes te envié un regalito recibí el anillo hoy y te lo enviaré el lunes y hoy sábado por la noche pensé en decirte lo mucho que te amo deberíamos estar juntos no dejes que tu familia se escandalice por mi regalo.

scott

* • *

A Maxwell Perkins¹

599 Summit Avenue

St. Paul, Minnesota
26 de julio de 1919

Estimado Sr. Perkins:

Tras cuatro meses de intentar escribir textos publicitarios durante el día y penosas y poco entusiastas imitaciones de literatura popular por la noche he decidido hacer una cosa o la otra. Así que abandoné la idea de casarme y volví a casa.

Ayer terminé el primer borrador de una novela llamada *La educación de un personaje*.

En modo alguno es una revisión del malhadado *Egoísta romántico*, aunque contiene parte del material anterior, que ha sido mejorado y corregido, y además tiene con él un marcado aire de familia.

Pero si el otro libro era un popurrí tedioso e inconexo, este es un serio intento de escribir una novela y, realmente, creo haberlo logrado: en cuanto dejé de castigarla, la musa echó a trotar obedientemente de un lado a otro y se convirtió en una amante errática, si no en una esposa constante.

Ahora bien, quisiera preguntarle lo siguiente: si le envío el libro antes del 20 de agosto y usted decide arriesgarse a publicarlo (tengo la descarada certeza de que lo hará), ¿aparecería en, digamos, octubre?, ¿o cómo se decidiría la fecha de publicación?

Me doy cuenta de que es una pregunta extraña, pues usted aún no ha visto el libro, pero en el pasado ha sido tan amable con mis cosas que me arriesgo a importunar una vez más su paciencia.

Atentamente,
F. Scott Fitzgerald

* • *

A Maxwell Perkins

599 Summit Avenue
St. Paul, Minnesota

4 de septiembre de 1919

Estimado Sr. Perkins:

Hoy le envié el libro por separado. Quisiera comentarle algunas cosas sobre él.

Notará que hay en él mucho material de *El egoísta romántico*.

1. El capítulo II del volumen I del presente libro contiene material de «Torretas y gárgolas», «Ha-ha Hortense», «Bebés en el bosque» y «Crescendo», reescritos en tercera persona, abreviados y corregidos.

2. El capítulo III del volumen I contiene material del «Segundo descenso del Egoísta y el Diablo», reescrito, etc.

3. El capítulo IV del volumen I contiene material de «Los dos místicos», «Clara» y «El final de muchas cosas».

4. El capítulo III del volumen II consiste en una revisión de Eleonor en tercera persona, quitando el incidente de las pieles.

El capítulo I del volumen I y los capítulos I, II, IV y V del volumen II son totalmente nuevos.

Verá que se usa de manera muy nueva el material anterior, más allá de la revisión en tercera persona. Por ejemplo, los personajes de Princeton de *El egoísta romántico* Tom, Tump, Lorry, Lumpy, Fred, Dick, Jim, Burne, Judy, McIntyre y Jesse se han convertido en este libro en Fred, Dick, Alec, Tom, Kerry y Burne. Las Isabelle y Rosalind de *El egoísta romántico* se han fundido en Isabelle, mientras que la nueva Rosalind es una persona distinta.

Beatrice es un nuevo personaje; el doctor Dudley se convierte en monseñor Darcy, que está mucho mejor caracterizado. De hecho, hay más perspectiva en todos los personajes.

Dejo el prefacio a su criterio. Tal vez el tono se pase de listo; puede que usted se oponga a las personalidades literarias del capítulo II y el volumen II y a la extensión de la charla socialista del último capítulo. El libro comprende un poco más de 90.000 palabras. De verdad creo que el héroe consigue algo.

Espero ansioso su veredicto.

Atentamente,

F. Scott Fitzgerald

P. D.: Thorton Hancock es Henry Adams.² Por supuesto, no lo he retratado cabalmente, pero lo conocí de niño.

S. F.

* • *

A Maxwell Perkins

599 Summit Avenue
St. Paul, Minnesota
18 de septiembre de 1919

Estimado Sr. Perkins:

Desde luego, me encantó recibir su carta y me he pasado el día en una especie de trance; no es que dudara de que usted aceptaría el manuscrito, pero por fin tengo algo que mostrar a los demás. El libro ya tiene tanta publicidad en St. Paul como para vender mil ejemplares, y creo que también lo comprarán en Princeton (en ambos sitios he sido desde hace tiempo una gran esperanza periódica y local).

Los términos, etc., los dejo a su criterio, pero hay algo a lo que no puedo renunciar sin patlear un poco. ¿Sería completamente imposible publicar el libro en Navidades o, digamos, antes de febrero? Es que muchísimas cosas dependen de su éxito —incluyendo, por supuesto, una muchacha— y, aunque no espero ganar una fortuna, el libro tendrá en mí y en mi entorno un efecto psicológico, y además me dará acceso a nuevos campos. Estoy en una etapa en la que cada mes tiene una importancia frenética y es como un porrazo en esta batalla contra reloj en pos de la felicidad. ¿Podría informarme con más precisión de qué manera la fecha de publicación influirá en las ventas y qué quiere decir con «principios de la primavera»?

Disculpe mi espantosa caligrafía, pero hoy estoy un poco nervioso. Hace cosa de un mes comencé una novela muy ambiciosa llamada *El demonio*

amante, que probablemente me lleve un año, y también estoy escribiendo relatos. Estoy convencido de que aquello que disfruto escribiendo es lo que mejor me sale. Todo autor joven debería leer los cuadernos de Samuel Butler.³

Estoy escribiendo un magnífico relato sobre la posguerra. ¿Los considera anticuados el señor Bridges⁴ o cree usted que le interesaría echarle un vistazo?

Reuniré los datos de publicidad y me haré una foto la semana próxima con gigantesco placer (estoy probando a usar grandes palabras pantagruélicas, como hace H. G. Wells).

Bueno, gracias por un día muy feliz y muchos otros favores, y cuénteme si existe la posibilidad de publicar antes y dele las gracias de mi parte o lo que corresponda al señor Scribner o a cualquier otra persona que haya estado en el comité editorial.

Puede que esté en la costa este el mes próximo o en noviembre.

Atentamente,
F. Scott Fitzgerald

P. D.: ¿Quién elige la portada? Me gustaría algo combinado, con un aspecto alegre y notable, como un libro de Bernard Shaw. Me he dado cuenta de que Shaw, Galsworthy y Barrie hacen eso. Pero Wells no. ¿Por qué será? No hacen falta ilustraciones, ¿verdad? En la universidad conocí a un muchacho que habría sido maravilloso para ilustrar libros como los míos: una mezcla de Aubrey Beardsley, Hogarth y James Montgomery Flagg. Pero murió en la guerra.

Disculpe esta carta desmesuradamente larga y farragosa, pero creo que tendrá que concederme varios días para reponerme.

Suyo,
F. S. F.

1920

24 años

Mi visión de la vida, presidente Hibben, es la de gente como Theodore Dreiser y Joseph Conrad: la vida es demasiado dura e implacable para los hijos de los hombres.

(Carta a John Grier Hibben,
3 de junio)

THIS SIDE OF PARADISE

by
F. Scott Fitzgerald

... Well, this side of paradise
there's little comfort in the wine
Rupert Brooke

Experience is the name so many
people give to their mistakes
Oscar Wilde

Primera página del libro *A este lado del paraíso* manuscrita por F. Scott Fitzgerald.
© Biblioteca de la Universidad de Princeton.

A Harold Ober⁵
1920

599 Summit Avenue
St. Paul, Minnesota
8 de enero de 1919⁶

Estimado Sr. Ober:

No sabe qué sorpresa me llevé cuando me dijo que había vendido «Myra conoce a su familia». Nunca he estado tan harto de un cuento antes de terminarlo como de este.

Le adjunto una nueva versión de «Barbara», al que he titulado «Berenice se corta el pelo» para diferenciarlo de las historias de «Bab» que publica Mary Rinehart en el *Post*.⁷ Creo que le he dado un desenlace potente. Ahora bien, el verano pasado este relato llegó a manos de varias revistas: *Scribner's*,⁸ *Woman's Home Companion* y el *Post*, pero en una forma totalmente distinta y *por completo irreconocible, mecanografiado a simple espacio*, y nadie lo guardó más de tres días, excepto Scribner, que me escribió él mismo una carta sobre ello.

¿Se gana dinero con las colecciones de cuentos?

El dinero del *Post* me viene muy bien. Planeo viajar al sur, probablemente a Nueva Orleans, y escribir una segunda novela. Mis novelas, al menos la primera, en nada se parecen a mis cuentos, son más cínicas y pesimistas; y por eso mismo no creo que, en su conjunto, tengan muchas posibilidades de publicarse por entregas en alguna de las revistas ejemplares, al menos hasta que se publique la primera de ellas y aparezcan estos cuentos en el *Post* y yo me dé a conocer.

Ahora bien, el verano pasado publiqué tres escenas de mi primera novela en *Smart Set*, y se me ocurre que, conforme las escriba, podrían venderse a

diferentes revistas las partes de la nueva que funcionen como unidades independientes, porque la escritura me llevará diez semanas y no quiero quedarme sin dinero. Habrá un fragmento largo titulado «El diario de una chica conocida» que podría venderse al *Post* como novelita breve, media docena de escenas cónicas que quizá sirvan para *Smart Set* y, a lo mejor, un relato o dos para *Scribner's* o *Harper's*. ¿Qué opina? ¿Le parece un buen plan? ¿O cree que una historia en la línea de *Salt*, de C. G. Norris, o de *Jurgen*, de Cabell, o de *Jennie Gerhardt*, de Dreiser,⁹ tendría la más remota posibilidad de publicarse por entregas? Se lo pregunto de antemano porque su opinión influirá en mis planes.

Espero tener noticias tuyas pronto.

Sinceramente,
F. Scott Fitzgerald

P. D.: No podré mandarle el excelente relato del que le hablé hasta dentro de dos o tres semanas. Estoy trabado a medio camino.

F. S. F.

* • *

A Zelda Sayre

Nueva York
24 de febrero de 1920

srta sayre

vendí derechos cinematográficos de cuento cabeza y hombros¹⁰ a la metro por dos mil quinientos dólares te amo cariño mío

scott

* • *

A John Grier Hibben¹¹

Wakeman's, Westport, Connecticut
3 de junio de 1920

Estimado presidente Hibben:

Le agradezco efusivamente su carta y le confieso que el honor de recibirla ha pesado más que la genuina pena de que mi libro le haya parecido motivo de preocupación. Fue un libro escrito con la amargura de descubrir que había pasado varios años intentando adaptarme a un programa de estudios que, a fin de cuentas, ha sido concebido para el alumno medio. Después de que el programa me atara, me quitara los honores que deseaba, me refregara en las narices un libro de química y me dijera: «Nada de diversión, de actividades, de cargos, de viajes; no, ni tan siquiera un diploma si no puedes aprender química»... después de eso me marché. Es fácil para quien tiene éxito en la universidad, quien ha conseguido lo que quería, decir: «Está bien. Te educa. Me educó a mí, ¿lo ves?». Pero se me antoja como cuando un capitán de brigada pasa revista a sus hombres. Solo ve el abrigo bien abotonado y las caras rasuradas. No sabe que en la última fila tal vez haya un soldado medio enloquecido porque tiene un alfiler clavado en la espalda y no puede moverse, o que otro soldado no deja de pensar en que su mujer se está muriendo y él no puede ir a verla porque resulta que se echa en falta a demasiados hombres.

No he querido decir que Princeton no fuese la etapa más feliz de la vida de casi todos los muchachos. Claro que sí... Solo digo que no fue la etapa más feliz de la mía. Adoro el lugar más que ningún otro en la faz de la tierra. Los muchachos, los alumnos de Yale y Princeton, son más pulcros, saludables, apuestos, ricos, atractivos y elegantes que cualquier cuerpo estudiantil de todo el país. Nada tengo que criticar a Princeton que no criticara a Oxford o Cambridge. Simplemente escribí a partir de mis impresiones, pinté con toda la honestidad de la que soy capaz un cuadro de su belleza. Que ese cuadro sea cínico es culpa de mi carácter.

Mi visión de la vida, presidente Hibben, es la de gente como Theodore Dreiser y Joseph Conrad: la vida es demasiado dura e implacable para los hijos de los hombres. Mi idealismo se extinguió con el movimiento anticlub de Henry Strater¹² en Princeton. «Los cuatro puños», el más reciente de mis

cuentos en ser publicado, fue el primero que escribí. Lo completé una noche en plena desesperación, porque había recibido una pila enorme de notas de rechazo y, por razones económicas, tenía que dar a las revistas lo que querían. El reconocimiento que ha cosechado me asombra.

Debo admitir, sin embargo, que *A este lado del paraíso* hace demasiado hincapié en la alegría y la atmósfera de club campestre de Princeton. Pensando en que interesaría a los lectores, lo recalqué en exceso, y por supuesto el héroe, al no ser un hombre medio, reacciona de manera bastante poco saludable, supongo, a muchos fenómenos que son de lo más normales. En ese sentido, el libro es inexacto. Es el Princeton de un sábado por la noche en el mes de mayo. Demasiados compañeros inteligentes han expresado su desacuerdo como para que yo siga considerando el libro realmente fotográfico, como desde luego hice al escribirlo.

La próxima vez que me encuentre en Princeton me tomaré la libertad de ir a verle.

Con todo mi respeto,
F. Scott Fitzgerald

* • *

A Charles Scribner II¹³

Westport, Connecticut
12 de agosto de 1920

Estimado Sr. Scribner:

Una vez más le estoy inmensamente agradecido. Por cierto, me haría sentir mucho más formal y menos derrochador si le indicara a su contable que, cuando saque sus cálculos el otoño próximo, me cobre el interés correspondiente a los adelantos que usted me ha dado.

Mi nueva novela, llamada *El vuelo del cohete*,¹⁴ trata de la vida de un personaje llamado Anthony Patch entre sus 25 y 33 años de edad (1913-1922). Es uno de los muchos hombres con gustos y debilidades artísticas pero ninguna

inspiración creativa real. La historia cuenta cómo él y su bella esposa joven encallan en los bajos del desenfreno. Suena sórdido, pero en realidad es un libro sensacionalista, y espero que no decepcione a los críticos a los que les gustó el primero. Calculo que lo recibirá el 1 de noviembre.

Atentamente,
F. Scott Fitzgerald

* • *

A Maxwell Perkins

38 West 59th St.
Nueva York
31 de diciembre de 1920

Estimado Sr. Perkins:

Esta tarde el banco se negó a otorgarme un préstamo con mis acciones como aval, y llevo una hora dando vueltas tratando de decidir qué hacer. Aquí me tiene, a dos semanas de terminar la novela, con 600 dólares de cuentas sin pagar y debiéndole a Reynolds 650 dólares por un relato que me siento totalmente incapaz de escribir. Entre ayer y hoy, lo he intentado media docena de veces y voy a enloquecer antes de crear otra debutante, que es lo que quieren.

Tras arreglar por fin las cuentas con Scribner, esperaba seguir así. Pero estoy desesperado. ¿Habría alguna manera de que usted me otorgase lo que voy a pedirle como un anticipo por la nueva novela y no por las ventas de Navidad, cuyas regalías no me llegarán hasta julio? ¿Y con el mismo interés que le cuesta a Scribner's pedir prestado? ¿O podría darme un préstamo por un mes de parte de Scribner's, con el aval de mis próximos diez libros? Necesito 1.600 dólares.

Ansiosamente,
F. Scott Fitzgerald

1921

25 años

Estoy seguro de que mi tercera novela, si alguna vez la escribo, será de una melancolía negra como la muerte. Me gustaría sentarme con media docena de compañeros y beber hasta morir, pero estoy harto por igual de la vida, el licor y la literatura.

(Carta a Maxwell Perkins,
25 de agosto)

A Edmund Wilson¹⁵

Londres
Julio de 1921

Querido Bunny:

Por supuesto, ¡estoy verde de envidia! Y te equivocas si crees que puedes hacer alarde de este obscuro triunfo¹⁶ con *ecuanimidad* ante mi celoso carácter.

Maldigo el continente europeo. Solo tiene interés anticuario. Roma está apenas unos pocos años detrás de Tirrenia y Babilonia. La veta negroide se extiende hacia el norte para corromper a la raza nórdica. Ya los italianos tienen alma de moros. Ojalá levantaran el listón de la inmigración y permitieran la entrada solo a los escandinavos, teutones y anglosajones y celtas. Francia me dio asco. Con esa pose tonta, como si el mundo tuviera que salvarla. Me parece una pena que Inglaterra y Estados Unidos no permitieran a Alemania conquistar Europa. Es lo único que habría salvado a esa recua de vacilantes ruinas humanas. Mis reacciones fueron todas filisteas, antisocialistas, provinciales y racialmente esnobs. Por fin creo en la carga del hombre blanco. Estamos tan por encima del francés moderno como él del negro. ¡Hasta en el arte! En Italia no lo hay. Cuando muera Anatole France la literatura francesa será una repetición boba y celosa de disputas técnicas. Están muertos y enterrados. Puede que hablaras en broma de Nueva York como la capital de la cultura, pero dentro de veinticinco años será lo que Londres es ahora. La cultura sigue al dinero y todos los refinamientos del esteticismo no pueden aplazar su cambio de sede (¡Dios! Qué metáfora). En la próxima generación seremos los romanos al igual que los ingleses lo son ahora.

Alec me mandó tu artículo. Lo he leído media docena de veces y me parece magnífico. No sabes cómo te odio. No odio a Don Stewart ni la mitad

que a ti (aunque descubro repentina y curiosamente que me irrita) porque realmente no le temo a él. ¡Sino a *ti*! Sal de mi vista. ¡No quiero ver más artículos tuyos!

Te adjunto dos francos para que, por favor, encuentres a un esclavo francés que me copie a máquina la carta que te envió Mencken¹⁷. Mándamela *aquí* de inmediato, si te apetece. La destruiré nada más leerla. ¡Por favor! Yo haría lo mismo por ti. No he conseguido localizar a ningún editor.

Aquí se ha publicado *Paraíso*. De veinte reseñas, más o menos la mitad son ligeramente favorables, un cuarto da a entender que he leído *Sinister Street*¹⁸ demasiado a menudo, y las otras cinco (incluida la del *Times*) condenan sumariamente el libro por artificial. Dudo que venda 1.500 ejemplares.

La primera serie de prejuicios de Mencken ha recibido amplia atención aquí. Magníficas reseñas en el *Times*.

Me alegra mucho la noticia sobre *The Undertaker*.¹⁹ Alec me escribió diciendo que John «va a ver a la señora Knopf y se frota apasionadamente contra ella con la esperanza de que lo publiquen a principios de otoño». Te habrá dicho Edna²⁰ que recorrimos París de arriba abajo buscándote. ¡Idiota! La oficina de correos de American Express tiene mi dirección. ¿Por qué no te inscribiste? Volvimos a París especialmente para verte. Ni que decir tiene que nuestra idea de pasar un año en Italia se hizo añicos y zarpamos hacia Estados Unidos el 9 y luego al «Sahara de Bozart» (Montgomery) de por vida.

Con envidiosas maldiciones
y esperanzas de respuesta inmediata,
F. Scott Fitzgerald (autor de *Flappers y filósofos* [juvenil])

* • *

A Maxwell Perkins

Dellwood, White Bear Lake, Minnesota
25 de agosto de 1921

Estimado Sr. Perkins:

Discúlpeme por escribir a lápiz, pero esta noche estoy bastante cansado y desilusionado con la vida y no tengo la energía necesaria para usar tinta: tinta, el destructor infame del pensamiento, que funde una emoción en algo sucio, un excremento mental anotado. ¡Cuántas bobadas con mala ortografía!

En cuanto a la novela —que, sumada a mis cartas, sin duda le causará tal aburrimiento que desearía que nunca hubiera existido—, me gustaría muchísimo que se publicara en Inglaterra al mismo tiempo que en Estados Unidos. Ustedes tienen los derechos, ¿no? Si no tienen intenciones de colocarla, ¿estarían dispuestos a devolvérmelos a mí por una base del 10 por ciento, como se hizo con *Paraíso*? ¿De manera que pudiera colocarla yo, bien con Collins,²¹ bien a través de Reynolds?

Espero que esté disfrutando de New Hampshire; seguro que sí. Yo lo estoy pasando fatal porque llevo cinco meses de holgazanería y quiero ponerme a trabajar. Holgazanear me produce una melancolía de lo más odiosa y abominable. Estoy seguro de que mi tercera novela, si alguna vez la escribo, será de una melancolía negra como la muerte. Me gustaría sentarme con media docena de compañeros y beber hasta morir, pero estoy harto por igual de la vida, el licor y la literatura. Si no fuese por Zelda creo que desaparecería durante tres años. Me haría marinero o algo así y me convertiría en un tipo duro; estoy harto de la flácida blandura semiintelectual en la que me revuelco en compañía de mi generación.

Scott Fitz.

* • *

A Edmund Wilson

Franqueada el 25 de noviembre de 1921

626 Goodrich Avenue,
St. Paul, Minnesota

Querido Bunny:

Gracias por la enhorabuena. Me alegro de que el maldito asunto acabara. Zelda salió ilesa y le he otorgado la *croix-de-guerre* con palma de honor. Hablando de Francia, el gran general de nombre sugerente se encuentra en la ciudad.

Coincido contigo en cuanto a Mencken: Weaver y Dell²² son un espanto. Me gustan algunas de las críticas de John, pero, ¡Dios mío!, es totalmente deshonesto. ¿Por qué nos cuenta lo inmundo que le parece *Moon-calf* y luego le hace una «reverencia educada» en su columna del periódico? Del mismo modo, me dijo en persona que mi «libro no era un gran libro por muy poco» y que yo era la gran esperanza, etc., etc., y luego me condenó con alabanzas vanas en dos periódicos distintos, seis meses antes de que me publicaran. Me sitúa con una reverencia condescendiente entre «los postes de Compton Mackenzie y Booth Tarkington». ¡Muchas gracias!

He reescrito el libro casi por completo. ¿Recuerdas que me dijiste que, en la escena de la conversación de medianoche, en cierto modo había montado el escenario para una pieza que no ocurría; en otras palabras, que, cuando empezaban a hablar, nadie tenía nada importante que decir? He intercalado algunas ideas recientes de mi cosecha y (quizá) de otros. Lo adjunto al final de la carta.

Tras despacharme sobre mí, paso a ti. Me alegra que tú y Ted Paramore estéis juntos. Nunca me entusiasmaron demasiado el oboísta ni el aceptador de invitaciones e imagino que no debe de haber sido un gran consuelo vivir con ellos. Ted me cae estupendamente bien. Se parece demasiado a un exitoso juez hebreo como para vivir a gusto en el cuarto de su mente, pero me cae estupendamente.

¿Qué diablos significa eso? Debe de habérmelo dictado mi controlador. Se llama señor Ikki y es un agricultor de naranjas en Alaska.

Nathan²³ y yo nos hemos reconciliado por carta. Si la bebé sale fea podrá refugiarse en su nombre completo: Frances Scott.

He oído algunos rumores extraños sobre ti y tu vida privada. ¿Son todos ciertos? ¿Qué harás? ¿Trabajar por tu cuenta? Estoy muy contento por *The Undertaker's Garland*. ¿Por qué no incluyes un prefacio escrito por aquel famoso director de pompas fúnebres de Nueva York? O unas palabras tuyas en

la contracubierta. Puede que el hombre lo hiciera si tuviese sentido del humor.

St. Paul es un infierno de aburrimiento. He escrito dos relatos buenos y tres de segunda.

Me encantó *Tres soldados*²⁴ y la reseñé para el *St. Paul Daily News*. Estoy cansado de las novelas modernas y acabo de terminar la biografía que Paine escribió de Clemens. Es excelente. Enséñame lo que escribas sobre mí en *Bookman*. ¿No es *El triunfo del huevo*²⁵ un título estupendo? Me gustaron los artículos que publicaron John y Don en *Smart Set*. Echo de menos Nueva York. Quizá vaya el próximo otoño, o quizá me mude a Inglaterra.

Atentamente desde este infierno de vida
y tiempo, el mundo.

F. Scott Fitz.

1922

26 años

Supongo que le habré dado más problemas por menos ganancias que ningún otro autor de los que representa, pero realmente confío en que cuando se estrene mi obra de teatro todo se compensará.

(Carta a Harold Ober, 5 de febrero)

A Edmund Wilson
Enero de 1922

626 Goodrich Avenue,
St. Paul, Minnesota

Querido Bunny:

Ni que decir tiene, nunca había leído nada con la misteriosa fascinación con que leí tu artículo. Por supuesto, es el único texto inteligible e inteligente que se ha escrito sobre mí y sobre mis cosas, y, como todo lo que escribes, me parece cierto en líneas generales. Soy culpable de cada una de tus críticas y me causa un extraordinario placer su meditada aprobación. En modo alguno me sentiría ofendido por nada de lo que hay en él; al contrario, me gusta más que se me compare con los «estándares de nuestro tiempo» que con los consabidos chivos expiatorios utilizados por la crítica contemporánea. Por supuesto que me voy a quejar un poco, pero solo para guardar las formas. Me gusta, lo considero un diagnóstico sin prejuicios y estoy muy en deuda contigo por el interés que te movió a escribirlo.

Ahora bien, en cuanto a lo del alcohol..., es cierto, pero aun así voy a pedirte que lo quites. Deja una puerta abierta para que me ataque y me denigre cualquier moralista que lea el artículo. ¿No dijo Bernard Shaw que, para no meterse en líos, uno tiene que ser tradicional, bien en su obra, bien en su vida privada? En cualquier caso, la leyenda sobre lo mucho que bebo está muy extendida y esto podría perjudicarme más de lo que imaginas, tanto en mi trato con la gente con la que convivo (parientes y amigos respetables) como económicamente, lo que es mucho más grave.

Así que te pido que suprimas:

1. «cuando está sobrio» en la primera página. Lo he marcado. Si

quieres sustituirlo por «cuando no celebra más de lo debido» o alguna indirecta no más explícita que eso, de acuerdo.

2. Desde «Esta cita indica...» hasta «... establece los hechos» sería muy negativo para mí. Preferiría que lo suprimieras o que, si tienes que indicar que mis personajes beben, al menos obviaras la implicación personal. De hecho, no he escrito una sola línea sonrojado por un solo cóctel, y, aunque mis fiestas han sido muchas, ha sido su espectacularidad más que su frecuencia lo que ha creado el habitual mito del «vicioso». ¡El juez y la señora Sayre se pondrían furiosos! Y nunca se pierden *The Bookman*.

Ahora las tres influencias: te concedo que la de San Pablo, la irlandesa y la del alcohol (ya que estamos, aunque no importe, no soy irlandés por parte de padre: ahí es donde entra Francis Scott Key) son importantes. Pero no vacilo al pedirte que quites el alcohol porque de todos modos el catálogo es incompleto; el influjo más enorme que he recibido en los cuatro años y medio desde que la conocí ha sido la mente fría y el egoísmo pleno, refinado y entusiasta de Zelda.

Zelda y yo nos *tronchamos* con el episodio de Anthony-Maury. Has mejorado el mío (que consistía en dejar ciega a Muriel) en un 100 por ciento; realmente nos partimos.

Pero, Bunny, y odio pedirte esto, te *ruego* que quites el incidente del soldado. Me da miedo. No solo arruinaría completamente el efecto que tiene la escena en el libro, sino que desencadenaría la serie de acontecimientos más desagradables que quepa imaginar. Desde que apareció *Tres soldados*, el *New York Times* ha estado esperando la oportunidad para meterse con quienes critican la guerra. Si se enterasen de esto, me lloverían las peores injurias en la prensa de todo el país (y sabes de qué cosas es capaz la prensa, cómo presenta los hechos para que quien está a favor de una causa impopular parezca un monstruo; *vide* Upton Sinclair). ¡Y, por Dios, lo harían! Además, no es así como pasó. No me disculpé. Informé de lo ocurrido al coronel. No sentí culpa durante meses y luego fue solo el remordimiento de un novelista.

Así que *por el amor de Dios* suprime el párrafo. ¡Me pondría furioso si apareciera! Y sin duda alguna me perjudicaría mucho.

Por la cita de «Cabeza y hombros» y la referencia a «Berenice», me doy cuenta de que tienes trillado todo *Flappers*, y te agradezco esa concienzuda labor. Cuando el esfuerzo haya pasado, te enviaré dos cuentos exquisitos, escritos en la que el profesor Lemuel Ozuk, en su biografía definitiva, llamará mi «segundo» estilo o estilo «neo-flapper».

Pero una queja más antes de terminar. Gloria y Anthony *sí son* representativos. Son dos miembros de la enorme banda de desarraigados que deambulan por Nueva York. Debe de haber miles. Aun así, no he sabido transmitirlo.

Con estos dos cortes, Bunny, el artículo debería jugar a mi favor. En cualquier caso, lo he disfrutado muchísimo y trataré de corresponderte de alguna manera en relación con *The Undertaker's Garland*, aunque dudo que se lo confíes a mis paráliticas manos para que lo reseñe. No cambies lo de irlandés (es mucho mejor como está ahora) y además la cita hace alusión al leitmotiv del whisky.

Por siempre,
Benjamin Disraeli

Al pedirte que suprimas lo del soldado y los párrafos sobre el alcohol, me consuela el hecho de que, si no me conocieras, no habrías podido ni querido incluirlos. Tienen valor crítico, pero en realidad son cotilleos personales.

F. S. F.

Me alegra lo de la novelita en *Smart Set*. Estoy por mandarles un cuento. Ahora mismo escribo una comedia, o una sátira o algo así. Las «historias románticas» sobre ti no son asunto mío. Permanecerán guardadas hasta que nos veamos.

S.

«*Hersesassery*»... *Quelque mot!*

¿Qué te parece *ecolalia* para decir «palabrería sin sentido»?

Me alegra que te guste el lema del título. Zelda te manda saludos. Dale los míos a Ted. ¿Fue él quien me llamó una «vieja con joyas»?

* • *

A John Peale Bishop²⁶

Febrero de 1922

626 Goodrich Avenue
St. Paul, Minnesota

Querido John:

Te diré con total franqueza lo que me gustaría que hicieras. Dime concretamente qué te gusta del libro y qué no, empezando por los personajes: Anthony, Gloria, Adam Patch, Maury, Bloeckma, Muriel Dick, Rachael, Tana, etc., etc. Dime exactamente si están bien o mal trazados, si son convincentes o no. Qué te parece el estilo, demasiado ampuloso (si es así, cítalo), bueno (también cítalo), horrible (cítalo). Qué emociones (si acaso) te suscitó el libro. Qué piensas de su humor. Qué piensas de sus ideas. Si las ideas son artificiales, examínalas una por una y ríete de ellas. Si es aburrido o interesante. Cómo de interesante. Qué libros americanos recientes lo son más. Si crees que el «Flashback en el paraíso» del primer capítulo se parece a los grandes momentos de D. W. Griffith, dímelo. Y dime si piensas que el libro es imitativo, y en ese caso de quién. Lo que pretendo es una reseña concreta y concluyente. Estoy muy contento de que te pidieran un artículo así de largo y de que vayas a escribirlo. No puedes ofenderme sobre el libro, aunque sí me molestara que, en tu artículo del *Baltimore*, me situaras a los veinticinco años entre Mackenzie, que escribió dos novelas y media buenas (pero no magníficas) para luego morirse, y Tarkington, que por mucho talento que tenga es un niño. Quiero decir, a mi edad no habían hecho nada.

Estoy encantado de que te ocupes de ello y, como me has escrito para que te sugiriese un enfoque, te digo francamente lo que desearía. Me espantan las reseñas generales, y dado que me empeñé mucho más en los *detalles* del libro que en el esquema *general*, apreciaría una reseña detallada. De todos modos,

si ha de tener la longitud que me dices, el artículo no podrá ser general.

Siento mucho que hayas tenido gripe. Llegamos al este el día 9. Disfruto con tu página literaria en *Vanity Fair* y me parece excelente.

El bebé es hermoso.

Con el afecto de siempre,
Scott

* • *

A Harold Ober

626 Goodrich Avenue
St. Paul, Minnesota
5 de febrero de 1922

Estimado Sr. Ober:

Recibí su carta del 30 de enero. Desearía comentarle algunas cosas.

1. Mi obra de teatro estará lista en unos diez días o dos semanas. Es una maravilla, creo, y debería ganar un montón de dinero.

2. Un conocido autor que pasó por aquí hace una semana dijo que, según creía, *The Metropolitan* estaba al borde de la quiebra. Tengo entendido que me han pagado por la novela, aunque aún no por el último cuento (aunque *usted* me ha pagado *a mí*, como adelanto). Si eso es cierto, ¿cree que debería mandarles «Benjamin Button» antes de que me paguen por «Dos por un centavo»? En cualquier caso, me parece que «Benjamin Button», siendo un cuento satírico como «El diamante tan grande como el Ritz», debería venderse, porque no hay «blasfemias» como en el anterior. Y eso me lleva a un tercer punto:

3. Realmente preferiría que se enviara «El diamante tan grande como el Ritz» a *Smart Set* en cuanto pueda volver a mecanografiarse, reemplazando «I» por «Capítulo I», etc. Si Rascoe, de *McCall's*, no quiso arriesgarse, entonces Bridges, de *Scribner's*, tampoco lo hará.

Además, la cortarían en pedacitos; una vez crucé una abultada correspondencia con él por un «maldita sea» en un cuento llamado «La fuente de cristal tallado». Además, pagarían poco más que *Scribner's*. Calculo que *como mucho* 400 o 500 dólares por un relato en dos partes, mientras que, en *Smart Set*, aunque pagan por los cuentos solo entre 35 y 80 dólares, en una ocasión me ofrecieron 200 dólares por una novelita cuando yo aún era un desconocido, y estoy seguro de que ahora me ofrecerían 250 dólares.

En fin, soy consciente de que *no* obtendré una tarifa muy buena por las tres semanas de trabajo que me llevó el cuento, así que preferiría no obtener nada pero aprovechar el sutil —y hoy en día valiosísimo— dividendo que procede de los buenos auspicios de Mencken. Además, en *Smart Set* le darán prominencia.

Por otra parte, me urge publicarlo para que entre en una colección que tengo pensada para el otoño próximo. Creo que si se lo ofrece como novela breve sin mencionar que ha estado dando vueltas, simplemente diciendo que yo le pedí enviarlo, lo aceptarán. Por supuesto, si usted prefiere no tratar con *Smart Set*, envíemelo a mí.

Supongo que le habré dado más problemas por menos ganancias que ningún otro autor de los que representa, pero realmente confío en que cuando se estrene mi obra de teatro todo se compensará. Hasta ahora, me ha adelantado todo lo que se ha vendido en Estados Unidos, y supongo que las pocas libras esterlinas ganadas en Inglaterra se han gastado en mecanografía, cuentas, etc.

Pero he de pedirle una vez más que me adelante, si le parece, 500 dólares por «Benjamin Button». No hace falta que me mande un telegrama a menos que no pueda.

Me desanima que un cuento de poco valor como «Una chica popular», escrito en una semana cuando nació la bebé, me dé 1.500 dólares, mientras que algo realmente imaginativo a lo que le dediqué el entusiasmo de tres semanas como «El diamante tan grande como el Ritz» no reporte nada. Pero, por Dios y Lorimer, juro que ganaré una fortuna.

F. Scott Fitzgerald

Apunto lo que me dice sobre mis «relatos de viajes». Me pondré a ello en dos semanas cuando acabe mi obra de teatro.

F. S. F.

* • *

A Maxwell Perkins
20 de junio de 1922

The Yatch Club,
White Bear Lake, Minnesota

Estimado Sr. Perkins:

Los primeros cuatro cuentos, que conformarán la sección «Mis últimas flappers», los mandé hace varios días. El segundo grupo de cuatro, «Fantasías», se lo enviaré esta tarde o mañana por la mañana. Y los últimos tres, «Y así sucesivamente», saldrán el 24 (sábado) y debería recibirlos el martes sin falta. Lamento haber tardado tanto; no tengo ninguna excusa, salvo el alcohol, y, por supuesto, esa no lo es. Pero prometí terminar el artículo de viajes y gracias a Dios está listo.

No olvide que necesito otra galerada del índice. Hay una adición en la primera parte y una sustitución en la tercera. De momento ha quedado muy bien, mucho mejor que *Flappers*, y dado el título, la cubierta y mis otros libros debería vender al menos 10.000 ejemplares y ojalá 15.000. Verá en el manuscrito los cambios que he hecho en los cuentos. He quitado el último, «Metropolitano», no porque no fuese bueno desde un punto de vista técnico, sino sencillamente porque le faltaba fuerza. El único relato que me hace dudar es «El lomo del camello». Pero he decidido incluirlo: tiene una excelente veta cómica, y estuvo en una colección del premio O. Henry, aunque por supuesto eso juega en su contra. Aquí le sugiero unos textos publicitarios:

1. Contiene el famoso cuento «Porcelana y rosa», el clásico para la

bañera, así como «El curioso caso de Benjamin Button» y otros nueve cuentos. En este libro, el Sr. Fitzgerald lleva sus dotes de humorista satírico hasta una altura en que pocos escritores estadounidenses vivos pueden competir. Las perezosas divagaciones de una imaginación brillante y poderosa.

2. cuentos de la era del jazz

Sátira en saxofón por uno de los más brillantes novelistas jóvenes. Incluye «Mis últimas flappers» y en la segunda parte se aventura en campos más frescos y fantásticos. Podrá o no gustarle, pero no le dejará indiferente.

3. cuentos de la era del jazz

¿Habéis conocido al «señor Icky» y seguido la horrible carrera de «Benjamin Button»? Una mezcla de bañeras, montañas de diamantes, flappers fitzgeraldianas y gominolas.

Diez actos de lustrosa farsa, y uno de propina.

Tal vez sean bobadas, pero quiero anunciarlo como un libro alegre y no como «once de los mejores relatos de Fitzgerald por el joven autor de *A este lado del paraíso*».

Muchísimas gracias por los 1.000 dólares y también por la foto del *Ledger* de Philadelphia. ¿Ya se han vendido más de 40.000 ejemplares del libro? Me alegra que le guste Boyd²⁷. No tiene una mente muy original; quiero decir, es muy joven para tener independencia intelectual, pero va por buen camino y si lee más cosas del siglo xviii y el medioevo y afloja con los modernos crecerá a un ritmo asombroso. Una vez enviada esta última tanda de cuentos, tal vez empiece mi novela. Transcurrirá, creo, en el medio oeste y la Nueva York de 1885. Tratará menos de las bellezas superlativas a las que a menudo acudo y se centrará en un periodo de tiempo más breve. Tendrá un componente católico. No estoy seguro de si estoy listo para empezarla o no. Le escribiré la semana próxima para informarle de planes más definitivos.

Afectuosamente,
F. Scott Fitzgerald

1923

27 años

Estar en el pueblo donde las emociones de mi juventud culminaron en una gran emoción me hace sentir viejo y cansado. Dudo si, al fin y al cabo, alguna vez volveré a escribir algo digno de publicarse.

(Carta a Maxwell Perkins, marzo)

A Maxwell Perkins

Marzo de 1923

6 Pleasant Avenue
Montgomery, Alabama

Estimado Sr. Perkins:

Tengo mucha curiosidad por saber qué se opina del libro,²⁸ así que, cuando lo lea Whitney Darrow²⁹ o cualquier otra persona que no lo haya leído, por favor cuénteme. Supongo que me quedaré aquí una semana o diez días más. Trabajo en una sinopsis cinematográfica de *A este lado del paraíso*. Me han pagado 1.000 dólares y me pagarán otros 9.000 más cuando la entregue, de manera que me apremia terminarla antes del día 1.

De ser posible necesitaría dos galeradas más de la obra de teatro, a fin de enviárselas a los directores.

He pensado en hacer unos pocos cambios para el acto III, agregando fragmentos de prosa polifónica. Aunque hace buen tiempo, estoy bastante abatido y deprimido por la vida en general. Estar en el pueblo donde las emociones de mi juventud culminaron en una gran emoción me hace sentir viejo y cansado. Dudo si, al fin y al cabo, alguna vez volveré a escribir algo digno de publicarse.

Atentamente,
F Scott Fitzgerald

1924

28 años

Siento un grandísimo poder en mi interior, en cierto modo más del que nunca he tenido, pero funciona de manera irregular y con muchos contratiempos, porque he hablado demasiado sin vivir lo bastante por dentro como para desarrollar la necesaria confianza en mí mismo.

(Carta a Maxwell Perkins, 10 de abril)

A Maxwell Perkins
10 de abril de 1924

Long Island, Nueva York

Querido Max:

Unas palabras más sobre lo que hablamos esta tarde. Si bien tengo la esperanza y la intención de terminar la novela en junio, ya sabes cómo son estas cosas. Y aunque me lleve diez veces más tiempo, no podré soltarla a menos que contenga todo lo mejor de lo que soy capaz o incluso, como a veces me da la impresión, algo mejor de aquello de lo que soy capaz. Gran parte de lo que escribí el verano pasado era bueno, pero hubo tantas interrupciones que quedó desigual y, al enfocarlo desde otro ángulo, he tenido que descartar muchos fragmentos, en un caso 18.000 palabras (parte de lo cual aparecerá en *Mercury* como cuento). Hasta hace cuatro meses no me había dado cuenta de lo mucho que he, en fin, *empeorado* en los tres años que han pasado desde que terminé *Hermosos y malditos*. Por supuesto, llevo cuatro meses trabajando en serio, pero en los dos años anteriores (más de dos años) produje exactamente *una* obra de teatro, *media docena* de cuentos y tres o cuatro artículos: un promedio de *cien* palabras diarias. Si hubiera pasado ese tiempo leyendo o viajando o haciendo cualquier cosa, incluso cuidando de mi salud, sería otro cantar; pero lo he desperdiciado, sin dedicarme al estudio o a la contemplación, sino bebiendo y en general armando lío. Si hubiera escrito *Hermosos y malditos* al ritmo de cien palabras diarias, me habría llevado *4 años*, así que imaginarás el efecto moral que ha tenido en mí semejante hueco.

Te pido que tengas paciencia con el libro y que confíes en que, por fin, o al menos por primera vez en años, estoy dando lo mejor de mí. He contraído docenas de malos hábitos de los que estoy tratando de librarme.

1. Pereza.

2. Consultarlo todo con Zelda. Un hábito terrible, nada debería consultarse con nadie hasta que esté terminado.

3. Conciencia de las palabras, desconfianza de mí mismo, etc., etc., etc., etc.

Siento un grandísimo poder en mi interior, en cierto modo más del que nunca he tenido, pero funciona de manera irregular y con muchos contratiempos, porque he *hablado demasiado* sin vivir lo bastante por dentro como para desarrollar la necesaria confianza en mí mismo. Además, no conozco a nadie que haya apelado a la experiencia personal tanto como yo a los 27 años. *David Copperfield* y *La historia de Pendennis* fueron escritos cuando sus autores tenían más de 40, mientras que *A este lado del paraíso* consistía en tres libros y *Hermosos y malditos* en dos. Así que en mi nueva novela me he lanzado directamente al trabajo puramente creativo; nada de figuraciones baratas como en mis cuentos, sino la imaginación sostenida de un mundo sincero y radiante. Así que avanzo con pies de plomo, con cuidado y a veces con bastante angustia. Este libro será un logro artístico hecho a conciencia, y depende de ello más que los primeros.

Si vuelvo a ganarme el derecho de tener tiempo libre, estoy seguro de que no lo desperdiciaré como lo hice con este tiempo pasado. Te ruego que me creas cuando te digo que estoy dando lo mejor de mí.

Con afecto,
Scott F.

* • *

A Thomas Boyd

Hyères, Francia
Mayo de 1924

Querido Tom:

Tu carta ha sido la primera que recibí desde que llegué. Estoy en el sitio

más bonito que he visto, sin exceptuar Oxford o Venecia o Princeton o cualquier otro. Zelda y yo estamos sentados en el café L'Univers escribiendo cartas (son las 10.30 de la noche) y la luna es una luna completamente mediterránea, nimbada de plata y estamos los dos un poco achispados y muy felizmente borrachos, si el término se puede usar para las reacciones menos nerviosas y menos violentas de por aquí.

En París contratamos a una maravillosa niñera inglesa por *26 dólares al mes* (¡Dios mío! Pagábamos 90 en Nueva York) y mañana iremos a ver una villa con mayordomo y cocinero para pasar allí el verano y el otoño. Tengo cien metros de mosquitero (trajimos 17 maletas) y en general creo que será un magnífico verano de trabajo.

Nos perdimos a Edith Wharton por un día. Ayer se marchó a París y no regresará hasta la temporada próxima. No es que me importe, aunque la conocí en Nueva York y es una gran dama muy distinguida que luchó por lo que se debía luchar con armas de la edad de bronce cuando había muy poca gente que lo hacía.

Hasta que no termine la novela, no leeré nada, salvo a Homero y literatura homérica e historia desde el año 540 al 1200. Y ruego a Dios no ver un alma durante seis meses. Mi novela es cada vez más extraordinaria; me siento completamente dueño de mí mismo y por fin podré satisfacer mi deseo de soledad, que ha ido aumentando a lo largo de tres años en una progresión aritmética.

Coincido en cuanto a Bunny y Mencken, aunque con matices en ambos casos. Bunny aprecia los sentimientos que han sido filtrados por el carácter, pero su alma es un poco seca y, al comenzar el culto a Joyce a semejante escala, probablemente ha corrompido el gusto de mucha gente (que de todas maneras no importa); pero ¡esas admiraciones rotundas! ¡Pobre Waldo Frank!

¡Dios mío! ¿Sabías que antes (hace un año) creías que *Middleton Murry* era un hombre importante?

Paul Rosenfeld es una persona de carácter (¡aunque admira a Sandburg!), y su libro *Port of New York* es toda una aventura para nuestro nervioso entusiasmo crítico; es más agradable estar sentado aquí, sin embargo, mirando los perros aletargados que olisquean los postes. (No me engaño a mí mismo; me he alejado de todo excepto de la *gente* en el más pleno sentido corpóreo).

Bueno, escribiré una novela mejor que cualquier otra escrita en Estados

Unidos y me convertiré por definición en el mejor segundón del mundo.

Buenos noches, mi viejo
F. Scott Fitz.

P. D.: Parece que Brentano (en París) tenía algunos ejemplares de *Through the Wheat*, pero los vendió todos: Max está entusiasmado con *The Dark Cloud*³⁰ y prometió enviármela. Le hice una sugerencia sobre una cubierta más llamativa. Entre tú y yo, el fondo de las primeras pruebas de imprenta sugería una historia sobre metalurgia. Debería ser algo más llamativo, creo, como la cubierta del *Moby Dick* de Melville. Esto es *entre nous*.

Por el amor de Dios, no culpes a Scribner's por culpa del tonto de Bridges. Perkins y el viejo Charles hacen que merezca la pena soportar a veinte Bridges. ¿A qué te refieres con que perdiste 1.200 dólares?

¡«El Gominola» es una bazofia! He escrito un buen cuento, «La fiesta del bebé» (un poco blando pero bueno), que se publicará en *Heart's* en julio o agosto.

F. S. F.

Mensaje de Zelda → Hola Tom y Peggy

* • *

A Robert Kerr³¹
Junio de 1924

Great Neck, quiero decir,
St. Raphael, Francia
Villa Marie

Querido Bob:

Gracias por tu carta y de veras muchas gracias por la venta. Ciento cincuenta es más de lo que esperaba. Espero poder devolverte el favor alguna vez.

De lo que me contaste incluí en mi novela la parte sobre el barco, quiero decir, el yate, y el misterioso navegante que tenía por amante a Nellie Bly. Le he dado a mi héroe el mismo puesto que tenías tú y he hecho que lo obtenga de la misma manera. Lo llamaré Robert B. Kerr en vez de Robert C. Kerr para ocultar su identidad (es una broma: solo quería asustarte. Se llama Gatsby).

Los mejores deseos para todos vosotros de parte de todos nosotros y muchísimas gracias por tu gentileza y por tus molestias.

Atentamente,
Scott Fitzg.

* • *

A Maxwell Perkins
27 de agosto de 1924

Villa Marie, Valescure
St. Raphael, Francia

Querido Max:

1. La novela estará lista la semana próxima. Eso no quiere decir, sin embargo, que llegue a Estados Unidos antes del 1 de octubre, pues Zelda y yo queremos hacer una cuidadosa revisión tras una semana de reposo absoluto.

2. Nunca me llegaron los recortes.

3. Seldes estuvo conmigo y piensa que *Para los Grimalkins* sería un título estupendo para el libro de Ring. También se me ocurre *Mi vida y mis amores*, como le diré a Ring cuando venga en septiembre.

4. ¿Cuántos ejemplares han vendido sus cuentos?

5. Tu contable nunca me envió el informe de regalías del 1 de agosto.

6. Por el amor de Dios, no muestres a nadie la cubierta que me has reservado. Aludo a esa escena en el libro.

7. Creo que mi novela es más o menos la mejor novela estadounidense jamás escrita. Tiene partes desiguales, solo suma unas 50.000 palabras y espero que no te espantes al verla.

8. Ha sido un verano con buen tiempo. Pasé malos momentos, pero mi trabajo no se ha resentido. Por fin he madurado.

9. ¿Qué libros se comentan estos días? No me refiero a los más vendidos. La novela de Hergesheimer que apareció en el *Post* me parece horrenda.

10. Espero que estés leyendo la novela de Gertrude Stein en *The Transatlantic Review*.

11. El último libro de Raymond Radiguet (el joven que escribió *El diablo en el cuerpo* a los 16 años) es aquí un gran éxito. Lo escribió a los 18 años. Se llama *El baile del conde de Orgel* y, aunque solo voy por la mitad, en tu lugar pediría información sobre él. Es más cosmopolita que francés, y tengo la corazonada de que en una buena traducción podría cosechar un éxito enorme en Estados Unidos, donde todo el mundo anhela ir a París. Búscalo y encarga al menos un informe al respecto. El prefacio está escrito por el dadaísta Jean Cocteau, pero el libro no es en absoluto dadá.

12. ¿Conseguiste los otros libros de Ring?

13. Es muy posible que nos marchemos antes del 1 de octubre, así que, después del 15 de septiembre, envía por favor todo a nombre de Guaranty Trust Co. París.

14. Si tienes tiempo, pídemelo en la librería *La danza de la vida*, de Havelock Ellis, y cárgalo a mi cuenta.

15. Invité a Struthers Burt a cenar, pero su bebé estaba enfermo.

16. *Asegúrate* de contestar *todas* las preguntas, Max.

Te echo de menos una barbaridad.

Scott

* • *

A Harold Ober

Villa Marie, Valescure
St. Raphael, Francia
20 de septiembre de 1924

Estimado Sr. Ober:

La situación es la siguiente. He terminado la novela, que le enviaré en los próximos diez o quince días. Tal vez pueda publicarse por entregas, pero lo cierto es que no encajará en el *Post*. Artísticamente, está muy por encima de todo cuanto he hecho. Con ella le enviaré una carta sobre las condiciones, etc.

Estoy casi sin blanca y, en cuanto la novela despegue, escribiré de inmediato un cuento, bien para el *Post* o bien para Wheeler,³² que me lo ha estado pidiendo enérgicamente. Al mes le seguirán dos más. Usted debería recibir el primero sobre el 20 de octubre o unas dos semanas y pico después de recibir esta carta; y, como sin duda habrá adivinado, le voy a pedir un adelanto.

Tengo entendido que le debo más o menos 90 dólares: 180 adelantados por el artículo para *Screenland* que llegó demasiado tarde, contra los 90 que me deben por los derechos ingleses de «El tercer tonel». Espero ingenuamente que usted pueda hacer lo siguiente:

depositarme 600 dólares el 5 de octubre

depositarme 800 dólares al recibir el cuento hacia el 20 del mismo mes. De todas formas, le escribiré de nuevo acerca del segundo depósito cuando ponga el cuento en el correo. Si no le resulta conveniente, envíeme por favor un telegrama.

Teniendo en cuenta que, de los once cuentos que llevo escritos este año, cuatro de los siete publicados abrieron el número de cada revista, creo que he tenido mala suerte con el cine. Esta vez tengo que escribir relatos de amor con más acción. Intentaré escribir tres que le interesen al estudio Famous Players así como al *Post*. Nos marchamos a Roma el 1 de noviembre para pasar allí el invierno.

Atentamente,
F. Scott Fitzgerald

* • *

A Maxwell Perkins
10 de octubre de 1924

Villa Marie, Valescure
St. Raphael, Francia

Querido Max:

Recibí más regalías de las esperadas. Te escribo para contarte sobre un joven llamado Ernest Hemingway, un americano que vive en París, escribe para la *Transatlantic Review* y tiene un futuro brillante. Ezra Pound le publicó una colección de relatos breves en París, en una editorial como The Egoist Press.³³ No tengo el libro aquí, pero es notable y en tu lugar lo buscaría de inmediato. Es un verdadero escritor.

Dentro de cinco días te enviaré la novela junto con una larga carta. Ring llegará en una semana. Estos son solo unos apuntes apresurados porque estoy trabajando como un loco. El libro de Stallings³⁴ me pareció espantoso y muy decepcionante. Hay que ser un genio para quejarse de manera atractiva. Traté de ir a ver a Struthers Burt, pero anda de un lado para otro. Ya te contaré.

Scott

P. D.: *Importante*. ¿Qué posibilidades tiene un joven francés que conoce a fondo la literatura francesa en el mercado libresco de Nueva York? ¿Les pagan bien a los dependientes de librerías, y habría sitio para alguien que se está especializando en literatura francesa? Cuéntame porque aquí hay un joven amigo que acaba de terminar el servicio militar y está deseoso por saberlo.

Saludos,
Scott

* • *

A Harold Ober

St. Raphael, 25 de octubre
(Después del 3 de noviembre,
enviar a la oficina de American Express Co.)

Roma, Italia)

Estimado Sr. Ober:

Le envío por separado el manuscrito de mi novela *El gran Gatsby* para intentar que se publique por entregas. Usted sabrá mejor que yo si es posible. Hay algunas escenas bastante explícitas, y no me gustaría que cortaran el libro como Hovey recortó *Hermosos y malditos*. Se me ocurre lo siguiente:

1. Creo que la opción más segura en todo sentido es *Liberty*. Es una historia de amor y es sensacionalista. Además, solo tiene 50.000 palabras, lo que se traduciría en diez entregas de 5.000 palabras, que es justo lo que buscan. Más aún, si empezaran el 1 de febrero, terminarían a tiempo para que el libro apareciera en primavera. No he publicado un libro en tres años y quiero que Scribner's publique este en abril. Me gustaría que le especificase a John Wheeler que ellos tienen derecho a echarle un vistazo.

2. Desde luego, Ray Long³⁵ tiene derecho a verlo antes que nadie de acuerdo con nuestro contrato de 1923. Pero no quiero que se lo quede (hay pocas probabilidades de que lo haga) porque en sus revistas el proceso se haría interminable y eso pospondría la publicación del libro. De manera que me gustaría pedirle un precio prohibitivo: 25.000 dólares. No me conviene dejárselo por menos. De *Liberty* aceptaría 15.000, y no quiero pedir más por una cuestión especial entre John y yo. Me dijo que nunca más regatearía por nada mío: lo aceptaría al precio solicitado o lo rechazaría. Ring Lardner le dijo que yo estaba molesto con él; en fin, como verá, se trata de un asunto personal. De manera que no desearía pedirle más de 15.000 dólares. Cuando me pagaban 900 por cada cuento, me pagaron 7.000 por una novela por entregas, así que ahora que me pagan 1.750 por cuento, 15.000 me parece un precio justo. Sobre todo siendo una novela muy corta.

3. Al *Post* no quiero ofrecérsela. No es lo que buscan, y de todas maneras no quiero que aparezca allí porque eso revienta las ventas del libro. Así que lo descartamos.

4. De hecho, creo que *Liberty* es la mejor opción, con diferencia; no sé quién más podría hacerle hueco antes de abril. El tercer capítulo excluye la novela de las revistas femeninas y eso nos deja sin nada salvo *The Red Book*, que estiraría las entregas hasta el otoño.

5. He enviado a Scribner's una copia. Cuando *Heart's* y Jack Wheeler le comuniquen su decisión final, ¿podría llamar a Max Perkins y contarle? Estará deseoso de saberlo, y las cartas tardan mucho tiempo. Por eso mismo, ¿me enviaría un telegrama?

6. Ni que decir tiene que, se publique o no por entregas,³⁶ le remitiré todas las ofertas de derechos cinematográficos a usted y le diré a Scribner que le informe de cualquier oferta de derechos cinematográficos que reciba en sus oficinas. Por supuesto, estoy hablando a largo plazo.

7. En todo caso, le agradecería su opinión sincera sobre la novela.

8. El cuento está siendo mecanografiado. Le llegará en una semana.

Un saludo,
F. Scott Fitzgerald

* • *

De Maxwell Perkins

Nueva York
18 de noviembre de 1924

Querido Scott:

La novela es una maravilla. Me la llevaré a casa para releerla y te describiré mis impresiones por extenso; pero posee un extraordinario grado de vitalidad y encanto y muchas ideas subyacentes de calidad descomunal. A veces tiene esa especie de atmósfera mística que le habías infundido a *Paraíso* y que no utilizabas desde entonces. Es una magnífica fusión, unificada en la presentación, de las fabulosas incongruencias de la vida actual. Y en cuanto a la escritura, es asombrosa.

Ahora plantéate lo siguiente: a varios caballeros de aquí no les gusta el título; de hecho, a nadie salvo a mí le gusta. Para mí, la extraña incongruencia de sus palabras da la nota del libro. Pero los objetores son hombres más prácticos que yo. Piensa en cuanto puedas en la posibilidad de cambiarlo.

Pero si no lo cambias, tendrás que dejar esa nota fuera de la cubierta. Su

presencia la perjudicaría demasiado y, con lo buena que siempre nos ha parecido, la cubierta es una obra maestra para este libro. Así que considera el valor del título por sí solo y mándame la respuesta por carta o telegrama en cuanto puedas.

Enhorabuena.

Un abrazo,
Maxwell

* • *

A Maxwell Perkins
1 de diciembre de 1924

Hotel des Princes
Piazza di Spagna
Roma, Italia

Querido Max:

Tu telegrama y tus cartas³⁷ me han hecho sentir de maravilla; lamento no haberte mandado una mejor respuesta que un telegrama pidiendo dinero. Pero el largo asedio de la novela me ha dejado casi sin aliento y he tardado en ponerme a escribir los cuentos con los que estoy obligado a ganarme la vida.

Creo que tus críticas son acertadas.

a. En cuanto al título. Lo intentaré pero no sé qué hacer. Quizá, simplemente *Trimalchio* o *Gatsby*. En el primer caso no veo por qué la nota no podría ir en la contraportada.

b. Los capítulos VI y VII sé cómo arreglarlos.

c. Lo de los negocios de *Gatsby* puedo arreglarlo. Entiendo a qué te refieres.

d. Puedo solucionar la vaguedad *realzándola más*; no suena bien, pero espera y verás. Aclarará al personaje.

e. Sin embargo, será difícil dividir el largo relato que se cuenta en el capítulo VIII. También Zelda pensó que se salía un poco de tono, pero la

escritura es buena y no me avengo a sacrificar nada de ello.

f. Haré unas 1.000 pequeñas correcciones en las galeradas y unas cuantas de más calado en cosas que no mencionas.

Tus críticas son excelentes y muy útiles, y has elegido como los momentos dignos de elogio mis partes favoritas del libro. Salvo que no mencionas la que más me gusta: el capítulo en que se encuentran Gatsby y Daisy.

Dos cosas más. Zelda me ha estado leyendo en voz alta el libro de los cowboys³⁸ y me encanta, aunque creo que el autor aprendió el lenguaje norteamericano leyendo a Ring y no de oído.

Otra cuestión: en el capítulo II de mi libro, cuando Tom y Myrtle se van a la habitación mientras Carraway lee *Simon Called Peter*,³⁹ ¿es una escena muy cruda? Dímelo sinceramente. Creo que la mención es bastante necesaria.

He pedido pocas regalías porque quería compensar el dinero que me han adelantado en estos últimos dos años, lo que permitiría que el libro pagara una especie de interés por ello. Pero ahora me doy cuenta de que he calculado por lo bajo: una diferencia de 2.000 dólares. Digamos 15 por ciento hasta 40.000 y 20 por ciento a partir de ahí. Me parece un contrato justo para todas las partes.

Sin duda te habrá contactado una mujer francesa muy inteligente que quiere traducir el libro. Está a la altura de la tarea intelectualmente y, según creo, también lingüísticamente: había leído todos mis otros libros. Indícale por favor qué tiene que hacer en términos de derechos, etc.

En cualquier caso, gracias y más gracias por tus cartas. Para mí es más importante que el libro os guste a ti y a Bunny que a nadie. Y más importante que te guste a ti que a Bunny. Si es tan bueno como dices, cuando termine las galeradas será perfecto.

Dicho sea de paso, recuerda seleccionar un poco de material para la portada que combine con mis otros libros.

En cuanto resuelva lo del título te escribiré o mandaré un telegrama con mi decisión. Agradece a Louise que le haya gustado el libro. Saludos al señor Scribner. Dile que Galsworthy está aquí, en Roma.

Un abrazo,
Scott

1965
④
No man. That's why I can't describe him. His ~~un-
eredible~~ ^{irreducible} lineaments had fought through the mask of Jay
Gatsby, until he was as blurred ~~as~~ as the face of Myrtle
Wilson's sister. Or perhaps he'd grown to be like the ~~the~~
substantial idea that possessed him. ~~What he was intrinsically~~ ^{What he was intrinsically} "like" I'm powerless
to say.

~~But he was too clumsy now to hear or care and Tom,~~ ^{Tucker}
~~who wasn't a bully except in liquor, saw that he had said~~
~~enough.~~

Daisy's broken voice begged again to go home.

"Fleece Tom! I can't stand this any more".

Her frightened eyes told that whatever intentions, what-
ever courage she had had was definitely gone.

"You two start on home, Daisy", said Tom, "in Mr. Gatsby's
car".

She looked at ^{Tom} ~~him~~ ^{him}, alarm, as if the idea were almost
repellent ^{now} but he insisted with magnanimous scorn.

"Go on. He won't annoy you ~~now~~. I think he realizes
that his presumptuous little flirtation is over."

They were gone, without a word, snapped out, made
accidental, isolated like ghosts even from our pity.

After a moment Tom got up and began wrapping the unopened
bottle of whiskey in the towel.

"Want any of this stuff? Jordan? ... Nick?"

I didn't answer.

"Nick?" He asked again.

"What?"

"Want any?"

"No ... I just remembered that today's

(from the TP and scattered on Galley 72)

Fitzgerald

Detalle de correcciones sobre el texto de
El gran Gatsby realizadas por el propio Fitzgerald.
© Biblioteca de la Universidad de Princeton.

1925

29 años

En fin, no tiene sentido ser artista si uno no puede dar lo mejor de sí. Allá por 1920 tuve la oportunidad de empezar mi vida a una escala sensata, pero la desaproveché y ahora tendré que pagar las consecuencias. Tal vez a los cuarenta pueda volver a escribir sin estas constantes inquietudes y preocupaciones.

(Carta a Marwell Perkins, 24 de abril)

A Harold Ober

Recibida el 23 de enero de 1925

Prefiero usar esta dirección:
American Express Co.,
Roma, Italia

Querido Ober:

Después de todos estos años, coincido contigo en que es hora de dejarse de formalidades. Primero, gracias por el dinero, que cubre muy bien hasta el segundo cuento. Estoy seguro de que el tercero («Fuera de la guía») se venderá con mucha mayor facilidad que los otros dos. Puede que «El ajustador» resulte un poco oscuro. En todo caso, el tiempo lo dirá.

Estoy empezando un cuarto cuento (en realidad, un sexto, porque rompí uno y reescribí por completo «Amor en la noche», como verás). Estoy un poco desilusionado con los resultados de la novela, pero supongo que era un poco cruda para Wheeler. Me escribió de inmediato la inevitable carta pidiéndome un cuento.

Si la novela es un gran éxito, espero que mi tarifa suba normalmente a 2.000 dólares. Es una buena suma y, aunque no creo que mis cosas valgan tanto, no son peores que muchas otras por las que se paga mucho más.

Este invierno me siento muy mayor. Tengo veintiocho años. Tenía veintidós cuando llegué a Nueva York y me enteré de que habías vendido «Cabeza y hombros» al *Post*. Me gustaría experimentar una vez más una emoción como aquella, aunque supongo que ocurre una sola vez en la vida.

Has sido muy pero que muy amable en cuanto al dinero. No sé qué habría hecho sin él. Le he debido a Scribner *el adelanto* de mi novela durante casi dos años. ¿Han dicho algo definitivo en Warner Bros. sobre la película de *Hermosos y malditos*?

Odio Italia y a los italianos con tal violencia que no me avengo a escribir sobre ellos para el *Post*, a menos que quieran un artículo llamado «El Papa Sífilis VI y sus idiotas» o algo por el estilo. Pero realmente intentamos ahorrar, así que no volveremos a Francia antes de marzo, incluso aunque pudiéramos costearlo.

Scott Fitz.

* • *

A Maxwell Perkins

Hotel des Princes
Roma, Italia
24 de enero de 1925
(Pero responde a American Express Co.,
porque hace un frío de mil demonios
y puede que nos marchemos en cualquier momento).

Querido Max:

Esta es una carta muy importante, así que la haré mecanografiar. Cuídala como a tu vida.

1. Por separado te envió la primera parte de las galeradas. Aunque estaba de acuerdo con las sugerencias generales de tus primeras cartas, discrepo contigo en otros aspectos. Lo cierto es que *quiero* que el pecho de Myrtle Wilson quede colgando; es exactamente lo que hace falta, según creo, y no me apetece recortar las buenas escenas metiendo mano. Cuando Wolfsheim pronuncia «sid» en vez de «said», es deliberado. «Orgásmico» es el adjetivo de «orgasmo» y expresa exactamente la intensidad deseada. No tiene nada de obsceno. Me preocupa mucho más la desaparición de Tom y Myrtle en la galerada 9; creo que está bien, pero no estoy seguro. Si no lo está, por favor mándame un telegrama y te enviaré la corrección.

2. En cuanto a las galeradas finales, si se cumplen ciertas condiciones, no te preocupes por mandármelas (a menos, claro, que sobre tiempo, lo que

supongo que no. Me gustaría publicar a finales de marzo o a principios de abril).

Las condiciones son dos:

a. Que alguien las lea *atentamente dos veces* para cerciorarse de que mis añadidos se han incorporado correctamente. Son tantos que me aterra la posibilidad de un error.

b. Que no se haga ningún cambio *en absoluto*, salvo en caso de una errata tan flagrante como para que sea indudable, y en ese caso que lo hagas tú.

Si queda algo de tiempo, pero no el suficiente para el correo de ida y vuelta, envíamelas y yo te daré el OK por telegrama para ahorrarnos dos semanas. Pero no pospongas las cosas por ello. En cualquier caso, mándame las galeradas como siempre solo para que las vea.

3. Muchas gracias por el depósito. Dos días después de mandarte el telegrama recibí un cable de Reynolds informándome de que había vendido dos cuentos míos por un total de 3.750 dólares, pero le debía dinero y, después de rechazar los 10.000 dólares que ofrecía *College Humor*,⁴⁰ temía pedirle más crédito hasta que hiciera una venta. No te pediré un centavo más hasta que el libro lo haya ganado. Supongo que venderá unos 80.000 ejemplares, pero a lo mejor me equivoco. Por favor, agradece al señor Scribner de mi parte. Apuesto a que cree que ha atrapado a otro John Fox.⁴¹ Gracias a Dios por John Fox. Habría sido terrible no tener un predecesor.

4. Lo que viene ahora es muy importante. Asegúrate de no revelar *nada* del argumento en el texto de contraportada. No reveles que Gatsby *muere* o que es un *parvenu* o un *maleante* ni nada. Parte del suspense del libro consiste en mantener la duda sobre todas esas cosas hasta el final. Cuidarás ese detalle, ¿verdad? Y recuerda que no debe haber citas de críticos en la cubierta, *¡ni siquiera sobre mis otros libros!*

5. La siguiente es una lista de pequeñeces:

a. ¿Cómo se llama el libro de Ring que sale en primavera?

b. ¿O'Brien le puso una estrella a mi cuento «Absolución» o algún otro en su álbum de desechos?

c. Quisiera que el departamento de contabilidad me enviara un resumen de cuenta a fecha del 1 de febrero. No es que me guste ver cuánto debo, pero sí llevar una cuenta anual de las ventas de todos mis libros.

Contesta cada una de las preguntas y guarda esta carta hasta que lleguen las

galeradas. Dime qué te parecen los cambios. Echo de menos el verte, Max, más de lo que puedo decir.

Un abrazo,
Scott

P. D.: Te envió la galerada de la portadilla, etc. Está bien, pero en el fondo creo que tendría que haberlo llamado *Trimalchio*. No obstante, supongo que habría sido una tontería hacerlo en contra de todos los consejos. *Trimalchio en West Egg* era solo una solución de compromiso. *Gatsby* se parece demasiado a *Babbit* y *El gran Gatsby* no tiene fuerza porque no recalca ni siquiera irónicamente su grandeza o la falta de ella. En cualquier caso, dejémoslo.

* • *

A Willa Cather

Finales de marzo/comienzos de abril de 1925

Hotel Tiberio
Capri, Italia

Estimada señorita Cather:

Como uno de sus más grandes admiradores —admirador en particular de *Mi Antonia*, *Una dama extraviada*, *El caso de Paul* y *Escándalo*—, le escribo para explicarle un aparente caso de plagio que quizá le haga notar alguna persona suspicaz.

Para empezar, mi nuevo libro, *El gran Gatsby*, se publicará más o menos cuando usted reciba esta carta (le enviaré el libro por separado). Cuando yo llevaba redactada la mitad del primer borrador apareció *Una dama extraviada*, y lo leí con muchísimo placer. Entre los mejores pasajes de su libro hay uno cerca del final, citado a menudo, que incluye las frases «ella parecía prometer un deleite salvaje que no se encontraba en la vida...», «podría mostrártelo», etc., (citadas aquí erróneamente porque no tengo un

ejemplar conmigo).

Pues bien, una semana o dos antes de leerlo yo había apuntado en mi libro una idea paralela y muy similar para describir el encanto de una mujer: una idea que se me había ocurrido hacía años. La manera en que lo expresé no era tan clara, ni tan hermosa, ni tan conmovedora como la suya, pero sin duda la similitud esencial estaba presente. Todo ello me preocupó porque realmente no soportaba la idea de eliminarlo, así que fui a ver a Ring Lardner y a unas cuantas personas más y les mostré mi fragmento y el suyo y al final decidí conservarlo. También he guardado las páginas de mi primer manuscrito para enseñárselas a usted, y las hallará aquí adjuntas. La redacción final del pasaje se encuentra en el primer capítulo de mi libro. Esperando que entienda mis motivos para comunicarle este hecho,⁴²

Reitero mis más cordiales saludos
y mi más sincera admiración,
F. Scott Fitzgerald

* • *

A John Peale Bishop
Abril de 1925

American Express Co.
Roma, Italia

Querido John:

Tu carta es perfecta. Nos contó todo lo que queríamos saber, y el mismo día leí tu artículo en *Vanity Fair* (también muy bueno) sobre la búsqueda del pasado. Pero me has desilusionado con la sustancia de lo que cuentas (las noticias): por ejemplo, que la obra teatral de Bunny fracasó, que a Townsend se le ha subido la fama a la cabeza y que a ti y a Margaret la vida os resulta sosa y deprimente. Queremos regresar, pero queremos hacerlo con dinero y hasta ahora no hemos ahorrado nada; aunque llevo una novela de ventaja y un libro de (siete) cuentos bastante buenos. Escribí unas diez piezas de la peor

bazofia durante el último año, pero no puedo volver a publicarlas ni soporto mirarlas: cosas baratas, sin la espontaneidad de mis primeras obras. Pero con la novela estoy contento. Es magnífica.

Acabamos de volver de Capri, donde pasé la mitad de la noche (cuéntale a Bunny) charlando con mi ídolo Compton Mackenzie. Quizá lo conozcas. Me pareció un hombre cordial, seductor y agradablemente mundano. No parece sentir que su obra se ha ido al garete, ni se da aires sobre su producción actual. Creo que solo está cansado. La guerra lo destrozó, como a Wells y a tantos otros de su generación.

Para que veas lo bien que adivinaste los chismes que quería, nos preguntábamos de dónde han sacado los Selde el dinero para *Havana*, si The Film Guild finalmente se ha venido abajo. (¡Dios mío! Deberías haber visto sus últimas dos películas, una basada en un cuento mío).⁴³ Pero no dudo de que Frank Tuttle y Townsend⁴⁴ acabarán por meterse en el Consejo directivo. Yo mismo lo haría si pudiera, pero soy demasiado egocéntrico y no lo bastante diplomático como para tener éxito en el mundo del cine. Hay que empezar por colocar de plano la lengua en los traseros de eminencias como Gloria Swanson y Allan Dwan e iniciar con ella una lenta caricia. Que digan lo que quieran de Cruze; la productora Famous Players es fruto de dos grandes mentes: De Mille⁴⁵ y Gloria Swanson, y en realidad depende, no de sus «métodos de debate», sino de esos dos y de las películas tópicas que los imitan. Cruze suele desperdiciar sus ganancias en experimentos como Frank Tuttle. (Ni que decir tiene, esta carta no es para T. M. o Alec, sino solo para tus ojos).

¿Es buena la novela de Dos Passos?⁴⁶ ¿Y qué es de la obra de Cummings? No he leído *Algunos no lo hacen*, pero a Zelda le encantó. Le eché un vistazo y no paraba de preguntarme por qué estaba escrita de atrás para adelante. Al principio pensé que habían cosido la cubierta al revés. En fin, esta gente *quiere* colaborar con Conrad.

¿Sigues pensando que Dos Passos es un genio? La fe que le tenía se ha debilitado. Últimamente hay muy poco sitio para la fe.

Pinna Cruger es una mujer condenadamente atractiva y, aunque el marido es un mercero, al menos es un mercero de Garton (quiero decir, allí fue a la escuela) y casi tan poco judío como Cupie Simon. ¿Ha muerto Harlock (nada que ver), o fue cosa de Leopold y Loeb?⁴⁷

Devoraré ávidamente el libro de Wescott. Un joven apuesto del *Atlantic* se me presentó con ese nombre después del fracaso de *El vegetal*. ¿Será el mismo? En cualquier caso, según me cuenta Harrison Rhodes, tu Wescott vendrá a Roma.

Ya no puedo con los libros de Nathan. Me gustó la cuarta serie de prejuicios.⁴⁸ ¿Es bueno el nuevo libro de Lewis? El de Hergesheimer era espantoso. Está acabado.

Merritt Hemingway: creo recordar que él y yo admiramos a Ginevra King al mismo tiempo en la época de los días prósperos.

Las cosas más alegres de mi vida son primero Zelda y luego la esperanza de que mi libro contenga algo extraordinario. Quiero que se me admire de nuevo por todo lo alto. A veces Zelda y yo nos dejamos llevar por terribles peleas que duran cuatro días y empiezan en medio de una juerga, pero seguimos estando tremendamente enamorados y casi somos el único matrimonio feliz que conozco.

Con nuestro mayor cariño a Margaret.

¡Escríbenos!

Scott

En la Villa d'Este, en Tivoli, todo lo que se me cruzaba por la cabeza era:

Un sendero de oscuros cipreses
oculta un redondo claro de luz
donde los jóvenes músicos llevan
instrumentos para deleitarla
... sus rizos se inclinan
sobre opacos laúdes que suspiran en voz alta
o, con las cabezas echadas hacia atrás,
arrancan sonoros ecos del tambor
los tiesos pliegues, etc.⁴⁹

No lo podía creer cuando me contaste que nunca habías estado en Italia; o, por Dios, ahora que lo pienso, que nunca viviste en el siglo xv.

Pero, en fin, cuando escribí *A este lado del paraíso* tampoco yo conocía

Oxford.

* • *

A Maxwell Perkins
1925

De camino a París
10 de abril

Querido Max:

Hoy se publica el libro y me asaltan los temores y los presentimientos. Supongamos que al público femenino no le gusta porque no hay en él ninguna mujer importante, y que a los críticos no les gusta porque trata de ricos y no contiene ningún campesino sacado de *Tess* puesto a trabajar en Idaho. Supongamos que ni siquiera cancele mi deuda contigo: caramba, ¡para lograrlo deberían venderse 20.000 ejemplares! De hecho, he perdido toda confianza; no te lo contaría si no fuese porque, cuando recibas esta carta, se sabrá lo peor. Yo mismo estoy harto del libro. Lo reescribí al menos cinco veces y me sigue pareciendo que la escena que debería ser la más sólida (la del hotel) es apresurada y poco eficaz. También el último capítulo, el entierro, el padre de Gatsby, etc., es imperfecto. Es una pena porque los primeros cinco capítulos y algunas partes del séptimo y el octavo son lo mejor que jamás he escrito.

«Lo mejor desde *Paraíso*». ¡Dios mío! Si supieras lo desalentador que me sonó eso. Fue lo que me dijo Ring en su carta con algunas observaciones muy elogiosas. En tono de confianza debo admitir que «Haircut»⁵⁰ me desilusionó. De hecho, me pareció pobrísimo: el niño loco como instrumento de la providencia tiene varios cientos de años. En fin, por favor, no le digas que no me gustó.

En cuanto a cambios, me parece que de momento no haré ninguno más. Ring sugirió que se corrigieran algunas erratas. Si lo has hecho, estupendo; si no, déjalo. Excepto en la página 209, «la vieja y oscura La Salle Street Station» debería ser la «vieja y oscura Union Station», y habría que cambiarlo en la segunda edición. «Tránsito» sirve pero, por supuesto, lo que en realidad

quería decir era «brújula». Llegaron las galeradas finales y al parecer están bien, aunque no sé cómo se las arregló el impresor con las 70.000 correcciones. También llegó la cubierta (solapa) y tiene mucho encanto. A Zelda le gusta con locura (dicho sea de paso, se encuentra bien de nuevo).

Cuando recibas esta carta mándame el porcentaje a Guaranty Trust Co. 1, rue des Italiens, París.

Una cosa más: estoy seguro de que Meyer⁵¹ es de fiar, pero asegúrate de que no incluya en la campaña de publicidad frases manidas como «el libro de la primavera». Es lo que más aborrezco. También de que no use citas, *excepto elogios incondicionales y excepcionalmente entusiastas*. Frases como:

«Todos deberían leerlo este verano»

Boston Transcript

«Ni un momento aburrido..., una obra absolutamente de primera».

No he vendido un libro en tres años. La publicidad del libro de Ring me pareció genial. Lamento que no hayas conseguido el último libro de Wescott. Varias personas me han escrito contándome que *La manzana del ojo* es la mejor novela del año.

La vida en New Canaan suena más interesante que la vida en Plainfield. Estoy seguro, en todo caso, de que al menos dos críticos, William Rose Benét y Mary Colum, habrán oído hablar del libro. Me gustaría que a ella le gustase; la opinión de Benét no tiene ningún valor.

Y muchísimas gracias por los 750 dólares, que abultan mi deuda a más de 6.000.

¿Cuándo debería entregar el libro de cuentos?

Scott

P. D.: Recibí, o mejor dicho vi, una carta de mi tío sobre una publicidad preliminar del libro. Decía: «daba la impresión de parecerse mucho a los otros».

Tal vez sea solo una vaga sensación, claro, pero me pregunto si habrá una manera de anunciarlo para que quienes estén hastiados del jazz y las novelas

sobre la alta sociedad no lo descarten como «solo un libro como los otros». Confieso que a día de hoy el problema me desconcierta: lo único que se me ocurre es evitar frases como «un retrato de la vida en Nueva York» o «sociedad moderna», aunque siendo el libro exactamente sobre ello sea difícil evitarlas. El problema es toda la bazofia superficial que se ha promovido bajo esos rótulos. Dime qué te parece.

Scott

* • *

A Maxwell Perkins

Marsella, de camino a París
24 de abril de 1925

Querido Max:

Tu telegrama me deprimió.⁵² Espero encontrarme con mejores noticias en París, y te mandaré un telegrama desde Lyon. Nada tengo que decir hasta saber algo más. Si el libro es un fracaso comercial será por una de dos razones, o por las dos:

1. El título es apenas regular, más malo que bueno.
2. *Y lo más significativo*: el libro no tiene ningún personaje femenino importante y actualmente las mujeres controlan el mercado de la ficción. No creo que el final trágico importe mucho.

Deberían venderse 20.000 ejemplares para que se cancele la deuda que tengo contigo. Creo que la cifra se alcanzará sin problemas, pero yo esperaba que se vendieran 75.000. Ya veremos esta semana.

Zelda se encuentra bien, o casi, pero los gastos de su enfermedad y de traer nuestro destartalado cochecito a Francia (lo que debía hacerse por ley) han desbaratado los progresos que yo había hecho para solucionar mi situación económica.

En cualquier caso, tendré listo un libro de buenos cuentos para el otoño. Y

ahora escribiré algunos de segunda hasta que haya acumulado suficiente dinero para escribir mi próxima novela. Cuando la haya terminado y publicado ya veré. Si puedo ganarme la vida prescindiendo de los intervalos de basura, seguiré como novelista. Si no, voy a renunciar, volver a casa, marcharme a Hollywood y aprender el negocio del cine. No puedo rebajar nuestro nivel de vida y no soporto esta inseguridad financiera. En fin, no tiene sentido ser artista si uno no puede dar lo mejor de sí. Allá por 1920 tuve la oportunidad de empezar mi vida a una escala sensata, pero la desaproveché y ahora tendré que pagar las consecuencias. Tal vez a los cuarenta pueda volver a escribir sin estas constantes inquietudes y preocupaciones.

Un abrazo de tu muy deprimido,
Scott

P. D.: Cuéntame sobre el libro de Ring. ¿Te he dicho que «Haircut» me parecía mediocre?

P. D. 2: Por favor, remite cualquier oferta cinematográfica de Reynolds.

* • *

A H. L. Mencken

14 Rue de Tilsitt
París, Francia
4 de mayo de 1925

Querido Menk:

Tu carta fue el primer mensaje externo que me llegó sobre mi libro. Me conmovió muchísimo que te gustara y la amabilidad que has tenido en escribirme sobre ello. Poco después recibí carta de Edmund Wilson y un recorte de Stallings, ambos rebosantes de interés y aprobación, pero, como bien sabes, es más importante que un libro mío te guste a ti que a cualquier otra persona de Estados Unidos.

El libro tiene un enorme defecto: la falta de una presentación emocional de lo que Daisy siente por Gatsby después de su reunión (y la consecuente falta

de lógica o relevancia cuando ella lo abandona). Todo el mundo lo ha notado, pero nadie lo ha identificado porque está oculto bajo capas elaboradas y superpuestas de prosa. Wilson se quejó: «Los personajes son uniformemente desagradables», Stallings: «Un fajo de espléndidas notas para una novela», y tú dices: «La historia es en esencia trivial». Creo que la estructura tersa, casi continua, te da esa impresión. Pese a tu admiración por Conrad, y quizá también por oposición a las novelas meramente bien construidas de los imitadores de James, te has acostumbrado a lo informe. De hecho, escribí esta novela en contra de mis dos novelas informes anteriores, así como las de Lewis y Dos Passos. Admito que, comparada con *Mi Antonia* y *La dama extraviada*, es un fracaso en sus intenciones, pero creo que, comparada con *Cytherea* o *Linda Condon*,⁵³ es un éxito. En cualquier caso, he aprendido mucho escribiéndola, y lo que actuó sobre ella ha sido la influencia masculina de *Los hermanos Karamázov*, un libro de forma incomparable, más que la influencia femenina de *Retrato de una dama*. Si te parece trivial o «anecdótica» es por un defecto estético, un fallo en un episodio muy importante, y no por una debilidad temática; al menos, yo no lo creo. ¿Conoces a algún escritor que acepte una crítica justa con calma y sin abrir la boca?

Dicho sea de paso, esperaba que el libro divirtiera al Mencken que escribió el ensayo sobre Nueva York en el último libro de *Prejuicios*, aunque nada de lo que conozco de las nuevas calles de París me guste más que Park Avenue al atardecer.

Creo que, por ahora, el libro es un fracaso comercial; al menos lo era dos semanas después de publicarse, cuando las ventas no habían alcanzado los 20.000 ejemplares. Así que lamento bastante (pero no violentamente) haber rechazado 15.000 dólares por los derechos de publicación por entregas. De todas formas, tengo todo el dinero que necesito y me estaba cansando de ser un autor popular. La bazofia que escribo para el *Post* es cada vez peor y cada vez pongo menos de mi alma en ella; lo extraño es que al principio se me iba el alma en la bazofia. Me pareció que «El pirata de la costa» era tan bueno como «Absolución». Nunca «escribí a menor calidad» hasta el fracaso de *El vegetal* y entonces fue para hacer posible este libro. Lo habría hecho hace tiempo si hubiese sido rentable; lo intenté sin éxito en el cine. La gente no parece darse cuenta de que, para una persona inteligente, escribir a menor calidad es una de las cosas más difíciles del mundo. Cuando personas como Robert Hughes y

Stephen Whitman pierden el rumbo tras publicar un libro trágico, es porque nunca tuvieron verdaderos egos ni actitudes, sino solo barrigas vacías y los nervios a flor de piel. Llenas las barrigas y calmados por la vanidad los nervios, ven la vida de color de rosa y serían muy poco sinceros si escribieran cualquier cosa salvo la basura alegre que producen. Los demás, como Owen Johnson, solo acaban cansados; a algunos de los libros de Johnson no les ocurre nada malo: solo son una porquería. Estaba cansado, y no por ello su obra está menos escrita, así como las obras de Thomas Hardy y Gene Stratton Porter no están menos escritas que las noveluchas de Dreiser.

Pero no te aburro más. Espero dedicarle dos años a mi próxima novela y que sea un éxito de crítica mayor. Trata de mí mismo, no de lo que pensaba de mí mismo en *A este lado del paraíso*. Y tendrá la forma más asombrosa jamás inventada.

Muy, muy agradecido,
F. Scott Fitzg.

P. D.: Esto es simplemente un agradecimiento y no espera respuesta.

* • *

A Edmund Wilson
Mayo de 1925

14 Rue de Tillsit
París, Francia

Querido Bunny:

Gracias por tu carta sobre el libro. Me hace muy feliz que te guste y que apruebes el diseño. Su peor defecto, creo, es un Gran Defecto: no he dado ninguna explicación (y no concebí ni imaginé nada) sobre las relaciones emocionales entre Gatsby y Daisy desde el momento en que se reúnen hasta la catástrofe. De cualquier manera, la falta está tan astutamente escondida por la retrospección sobre el pasado de Gatsby y por las capas de excelente prosa

que nadie se ha dado cuenta, aunque todo el mundo ha sentido la falta y la ha llamado por otro nombre. Mencken dijo (en una carta muy entusiasta recibida hoy) que el único defecto era que la historia central es trivial, una especie de anécdota (sucede que ha olvidado su admiración por Conrad y se ha acostumbrado a la novela informe), pero me pareció que lo que de veras echaba en falta era una vertebración emocional en el punto culminante.

Sin hacer comparaciones envidiosas entre Clase A y Clase C, si mi novela es una anécdota, pues también lo es *Los hermanos Karamázov*. Desde cierto punto de vista, esta última puede reducirse a una historia policiaca. Sea como fuere, tu carta y la de Mencken me han consolado del hecho de que ni una sola de todas las reseñas, incluso las más entusiastas, tenía la menor idea del tema; y de la cuestión aún más deprimente de que el libro sea, comparado con los otros, un fracaso comercial (¡después de haber rechazado 15.000 dólares por los derechos para publicarlo por entregas!). Me pregunto qué habrá pensado Paul Rosenfeld.

Fui a ver a Hemingway. Mañana me llevará a casa de Gertrude Stein. Esta ciudad está llena de americanos —viejos amigos en su mayoría— a los que nos pasamos casi todo el tiempo esquivando, no porque no queramos verlos, sino porque Zelda no se encuentra muy bien y yo tengo que trabajar; y parecen ser incapaces de entablar cualquier conversación que no consista en cotilleos semimaliciosos sobre las celebridades de Nueva York. Francia ha llegado a gustarme. Hemos alquilado un estupendo piso hasta enero. Estoy asqueado de los americanos después de todos los que he visto en París en estas dos semanas; todas esas chicas y mujeres ridículas y avasalladoras que presuponen que uno está personalmente interesado en ellas, que han leído (dicen) a James Joyce y adoran a Mencken. Supongo que no somos peores que los demás, solo que el contacto con otras razas saca a la luz nuestros peores defectos. Si he tenido algo que ver con la creación de los modales de la chica estadounidense contemporánea, lo cierto es que ha sido una chapuza.

Me encantaría verte. Dios, cómo nos reiríamos. Sin novedades, salvo que Zelda y yo creemos estar bastante bien, como de costumbre, solo que más.

Scott

Gracias de nuevo por tu alentadora carta.

* • *

A T. R. Smith⁵⁴

Finales de mayo de 1925

14 Rue de Tilsitt
París, Francia

Querido Tom:

Muchas gracias por tu amable carta sobre *Gatsby*. Me temo que no se venderá como los otros libros, pero estoy encantado con las reacciones de la gente a la que le importa la literatura.

Ahora, en cuanto al negocio editorial, Max Perkins es uno de mis mejores amigos, y en general mi relación con Scribner's ha sido tan grata y cordial que no me imagino rompiéndola. Pero, como te dije una vez, si por alguna razón nuestra relación se volviese imposible, ciertamente acudiría a tu empresa, y sé que nos llevaríamos bien.

Sin embargo, eso sería un monopolio nocivo para el comercio. Ya cuentas con las otras dos grandes promesas estadounidenses de menos de treinta: Hemingway y Cummings. (Pero te ruego que no cites lo que digo de ellos; no quiero molestar a otros dos amigos muy especiales). Espero que el libro del primero tenga éxito, y lo reseñaré con gusto para cualquier periódico que me indique.

Nos quedaremos en París el resto de 1925 y, a veces esperamos, para siempre. Dale recuerdos a Horace.

Un abrazo de tu amigo,
Scott Fitzg.

* • *

A Gertrude Stein⁵⁵

14 Rue de Tilsitt
París, Francia

Junio de 1925

Estimada señorita Gertrude Stein:

Gracias. Nada de su carta es «un mal elogio» y todo en ella «reconforta».⁵⁶ Muchas gracias. A mi esposa y a mí nos pareció usted una dama muy apuesta, muy galante y muy amable en cuanto la vimos, y se lo estábamos diciendo a Hemingway cuando pasó delante de nosotros por la calle buscando su coche. Poco después Hemingway y yo fuimos a Lyon a buscar mi automóvil y de vuelta cruzamos en un tris la Borgoña. Es un gran tipo y alguien realmente de primera.

Estoy ansioso por conseguir *Ser americanos* y aprender muchas cosas del libro e imitar otras, como sin duda haré. Me he empeñado en pagar esa deuda futura recomendando a los Scribner que lo leyeran en el *Transatlantic* y convenciendo a uno de ellos, pero la mente del viejo estaba demasiado senil.

Con gusto dejaré que usted, y las dos o tres personas que comparten su aguda sensibilidad, piensen o no por mí y los míos en cuestiones artísticas (el nombre de ellos no es leyenda, pero casi), así como un hombre de 1901, digamos, permitía que Nietzsche pensara por él en cuestiones intelectuales. Soy de muy segunda línea comparado con la gente de primera; me indigno y tengo casi todos los demás defectos serios y, la verdad, me da escalofríos pensar que una escritora como usted le dé tal importancia a mi artificial y frívola *A este lado del paraíso*. Como a Gatsby, me queda la esperanza. Lo que me pone en una falsa posición, creo.

Muchísimas gracias por escribirme,
Scott Fitzg.

* • *

A Maxwell Perkins
8 de julio de 1925

14 Rue de Tilsitt
París, Francia

Querido Max:

Esta será otra de esas cartas llenas de detalles, así que los iré enumerando para tener la sensación de quitármelos de encima.

1. ¿Podrías pedir que me envíen un resumen de cuenta (declaración bianual) cuanto antes? No sé cuánto te debo, pero la suma debe de rondar los 3.000 o 4.000 dólares. Quisiera saber qué posibilidades hay de que *Todos los jóvenes tristes* recupere esta diferencia. Muchas gracias por los 700 dólares. Me permitirán seguir adelante durante el mes que viene con *Nuestro tipo*,⁵⁷ que va cobrando forma tanto sobre el papel como en mi cabeza. De momento, preferiría no contarte más sobre ella.

2. ¿Se va a publicar *Gatsby* en Inglaterra? Estoy muy ansioso por verla publicada allí. Si no la quieren en Collins, ¿podrías proponérsela a Jonathan Cape? Manténme al corriente.

3. ¿Me dirías cuánto venden los libros de Ring? También *Through the Wheat*.⁵⁸ Releí este último el otro día y me pareció maravilloso. Junto con *La habitación enorme*⁵⁹ y, creo, *Gatsby*, es, con diferencia, lo mejor que ha dado la ficción estadounidense desde la guerra. Excluyo a Anderson porque, desde que leí *Tres vidas*⁶⁰ y su tonta autobiografía, la impresión que me merece ha cambiado por completo. Es solo un cuentista.

4. Gasté 48 dólares en que me hiciera un retrato a lápiz Ivan Opfer. El resultado es pésimo y dice que lo intentará de nuevo. Si no es bueno, enviaré una foto. Los cuentos del libro salen de aquí pasado mañana.

5. Creo que la cantidad de estadounidenses que hay en Europa ha perjudicado al mercado del libro. *Gatsby* es el último de mis libros principales que quiero publicar en primavera. Creo que de aquí en adelante otoño será sin ninguna duda la mejor estación.

6. Lamento haber perdido los estribos con Tom. Pero soy de los que padecen la obsesión de la Norteamérica literaria por la monotonía como tema. Seldes lo señala en una estupenda reseña de *Gatsby* publicada en el *New Criterion* de Londres. También dice: «Actualmente Fitzgerald tiene la más alta posibilidad de convertirse en el mejor artista de su generación». Bastante distinto de Gilbert, a quien solo le gustan Ring, Edith Wharton, Joyce y Charlie Chaplin. Dile por favor a Meyer que lo ponga en la cubierta del libro nuevo y borre la frase acerca de que merezco los «vivas de quienes quieren promover

una noble literatura estadounidense». Quizá merezca los vivos, pero preferiría que expresaran su apreciación sin armar tanto barullo.

7. Te devuelvo el cuestionario.

8. Supongo que, a estas alturas, *Gatsby* habrá pasado los 18.000. Ruego a Dios que alcance los 20.000. Suena mucho mejor. A Shane Leslie le gustó.

Sin novedades, Max. Bebí de lo lindo en mayo, pero desde hace un mes trabajo como un perro. Sigo creyendo que *El baile del conde de Orgel*, de Radiguet, se vendería como castañas. Si tuviera tiempo, yo mismo lo traduciría.

Scott

* • *

A John Peale Bishop

9 de agosto de 1925

14 Rue de Tilsitt
París, Francia

Querido John:

Gracias por tu amabilísima, extensa, perspicaz y atenta carta sobre *El gran Gatsby*. Es casi la única crítica inteligible que ha recibido el libro, a excepción de una carta de Edith Wharton. Sopesaré como es debido, o, mejor dicho, debería haber sopesado, lo que dices sobre la exactitud. Me temo que no he alcanzado la despiadada pericia artística que me permitiría eliminar un fragmento exquisito que no encajara en su contexto. Puedo eliminar lo casi exquisito, lo adecuado, incluso lo rutilante; pero la verdadera exactitud, como la llamas, aún la veo lejos. También tienes razón al decir que a *Gatsby* se le ve desdibujado y poco uniforme. En ningún momento lo vi claramente yo mismo, pues comenzó siendo un conocido mío hasta que se convirtió en mí: la amalgama nunca se completó en mi mente.

Tu novela suena fascinante y me muero por verla. Yo empezaré una nueva el mes que viene en la Riviera. Entiendo que MacLeish⁶¹ se encuentra allí,

entre otros (en Antibes, adonde iremos). En primavera París era un manicomio y, como imaginarás, estábamos en medio del jaleo. No sé cuándo regresaremos a Estados Unidos; puede que nunca. Nos quedaremos aquí hasta enero, salvo por un mes en Antibes, y luego iremos a Niza en primavera, con un viaje a Oxford planeado para el verano próximo. Recuerdos a Margaret y muchas gracias por tu amable carta.

Scott

* • *

A Maxwell Perkins
20 de octubre de 1925

14 Rue de Tilsitt
París, Francia

Querido Max:

Gracias por tus cartas del 6, el 7 y el 12. Me alegra que te gusten los primeros cuatro cuentos. Te pido las galeradas de «El joven rico» porque el original del héroe quiere que cambie una cosa, un detalle que lo identificaría.

Me alivia saber que *Gatsby* aparecerá esta primavera en Inglaterra. ¡Tu primera carta daba a entender que sería en otoño de 1927! Pero me desilusiona que solo haya vendido 19.640 ejemplares. Esperaba que se hubiera acercado más a los 25.000.

Interesantes las cifras sobre Tom Boyd y Ring. Ni que decir tiene, no las divulgaré, pero pensaba que *Through the Wheat* habría vendido mucho más. Teniendo en cuenta el éxito de *What Price Glory?*,⁶² no lo entiendo. ¡Y *Points of Honor*⁶³ solo 1.545! Estoy asombrado y consternado. Veo que *The New Yorker* y *The Nation* (o *The New Republic*) mencionan *Samuel Drummond*⁶⁴ favorablemente.

No hay novedades. La novela avanza lenta y cuidadosamente, a medida que rompo y corrijo mucho. Si sabes algo de la dramatización de *Gatsby* — elenco, fecha, etc.—, por favor, mantenme al corriente.

Ayer te mandé un telegrama para pedirte 100 dólares, con lo que mi deuda asciende a 3.171,66 dólares de nuevo. ¡Qué deprimente! ¿Alguna vez quedará saldada? Es probable que los cuentos no vendan ni 5.000 ejemplares.

Con cierta tristeza,
Scott

P. D.: ¿Fracasó la sindicación de *Gatsby* por parte de Bell Syndicate?

P. D. 2: Hace un año y medio Knopf publicó un libro (novela) de Ruth Suckow llamado *Country People*. O sea, que el editor no se arriesgó con sus cuentos. La cosa no prosperó. Pero Mencken y yo y muchos otros consideramos que los cuentos son maravillosos. Aparecieron en *The Smart Set* (años 1921, 1922, 1923) y en *The American Mercury* (1924, 1925), en cantidad justa como para armar un libro de unas 80.000 palabras. Repercusión asegurada. Podría ser la próxima Katherine Mansfield. Ese libro tan bueno que es *The Perennial Bachelor*, de Anne Parrish, la imita a ella, creo. (Es la mejor escritora estadounidense de menos de 50 años).

¿Por qué no contactarla? Parecería que Knopf la está dejando marchar. Probablemente conseguirías su próxima novela si no está contratada y pruebas primero con los cuentos. Es un consejo de primera.

Scott

* • *

A Ernest Hemingway
Franqueada el 30 de noviembre de 1925

Querido Ernest:

Me avergüenzo de lo que pasó la otra mañana. No solo por molestar a Hadley,⁶⁵ sino por endosarte a aquel «Juda Lincoln», alias George

Morgenthau. Con todo, justo es decir que el tipo deplorable que entró en tu apartamento el sábado por la mañana *no fui* yo, sino un tal Johnston que a menudo se hace pasar por mí.

En contra de las apariencias, Zelda no sufría por falta de cuidados, sino por una histeria nerviosa que solo se alivia cuando un doctor le da morfina. Al día siguiente los dos fuimos a Bellau Wood para recuperarnos.

No sé por qué te conté una mentirijilla tonta, o mejor dicho una exageración, y tonta porque la pura verdad alcanzaba para ponerme exultante. El *Saturday Evening Post* me aumentó la paga a 2.750 dólares por cuento y no a 3.000, lo que supone un salto de 750 dólares en un mes. Tal vez pensaba que ahora podía pedir 3.000 a las revistas más pequeñas. El *Post* tan solo igualó la oferta de *Heart's*, pero eso es algo que rara vez hacen.

Como te dije, ignoro en qué absurdas versiones del episodio de McAlmon o de la orgía inglesa hemos participado.⁶⁶ Es cierto que salvé a McAlmon de una paliza sin duda merecida, y que en Londres fuimos a unas fiestas alocadas con una cierta marquesa de Milford Haven, a la que conocimos con Tallulah Bankhead. Era parte de la realeza, creo. En cualquier caso, fue muy amable; cualquier otra cosa que yo haya agregado sobre la relación entre los Fitzgerald y la casa de Windsor es pura ficción.

Espero ansioso la novela cómica. ¿Irás a casa de los MacLeish el martes? Espero que Hadley ya esté bien. Créeme cuando te digo que le deseamos

todo lo mejor a
Ernest M. Hemingway

1926

30 años

¡Dios mío! Si se vendieran 10.000 ejemplares, saldaría mi deuda contigo por primera vez desde 1922. ¿No es una vergüenza, cuando el precio habitual que me pagan por cuento es 2.500 dólares? Pero escribir basura ya no me resulta tan fácil como antes y he llegado a odiar ese viejo formato depravado.

(Carta a Maxwell Perkins,
20 de febrero)

A Harold Ober

Recibida el 4 de febrero de 1926

Para entregar a Guaranty Trust Co.

1 Rue des Italiens

París, Francia

Querido Ober:

Hemos venido a un pueblito perdido de los Pirineos, Salies-de-Béarn, donde mi esposa recibirá un tratamiento especial de baños durante once meses por una enfermedad que arrastra desde hace casi un año. Aquí tienen las fuentes termales más potentes del mundo, pero no mucho más fuera de temporada. Somos dos de las siete personas hospedadas en el único hotel abierto.

Nos quedaremos hasta el 1 de marzo, pero lo mejor es que me escribas a París; es igual de rápido en el caso de las cartas. Los telegramas sobre la obra de teatro mejor envíalos a:

Fitzgerald, Bellevue

Salies-de-Béarn [todo junto], Francia

Sobre el cuento «El baile», la primera historia policiaca que he ensayado nunca, me temo que no es buena. (Si es que alguna vez te llega; empiezo a pensar que nada lo hace jamás. Lo envié por correo certificado. ¿Has recibido los dos ejemplares de *Adolescent Marriage*, o alguno de los dos?). Retomando, por favor no ofrezcas «El baile» al *Post* ni a *Red Book*. ¿Por qué no a *College Humor* por 1.500 dólares? ¿O a *Women's Home Companion*? ¿Me dirás qué opinas?

Debo de deberte miles de dólares: al menos tres, quizá más. Siempre me

encuentro comprometido contigo debido a tu amabilidad. Desde ahora hasta el 1 de marzo recibirás una seguidilla constante de cuentos de 2.500 dólares: al menos cinco de ellos. Y espero que para entonces la obra de teatro haya empezado a rendir algo por su cuenta. Honestamente, creo que te causo más problemas y te aporonto menos negocios que ningún otro de tus clientes. Cómo lo aguantas no lo sé, pero gracias a Dios que lo haces. Y 1926 será distinto.

¿Te conté que han vuelto a escribirme de *McCall's* para preguntar por mi novela? ¿Podrías hablar con ellos? La novela está empezada, pero voy a dejarla en reposo un mes o así, como hice con *Gatsby*, y no estará lista antes de fin de año.

Me contaron que el señor Reynolds está enfermo. ¿Es cierto? Espero que no.

Gracias por milésima y millonésima vez.

Scott Fitzg.

Ayer envié un cuento que iba a ser el cuarto de una serie, pero lo había corregido tanto que al final no lo mandé desde París. En total te he mandado *siete* manuscritos de *cuatro* cuentos distintos.

* • *

A Maxwell Perkins

Sur de Francia
20 de febrero de 1926

Querido Max:

Se me acaban de ocurrir dos cosas o, mejor dicho, tres.

1. Recibirás esta carta sobre el 3 de marzo. Tal vez para entonces mi libro de cuentos se encuentre en venta desde hace tres semanas o tres días; no me has especificado la fecha. En cualquier caso, ¿podrías escribirme de inmediato con una predicción aproximada de las ventas? Ya sé que son conjeturas y que sin duda temes hacer una proyección excesiva, pero *cuando menos* me gustaría conocer las ventas hasta esa fecha. Tiene que ver con mi

declaración de impuestos, que debo mandar el 14. También, ¿podrías enviarme un formulario en blanco para la declaración de impuestos?

¡Dios mío! Si se vendieran 10.000 ejemplares, saldaría mi deuda contigo por primera vez desde 1922. ¿No es una vergüenza, cuando el precio habitual que me pagan por cuento es 2.500 dólares? Pero escribir basura ya no me resulta tan fácil como antes y he llegado a odiar ese viejo formato depravado.

¿Cómo anda el pobre Tom Boyd? ¿Aún quiere convertirse en un escritor rural? ¿O ha entrado en razón y decidido escribir sobre la guerra, o la seducción de mujeres casadas en St. Paul, o la vida en un colegio militar de Kentucky, o algo que conozca? No tiene un toque de genio, como Hemingway y Cummings, pero, como Dos Passos, posee un talento recio y valioso. Haría bien en escribir sobre el mundo externo, de manera tan intensa y precisa e incluso brillante como sea capaz, pero parar ahí. Carece casi por completo de la habilidad para razonar claramente y no tiene la menor profundidad emocional. Es tan insensible que solo las batallas hacen mella en él; cuando juega con el material casi evanescente de Anderson, se convierte en un bruto a ojos del público. Ojalá pudiera verlo y hablar con él. Por el amor de Dios, Max, refrena tu habitual (y, en general, sagaz) apertura de miras y no lo ayudes a arruinarse el futuro alentando sus estúpidas ambiciones. Acabará amargado por el fracaso.

2. ¿Ha ayudado a las ventas de *Gatsby* el éxito de la obra teatral? Creo que, hoy en día, no existe la *menor* relación entre esas cosas. Por eso no permití una versión cinematográfica de *Hermosos y malditos*. Dicho sea de paso, imagino que aquellos libritos de 75 centavos ya no se venden. No deberían. ¿Se venden? Quiero decir, los discursos de Jesse Williams, Arthur Train, Wilson, etc., ¿se venden tanto como *The Perfect Tribute*⁶⁷ y *The Third Wise Man*?⁶⁸

Ahora, algo confidencial. T. S. Eliot, por quien conoces mi profunda admiración (creo que es el más grande poeta vivo en cualquier idioma), me cuenta por carta que leyó *Gatsby* tres veces y le pareció que era *el primer paso adelante que da la ficción estadounidense desde Henry James*.

¡Espera a que vean la nueva novela!

¿Cerraste el trato con Hemingway?

Quería preguntarte otra cosa. ¿Qué era? ¡Maldita sea!

Regresaremos a Estados Unidos en otoño, pero no quiero hacerlo. Me

gustaría vivir y morir en la Riviera francesa.

¿Cuáles son los rumores secretos sobre el caso de la condesa Cathcart?

No recuerdo la otra pregunta y me está volviendo loco. ¡Loco! (Media hora después) ¡Loco!

¡¡¡LOCO!!!

Si ves a algún conocido mío dile que lo odio, a él en concreto. No quiero volver a verlo.

¿Qué me impide perder la cabeza? Mi padre es un imbécil y mi madre una neurótica, medio demente por sus patológicas preocupaciones nerviosas. Entre los dos no suman la inteligencia de Calvin Coolidge.

Si yo supiera algo, sería el mejor escritor de Estados Unidos.

Scott Fitzg.

¡Eureka! ¡Me acordé! Pásale las ofertas de cine a Reynolds.

* • *

A Maxwell Perkins

1 de marzo de 1926

Hotel Bellevue
Salies-de-Béarn

Querido Max:

Ernest llegará a Nueva York por las mismas fechas que esta carta. Al parecer no tiene contrato, así que la cosa será entre vosotros y Harcourt. Se pondrá en contacto contigo.

Hay en *Aguas primaverales* (la sátira) varios toques un poco rabelesianos, aunque no mucho, que no son peores que Don Stewart o la parodia que hizo Benchley de Anderson.⁶⁹ Además, *se dice* que Harcourt ofreció un adelanto de 500 dólares por *Aguas* y de 1.000 por una novela casi terminada. (Estrictamente confidencial). Si *Bridges* alcanza los 50.000, no creo que Ernest te pidiera que igualaras esos adelantos, pero me estoy metiendo en cuestiones diplomáticas que tú manejas mejor. No digo que le prometas

50.000, pero de alguna manera él te los está prometiendo a ti; una de las razones por las que se inclina por vosotros es la revista.

En cualquier caso, Ernest es temperamental en cuestiones de negocios, por culpa de los fraudulentos editores de aquí. Si logras contratar los otros dos libros, *hazle firmar un contrato* por *Fiesta* (novela). En fin, no digo más. Este asunto es confidencial entre tú y yo. Por favor, destruye esta carta.

A Zelda le gustó la solapa de Biggs, a mí no tanto.⁷⁰

A mí me gustó la solapa de Ring, a Zelda no tanto.⁷¹

A ninguno de los dos nos pareció lograda la mía,⁷² una buena idea pero apagada y mediocre: la figura podría ser una mujer. Creo que habría sido mucho más acertado imprimirla como sugería yo. De hecho, es la solapa menos satisfactoria que he tenido. En cualquier caso, después de *Gatsby* ya no creo que la gente se interese en las solapas.

¿Me envías cuando puedas un ejemplar de esa revista llamada *McNaughts*?

No me has hablado del libro de Biggs. ¿Es *The Migration of the Drunkards* o algo nuevo? ¿Y es bueno?

Un abrazo,
Scott Fitzg.

¿Qué hay de Tom y Peggy?

* • *

A Harold Ober
Recibida el 15 de marzo de 1926

Salies-de-Béarn
Sabe Dios dónde

Querido Ober:

Este es uno de los cuentos más lamentables que he escrito. ¡Es *terrible*! Perdí el interés por la mitad (dicho sea de paso, la última parte está

mecanografiada a triple espacio porque pensé que podía arreglarlo; pero no he podido).

Te ruego —y lo digo en serio— que se lo ofrezcas al *Post*. Creo que, tal como están las cosas, sería una *pésima* estrategia. Tampoco a *Red Book*. Al cuento no lo redime ni *un solo toque* de mi ingenio habitual. Estaba desesperado por empezar un cuento e inventé un argumento sobre negocios, el tipo de argumento que siempre se me va de las manos. Preferiría sacar 1.000 dólares de alguna publicación poco conocida que el doble de ello y que se viera. ¡Te lo digo muy en serio!

Estoy escribiendo dos de los mejores cuentos de mi vida.

Un abrazo,
Scott Fitzg.

* • *

A Maxwell Perkins
15 de marzo de 1926

Villa Paquita
Juan-les-Pins
Alpes Maritimes
Francia
(Dirección hasta el 15 de junio)

Querido Max:

Muchas gracias por tu amable carta y por el formulario de impuestos. Estoy encantado con el libro de cuentos. De hecho, ahora que la obra de teatro marcha bien y que mi nueva novela me absorbe cada vez más y que estamos nuevamente instalados en una bonita villa de mi amada Riviera (entre Cannes y Niza), soy más feliz de lo que lo he sido en años. Es uno de esos momentos extraños, preciosos y demasiado fugaces en que todo en la vida parece andar bien.

Gracias por la información legal que le pediste a Arthur Train.⁷³

Me alegro de que llegaras a un acuerdo con Hemingway. Lo vi un día en París a su regreso, y le has caído estupendamente bien. Te he traído dos éxitos (Ring y Tom Boyd) y dos fracasos (Biggs y Woodward Boyd). Ernest decidirá si mis opiniones son un obstáculo o una ayuda.

¿Por qué no intentas publicar este cuento en *College Humor*? Ya han publicado algo mío.

¡Pobre Tom Boyd! Primero le achacaba su estupidez. Ahora siento pena por él.

Tu amigo Scott

No te debo nada por primera vez en cuatro años.

Mira por donde, el subnormal de F. P. A. vuelve a prestar atención a mi obra después de seis años de negligencia. Me gustaría meterle los elogios por el trasero. Dios sabe que de nada me sirven ahora.

¿Podrías conseguir el anexo por mí, abrirlo y decirme qué es?

* • *

A Harold Ober

Recibida el 3 de mayo de 1926

Villa Paquita
Juan-les-Pins, Alpes Maritimes,
Francia

(Después del 3 de mayo escíbeme a Villa St. Louis, Juan-les-Pins, Alpes
Maritimes)

Querido Ober:

Naturalmente, la oportunidad de la película me entusiasmó mucho. Como no he vuelto a oír nada, me temo que no se habrá concretado; espero ansioso las novedades.⁷⁴

Tengo tus dos cartas sobre *Liberty*. En cuanto al negocio de los cuentos,

preferiría quedarme con el *Post* por 2.500 dólares que irme a *Liberty* por 3.500. No solo eso, sino que probablemente no escriba ningún cuento hasta el otoño que viene.

Pero hay una cuestión que quizá me obligue a dejar el *Post* y es la publicación de la novela por entregas. Llevo escrito más o menos un cuarto de la novela y la entregaré para su posible publicación por entregas alrededor del 1 de enero. Tendrá unas 75.000 palabras, divididas en doce capítulos, y tratará —aunque esto es completamente confidencial— de un caso como el de aquella chica que le disparó a su madre el año pasado en la costa del Pacífico. Dicho de otro modo, al igual que *Gatsby*, es sensacionalista. No solo por ello el *Post* la rechazaría, sino que además se oponen, como sabes, al tenor de las ideas que impregnan mi obra más seria.

Por otra parte, es evidente que *Liberty* juega muy a mi favor en este momento. Y si me dieran entre 25.000 y 40.000 dólares por la publicación por entregas tendría que ser un idiota para rechazarlo. En fin, si me dan, digamos, 30.000 por la novela y me garantizan que mantendrán una línea editorial estable cuando menos hasta enero de 1927, lo más conveniente será marcharme con ellos. Francamente, estoy a la deriva. Quizá lo mejor sea esperar a ver si contratan la novela por adelantado. Espero volver a Estados Unidos con ella terminada en diciembre.

Mándame un telegrama con tus consejos. El problema es que, si la publicara *McCall's* o *The Red Book*, la cosa llevaría un año largo y eso es un fastidio, mientras que *Liberty* la daría en tres meses.

Ah, maldita sea, me revienta dejar el *Post*. ¿Qué tipo de revista es *Liberty*, en todo caso? ¿Rica o solo subsidiada?

Ansiosamente,
F. Scott Fitzgerald

* • *

A Harold Ober
Recibida el 3 de junio de 1926

Villa St. Louis

Juan-les-Pins
Alpes Maritimes
Francia

Querido Ober:

Bueno, me produce cierta melancolía oír que las funciones⁷⁵ llegaron a su fin. Sin embargo, dado que ha sido una especie de *succès d'estime* y que me reportó 17.000 o 18.000 sin que ello supusiera el menor trabajo por mi parte, no puedo sino estar muy contento, y lo estoy.

Mil gracias por la atención que has tenido con mi padre. Hiciste el esfuerzo de ser amable con él, y me escribió una carta muy satisfecha y entusiasta. Creo que me echa de menos, y a su edad una excursión como esa es un placer excepcional. Estoy, como siempre, hondamente en deuda contigo, y ahora por una razón muy agradable y personal. La vida de mi padre, después de un comienzo brillante en los años setenta, ha sido un «fracaso»; siempre ha vivido a la sombra de mi madre y siente un inmenso placer vicario por cualquier éxito mío. Gracias.

Un abrazo,
Scott Fitzgerald

No te he enviado ningún cuento desde «Tu carácter y el mío».

* • *

A Ernest Hemingway
Junio de 1926

Juan-les-Pins
Alpes Maritimes
Francia

Querido Ernest:

Ahora que todo el mundo es un genio, al menos por un rato, la tentación de los farsantes a sacar provecho no es mayor que la de los honrados a descansar (de algún modo misterioso), sin darse cuenta de que su gloria es fugaz, porque se apoya en los frágiles hombros de entusiastas profesionales. El miedo a esto último debería hacernos atesorar cualquier cosa honesta que la gente diga sobre nuestra obra. He aceptado lo que resultaron ser excelentes consejos (sobre *Hermosos y malditos*) de parte de Bunny Wilson, que nunca ha escrito una novela, sobre *Gatsby* (cambiar varios miles de palabras) de parte de Max Perkins, que nunca ha pensado en escribir una, y sobre *A este lado del paraíso* de parte de Katherine Tighe (no la conoces), que probablemente nunca antes había leído una novela.

[Esto empieza a parecerse a mi libro actual, que se disuelve en preliminares laboriosos y sentenciosos].

En cualquier caso, creo que algunas partes de *Fiesta* están descuidadas y son innecesarias. Como te dije ayer (y, según recuerdo, cuando quise convencerte de que quitaras la primera parte de «Cincuenta mil de los grandes»), veo en ti una propensión a envolver o (a la larga) *embalsamar* en pura verbosidad una anécdota o un chiste que te ha hecho gracia, algo parecido a mi tendencia a conservar un fragmento de «buena escritura». Tu primer capítulo contiene unos diez ejemplos de ello y da una sensación de condescendiente *informalidad*.

P. 1. «un cuento muy moral»

«Brett dijo» (material de O. Henry)

«demasiado caro»

«esto o lo otro». Si no quieres especificar, ¿por qué desperdiciar tres palabras para decirlo? Mira la p. 23: «9 o 14» y «cuántos años habían pasado desde 19XX», cuando te llevaría dos palabras decirlo. Es lo que en cualquier otro condenas como «puro estilo»: puro camelo. No encuentro nada de esto último, pero en cualquier caso no solo debes escribir bien por ti mismo, sino además rechazar, *no-hacerlo* que puede hacer cualquiera, y creo que hay unos veinticuatro comentarios desdeñosos, expresiones de superioridad y burlas superfluas que debilitan la narración hasta la p. 29, donde (después de un comienzo fallido al presentar a Cohn) la historia realmente arranca. Y para conservar estos extras desaconsejables y deliberados has escrito muchos pasajes que *honestamente* me recuerdan a Michael Arlen.

[Sabes que, por haberse comprometido contigo, la gente te vigilará como un gato y, si no le gusta lo que ve, se alejará sigilosamente como tal].

Por ejemplo.

Párrafos 1 y 2. Esnob. (No por sí mismo, sino porque la historia de los aristócratas británicos durante la guerra, presentada de manera tan verbosa, acrítica, desde fuera y, sin embargo, tan evidentemente inspirada desde dentro, está *manida*). Tienes el mismo problema que tuve con «El joven rico», previamente pervertido por Chambers, etc. O bien analízalo más en profundidad, a sabiendas de que ese suelo ha rendido su trigo y sus hierbajos, o redúcelo a siete oraciones. Ni siquiera tiene tu ritmo, y el hecho de que sea «verdad» no importa en absoluto.

Esa biografía tuya, que siempre has creído en la superioridad (la preferibilidad) de lo *imaginado* sobre lo *visto por no decir lo meramente relatado*.

P. 3. «Porciones bellamente grabadas». (Ironía bellamente grabada de 1886). Todo esto está bien, pero es poco sincero y *muy* verboso.

P. 5. Los pintores ya no son *reales* en prosa. Tienen que ser minimizados. [Esto no se logra convirtiéndolos en escultores, expertos en muros de retretes o pintores de miniaturas].

P. 8. «Impulsos muy morales», «porque me parece una buena historia». Si este párrafo no es torpe, le reescribo los discursos al doctor Cadman.⁷⁶

P. 9. Por alguna razón no funciona. No logro determinar por qué. Suena un poco a «Esta es una historia verdadera», etc.

P. 10. «El *quartier* es un estado de ánimo», etc. Esto está en todas las guías turísticas. No he leído la de Basil Woon, pero te apuesto cincuenta francos a que sí.

[A estas alturas te estarás diciendo: «Dios mío, este tipo me considera pésimo, y se puede ir a tomar por saco por lo que me importa su maldita “crítica”». Pero recuerda que estás tomando un rumbo nuevo, y que tus cosas me parecen geniales. Fuiste el primer estadounidense al que quise conocer en Europa, y el último. (Esta última cláusula la he puesto para equilibrar la oración. No parece tener sentido, aunque la he toqueteado durante varios minutos. Es como la edad de las francesas)].

P. 14. (Y por ahí). Como te dije ayer, creo que esta anécdota tiene muy poca gracia sin nombrar a Ford,⁷⁷ lo que sería de mal gusto.

No tiene gracia porque al final mencionas a Aleister Crowley.⁷⁸ Con un don nadie, no tiene valor. Con alguien importante, es de mal gusto. Esto es una novela. También quitaría la mención anterior de Harold Stearns.⁷⁹

¿Por qué no eliminar lo superfluo de la biografía de Cohn? Qué más da su primer matrimonio. Cuando hay tanta gente que escribe bien y la competencia es tan aguerrida, no entiendo cómo has escrito estas primeras 20 páginas con tanta despreocupación. Con la atención de la gente *no se juega*; un escritor capaz de cautivar la atención a voluntad debe tener especial cuidado.

Desde aquí, o más bien desde la p. 30 en adelante, la novela empezó a gustarme, pero, Ernest, no puedo decirte lo mucho que me decepcionó la elefantiásica frivolidad del comienzo. Tiene 7.500 palabras; podrías reducirlo a 5.000. Y te aconsejo que lo hagas, no recortando aquí y allá, sino eliminando las peores *escenas*.

He decidido no inmiscuirme en nada más, porque no tuve el impulso de hacerlo mientras leía. Estaba muy entusiasmado. Y además, quizá la dosis ya es bastante fuerte. La novela es muy buena. El tema central renquea en alguna parte, pero, caray, a menos que uno escriba la historia de su vida, contando con el inevitable péndulo que oscila dentro de lo cierto, ¿quién puede lograrlo completamente? ¿Y qué crítico sería capaz de rastrear si el defecto reside en una posible falta de reflexión, en tratar de abarcar más de lo que a la larga se puede apretar con el tema de la impotencia, o en lo esquivo del personaje femenino mismo?⁸⁰ A mí siempre me dio la impresión de que ella se dramatizaba en términos de la dramatización de Arlens de la dramatización de alguien más de la dramatización de Stephen McKenna de la dramatización de Diana Manner de la última chica de Wells en *Tono-Bungay*, a cuyo original probablemente le gustaran más las cosas sobre Beatrix Esmond que sobre la Elizabeth de Jane Austen (a quien debemos los modales de tantas de nuestras esposas).

En cuanto a tu prólogo sobre el barrio latino, imagina que hubiera empezado los cuentos con frases como: «España es un lugar peculiar, etc.» o «Michigan es interesante para dos clases: los pescadores y los tamborileros».

Con algunos retoques, los párrafos 64 y 65 deberían poder contarnos todo lo que hay que saber sobre el pasado de Brett.

(Un detalle). «Fallecido de disentería» en vez de «matado» es un cliché para evitar un cliché. Salta a la vista. Supongo que no puede evitarse. Supongo

que los 75.000⁸¹ europeos que murieron entre 1914 y 1918 siempre se encontrarán entre los 10.000.000 que fueron asesinados en la guerra.

¡Dios mío! El final de la p. 77 hasta el principio de la 78 es magnífico, me vuelvo loco cuando la gente no da siempre lo mejor de sí. Esto no lo he seleccionado. Acabo de verlo por casualidad.

Lo fundamental de mi crítica compete a la p. 87. Creo que, de todos modos, no puedes cambiarlo. Sentí la falta de alguna vacilación o inseguridad alocada y torturante; horror, de repente, de que ella sintiera y él sintiera. Tal vez desvarío. No se parece a *un hombre impotente. Se parece a un hombre con un cinturón de castidad moral.*

Ah, en fin. Está bien, en todo caso, del capítulo V en adelante, pese a ello, lo cual es de hecho prueba de su brillantez.

La estación ZWX al cuadrado dice buenas noches. Buenas noches a todos.

* • *

A Ernest Hemingway
Diciembre de 1926

Franqueada en Washington, D. C.

Querido Ernest:

Tu carta me deprimió. No es lógico, pues más o menos sabía lo que se avecinaba. Habría querido verte y oír tu versión de lo ocurrido, si lo deseabas. En cualquier caso, lo siento por ti y por Hadley y por Bumby,⁸² y espero que de alguna manera estéis bien y que las cosas no sean tan duras y difíciles.

No sabes lo mucho que ha significado tu amistad en este último año y medio; para mí es lo más brillante de nuestro viaje a Europa. Procuraré velar por tus intereses en relación con Scribner en Estados Unidos, pero supongo que no es necesario y que pronto estarás muy bien parado económicamente.

Lamento que no vinieras a Marsella. Regreso con mi novela aún sin terminar y con menos salud y no mucho más dinero del que tenía cuando me fui, pero en cierto modo contento, por ahora, con la mudanza y con Nueva York

y con Zelda totalmente recuperada y satisfecho con la parte del libro que llevo escrita.

Estoy encantado con las noticias que he visto de *Fiesta*. No me había dado cuenta de que me habías robado todo, pero estoy dispuesto a creerlo y contárselo a todo el mundo. Dicho sea de paso, el libro impreso me gustó incluso más que el manuscrito.

La primera tirada probablemente fue de 5.000. Que se haga la segunda puede querer decir que han vendido 4.500, por lo que han encargado 3.000 más. Sin embargo, también puede indicar cualquier número entre 2.500 y 5.000.

College Humor paga bien. No habrá una película de *Fiesta* a menos que el libro sea un gran *succès de scandale*. Es solo una conjetura.

A todos nos gustó «La vie est beau avec Papa». Coincidimos con Bumby.

Con cariño,
Scott

Escríbeme a Scribner's.

1927

31 años

No trabajé este verano pero tendré mucho que hacer en otoño. Espero terminar la novela antes del 1 de diciembre. Llevo un tiempo con los nervios a flor de piel; es algo puramente físico, pero me inquieta un poco, hasta el punto de que he dejado de beber y solo fumo cigarrillos sin nicotina.

(Carta a Ernest Hemingway, octubre)

A Ernest Hemingway
Octubre de 1927

Edgemoor, Delaware

Querido Ernest:

Miles de personas te enviarán este recorte.⁸³ Creo que te hará tomar conciencia de tu existencia pública. Tiene buenas intenciones; el autor elogió tu libro unos días antes.

El libro es excelente.⁸⁴ Me gusta tanto como *Fiesta*, lo que te dará una idea de mi entusiasmo. Pese a la dispersión geográfica y emocional, es una unidad, al igual que lo son los libros de relatos de Conrad. Zelda lo leyó fascinada, y le gustó más que cualquier otra cosa que hayas escrito. Su favorito es «Colinas como elefantes blancos»; el mío, a excepción de «Los asesinos», es «Ahora me acuesto». El relato sobre los indios es el único que no me dice nada, y me alegra que no hayas incluido «En Michigan». Probablemente pertenecen a una vena anterior y casi agotada.

«En otoño la guerra seguía allí pero ya no la hacíamos». Dios, qué hermosa frase. Y los sueños despierto en «Ahora me acuesto» y toda la atmósfera de «Colinas».

¿Has visto el adelanto del soplapollas de Rascoe, que obviamente solo había leído tres cuentos y quería demostrar que estaba al día?

Max dice que casi se agotó la tirada de 7.500 ejemplares, aunque eso fue hace cinco días. Me gusta el título: *Todos los hombres tristes sin mujeres*,⁸⁵ y me parece que mi influencia empieza a notarse. Obviamente Manuel Garcia es Gatsby. Lo que no has aprendido de mí lo aprenderás de *Good Woman Bromfield*,⁸⁶ y pronto te encontrarás a bordo del Vagón de la Nueva Generación.

No trabajé este verano pero tendré mucho que hacer en otoño. Espero

terminar la novela antes del 1 de diciembre. Llevo un tiempo con los nervios a flor de piel; es algo puramente físico, pero me inquieta un poco, hasta el punto de que he dejado de beber y solo fumo cigarrillos sin nicotina. Zelda baila tres veces por semana con la sinfonía de Phila y también pinta. Creo que hiciste bien al no precipitarte a aceptar la oferta de *Heart's*. Yo firmé con ellos un contrato que, tal como resultaron las cosas, me causó muchísimo daño de un modo u otro. Long es un carroñero sentimental que no tiene ni asomo de buen gusto o individualidad, ni siquiera tanta como Lorimer, por ejemplo. En todo caso, ¿por qué no le mandas tus cuentos a Paul Reynolds? Se ocupará de ellos con gusto y te conseguirá buenas tarifas. El *Post* ahora me paga 3.500 dólares; incluyo este detalle solo para que no te quepan dudas de quién escribe la carta.

No sabes cuánto te echo de menos. Tal vez vaya allí en marzo o en abril durante seis semanas. *The Grandmothers*⁸⁷ es un libro respetable pero sin distinción. ¿Vendrás a Estados Unidos? Dale mis saludos a Pauline.

Con mis mejores deseos y mi afecto,
Scott

1928

32 años

La novela marcha bien. Creo que es maravillosa y quienes la han visto (porque la he leído un poco aquí y allá) se han entusiasmado mucho con ella. Sentí aliento el otro día, cuando James Joyce, que vino a cenar, dijo: «Sí, espero terminar mi novela dentro de tres o cuatro años como mucho», y él trabaja once horas diarias contra mis intermitentes ocho. La mía estará terminada seguro en septiembre.

(Carta a Maxwell Perkins, 21 de julio)

A Harold Ober
8 de abril de 1928

Wilmington, Delaware

he decidido ir a francia por tres meses como hablamos el viernes ¿puedes depositarme cuatrocientos dólares el lunes por la mañana? el primer cuento está siendo mecanografiado y lo enviaré el martes por la tarde y escribiré al menos uno más antes de embarcarnos lo que según los planes será el veintiuno de este mes.

scott fitzgerald

* • *

A Harold Ober
3 de junio de 1928

París

dos capítulos más terminados todo listo en agosto. ¿puedes depositar ciento cincuenta de inmediato y mil cuando paguen el cuento?

* • *

A Maxwell Perkins
21 de julio de 1928

París

Querido Max:

1. La novela marcha bien. Creo que es maravillosa y quienes la han visto (porque la he leído un poco aquí y allá) se han entusiasmado mucho con ella. Sentí aliento el otro día, cuando James Joyce, que vino a cenar, dijo: «Sí, espero terminar mi novela dentro de tres o cuatro años *como mucho*», y él trabaja once horas diarias contra mis intermitentes ocho. La mía estará terminada *seguro* en septiembre.

2. ¿Recibiste mi carta sobre *André Chamson*? En serio, Max, estás dejando pasar una gran oportunidad si no lo contratas. Puede que Radiguet fuera obscuro. Chamson no lo es *en absoluto*; es con diferencia el mejor de los escritores jóvenes de aquí, una especie de Ernest y Thornton Wilder reunidos en uno. *Hombres del camino* es su segunda novela y casi obtuvo el Prix Goncourt. Es la historia de unos trabajadores que construyen una carretera y tiene toda la potencia de *La bendición de la tierra*, de Knut Hamsun; nada que ver con los falsos agricultores norteamericanos de Tom Boyd. Es más, aunque apenas lo conozco y no tengo intereses creados, me parece una personalidad tan extraordinaria como France y Proust. Dicho sea de paso, King Vidor (que dirigió *Y el mundo marcha* y *El gran desfile*) rodará este verano una película basada en el libro. Si confías en mi criterio, encarga por lo menos un informe y cuéntame qué decides. Dentro de diez años Chamson no tendrá precio.

3. Estoy pensando en publicar un libro con los cuentos sobre *Basil Lee* después de la novela. Tal vez uno o dos más de los cuentos serios que se publiquen en *The Mercury* o en *Scribner's*, si los aceptáis, combinados con un total de unos seis en la serie del *Post*, compondrían una agradable novela *ligera*, casi, que apareciera en la temporada *inmediatamente* posterior a la novela, como para no dar la impresión de que se interponen con mi llamada «obra». El libro tendría unas 50.000 o 60.000 palabras.

4. Cuéntame qué planes hay sobre a) Ernest, b) Ring, c) Tom (reseñas pobretonas, he notado), d) John Biggs.

5. ¿Te ha gustado el cuento de Bishop? Me pareció estupendo.

6. Estaré de regreso el 15, creo. Saludos a Louise.

7. En cuanto a Cape: ¿cerrarías el trato por mí quedándote con una

comisión del 10 por ciento? Eso si no estoy *moralmente* comprometido con Chatto & Windus, que me recogieron, por así decirlo, de la zanja inglesa. *Preferiría* Cape. Por favor, decide tú y actúa como te parezca. Si no puedes hacerlo, se lo pediré a Reynolds. Como quieras. Solo dímelo.

Tu devoto y agradecido amigo,

Scott

* • *

A Maxwell Perkins

«Ellerslie», Edgemoor, Delaware
Noviembre de 1928

Querido Max:

Me alegro de enviarte algo una vez más, aunque solo sea el primer cuarto del libro (dos capítulos, 18.000 palabras). Ahora le toca el turno a un cuento, luego corregiré también los capítulos III y IV y te los enviaré, espero, sobre el 1 de diciembre.

El capítulo I está bien.

El capítulo II me ha dado más problemas que cualquier otra parte del libro. ¡Imagina que antes tenía 27.000 palabras! Empezó su andadura como capítulo I. Sigo insatisfecho con el resultado, pero no voy a enumerar sus obvios defectos. Te agradecería que apuntaras cualquier crítica y *la guardaras* hasta que te haya enviado el libro entero, porque quiero *sentir* que cada parte está terminada sin preocuparme, por más que pueda hacer cambios sustanciales en el último momento. Lo único que quiero saber es si, en general, te ha gustado, y esto tendrá que esperar, supongo, hasta que hayas visto la próxima entrega, que completa la primera mitad. (Dios mío, ¡qué bueno ver esos capítulos metidos en un sobre!).

Creo que te he encontrado un candidato con un talento realmente extraordinario a la manera de Carl van Vechten. Tengo su primera novela a

mano; lamentablemente trata de lesbianas. Ya te contaré más.

¡Creo que el título de Bunny⁸⁸ es *magnífico*!

Recuerda que la novela es confidencial, incluso para Ernest.

Un abrazo,
Scott

1929

33 años

En los dos meses y medio que llevo aquí he escrito unas 20.000 palabras del libro y un cuento, lo que es estupendo para mi ritmo de los últimos años. Pagué por ello con las habituales depresiones nerviosas y unos desplantes de bebedor que despreciaría el camarero del bistró más rastrero. Mi última tendencia es desplomarme a eso de las 11.00 p. m., con lágrimas en los ojos o con la ginebra subiendo hasta el borde y rebosando, y decir a los amigos o conocidos dispuestos a oírme que no tengo un solo amigo en el mundo y que de todas maneras no quiero a nadie, en general incluyendo a Zelda.

(Carta a Ernest Hemingway,
9 de septiembre)

A Maxwell Perkins
1 de marzo de 1929

«Ellerslie», Edgemoor, Delaware

Querido Max:

Me escabullo como un ladrón sin dejar los capítulos. Me llevará una semana de trabajo corregirlos y, con el lío de la gripe y la partida, no he podido hacerlo. Lo haré a bordo y los enviaré desde Génova. Mil gracias por tu paciencia. Confía en mí unos pocos meses más, Max. También para mí ha sido un tiempo de desilusiones, pero nunca olvidaré tu amabilidad y el hecho de que no me reprocharas nada.

Me alegro mucho por el libro de Ernest. Acato tu decisión sobre la biblioteca moderna sin estar en absoluto de acuerdo. 100 dólares, o 50, de adelanto es mejor que $\frac{1}{8}$ de 40 dólares por las regalías de un año, y la colección de Scribner me suena vaga y arbitraria. Pero es una nimiedad, y les daré un cuento nuevo y muy inferior, pues quiero estar representado junto a esa gente: Forster, Conrad, Mansfield, etc.

Te adjunto un manuscrito que había prometido llevarte. Creo que necesita unos recortes, pero puede que se venda con un buen título y sin prólogo. No estoy nada seguro, sin embargo.

Estate atento a los cuentos de un joven llamado Holger Lundberg que aparecieron en el *Mercury*; promete bastante y lo he enviado hacia ti.

Detesto marcharme sin verte, y detesto la idea de verte sin poder entregarte en mano el manuscrito terminado. Así que adiós por unos meses, con todo mi afecto y siempre con gratitud,

Scott

* • *

A Harold Ober
Marzo/abril de 1929

Hotel Beau Rivage, Niza
(Después del domingo, escribe a Guaranty)

Querido Harold:

Llegamos a París el 1 de abril. Aún no hemos encontrado piso, así que escíbeme al banco. Será estupendo verte si puedes cruzar el charco. Te he enviado «La dura travesía», y ya casi he completado otro cuento. Ruego a Dios terminar la novela este verano.

400 dólares me parece bien por el perfil. Mi esposa tiene otros dos casi terminados: ambos más largos.

Sin novedades. Me alegro de estar aquí de nuevo, y si cruzas el canal, será un placer invitarte a la mejor cena que uno pueda procurarse en Francia, pues me he convertido en una suerte de conocedor.

Un abrazo,
F. Scott Fitzg.

* • *

A Ernest Hemingway

Villa Fleur des Bois
Cannes
9 de septiembre de 1929

Querido Ernest:

Me alegro de que mi carta no te pareciese presuntuosa, solo era apresurada. Dicho sea de paso, pensé que querías que le hablara del tema a

Ruth G. como quien no quiere la cosa. Lo único que mencioné fue que lamentarías perder el apartamento. Nunca dije que te enfadarías por ello. Pero ya basta de asuntos medio deprimentes; pasemos a los realmente deprimentes. Primero, sin embargo, debo contarte que según Perkins tu libro se ha convertido, como *El club Pickwick*, en un clásico ya al publicarse por entregas. Tiene un porvenir brillante y te envidio una barbaridad, aunque me alegra que te haya pasado a ti más que a cualquier otra persona.

Acabo de llevar otro capítulo a mecanografiar y me he quedado tremendamente deprimido al no saber si es bueno o no. En los dos meses y medio que llevo aquí he escrito unas 20.000 palabras del libro y un cuento, lo que es estupendo para mi ritmo de los últimos años. Pagué por ello con las habituales depresiones nerviosas y unos desplantes de bebedor que despreciaría el camarero del bistró más rastroso. Mi última tendencia es desplomarme a eso de las 11.00 p. m., con lágrimas en los ojos o con la ginebra subiendo hasta el borde y rebosando, y decir a los amigos o conocidos dispuestos a oírme que no tengo un solo amigo en el mundo y que de todas maneras no quiero a nadie, en general incluyendo a Zelda y a menudo abarcando a la compañía de turno. Tras lo cual la compañía tiende a acompañarme menos, y despierto en extrañas habitaciones de extraños palacios. El resto del tiempo lo paso escribiendo en solitario o tratando de escribir o sumido en la melancolía o leyendo cuentos de detectives, y dándome cuenta de que cualquier persona en mi estado y que además no sepa cerrar la boca es bastante mala compañía. Pero cuando estoy borracho obligo a todos a que me las paguen, paguen, paguen.

Entre ellos se cuenta Dotty Parker. Naturalmente, como ha pasado por algo similar, no tiene paciencia. No es que se dé aires, pero a nadie le gusta ver a los demás sumidos en los estados de desesperación a los que uno ha sobrevivido. Dicho sea de paso, este verano los Murphy le han dedicado toda su atención y creo que, aunque nunca lo admitiría, se lo ha pasado en grande.

Llegaremos a París el 1 de octubre y nos quedaremos dos meses.

Tu análisis de mi incapacidad de hacer mi trabajo serio es demasiado amable, en la medida en que omite la disipación, pero entre los actos divinos es posible que los cinco años que pasaron desde mi salida del ejército hasta terminar *Gatsby* (1919-1924), y que incluyeron tres novelas, unos cincuenta cuentos populares, una obra de teatro y numerosos artículos y guiones, hayan

concentrado demasiado pronto todo lo que tenía para decir, además de que por entonces vivíamos a toda prisa en el más eufórico de los mundos que podíamos. En el fondo, eso es lo que realmente me preocupa. Aunque tal vez el problema sea mi incapacidad de abandonar algo una vez empezado: llevo dos meses trabajando en un cuento popular que estaba condenado de antemano a que lo rompiera nada más terminarlo. Con suerte la casa se incendiará con los manuscritos y preferiblemente conmigo dentro.

Recuerdos de tu apestoso viejo amigo
Scott

No tengo derecho a enviarte esta carta sombría. La verdad es que, si no me sintiese mejor por alguna cosa, no podría haberla escrito. He aquí un destello del consabido orgullo barato: el *Post* ahora paga a la vieja puta 4.000 dólares por polvo. Es que ella ahora domina las 40 posturas; en su juventud alcanzaba con una

1930

34 años

Sé lo siguiente: que aquellos días al volver del sur, de Capri, fueron de los más felices de mi vida. Pero estabas enferma y la felicidad no vivía en casa.

Yo me encaminaba a la ruina y lo llamaba lo primero que se me ocurría. Creo que quienes se hallaban lo bastante lejos como para ver por encima de nuestra poco sincera fachada se daban cuenta de tu casi megalómano egoísmo y mi demente complacencia en la bebida. Hacia el final ya nada importaba.

(Carta a Zelda Fitzgerald)

A Harold Ober

Recibida el 13 de mayo de 1930

París

Querido Harold:

Te enviaré un nuevo cuento alrededor del 25. Me alegra que te gustara «Un sitio agradable y tranquilo». ¿Puedes pedir la galerada corregida de «Primera sangre»? Realmente quiero tenerla. Me alegra que dieras guerra con lo de las ilustraciones; eran horribles, con toda esa insinuación juvenil de reunión militar.

Gracias por los resúmenes de cuenta. Estoy más o menos como temía.

Zelda quedó encantada con tus elogios de «La chica de un millonario».

Ahora, en cuanto a la novela, la otra noche le leí un buen fragmento de ella a John Peale Bishop, y coincidimos en que sería ruinoso dejar que *Liberty* empezase a publicarla sin que estuviera terminada. He aquí una posibilidad hipotética. Supongamos (como puede pasar en casos así) que no les guste el final y me pongan pegos: ¡qué diablos haría entonces! Me habría quedado sin el *Post* y granjeado un enemigo en *Liberty*. ¿A quién acudiría, a Ray Long? Supongamos que a *Liberty* ni siquiera le guste la primera parte y vaya por ahí diciendo que la novela es pésima antes de terminarse. Si es posible, quisiera estar en Nueva York cuando la contraten, porque está el tema de los recortes, que aún no hemos mencionado. ¿Van a recortarla? ¿Van a reducir mis cuentos a 5.000 palabras? ¿Van a pagarme 3.500 o 4.000 dólares? En un momento estuve por mandarte cuatro de los ocho capítulos escritos. Después recorté uno de esos capítulos por todos lados. Sé que estás perdiendo fe en mí y Max también, pero Dios sabe que al fin y al cabo uno tiene que confiar en su propio criterio. Habría podido publicar cuatro libros malísimos e improvisados en los últimos cinco años, y la gente habría pensado que al menos yo era un joven

honrado que no se ahogaba en la bebida en los mares del sur; pero estaría muerto, tal como lo están Michael Arlen, Bromfield, Tom Boyd, Callaghan y los demás que creen poder engañar al mundo con obras apresuradas y de segunda. Al menos los cuentos del *Post* publicados en el *Post* no me afectan. Son honestos y, si su *forma* es estereotípica, la gente sabe qué esperar cuando lee el *Post*. La novela es otro cantar. Si después de cuatro años publicara en un libro los cuentos sobre Basil Lee, tanto daría irme a Hollywood de inmediato.

En fin, así están las cosas. Si confías en mí, creo que pronto verás que sabía lo que estaba haciendo.

Un abrazo,
Scott Fitz.

Esta carta suena enfadada, pero estoy atontado por el trabajo y demasiado cansado para reescribirla. Por favor perdónala: tiene que tomar el barco mañana.

Adenda

Zelda ha estado gravemente enferma, aunque no en peligro, y además participé en una boda y en dos semanas no he podido ponerme a trabajar en un nuevo cuento hasta ayer, pero ya tengo 3.000 palabras: más o menos el número de dólares que te debo.

Mientras, acuso recibo de

1. La cuenta
2. Noticias de *Hermosos y malditos*
3. La sugerencia de Costain⁸⁹ (dicho sea de paso, que se vaya al diablo). La única forma de escribir un cuento decente es imaginar que nadie lo aceptará y que da lo mismo. Tener presente a los editores me resulta *desastroso*. Ya me harán las críticas más adelante. No pienso escribir otro relato sobre Josephine hasta que me quite eso de la cabeza. Rompí el comienzo de uno. Dile a Costain —educadamente, por supuesto— que así no puedo trabajar. En cualquier caso,

de nada sirve decírselo; el daño está hecho, pero si tiene más ideas sobre cómo escribir cuentos, por favor, no me las comuniqués.

4. Siento que se hayan destruido las galeradas de «Primera sangre». ¿Me conseguirías un ejemplar de la revista donde apareció? Perdí el mío. Quiero corregirlo mientras tengo memoria. Así como no me importa cuando estoy aquí trabajando en mis propios cuentos, cuando he trabajado en una galerada es como perder un borrador entero.

Con afecto,
Scott

Por último

Tengo entendido que una vez más los estudios de cine están comprando cuentos. ¿Conoces a algún buen agente de Hollywood al que pueda interesarle «Majestad»? Dramáticamente hablando, está construido como una obra de teatro y contiene algunas escenas muy buenas.

FSF

Dirección hasta el 1 de julio
4 Rue Herran

* • *

A Mollie McQueen Fitzgerald
Junio de 1930

Ouchy-Lausana, Suiza
Escribir a París

Querida madre:

He tardado en escribirte porque Zelda estuvo sumamente enferma, después de sufrir un completo ataque de nervios, y sigue ingresada en un sanatorio de

aquí. Ya está mejor, pero tardará mucho en recuperarse. No informé a sus padres de la gravedad del asunto, así que no digas nada; peligraba su salud mental más que su vida.

Scottie está en el apartamento de París con la niñera. Le encantó el cuadro de sus primos. Dile a padre que visité los

«—siete pilares de moho gótico
en las hondas y viejas mazmorras de Chillon»⁹⁰

y recordé el primer poema que oí alguna vez. ¿O fue «El cuervo»? Gracias por el Chesterton.

Con amor,
Scott

* • *

A Madame Lubov Egorova⁹¹

Hotel Righi Vaudois,
Glion
22 de junio de 1930

Estimada señora Egorova:

Zelda sigue muy enferma. De vez en cuando experimenta una ligera mejoría, pero luego comete alguna locura repentina. Por desgracia, parece que pasará mucho tiempo hasta que se recupere por completo.

Como usted sabe, una de las cosas que le impiden hacerlo, y que va en contra de los esfuerzos de los médicos, es su continuo miedo a desperdiciar el tiempo necesario para las clases de baile y la idea de que no tiene tiempo que perder. Este miedo la pone nerviosa e inquieta, y demora su recuperación cada vez que piensa en ello. Fue por eso que se marchó de Malmaison tan pronto.

Es dudoso, aunque ella no sea consciente de ello, que alguna vez regrese a su escuela de baile; en cualquier caso, nunca podrá volver a practicar con la

misma intensidad, aunque en mi opinión salir a escena podría hacerle muy bien.

Más aún, los médicos quisieran saber qué oportunidades tenía, cuál era su futuro como bailarina, cuando enfermó. Ni ella lo sabe: en un momento dice una cosa, al siguiente otra. Como su situación es crítica, necesita saber la respuesta, pese a la desilusión que pueda causarle. Por eso, consciente de que usted le tiene afecto y se interesa por sus ambiciones, quiero pedirle una franca opinión.

Si responde las siguientes preguntas quizá encontremos una solución.

1. ¿Podría Zelda alcanzar alguna vez el nivel de una bailarina de primer nivel?

2. ¿Sería una bailarina como Nikitina, Danilova, etc.?

3. Si la respuesta a la pregunta 2 es sí, ¿cuántos años le llevaría lograr este objetivo, según los progresos que estaba haciendo?

4. Si la respuesta a la pregunta 2 es no, ¿cree usted que gracias al encanto de su bello rostro y de su hermoso cuerpo podría obtener papeles importantes en ballets como los que Massine, por ejemplo, produce en Nueva York?

5. ¿Hay ciertas cosas como el equilibrio, etc., que nunca logrará debido a su edad y a que empezó muy tarde?

6. ¿Es una bailarina tan buena como Galla, por ejemplo? Para hacerme una idea de su posición en su escuela, ¿hay muchas alumnas mejores que ella?

7. En general, ¿cree que, de no haber enfermado, Zelda habría alcanzado un nivel como bailarina que habría satisfecho tanto sus ideales como sus ambiciones?

En algún momento reciente, ¿sintió usted que Zelda estaba esforzándose demasiado para alguien de su edad?

Entiendo que todas estas preguntas son importunas, pero el objetivo es preservar la cordura de Zelda, y es necesario saber la verdad sobre su carrera. Usted es la única persona a la que puedo preguntarle porque siempre ha sido muy buena con mi esposa y siempre se ha interesado en su trabajo.

Le pido disculpas por las molestias que pueda causarle, y aprovecho para expresarle mi admiración y mis respetos.⁹²

* • *

A Maxwell Perkins
20 de julio de 1930

Suiza

Querido Max:

Zelda sigue sumamente enferma, y el psiquiatra que le dedica casi todo su tiempo es una necesidad muy cara. Yo estaba tan afectado en junio, cuando las esperanzas de que se recuperara eran negras, que apenas podía trabajar y me retrasé. Luego me llegó un telegrama de Ober diciéndome que por primera vez no podía ofrecerme un adelanto equivalente al precio del cuento. Fue entonces cuando te llamé. Le he pedido que te transfiera 3.000 dólares de las regalías del cuento que le enviaré esta semana, pues es terrible tener tantas deudas. Mil gracias y mil disculpas.

Con el afecto de siempre (aunque un poco agobiado
y ansioso por la vida),
Scott

* • *

A Zelda Fitzgerald
¿Verano? de 1930

París o Lausana

Sé lo siguiente: que aquellos días al volver del sur, de Capri, fueron de los más felices de mi vida. Pero estabas enferma y la felicidad no vivía en casa.

Por entonces había experimentado la infelicidad durante bastante tiempo. Cuando mi obra de teatro fracasó un año y medio antes, cuando trabajé como loco durante un año, escribiendo doce cuentos y una novela y cuatro artículos en ese tiempo, sin que nadie creyera en mí y sin ver a nadie excepto a ti, y al final tu corazón me traicionó y me quedé realmente solo sin ver a nadie de mi

agrado. En Roma estábamos abatidos y yo seguía trabajando con las galeradas y tres cuentos más y en Capri enfermaste y, mirara adonde mirase, no parecía quedar felicidad en el mundo.

Luego vinimos a París y de repente me di cuenta de que no todo había sido en vano. Yo era una persona de éxito: el mejor de mi profesión y todo el mundo me admiraba y me sentía orgulloso de haber hecho algo tan bueno. Conocí a Gerald⁹³ y a Sara, que nos consideraron sus amigos, y a Ernest, que era un par y un idealista de los que a mí me gustan. Me emborraché con él en bares perdidos de la Rive Gauche y bebí con Sara y Gerald en su jardín de St. Cloud, pero tú estabas siempre enferma y en casa todo era pura desdicha. Fuimos a Antibes, y yo fui feliz, pero seguías enferma, y todo ese otoño y ese invierno y esa primavera los pasamos en la clínica, y yo estaba solo todo el tiempo y tuve que emborracharme antes de poder dejarte tan enferma sin que me importara y por un momento fui feliz antes de propasarme con la bebida. Después pagué el precio habitual por estar borracho.

Al final te repusiste en Juan-les-Pins, y llegó un montón de dinero, y cometí uno de esos errores que cometen los literatos: pensé que era un «hombre de mundo», que le caía bien a todos y que todos me admiraban por mí mismo, pero a mí solo me caían bien unas pocas personas que eran mis pares, como Ernest y Charlie MacArthur y Gerald y Sara. El tiempo vuela cuando uno se siente así y nunca se hace nada. Entonces pensé que las cosas ocurrían fácilmente; olvidé que me había arrancado *El gran Gatsby* de la boca del estómago en un momento de pena. Desperté en Hollywood y ya no era mi yo seguro y egocéntrico, sino una mezcla de Ernest con ropas caras y Gerald con una carrera y Charlie MacArthur con un pasado. Cualquiera que me hiciese creer eso, como Lois Moran, me resultaba precioso.

Ellerslie, la gente del polo, la señora Chanler, la fiesta de Cecilia⁹⁴ fueron intentos de compensar desde fuera mi desnutrición interior. Cualquier cosa con tal de caer bien, de que me aseguraran que no era un hombrecito con algo de talento, sino un gran hombre de mundo. Al mismo tiempo, sabía que aquello eran tonterías: la parte de mí que lo sabía nos condujo a la Rue Vaugirard.

Pero entonces te refugiaste en ti misma como yo lo había hecho años atrás en St. Raphael. Y vinieron las consecuencias de los malos departamentos debido a tu falta de paciencia («Bueno, si fueras [], ¿Por qué no ganas más dinero?»), de los malos criados por tu indiferencia («Bueno, si no te agrada,

¿por qué no envías a Scottie a un internado?»). Tu antipatía hacia Vidor, tu indiferencia ante Joyce las comprendía; lo que no podía compartir era tu entusiasmo y obsesión incesantes por el ballet. En medio de todo ello tenía la sensación de ser explotado, no por ti, sino por algo que me molestaba enormemente sin aportar felicidad alguna. Sin duda había menos que nunca en casa. Eras un fantasma lavando la ropa, cruzando lugares comunes en francés con Lucienne o Delplangue.⁹⁵ Recuerdo haber hecho viajes desolados a Versalles, a Reims, a La Baule, solo por el cansancio de estar en casa. Recuerdo preguntarme por qué trabajaba para pagar las cuentas de aquel desolado *ménage*. Yo había cambiado. Por pura desesperación me refugié en lo contrario del aislamiento, es decir, el aislamiento con la señorita Delplangue, o en el bar del Ritz donde recuperaba mi autoestima durante media hora, a menudo con gente que apenas conocía de vista. Por las tardes a veces íbamos en coche al Bois de Boulogne. Después de un rato prefería irme al Café des Lilas y sentarme solo a recordar los buenos momentos que había pasado allí dos años antes con Ernest, Hadley, Dorothy Parker y Benchley. Recuerda que, durante todo ese tiempo, no culpé a nadie salvo a mí mismo. Me quejé cuando la situación en casa se volvió intolerable, pero al fin y al cabo yo no era John Peale Bishop: pagaba por ello con un trabajo que odiaba intensamente y que me resultaba cada vez más difícil de hacer. La novela era como un sueño, que se alejaba día a día.

En Ellerslie nos fue mejor y peor. La desdicha es menos aguda cuando uno vive con cierta sobria dignidad, pero las presiones financieras eran excesivas. Entre el momento en que nos fuimos de París en septiembre y cuando llegamos a Niza en marzo vivimos al ritmo de 40.000 al año.

Pero por algún motivo me sentía más feliz. Una nueva primavera. Vería a Ernest, cuya carrera yo había lanzado, Gerald y Sara, que, a través de mi agencia, habían probado suerte en el cine. Al menos la vida, pensé, sería menos opaca; habría fiestas con alguna gente que ofreciera cosas, charlas con otra que tuviera algo que decir. Después, nadar y broncearse y ser joven y estar cerca del mar.

Salió de maravilla, ¿no? Gerald y Sara no nos vieron. Estuve con Ernest, pero fue un Ernest de lo más irascible, que me dio su dirección aprensivamente por miedo a que me dejara caer borracho por su casa y pusiera en peligro su contrato de alquiler. Descubrir que media docena de

amigos se paseaban por allí no ayudó a mi autoestima. Para cuando llegamos a la hermosa Riviera yo tenía tal complejo de inferioridad que no podía lidiar con nadie sin haber bebido. También allí trabajé, sin embargo, y esa inusual combinación me reventó los pulmones.

Tú estabas en tu mundo. Apenas te recuerdo aquel verano. Eras simplemente una de las tantas personas a las que no les caía bien o a las que les era indiferente. Y no me gustaba pensar en ti. No me necesitabas, y era más fácil hablar con, o mejor dicho hablarle a, madame Bellois y llenarme de vino. Sentí gratitud la tarde en que me acompañaste al médico, pero a la semana de llegar a París no me importaba vivir o morir. Era siempre lo mismo. Los apartamentos detestables, las asistentas que apestaban, el ballet en mis narices, desperdiciar un cuento para invitar a cenar a los Troubetskoy, desperdiciar un viaje a África. Estabas enloqueciendo y lo llamabas genialidad. Yo me encaminaba a la ruina y lo llamaba lo primero que se me ocurría. Creo que quienes se hallaban lo bastante lejos como para ver por encima de nuestra poco sincera fachada se daban cuenta de tu casi megalómano egoísmo y mi demente complacencia en la bebida. Hacia el final ya nada importaba. Lo más cerca que estuve de abandonarte fue cuando me llamaste marica en la Rue Palatine, pero luego todo lo que decías me inspiraba solo una especie de compasión distante. Pese a tus observaciones superiores y a la dureza de tu inteligencia, tengo la capacidad de adivinar bien, sin que me hagan falta pruebas, e incluso asombrándome un poco del porqué y del motivo de determinado atajo mental. Me habría gustado que *Hermosos y malditos* fuese un libro escrito con madurez porque era todo cierto. Nos arruinamos a nosotros mismos; francamente nunca he creído que nos hayamos arruinado el uno al otro.

* • *

De Zelda Fitzgerald

Finales del verano/comienzo del otoño de 1930

Clínica Prangins, Nyon, Suiza

Querido Scott:

Acabo de escribir a Newman⁹⁶ para que venga. Dices que has estado pensando en el pasado. También yo lo he hecho en estas semanas, pues no duermo más que tres o cuatro horas diarias, vendada, enferma e incapaz de leer.

Recuerdo:

La extrañeza y la agitación de Nueva York, los periodistas y los vestíbulos de hotel cubiertos de pieles, el sol brillando en los cristales de las ventanas y el picante polvillo de finales de primavera; lo impresionante de los Fowler y los bailes vespertinos y mi comportamiento excéntrico en Princeton. Los ojos azules de Townsend y las partidas de Ludlow y un baúl que exhalaba perfumes y el olor a malvaviscos de Baltimore. Siempre estábamos Ludlow, Townsend, Alex y Bill Mackey y tú y yo. No nos gustaban las mujeres y éramos felices. Estaba el apartamento de George y sus cócteles de absenta, y el pelo dorado de Ruth Findley en el peine de George, y visitas a *Smart Set* y a *Vanity Fair*: un mundo literario que los periódicos neoyorquinos engrandecían desmesuradamente. Hubo flores y clubes nocturnos, y Ludlow nos aconsejó que nos mudáramos al campo. Una vez discutimos en West Port sobre moral, mientras caminábamos junto a un muro colonial bajo el fresco de las lilas. Hablamos toda una noche de «Dados, nudillos de hierro y guitarra». Recuerdo el motel donde comprábamos ginebra, y a Kate Hicks y a los Maurice y el marco radiante del Rye Beach Club. Nadamos de madrugada con George antes de pelearnos con él e ir a las fiestas de John Williams, donde había actrices que hablaban francés cuando estaban borrachas. George tocó «Cuddle up a Little Closer» al piano. Recuerdo mis pantalones blancos que deslumbraron a las colinas de Connecticut, y el chapuzón en la laguna de la mujer de sandalias. La playa, y docenas de hombres, carreras alocadas por Post Road y excursiones a Nueva York. De noche nunca nos daban habitación en los hoteles por lo jóvenes que parecíamos, así que una vez llenamos una maleta con el listín telefónico, cucharas y una almohadilla para ir al Manhattan. Yo estaba románticamente liada con Townsend y se marchó a Tahatii. Y recuerdo tus episodios con Gene Bankhead y Miriam. Compramos el Marmon con Harvey Firestone y fuimos al sur cruzando los pantanos encantados de Virginia, las colinas de arcilla roja de Georgia, los lechos fluviales acribillados de Alabama. Bebimos whisky de maíz sobre las alas de un aeroplano a la luz de la luna y bailamos en el club campestre y volvimos. Yo tenía un vestido rosa

vaporoso y otro plateado despampanante, que compré con Don Stewart.

Nos mudamos a la calle 59. Nos peleamos y rompiste la puerta del baño y me lastimaste en un ojo. Íbamos tanto al teatro que lo dedujiste del impuesto de la renta. Cruzamos Central Park bajo la nieve después de un baile en el Plaza, discutí con Zoe sobre Botticelli en el Brevoort y la acompañé a comprar un abrigo para David Belasco. Celebramos la Navidad con bourbon y paté picante en casa de los Overman y comimos muchas veces en el Lafayette. Recuerdo a Tom Smith y su papel pintado y a Mencken y nuestra fiesta de San Valentín y aquella vez que bailé toda la noche con Alex, y cenas con John en Mollats, y yo patinaba y me quedé embarazada, y tú escribiste *Hermosos y malditos*. Vinimos a Europa y enfermé y me quejaba de todo. Fuimos a Londres, y a Wapping con Shane Leslie, y había fresas del tamaño de tomates en casa de lady Churchill. Recuerdo la pata de palo de St. John Ervine y a Bob Handley en la penumbra del Cecil. Recuerdo París y el calor y el helado que no se derretía y que compramos ropa, y Roma y a tus amigos de la embajada británica y que bebías y bebías. Volvimos. Recuerdo tu canción «Dog» y los almuerzos en el St. Regis con Townsend y Alex y John: Alabama y el calor insoportable y que casi compramos una casa. Luego fuimos a St. Paul y vinieron a vernos cientos de personas. Recuerdo los bosques indios y la luna en la galería donde dormíamos, y yo estaba enorme y me daban miedo las tormentas. Luego nació Scottie y fuimos a todas las fiestas de Navidad y un hombre le preguntó a Sandy: «¿Quién es tu amiga la gorda?». La nieve lo cubría todo. Pillamos una gripe y fuimos mucho a casa de los Kalmes, y Scottie creció sana y fuerte. Vino Joseph Hergesheimer y los sábados íbamos al University Club. Íbamos al Yacht Club y los dos tonteábamos un poco con otros. Empecé a caerle mal a Joe, y jugué tanto al golf que me dio tendinitis. Kollie casi se muere. Los dos lo adorábamos. Fuimos a Nueva York y alquilamos una casa borrachos. Recuerdo a Val Engalitcheff y a Ted Paramore y las cenas con Bunny en Washington Square y las píldoras y al doctor Lackin. Tuvimos una pelea horrible en el tren de regreso, no me acuerdo por qué. Después llevé a Scottie a Nueva York. Estaba rellenita y muy graciosa con su abrigo y gorro rosados, y nos recogiste en la estación. En Great Neck siempre había líos y peleas: por el club de golf, por los Fox, por Peggy Weber, por Helen Buck, por todo. Íbamos a casa de los Rumsey, y una vez pasamos una noche espantosa en casa de los Mackey, cuando Ring se encerró en un armario.

Veíamos a Esther y a Glen Hunter y a Gilbert Seldes. Dimos un montón de fiestas: la mayor de todas en honor a Rebecca West. Bebíamos cerveza Bass y siempre estábamos en casa de los Buck o los Lardner o los Swope cuando ellos no estaban en la nuestra. Veíamos con frecuencia a Sidney Howard, y nos peleamos un fin de semana que Bill Motter pasó con nosotros. Bebíamos sin parar y al cabo nos fuimos a Francia porque la casa siempre estaba llena de gente. A bordo del barco casi hubo un escándalo por culpa de Bunny Burgess. Encontramos niñera y fuimos a Hyères. Scottie y yo vomitamos en el jardín polvoriento lleno de yucas y buganvillas. Fuimos a St. Raphael. Tú escribías, y a veces íbamos a Niza o a Monte Carlo. Estábamos solos, y dábamos grandes fiestas para los aviadores franceses. Luego apareció Josen y te enfadaste, con razón. Fuimos a Roma. Comimos en el Castello dei Cesari. Las sábanas estaban siempre húmedas. La atmósfera era navideña, y dimos paseos eternos. Lloramos al ver al Papa. Recuerdo las sombras luminosas del Pinco y las botas relucientes del oficial. Pasó lo de la cárcel, y Hal Rhodes estuvo en el Hotel de Russie, y no quise ir al baile del mundillo del cine en el Excelsior y le pedí a Howard Coxe que me acompañara a casa. Luego enfermé gravemente al tratar de tener un bebé, pero a ti no te importaba, y cuando me recuperé volvimos a París. En Marsella nos sentamos lado a lado y pensamos en lo agradable que era Francia. Vivíamos en la rue Tilsitt por todo lo alto, y Teddy venía a tomar el té, y recorríamos los mercados con los Murphy. Estaban los Wiman y Mary Hay y Eva La Galliene y paseábamos por el Bois de Boulogne al amanecer, y por la noche todos jugábamos a las cuatro esquinas en el Ritz. Hubo noches en Montmartre. Fuimos a Antibes y yo estaba siempre enferma y tomaba demasiados sedantes. Los Murphy se alojaban en el Hotel du Cap y los veíamos todo el rato. Al volver a París empecé a tomar clases de baile porque no tenía nada que hacer. Enfermé de nuevo en Navidades cuando vinieron los MacLeish, y el doctor Gros dijo que no tenía sentido tratar de salvar mis ovarios. Siempre estaba enferma y recibiendo inyecciones y otras cosas y tú naturalmente te alejabas cada vez más. Conociste a Ernest y el Café des Lilas y no te hizo gracia que el doctor Gros me enviara a Salies-de-Béarn. En Villa Paquita yo estaba siempre enferma. Sara me llevó algunas cosas e invitamos a almorzar al padre de Gerald. Fuimos a Cannes y escuchamos a Raquel Meller y cenamos bajo una lluvia de fuegos artificiales. No podías trabajar por la humedad de tu habitación y discutiste con los Murphy. Nos mudamos a una villa más grande y fui a París y

me quitaron el apéndice. Bebías todo el tiempo y un tipo llamó al hospital por un altercado que habías tenido. Regresamos a casa, y yo quería que nadaras conmigo en Juan-les-Pins, pero tú preferías hacerlo en un sitio más alegre: en la playa Garoupe con Maurice Hamilton y los Murphy y los MacLeish. Luego conociste a Grace Moore y a Ruth y a Charlie y el verano transcurrió de fiesta en fiesta. Discutimos por Dwight Wiman y me dejabas sola un montón. Había demasiada gente y demasiadas cosas que hacer: todos los días había algo y nuestra casa estaba siempre llena. Estaban Gerald y Ernest y a menudo no volvías a dormir. Estaban los ingleses que un día encontré durmiendo en la planta baja y Bob y Muriel y Walker y Anita Loos, siempre había alguien: Alice Delamar y Ted Rousseau. Y recuerdo a St.-Paul-de-Vence y la nota de Isadora Duncan y la campaña nublada por la borrachera de Chambéry-fraise y a Graves. Ese fue tu verano. Yo nadaba con Scottie salvo cuando te acompañaba, casi siempre a regañadientes. Luego tuve asma y casi me muero en Génova. Y regresamos a Estados Unidos, más distanciados que nunca. En California, aunque no me permitías ir a ninguna parte sola, tuviste una flagrante relación sentimental con una chiquilla. Dijiste que no querías saber nada más de mí, pero armaste un escándalo cuando Carl me propuso ir a cenar con él y con Betty Compson. Fuimos a la costa este: restauré Ellerslie sin descanso y la puse a punto. Dimos nuestra primera fiesta, y seguiste con Lois. Y cuando no quedaba nada por hacer en casa empecé con las clases de baile. No te gustó que eso me hiciera feliz. Te enfadabas por los ensayos y me dabas la lata con los horarios de los trenes. Fuiste a Nueva York a ver a Lois y yo conocí a Dick Night la noche de la fiesta para Paul Morand. Una vez más, aunque estabas muy enredado en una relación sentimental, me prohibiste ver a Dick y te pusiste furioso por una carta que me escribió. En el barco que nos trajo a Europa no me prestaste la menor atención excepto para negarme el permiso de quedarme en un concierto con no recuerdo su nombre. Creo que una de las cosas más humillantes y brutales que me pasaron en la vida es una escena que ocurrió en Génova y que probablemente ni siquiera recuerdes. Vivíamos en la rue Vaugirard. Estabas siempre borracho. No trabajabas y por la noche te arrastraban a casa los taxistas cuando te dignabas volver. Me echabas la culpa por bailar todo el tiempo. ¿Y qué podía hacer yo? Te levantabas a la hora del almuerzo. No me tocabas y te quejabas de mi indiferencia. Estuviste borracho literalmente todo el verano. Me puse tan mal que no podía dormir y volví a tener asma. Te enfadabas cuando me negaba a

acompañarte a Montmartre. Llevabas a estudiantes jovencitas a comer a casa, y te enfurecía que ya no me importara. Empezó a caerme bien Egorova. En el barco de regreso te dije que temía que hubiera algo anormal en nuestra relación y te reíste. Hubo una especie de escándalo acerca de Philipson, pero ni siquiera intentaste ayudarme. Contrataste de nuevo a Philippe como chófer y yo ya no podía con la casa; era insolente y me faltaba el respeto y te negabas a despedirlo. Puse más empeño en la danza, no pensaba en nada más. Para entonces estabas lejos y yo estaba sola. Volvimos a la rue Palantine y tú, en plena borrachera, me dijiste un montón de cosas que entendí a medias: comprendí lo de la cena en casa de Ernest. Solo que no entendí que tuviera importancia. Me dejabas cada vez más sola, y aunque te quejaras de que no podías trabajar por culpa del apartamento o de los criados o de mí, sabes perfectamente que era porque estabas siempre fuera hasta las tantas y estabas enfermo y bebías constantemente. Fuimos a Cannes. Seguí con mis clases y reñimos. No me dejabas despedir a la niñera que Scottie y yo detestábamos. Te deshonraste en la fiesta de Barry, en el yate de Monte Carlo, en el casino con Gerald y Dotty. Muchas noches no volvías a casa. Entraste en mi habitación una sola vez en todo el verano, pero me daba lo mismo porque iba a la playa por la mañana, tenía mi clase por la tarde y caminaba por la noche. Estaba inquieta y medio enferma, pero no sabía qué me pasaba. Solo sabía que no soportaba a un montón de gente, como en la fiesta de William J. Locke, y que quería regresar a París. Almorzamos en casa de los Murphy y Gerald me dijo insistentemente que Nemtchinova se encontraba en Antibes. Seguía sin comprender. Volvimos a París. Estabas abatido por lo de tu pulmón, y porque habías desperdiciado un verano, pero no dejaste de beber. Yo practicaba todo el tiempo y empecé a depender de Egorova. No podía caminar por la calle sin haber ido a clase. No podía arreglar el apartamento porque no podía hablar con las asistentas. No podía entrar en las tiendas para comprarme ropa y andaba muy confundida. En febrero, cuando pesqué tal bronquitis que me aplicaban ventosas a diario y pasé dos semanas con fiebre, tenía que practicar porque era incapaz de existir sin ello, y aun así no entendía lo que hacía. Ni siquiera sabía qué quería. Luego viajamos a África y cuando regresamos me fui dando cuenta al ver lo que pasaba reflejado en los demás. No me deseabas. Dos veces te fuiste de mi cama diciendo: «No puedo, ¿no lo entiendes?». No lo entendía. Luego apareció el tipo de Harvard que estaba desorientado, y cuando quise que volvieras a casa conmigo me dijiste que me acostara con el

carbonero. En la cena en casa de Nancy Hoyt ella me ofreció sus servicios, pero yo no tenía ningún problema mental, aunque estaba medio muerta, así que volví al estudio. Despidieron a Lucienne, pero, al no estar al corriente, yo no sabía que hubiera problemas. Seguí con lo mío. Regresó Lucienne y volvió a irse y después llegó el final. Fui a Malmaison. No querías ayudarme, y ya no te culpo, pero si me lo hubieras explicado, lo habría entendido, porque lo único que yo quería era seguir practicando. Tenías otras prioridades: la bebida y el tenis, y ni a ti ni a mí nos importaba el otro. Me odiabas por pedirte que no bebieras. Una chica vino a practicar conmigo, pero yo no quería que lo hiciera. Seguía creyendo en el amor y de repente pensé en Scottie y en que me mantenías. Así que la estadia en Valmont fue una tortura y la cabeza me estallaba. Me diste una flor y dijiste que era «plus petite et moins étendue». Hicimos las paces. Luego te la llevaste y me puse peor, y no había nadie que me enseñara, así que aquí me tienes, después de cinco meses de tristeza, dolor y desesperación. Me alegra que hayas encontrado material para un cuento sobre Josephine,⁹⁷ y me alegra que te interesen tanto los deportes. Ahora que ya no duermo, tengo mucho en que pensar, y como he llegado hasta aquí sola supongo que puedo seguir sola el resto del camino. Pero si se tratara de Scottie, pediría que no pasara por el mismo infierno, y si fuera Dios, no podría justificarlo ni encontrar una razón para imponerlo, excepto que estuvo mal, por supuesto, amar a mi profesora en vez de amarte a ti. Pero no estabas allí para amarte; no lo estabas desde mucho antes de que la amara a ella.

Empiezo a darme cuenta de que el sexo y los sentimientos tienen poco que ver. Las dos veces que acudí a ti el verano pasado y te pedí que empezáramos de nuevo fue al pensar que me estaba adentrando seriamente en una situación sentimental y dando pie a situaciones para las que no estaba preparada en un sentido moral ni práctico. Tenías una canción sobre gigolós: si me hubiese venido en mente, habría recordado que existían, además del estudio, otras tres soluciones en París.

Fui a verte medio enferma después de un almuerzo difícil en Armonville y me hiciste esperar delante del Guaranty Trust hasta que fue demasiado tarde.

La vela diminuta de Sandy no supuso un gran esfuerzo, pero hacía falta algo más que tu semana de borrachera para extinguirla. No te importó: así que seguí y seguí, bailando sola. Pase lo que pase, en el fondo sé que se trata de un juego sucio y vil; que el amor es amargo y todo lo que hay, y que el resto

pertenece a los mendigos sentimentales de este mundo y equivale casi a la gente que se excita con postales cochinas.

* • *

Al doctor Oscar Forel⁹⁸

¿Verano? de 1930

Suiza

Para traducirse con copia en carbón. Pero *no* en papel del hotel.

Esta carta trata de un asunto que conviene considerar con franqueza ahora y no dentro de seis meses o un año. Cuando lo vi por última vez, al cabo de meses de horror, yo estaba casi tan deshecho como mi esposa. Lo único importante en mi vida era que ella se salvara de la locura y la muerte. *Ahora que, gracias a la incansable inteligencia e interés que usted le ha dispensado, tenemos a la vista una época en que Zelda y yo podemos renovar nuestra vida juntos sobre una base decente, algo que yo deseaba con todo mi corazón, existen otras consideraciones* relativas a mis necesidades de *trabajador y a mi existencia que me veo obligado a exponerle.*

En mi juventud trabajé a fondo durante siete años, lo que me permitió obtener una posición de indiscutida preeminencia entre los escritores estadounidenses jóvenes, sin contar el «trabajo a destajo» para el cine, etc. Ofrecí a mi esposa una vida cómoda y lujosa como pocos escritores europeos pueden darse. Mi trabajo se hace consumiendo café, café y más café, nunca alcohol. Al cabo de cinco o seis horas me levanto de mi escritorio pálido y temblando y con acidez en el estómago, para ir a cenar. Sin duda en esos años desarrollé cierta irritabilidad, una inhabilidad de estar alegre que mi esposa —que nunca había intentado usar su talento y su inteligencia— no estaba dispuesta a perdonar. Fue al llegar a Europa en 1924 y alentado *por ella* cuando empecé a esperar ansiosamente el vino de la cena. Ella bebía con el almuerzo, yo no. A veces íbamos a fiestas en las que se bebía mucho, y aunque el consumo habitual de vino y aperitivos era algo que me horrorizaba, ella lo alentaba porque así me veía más alegre y por su parte podía beber más.

Lo del ballet fue algo que yo sugerí en 1927 para parar su alcoholismo después de entregarse tanto a ello como para cometer intentos de suicidio. Desde entonces he bebido más, por infelicidad, y ella menos, por su entrenamiento físico; pero eso es otra historia.

Hace dos años, en Estados Unidos, noté que cuando dejábamos de beber durante tres semanas o así, como sucedió varias veces, inmediatamente me salían ojeras negras, me ponía apático y no tenía ganas de trabajar.

Abandoné los cigarrillos fuertes y, por el miedo a sucumbir, compré una póliza de seguros. El único problema era la baja presión sanguínea, algo que finalmente aceptaron, y me dieron la póliza. Descubrí que una moderada cantidad de alcohol, medio litro con cada comida, cambiaba sustancialmente mi estado de ánimo. Cuando contaba con ello, las ojeras desaparecían, el café no me producía eczema ni me daba dolores de cabeza por la noche, esperaba con ganas la cena en vez de quedármela mirando, y la vida no parecía una rutina vana para mantener a una mujer cuyos gustos se apartaban cada vez más de los míos. Ella ya no leía ni pensaba ni sabía nada ni se llevaba bien con nadie excepto los bailarines y sus aduladores. La gente la respetaba porque yo ocultaba sus debilidades, y por cierta intrepidez y honestidad que nunca ha perdido, pero se estaba volviendo egocéntrica y aburrida. El vino me resultaba casi necesario para aguantar sus largos monólogos sobre pasos de baile, que alternaba con miradas perdidas ante cualquier conversación civilizada.

Ahora bien, cuando se presenta de nuevo la vieja pregunta de cuál de dos personas merece la pena preservarse, si pienso en mis ambiciones casi cumplidas de formar parte de la literatura en inglés, en mi hija e incluso en las necesidades de Zelda, por fuerza debo considerarme en primer lugar a mí mismo. No lo digo en tono de desafío, sino simplemente en vista de mis posibilidades. Dejar de beber por completo durante seis meses y ver qué pasa, incluso continuar el experimento si tiene éxito: habría que ser un cerdo para negarse a ello. Los alcoholes fuertes puedo abandonarlos permanentemente. Abjurar del vino para siempre no es algo que vaya a hacer. Mi más clara visión del mundo es que vivir la vida sin sus cosas agradables es imposible. He vivido a tope y he arruinado la inocencia esencial de mi persona que podría hacerlo posible, y el hecho de que haya abusado del alcohol es algo que debe pagarse con sufrimiento y quizá con la muerte, pero no con la

renuncia. Para mí eso sería tan ilógico como abandonar para siempre el sexo porque hubiera contraído una enfermedad (que, me apresuro a asegurarle, nunca ha sido el caso). No puedo considerar medio litro de vino al final del día sino uno de los derechos del hombre.

¿Lo anterior suena como una larga polémica hecha de terquedad infantil e ingratitud? Si lo fuera, sería mucho más fácil hacer promesas. Lo que abandoné por Zelda fueron las mujeres y no fue fácil en la posición que me dio el éxito. Y el placer que me brindó la camaradería ella lo ha arruinado casi por completo al meterme en medio de su obsesión con la homosexualidad. ¿No hay cierta falta de sinceridad en que quiera que yo renuncie al alcohol? ¿De hacerlo, no justificaría su conducta ante sí misma y probaría a sus familiares y a nuestros amigos que fue mi afición a la bebida lo que causó esta calamidad, y que por eso mismo lo admito? ¿No llegaría ella a creer que accedió a «darme otra oportunidad» solo si yo dejaba de beber? Yo solo podría guardar silencio. Y cualquier valor humano que tuviera desaparecería si me condenara a mí mismo de por vida a un ascetismo al que no estoy adaptado ni por costumbre, ni por temperamento, ni por las circunstancias de mi oficio.

Ese es mi caso en cuanto al futuro, un caso que nunca le había expuesto cuando el problema de Zelda necesitaba de toda su atención. Realmente quisiera verlo antes de verla a ella. Y por favor disocie esta carta de lo que siempre sentiré al firmar

Con eterna gratitud y admiración
FIN

* • *

A Edmund Wilson
Verano de 1930

Escribir a Guaranty Trust
4 Place de la Concorde
París

Querido Bunny:

Enhorabuena por tu boda, y mis mejores deseos de felicidad. Nos enteramos por Mary⁹⁹ de tu colapso, aunque mucho después del hecho, y que sobrevivieras me ayudó en algunos momentos desesperados en el caso de Zelda. Ya está casi «bien», lo que quiere decir que ha desaparecido la psicosis. Ahora tenemos que vivir tranquilamente durante un año y en cierta medida para siempre. Por poco no enloqueció de manera permanente: cuatro horas de ballet diarias durante dos años, y eso que tenía 27 años y había empezado de mayor. Es un alivio que el ballet se haya acabado porque nuestra vida doméstica se estaba resquebrajando por la presión y yo llevaba un año sin tocar la novela. Zelda estaba ebria de una música que para ella era como un opiáceo enloquecedor, y su lógica mental quedó tan encerrada en una caja fuerte interna que pasaron cuatro meses hasta que los médicos llegaron a ella. Esperamos volver a casa en Navidad.

Llevo meses sin ver a nadie, salvo a John en París. Está más encarcelado que nunca, y la breve racha de trabajo que lo convencí de aceptar durante el embarazo de Margaret ha dado paso a una charla interminable sobre un pozo en su propiedad. Qué espanto de mujer. También vi a un tipo llamado Tom Wolfe, un buen hombre y un buen escritor. París está plagado de maricas y he llegado a odiarlo y prefiero el aire hospitalario de Suiza, donde al pan se lo llama pan y a la tos, tos. Conocí a tu amigo Allen Tate, me cayó bien y lo compadecí por su esposa.¹⁰⁰

Salúdame a la nueva señora Wilson (Dios mío, acabo de notar esta yuxtaposición accidental: perdóname) y recuerda que nunca estás ausente de los pensamientos de

Tu viejo amigo
Scott

Fue muy amable por tu parte, y muy propio de ti, escribirle a Zelda.

* • *

A Maxwell Perkins
1 de septiembre de 1930

Ginebra, Suiza

Querido Max:

El mundo entero parece acabar en esta tierra chata y con olor antiséptico revestida de flores. Tom Wolfe¹⁰¹ es la única persona que he conocido aquí que no está enfermo ni tiene que lidiar con la enfermedad. Has hecho un hallazgo con él; su futuro es incalculable. Tiene más cultura y más vitalidad que Ernest; si es un poco menos poeta, se debe a la inmensa superficie que quiere abarcar. También carece de esa dureza fogueada de Ernest. Es más susceptible al mundo. John Bishop me dijo que necesitaba consejos sobre cómo cortar partes, etc., pero después de leer su libro creo que son tonterías. Me parece alguien al que habría que dejarle escribir a sus anchas, por más que haya que publicarlo en cinco volúmenes. Me cayó estupendamente.

Por supuesto, lamenté lo de los cuentos de Zelda. Es posible que para mí tengan más significado del que está implícito para cualquier lector que desconozca de qué profundidades de tristeza y esfuerzos surgieron. Ahora que lo pienso, uno de ellos resultaría incomprensible sin notas al pie como «La tierra baldía». Zelda tiene esa serie de ocho retratos que llamaron tanto la atención en *College Humor* y, teniendo en cuenta el éxito de los *Lamentos* de Dotty Parker (25.000 ejemplares), creo que se podría armar con ellos un libro para la próxima primavera si Zelda puede agregar algunos durante el invierno.

Qué bonito fue el homenaje de Mencken a Charles Scribner en el *Mercury*.

El adelanto de regalías o la deuda nacional, como podría llamarse, me dejó atónito. El círculo vicioso de siempre está aquí. Ahora llevo exactamente 3.000 dólares de ventaja, lo que equivale a dos meses en la Enciclopedia. Preferiría que, por encima de 10.000 dólares, todo se te pagara directamente a ti de mi nuevo cuento (en octubre). Has sido muy amable conmigo.

Zelda está casi recuperada. Los médicos dicen que no tiene que beber nunca más (no es que la bebida contribuyera en modo alguno a su colapso), y que yo no debo beber nada, ni siquiera vino, durante un año, pues todo lo que bebíamos en el pasado era una de las cosas que la atormentaban en su delirio.

Mándame por favor cosas como el libro de Wolfe cuando se publiquen.

¿El libro de Ernest es una historia de la tauromaquia? Te enviaré un curioso manuscrito analfabeto escrito por uno de los corredores de mi banco. ¿Podrías echarle un vistazo y ver si algunas partes, como la de los marines en América Central, son interesantes como puros datos? ¿Y devolvérselo, si no, directamente a él? Tenías toda la razón en cuanto a los libros de un dólar: es una idea ridícula y creo que la asociación de autores se puso como loca.

Con afecto,
Scott

Esta enfermedad me ha costado una fortuna: de ahí el telegrama de julio. El mejor especialista de Suiza le dedicó a Zelda todo su tiempo y la salvó de perder la razón por muy poco.

* • *

A Harold Ober
Recibida el 11 de noviembre de 1930

París

Querido Harold:

Llevo largo tiempo sin escribirte porque estoy agobiado de preocupaciones y ansiedades. Zelda ha estado muy mal, y sigue en el sanatorio. Casi pierde la razón y aún no se encuentra a salvo. Pasamos una primavera de locos y, en mitad del verano, por una combinación de preocupaciones y trabajo, mis pulmones sufrieron un desgarró. Ahora estoy bien, gracias al cielo; fui a Caux y descansé durante un mes. Te pido que esto quede entre tú y yo. Ni siquiera Max lo sabe. Más tarde Scottie enfermó y cogió un avión a París a medianoche para decidir si se le debía extirpar el apéndice sin demora. En resumen, ha sido uno de esos periodos que supongo le llegan a todos los hombres en que la vida es tan complicada que hasta con la mejor voluntad del mundo es difícil trabajar. Las cosas han mejorado, pero los problemas no acaban aún. Calculo que he escrito unas 40.000 palabras sobre

el tema de Zelda para Forel (el psiquiatra) tratando de llegar al fondo del asunto, mientras intentaba tranquilizar a los familiares, que ya están muy mayores, y me esforzaba por ser una madre atenta para Scottie. En fin, reemplacé cartas por telegramas cuanto fue posible.

En cuanto a los retratos de Zelda, ¿has probado con *Century*? Publicaron mi pequeño retrato cómico de Scottie. O, mejor aún, envíalos a *The New Republic*, a nombre de Edmund Wilson, con el título general de *Cuentos desde una clínica suiza*. Si eso no funciona, lo intentaré con *This Quarter* aquí en París. Por desgracia, *Transition* ha cerrado. Lamento el asunto de Enerson.

En cuanto al dinero. Después de avisarte la semana pasada por telegrama de que «El Hotel Child» había sido enviado a mecanografiar, descubrí al recibirlo que le hacían falta correcciones y amputaciones. Ya lo he hecho y lo he mandado de nuevo, pero no estará listo hasta pasado mañana. Estoy seguro de que te gustará. El último cuento sobre Josephine me pareció flojo. Si te presiono demasiado en cuanto al dinero, trata de conseguir un adelanto de Lorimer, diciéndole francamente que nunca en mi vida he trabajado para cubrir tantos gastos y bajo tanta presión, porque cuando te mando un telegrama me acarrea problemas si no se hace el depósito. El resultado es que en promedio siempre te estoy debiendo 2.000 dólares. Ruego a Dios que las cosas mejoren pronto. ¿Cómo anda todo por tu parte? Escríbeme.

Con afecto y agradecimiento,
Scott Fitzg.

La oferta de Swanson¹⁰² no me pareció gran cosa. No he tocado la novela en cuatro meses, salvo durante una semana.

1931

35 años

Le pido que tenga paciencia con esta carta. Un estudiante de medicina de primer año la redactaría mejor que yo. No estoy seguro de qué aspecto tiene un nervio o una glándula, pero pese a mi ignorancia terminológica verá que no quiero exponerle puras conjeturas.

(Carta al doctor Oscar Forel,
29 de enero)

Al doctor Oscar Forel

París
29 de enero de 1931

Estimado doctor Forel:

Después de lo sucedido esta tarde me interesa aún más mi teoría.

Le pido que tenga paciencia con esta carta. Un estudiante de medicina de primer año la redactaría mejor que yo. No estoy seguro de qué aspecto tiene un nervio o una glándula, pero pese a mi ignorancia terminológica verá que no quiero exponerle puras conjeturas.

Supongo con usted y el doctor Bleuer que la homosexualidad es un mero síntoma, algo que ella se ha inventado para llenar el lento avance de la esquizofrenia. Permítame exponer el curso de su enfermedad de acuerdo con mi idea actual.

Juventud y primera madurez. Edad 15-25

Tiene el hábito nervioso de morderse la boca hasta sacarse sangre. Pese a sus grandes dotes, no tiene ninguna ambición. Creció en un clima no muy distinto del de la Riviera francesa, pero incluso allí se la considera una perezosa. Una tez preciosa pero imperfecta, cuyas marcas se acentúan porque se las toquetea.

Edad 26-28

Primera aparición de actos irracionales (quemar su ropa en una bañera en febrero de 1927, a los 26 años y 7 meses). Por esta época empezó a ensimismarse en largos y hondos silencios, y el marido sintió que había perdido su confianza. Empezó a bailar a los 27 años *y tuvo dos severas erupciones de eccema facial que se curó con un tratamiento de rayos*

eléctricos. La sensación de que no se encontraba bien llevó a hacer estudios sobre su metabolismo. Resultados normales.

Edad 28-29 ½

Primera mención de temores homosexuales en agosto de 1928. Esto coincide con la completa y nunca renovada pérdida de confianza en el marido. De aquí en adelante ella practica intensamente la danza todos los días y *suda de manera extraordinaria, hasta el punto en que en los veranos del 28 y el 29 vi literalmente charcos en el suelo mientras miraba sus lecciones*.

29 de abril de 1930

Colapso, y rápida recuperación física. Después de dos semanas de reposo en Malmaison *parecía* estar mejor de lo que está ahora.

Abril-junio

Un periodo de confusión sobre el cual mi juicio no es fiable. Luego viene, en

Junio-julio

Histeria, locura y momentos de suma lucidez (sus cuentos, etc.). Esquizofrenia marcada, de manera que en un momento el doctor la considera encantadora y al siguiente se ve obligado a ingresarla en Eglantine poco después.¹⁰³ Efecto positivo de esta última medida. Este periodo culmina con la visita de su hija. Dos experiencias muy conmovedoras, que tienen un marcado efecto al acentuar su mejor lado, hasta...

Agosto

Creyéndola lista, el doctor intensifica la reeducación, con el objetivo de que se reconcilie con su marido. Al parecer las cosas avanzan bien. Ella escribe cartas simpáticas y agradables. Demuestra buena voluntad y esperanza, y el interés de usted por su caso y sus expectativas son más sólidos que nunca. De repente, una semana antes del encuentro previsto con el marido y la vuelta a la vida en serio, cuando se ha llegado al punto en que el médico ha intentado sin éxito hacer un *psicoanálisis*, *a ella le sale un virulento eccema*. A causa

del eccema, se muestra necesariamente más inválida, más debilitada, más autocomplaciente. Su fuerza de voluntad decae. Cuando al fin tiene lugar el encuentro pospuesto con el marido, en

Septiembre

Ella aporta solo el equilibrio necesario para que la normalidad dure una hora, y a ello le *sigue una nueva erupción de eccema*.

Aquí interrumpo la secuencia para incluir mi idea. Tal vez los primeros mordiscos nerviosos, seguidos por la necesidad de sudar, indiquen una deficiencia en la eliminación normal de toxinas. Estas toxinas no eliminadas atacan sus nervios.

Cuando yo bebía en cantidad durante muchos días y luego paraba en seco tendía a salirme un ligero eccema, como para eliminar toxinas por la piel. (¿No existe una relación íntima y especial entre la piel y los nervios, de manera que comparten la distinción de ser aquello sobre lo que menos sabemos?). Supongamos que, mediante el sudor, la piel eliminaba todo cuanto fuera posible de ese veneno, *los nervios asumían el exceso*, luego sobrevení­a la erupción y, debido al agotamiento de las glándulas sudoríparas, los nervios acababan encargándose de todo, pero al precio de un cambio gradual en su estructura como unidad.

Ahora bien (y sé que esto le parecerá el más desaforado misticismo, pero por favor continúe leyendo), así como la mente del alcohólico acepta la intoxicación de los nervios como la condición en que se siente más a gusto y con la que, por tanto, está más cómoda, la señora F. *alienta* a su sistema nervioso a absorber el veneno continuamente destilado. Luego el mundo exterior, representado por la influencia que tiene usted sobre ella, por el impacto de Eglantine, por el hecho de que, al ver a su hija, sienta *un esfuerzo de la voluntad hacia la realidad, ella es capaz de expulsar el veneno de las células nerviosas* y el proceso de eliminación corre de nuevo a cargo *de su piel*.

En resumen, mi idea es la siguiente. *Que el eccema no es contingente, sino la clave de todo el asunto. Creo que el eccema es un producto concurrente con cada esfuerzo por volver a la normalidad, más o menos como cuando un alcohólico tiene que esforzarse para salir de un periodo de*

depresión.

Octubre

Retomo el calendario por un momento:

Es obvio que por entonces ella hace un esfuerzo. Pero al mismo tiempo sobreviene el enamoramiento de la chica pelirroja. Al principio pensé que eso causó la tercera erupción de eccema, pero ahora no estoy seguro. ¿No es posible que fuese su resistencia, su vergüenza inicial ante el enamoramiento y la subsiguiente lucha lo que causó la tercera erupción? Esto se refuerza por el hecho de que *el enamoramiento continuó* después de que desapareciera el eccema. *Puede que el eccema procediera de la lucha contra la realidad y no de la excitación misma.*

Todo su sistema intenta mantener el equilibrio. Cuando su voluntad la domina, ella no lo encuentra. No puedo sino aferrarme a la idea de que alguna sustancia física como la sal o el hierro o el semen o alguna insospechada agua bendita se echa en falta o está presente en demasiada cantidad. Pero para continuar:

Noviembre

Salud física buena, pero más alucinaciones. Creciente distracción y casi total falta de esfuerzo. Nada de eccema, pero nada de esfuerzo. Su segundo enamoramiento no le causa eccema y tampoco lo hace, en

Diciembre

La primera visita de su hija. *Como se comporta mal*, a petición mía hace un esfuerzo por reflexionar antes de la segunda visita *y de inmediato sobreviene el eccema.*

Una última observación y sacaré mis conclusiones.

Cuando le dieron de alta en Malmaison, tenía eccema facial, que atribuyó a los medicamentos. Pero la erupción no había aparecido en Valmont ni en los primeros días que pasó en Prangins, pese a los medicamentos que le administraron en Valmont y la desintoxicación que le practicaron en Prangins, debido a que ella se encontraba sumida en su locura en ambas ocasiones.

Mis conclusiones

a. La naturaleza de tal veneno sería, por supuesto, demasiado sutil para nosotros.

b. Creo que ella necesita

(1) Naturalmente, todo lo que usted entiende por reeducación.

c. Retomar las relaciones físicas con su marido, para lo cual sería de muchísima ayuda planear las visitas durante los periodos que precedan y sucedan inmediatamente a la menstruación, evitando las visitas entre esos momentos o justo en medio del ciclo.

d. Desintoxicarse artificialmente de acuerdo con la intensidad de la reeducación. Con lo mala que tiene la vista y los dolores de cabeza que eso le causa, y dadas sus muchas y muy desarrolladas inclinaciones artísticas, me cuesta creer que el bordado, la carpintería o la encuadernación sean, en su caso, un buen sustituto para *el verdadero acto de sudar*. Tiene deseo de sudar en serio: durante muchos veranos se coció los pigmentos de la piel mediante el bronceado. Sé que es difícil, pero ¿no podría tomar clases intensivas de tenis en primavera? ¿O podríamos pensar en otra cosa? ¿Quizá golf?

e. De no ser posible, creo que la eliminación artificial debería ser *absolutamente concurrente* con todos los intentos de efectuar una cura mental. Creo que la constipación o las menstruaciones retardadas o la falta de ejercicios reales en tales momentos deberían preverse y prevenirse, pues, en mi opinión, el resultado será siempre el eccema.

Supongo que la única novedad en todo esto es que relaciono el eccema solamente con un tipo de agitación, *la buena*, y *no con todo tipo de agitación*. ¿Me escribiría para decirme si está de acuerdo mientras tenga estas ideas frescas en la mente? He dejado mi dirección estadounidense en recepción. ¿Es buena su salud física en general? ¿Le han controlado los ojos? Se queja de que sus impertinentes ya no le sirven. La doctora me dijo que mi esposa no tenía ropa interior abrigada, y yo recomendé algo de angora y seda, pero Zelda no me ha hecho caso.

La conmovió muchísimo la muerte de mi padre y la pena que me causó y se aferró a mí literalmente durante una hora. Luego adoptó su otra personalidad y me trató fatal durante el almuerzo. Después de almorzar volvió a ser cariñosa y tierna, totalmente normal, de manera que, sin presionarla, hubiera podido

conducir las cosas para que tuviéramos relaciones, pero el eccema aumentaba de manera casi visible, así que me marché temprano. Hacia el final estaba de nuevo esquizofrénica.

Me dio aliento la charla que tuvimos hoy. Mandaré a mecanografiar y traducir esta carta y se la enviarán desde París. Regresaré en tres o cuatro semanas. ¿Tendría la gentileza de telegrafiar me cinco o seis palabras en mitad de semana a la dirección LIT OBER NUEVA YORK (no hace falta poner mi nombre)?

Con los agradecimientos de siempre,

1932

36 años

Hoy me habló de una novela «sobre nuestra pelea y mi locura». Si ella comenzara actualmente esa obra, yo retiraría mi apoyo económico de inmediato, porque mi paciencia tiene un límite. No puedo solventar la fragua donde se forja el arma con que ella me golpeará en la cabeza, golpeará la de Scottie y, a la larga, la suya propia, por muy grato que sea el ejercicio para los músculos de su mente.

(Carta a la doctora Mildred Squires, primavera)

A la doctora Mildred Squires¹⁰⁴

14 de marzo de 1932

Estimada doctora Squires:

La novela de Zelda,¹⁰⁵ o mejor dicho su intención de publicarla sin consultármelo, me ha afectado muchísimo. Primero, porque en su formato actual es tal la mezcla de aspectos positivos y negativos que no tiene posibilidades de ser un éxito artístico, y, segundo, por algunos de los materiales que utiliza.

Como quizá usted sepa, llevo cuatro años trabajando de manera intermitente en una novela que cuenta la vida que llevamos en Europa. Desde la primavera de 1930, no he podido avanzar *debido* a que era necesario mantener a Zelda en sanatorios. No obstante, existen unas 50.000 palabras que le he leído a Zelda, y hay una sección entera de su novela que es una imitación de la mía, de su ritmo, de sus materiales, incluso de sus afirmaciones y discursos. Usted podrá decirme que la experiencia compartida de dos personas es propiedad de ambas: cada uno transmuta la misma escena según su carácter y el resultado «sale distinto». Como verá en mi carta a Zelda, solo le he pedido que elimine dos episodios, que *ella* ha reducido a anécdotas, pero *de los que dependen secciones enteras de mi libro*. Sobre su propio material —su juventud, su amor por Josaune, la danza, sus observaciones de los estadounidenses en París, los excelentes pasajes sobre la muerte de su padre — mis críticas serán simplemente objetivas y profesionales. Pero ¿se da usted cuenta de que «Amory Blaine» era el nombre del personaje de mi primera novela, al que atribuí mis aventuras y opiniones, de hecho mi autobiografía? ¿Cree que, en una novela firmada por mi esposa, su reaparición como pintor de retratos medio anémico con ideas robadas a Clive Bell, Fernand Léger, etc., pasaría desapercibida? Eso solo nos dejaría a Zelda y a mí en ridículo. Si

ella quisiera examinar nuestra vida en común desde una perspectiva hostil y publicar sus conclusiones, yo nada podría hacer salvo responder con la misma moneda o callarme, según eligiera; pero esta mezcla de hechos y falsedades simplemente está calculada para arruinarnos a los dos, o lo que queda de nosotros, y no puedo permitirlo. Usar el nombre de un personaje de mi invención para poner hechos íntimos en manos de los amigos y enemigos que hemos acumulado sobre la marcha... Dios mío, mis libros la convirtieron en leyenda y lo único que ella pretende con este retrato indisimulado es convertirme en una nulidad. Por eso mandó el libro directamente a Nueva York.

Desde luego, si ella no estuviera enferma, yo debería considerar la cuestión como un acto de deslealtad o algo que dejar en manos de un abogado. Hoy por hoy no sé de qué manera considerarla. En todo caso, sé que estamos muy cerca del fin. Su madre cree que ella es un ángel abusado que está prisionera en la clínica a causa de mi pobre criterio o mis malas intenciones. En toda la familia no hay más que incompetencia, a excepción de la capacidad que saco de mi talento y de mi trabajo para solventar lujos como la locura. Pero Scottie y yo tenemos que vivir, y en esta atmósfera de suspicacia es cada vez más difícil producir las bagatelas convincentes y bien decoradas por las que el señor Lorimer me soborna con dinero.

Yo sugiero lo siguiente: trate de descubrir *por qué* Zelda mandó la novela sin consultármelo, lo cual, en vistas de que le he dado toda su educación literaria, todo el aliento y todas las oportunidades, habría sido lo más normal.

Segundo, cuénteles a la señora Sayre que yo soy todo lo villano que quiera y dígame que tiene información privada al respecto, pero aclárele que su hija está enferma, enferma, enferma, y que no hay margen de duda.

Tercero, no deje que circule la novela hasta que Zelda lea mis detalladas críticas y mi solicitud de explicaciones, que me llevará dos días más preparar.

Entretanto seguiré viviendo aquí en un estado de masturbación moderada y con un par de whiskys antes de dormir, hasta que expire el contrato de alquiler el 15 de abril, cuando partiré al norte. Aprecio sus cartas y entiendo lo difícil que es en este caso un diagnóstico. Mi cuñada irá allí esta semana. Es una mujer trivial y encantadora, y nos tenemos una profunda antipatía. Su interpretación o análisis de cualquier serie de hechos merece el mismo escepticismo que los de cualquier otro miembro de la familia Sayre. Han

delegado en el juez la capacidad de pensar durante tanto tiempo que para ellos casi se ha convertido en un juego de salón.

Adjunto un cheque para Zelda de 50 dólares.

Atentamente y con gratitud,
F. Scott Fitzgerald

* • *

A Maxwell Perkins

Montgomery, Alabama
25 de marzo de 1932

creo que la novela puede publicarse sin dudas en primavera solo es cuestión de pequeñas pero necesarias correcciones mi desánimo causado por el hecho de que yo y mi hija enfermamos cuando zelda consideró oportuno enviarte manuscrito puedes ayudarme devolviéndole manuscrito a ella cuando lo pida poniendo alguna excusa por aún no haber podido leerlo estoy mejor y te escribiré carta mañana en mi opinión es una buena novela stop retomaré artículo en cuanto termine cuento actual para el post que llegará a baltimore miércoles saludos y recuerdos

scott fitzgerald

* • *

A Maxwell Perkins

Montgomery, Alabama
28 de marzo de 1932

lee manuscrito pero si ya lo has devuelto mandame telegrama y te enviaré mi ejemplar stop si te gusta y quieres usarlo inmediatamente recuerda que la parte central debe reescribirse totalmente stop título y nombre de amor y blaine cambiados¹⁰⁶ stop llego a baltimore jueves para conversar con zelda se

decidirá inmediatamente nuevo título y cambio de nombres corrección llevará un par de semanas

scott fitzgerald

* • *

A la doctora Mildred Squires
Primavera de 1932

Estimada doctora Squires:

El arreglo actual es bastante desalentador. Se diría que yo no apporto a su solución nada, sino dinero y buena voluntad, y Zelda no aporta nada en absoluto, excepto su capacidad de despertar compasión. Tal vez ella haya logrado algo bastante bueno, a costa de todos los que la rodean, incluyéndome especialmente a mí. Cree que ha sido generosísima solo por efectuar cambios en la novela: se ha vuelto tan dura y fríamente egocéntrica como cuando se dedicaba al ballet, y yo no querría vivir con ella en su estado actual más de lo que querría revivir aquellos días. El único rayo de esperanza es el siguiente: que una vez enviada la novela (casi ha echado por tierra todas las relaciones pacientemente construidas durante un año) ella *no debe* escribir más sobre *asuntos personales* mientras esté bajo tratamiento. Ha ocurrido lo peor que podía ocurrir: todo este asunto la ha obligado a recordar en detalle los hechos de la vida mundana que originaron los problemas, causándole una amargura retrospectiva que luego ha descargado sobre mí, de manera que me encuentro en una situación intolerable. Sin que sea culpa de usted, la estancia de Zelda en la clínica se ha convertido en una carísima oportunidad para satisfacer su deseo de expresión. Estamos más distanciados que cuando ella enfermó hace dos años y esta vez *no siento el menor remordimiento*.

Paso a algunas cuestiones particulares (sin relación con lo anterior).

Primero. Con respecto a lo que hablamos por teléfono. Nuestras relaciones sexuales han sido buenas o menos buenas de cuando en cuando, pero siempre han sido normales. Zelda tuvo su primer orgasmo unos diez días

después de que nos casamos, y desde entonces no ha podido alcanzarlo solo una docena de veces en doce años. Desde que reiniciamos las relaciones la primavera pasada ese accidente *nunca* ocurrió en nuestras relaciones; en ese sentido, hasta el día que ingresó en Johns Hopkins eran más satisfactorias que nunca (también OK aquí en Baltimore, como expliqué).

La dificultad de 1928-1930 fue de temperamento: llevó a largos periodos de una completa falta de deseo. A lo largo de 1929 debemos de haber tenido relaciones solo dos docenas de veces y siempre fue algo puramente físico, pero *en la medida de lo puramente físicomutuamente* satisfactorias. He tenido experiencias y he leído toda la bibliografía disponible, incluyendo el libro de aquel holandés que vi en sus estantes, y sé de lo que hablo (en cuanto a las relaciones actuales).

Por otro lado, me parece una pena que Zelda no haya tenido más hijos; y probablemente ella sea de carácter más bien polígamo y hasta es probable que tenga, cuando se deja llevar, un punto de lesbianismo mental. Sobre lo primero y lo tercero no puedo hacer nada; lo segundo sencillamente no podía tolerarlo, y sigo sintiendo la necesidad de preservar a la familia.

Segundo. Hoy Zelda pesaba en una balanza de las de monedas, vestida, 49 kilos, y me dijo que ha estado adelgazando. Cuando está conmigo come dos paquetes de caramelos de menta, aunque el azúcar *siempre le ha causado* acné. Le pregunté si le apetecía bajar por el valle (Shenandoah) y pasar la noche allí el próximo sábado. Si no, le dije, me gustaría ir a Nueva York por un día o dos, para cambiar de aire. No le interesó el viaje por el valle, pero me animó a ir a Nueva York. En su mente existe el vago reflejo de decir: «Anda, haz lo que quieras, lo único que yo quiero es poder trabajar». La omisión esencial es que yo también quiero poder trabajar, acabar con este incesante oficio de gacetillero al que me obliga su enfermedad. Usted habrá visto obvias injusticias en su novela. El romance de la muchacha es un idilio; el del hombre es sórdido. Se le resta importancia a los problemas con la bebida de la chica (y pensar que hubo que llamar a veintipico médicos para que le suministraran a ella $\frac{1}{3}$ de morfina cuando enfurecía por las mañanas), mientras que los del hombre se realzan. En fin, no tiene sentido repasar eso de nuevo. Todo ha sido más o menos corregido. La cuestión es que no compartimos una base de trabajo común y que cada vez esa base será más pequeña, a menos que la novela *cierre* una etapa de su vida y esta se desdibuje

con la escritura. Es lo mejor que cabe esperar. Pero Zelda *no debe* embarcarse en otra obra sobre su vida personal. Hoy me habló de una novela «sobre nuestra pelea y mi locura». Si ella comenzara actualmente esa obra, yo retiraría mi apoyo económico de inmediato, porque mi paciencia tiene un límite. No puedo solventar la fragua donde se forja el arma con que ella me golpeará en la cabeza, golpeará la de Scottie y, a la larga, la suya propia, por muy grato que sea el ejercicio para los músculos de su mente.

Además, volvió a hablar de la obra de teatro. Eso no haría daño a nadie porque sería más frío e impersonal; incluso puede que tapara el recuerdo de la novela y todo cuanto la novela evoca. Irónicamente yo le ofrecí el plan de la novela, le recomendé la autobiografía, etc., sin tener idea de que ocurriría *esto*.

Tercero. Tengo vagas ideas sobre a) que ella tome clases de tenis (sigo pensando en el esquí y en su necesidad de sentirse superior en *algo*), b) algo de ropa primaveral, como para alentar algunas pequeñas vanidades en vez del repelente y devastador orgullo actual, c) tratar de estar con ella sin enfermeras para ver cómo hace las cosas allí. *O, durante una semana: aparentemente sin enfermeras*.

Por fuerza, hemos estado dejando pasar el tiempo hasta que terminara la novela, pero siento que tenemos que hacer algo para llegar a una decisión definitiva. No me resulta sano darle vueltas a cosas como las siguientes: que tengo el terrible as en la manga de poder sacarla de allí, devolverle la cordura y solo esperar un par de semanas hasta que ella aporte las pruebas necesarias para volver a ingresarla. Zelda no tiene ni idea de cuánto depende de mí, y si la única salvación para todos nosotros es que se vea sin mi apoyo (como vio reducido por la escasez de dinero), pues eso se hará.

Tengo otro plan más, pero depende de un sacrificio adicional por mi parte y no estoy seguro de poder lograrlo. Ya le hablaré de ello. En cualquier caso, me gustaría verlos a usted y al doctor Myers a principios de esta semana; pero le *ruego* que me diga lo que *usted* ha pensado y decidido. He agotado mis fuerzas iniciales y he puesto todas las cartas sobre la mesa. Necesito consejos como la parte necesariamente responsable. Siento que, en la práctica, o bien usted me ayudará a aceptar que Zelda está esencialmente enferma y por tanto podré pedirle a usted que me aisle de los males correspondientes, *o bien* me ayudará a pensar que está *bien*, que *nuestro* matrimonio va mal, con lo que el

problema se convertiría en algo mundano que podré resolver de acuerdo con mis propios intereses. Actualmente nuestra colaboración es demasiado vaga. No sé cuál es mi papel y cuento con que usted me lo aclare.

Atenta y agradecidamente,
F. Scott Fitzgerald

* • *

A Maxwell Perkins
14 de mayo de 1932

Baltimore, Maryland

Querido Max:

Aquí tienes la novela de Zelda. Ahora es una buena novela, quizá una muy buena novela; estoy muy pegado a ella como para saberlo. Tiene los defectos y virtudes de una primera novela. Es más la expresión de una personalidad poderosa, como *El ángel que nos mira*, que la obra de un artista consumado como Ernest Hemingway. Sin duda interesará a miles de personas aficionadas a la danza. *Trata* de algo y es absolutamente novedosa y debería venderse bien.

Ahora bien, en cuanto al acuse de recibo. Si la rechazas, cosa que no creo, todas las comunicaciones deberán pasar por mí. Si la aceptas, escríbele directamente a Zelda, y no te reprimas en hacer los elogios que creas oportunos. El esfuerzo de escribirla fue malo para ella, pero tenía que hacerlo; después necesitó reposo, y temí que los elogios alentaran la incipiente egomanía que notaron los médicos, pero últimamente se lo ha tomado todo muy sanamente y con sentido común (al principio se negó a corregir..., luego corrigió completamente, agregó sus propias sugerencias y cambió una parte bastante ostentosa y autojustificativa de «confesiones verdaderas» que no le hacía justicia a sí misma ni a una obra honesta. Puede hacer correcciones adicionales en galeradas, aunque no le puedo pedir nada más en este momento), pero ahora los elogios le harán bien dentro de lo razonable. Y no

debe escribir nada más de carácter *personal* durante unos seis meses, hasta recobrar las fuerzas.

Una segunda cosa, más importante de lo que crees. No llevas más de veinte años en el negocio editorial sin haber notado la estrechez que aqueja a las grandes personalidades. Una vez Ernest me dijo que «nunca publicaría un libro en la misma temporada» que yo, dando a entender que algo así produciría rencor. Te aconsejo que, en el caso de que se encuentre en Nueva York (y siempre suponiendo que te guste el libro de Zelda), *no lo elogies delante de él ¡o siquiera se lo menciones!* Cuanto mejor sea lo que haya escrito Ernest, más esperará tu absoluta lealtad, pues es uno de los pocos placeres, rico y total y nuevo, que cosechará al respecto. Sé de lo que hablo, y creo que tú también, y probablemente no tiene sentido ponerte sobre aviso. No hay conflicto posible entre los libros, pero siempre ha habido una discordia sutil entre Ernest y Zelda, y cualquier superposición puede acarrear consecuencias curiosamente serias; curiosas, es decir, para hombres poco celosos como tú y yo.

Una cosa más. Por favor, cuando escribas a Zelda (en caso de aceptar) no menciones contratos o términos. Yo me ocuparé de ello en cuanto me informes.

Gracias por la Modern Library. No sé bien qué hacer. Se me han ido cinco años y soy incapaz de decidir quién soy, si soy alguien.

Cuéntame cómo sigue lo de la familia. En esos asuntos combino la actitud del científico y la del profano hasta tal punto que podría ser de más ayuda que cualquier otra persona. Podría ir a verte a Nueva York, y tengo la intención de hacerlo pronto.

Con el afecto de tu amigo,
Scott

* • *

A Zelda Fitzgerald
Después de 1932¹⁰⁷

¿Crees que ya eres capaz de cuidarte sola, de juzgar lo que es bueno para

ti?

Si no, ¿sabes qué debería hacerse?

¿Crees que debes estar en una clínica?

¿Sería de ayuda una enfermera profesional?

¿Una con experiencia?

¿Una sin experiencia?

Si estuvieras desesperada y sufrieras un arranque de furia o de depresión, ¿pedirías el juicio de una mujer así o acudirías a mí?

¿Los ataques de furia forman parte del trastorno que mencionaste?

¿O son algo que depende de tu entorno?

Si forman parte de tu enfermedad, ¿cómo puedes aceptar la opinión de otra persona cuando la naturaleza de tu ataque te quita la capacidad de raciocinio?

Si dependen del entorno de tu hogar, ¿en qué sentidos prácticos te gustaría que tu entorno cambiara?

¿Son necesarios grandes cambios que afecten seriamente la vida de esposo e hija?

Si sientes que ahora eres capaz de cuidarte sola, de juzgar lo que es bueno para ti.

¿De qué serviría una enfermera?

¿Sería una especie de reloj para recordarte a qué hora hacer esto o aquello?

Si esa función es molesta por parte de tu esposo, ¿no lo sería más aún por parte de un desconocido presente en tu propia casa?

¿No se te cruza a veces por la cabeza la idea de que debes vivir al filo de la salud mental para crear lo mejor posible?

¿Qué es lo primero: tu salud o tu trabajo?

¿Es tu salud delicada?

Si una persona sacrifica parte de su salud por su trabajo, ¿está en su derecho?

Si una persona enferma sacrifica parte de su salud por su trabajo, ¿está en su derecho?

Si una persona enferma sacrifica parte de su salud por su trabajo y

sacrifica a los demás, ¿también está en su derecho?

Si los demás no están dispuestos a sacrificarse voluntariamente, ¿pueden negarse?

¿Qué opciones tendría la persona que trabaja resueltamente *si se encontrara bien*?

¿Qué opciones tendría estando enferma?

¿No debería esperar a estar bien para tomar decisiones, porque al estar enferma inevitablemente se verá derrotada al intentar infringir los derechos de los demás?

¿Existe alguna opinión ilustrada que considere posible que conserves tus fuerzas durante un año más?

¿Puedes darte fuerzas de alguna manera excepto las habituales?

¿Eres una persona excepcional que se curará de manera distinta a las demás?

¿Emprenderás el regreso habitual a la vida social para que la sociedad te proteja durante tu enfermedad y convalecencia?

¿Estriba el regreso generalmente en las virtudes de la paciencia y la sumisión en ciertos aspectos importantes?

En caso de que un enfermo (supongamos un hombre con viruela) ande suelto perjudicando y contagiando a otros, ¿la sociedad tomará medidas severas para protegerse?

¿Estás enferma?

¿Son tu esposo y tu hija, en un sentido amplio, la sociedad?

Si uno de ellos fuese un enfermo contagioso y quisiera regresar a casa durante la convalecencia, ¿lo dejarías contagiar al otro y contagiarte a ti?

¿Quiénes serían para ti los guías naturales que determinarían cuándo ha llegado a su fin la convalecencia?

¿El «buen» comportamiento en la clínica precedió tu recuperación anterior?

¿Qué comportamiento es mejor que cualquier otro?

¿No precedieron la actividad desenfrenada y el mal comportamiento el

desenlace anterior en Valmont y Prangins?

¿Estás o has estado enferma?

¿La actividad desenfadada produce a menudo una consecuente irritabilidad incluso en las personas sanas?

¿No se acentuaría ello tremendamente en un enfermo?

¿Acaso una persona que se está recuperando de un problema cardíaco empieza por mover rocas enormes?

¿Es «no tengo tiempo» una respuesta a las preguntas anteriores?

¿En qué orden de importancia está todo en tu mente?

¿Es tu salud lo primero?

¿Lo es siempre?

¿Lo es en plena creación artística cuando ambas cosas entran en conflicto?

Si no lo es, y debieras curarte, ¿debería coaccionarte la sociedad para que pusieras la salud en primer término?

Si estuvieras enferma, ¿debería ocuparse de ti la sociedad?

¿Tu hija tiene los mismos privilegios cuando está enferma y cuando está sana?

¿No se suspenden las clases?

¿Es esto lógico?

¿Qué es lo lógico?

¿Es importante actuar lógicamente?

Si no, ¿es importante actuar dramáticamente?

¿Es importante haber actuado dramáticamente?

Si una enfermedad se convierte en un fastidio para la sociedad, ¿reacciona la sociedad severamente?

¿Es importante actuar dramática o lógicamente en el futuro?

¿Es una persona enferma o sana más capaz de actuar dramática o lógicamente?

¿Puede alguien muy enfermo intentar estar solamente un poco enfermo?

¿Qué pasa si la locura no amplía el registro artístico?

¿Qué es la disociación de ideas?

¿De qué manera difiere en alguien artístico y en un enfermo mental?

¿Quién paga por la enfermedad?

¿Quién paga al sufrir?

¿Solo el enfermo sufre?

Cuando te marchaste de Prangins, ¿habrías llevado a cualquier paciente de allí a tu casa contra su voluntad?

¿Te habrías ocupado de ellos?

Supón que se presentara la opción entre dos pacientes y uno de los pacientes aceptara tu criterio mientras que el otro dijera que no lo haría, ¿a cuál de los dos elegirías?

Cuando los médicos recomiendan una vida sexual normal, ¿estás de acuerdo con ellos?

¿Eres sexualmente normal?

¿Eres reservada en cuanto al sexo?

¿Estás sexualmente satisfecha con tu marido?

1933

37 años

Esta novela, mi cuarta, completa mi historia de los años de bonanza. Tal vez sea bueno recalcar que no trata de la depresión. No acentúes que trata de estadounidenses en el extranjero. Se ha publicado mucha basura bajo ese rótulo.

(Carta a Maxwell Perkins,
19 de octubre)

A Maxwell Perkins

La Paix, Rodgers' Forge
Townson, Maryland
25 de septiembre de 1933

Querido Max:

La novela avanza más aprisa de lo que creía. Hubo un pequeño revés cuando pasé cuatro días en el hospital,¹⁰⁸ pero desde entonces me he adelantado a mis planes; como recordarás, te prometí un manuscrito legible para el 1 de noviembre, con el primer cuarto listo para incluir en la revista (si puedes usarlo) y otros tres cuartos sujetos a correcciones posteriores. Ahora mismo creo poder tenerlo para el 25 de octubre. Te llevaré el manuscrito en persona, coronado con un casco en punta.

Hay varias cosas que me gustaría que respondieras categóricamente.

1. ¿Quisiste decir que podías incluir el primer cuarto de la historia en la revista que aparecerá a finales de diciembre y que el libro podría publicarse a principios de abril? Eso entendí por teléfono, pero me gustaría asegurarme. Ignoro qué prometen las estadísticas sobre los transatlánticos para la primavera, pero me parece que, si el libro se publicara en mayo, llegaría demasiado tarde en caso de que hubiese un gran éxodo y de ese modo perdería la posibilidad de ser un libro de regalo. La historia, como sabes, transcurre enteramente en Europa. Ojalá hubiera podido llegar hasta China, pero Europa es lo mejor que pude hacer, Max (para decirlo con el ritmo de Ernest).

2. No voy a necesitar una galerada de la primera parte, aunque por supuesto espero que tus correctores eliminen los errores evidentes, pero quisiera hablar contigo sobre cualquier pequeño cambio que deba hacerse para la publicación en la revista. En cualquier caso, lo haré yo mismo.

3. ¿La publicación en la revista excluye absolutamente la posibilidad de que el libro sea elegido por el Literary Guild o el Book of The Month?¹⁰⁹ Cualquiera que sea la respuesta, la publicación por entregas servirá para que el libro refresque la memoria y llame la atención de mi viejo público y para saldar cuentas contigo. Por otro lado y de ser posible, los dos sacaríamos provecho si a los editores de esos círculos de lectura les gustara la curiosa idea de que el autor, Fitzgerald, realmente ha escrito un libro después de tantos años (siempre y cuando este último sea bueno). Por favor, respóndeme a este punto porque para mí es importante saber si debo esperar las principales ganancias de la publicación por entregas y quizá los derechos teatrales y cinematográficos, o si con la venta del libro, apoyada por una de esas organizaciones, tengo las mismas oportunidades que cualquier otro *best seller*.

Ober me está adelantando el dinero para seguir adelante (probablemente hagan falta más de 2.000, pero está dispuesto a estirarse hasta 4.000 dólares), y en compensación le cederé el 10 por ciento de los derechos de la publicación por entregas. Tengo pensado reunir el dinero que le debo (de no haberle pagado ya con los cuentos para el *Post*) pidiendo otro adelanto por mi libro siguiente, que tal vez sea una abultada colección de cuentos breves o de los cuentos largos sobre jóvenes que publiqué hace tiempo en el *Post* como cuentos de Basil y de Josephine. Sería para publicarse en otoño.

Eres el único que sabe lo poco que falta para que termine la novela, *te ruego que no digas ni una palabra a nadie*.

4. ¿Cómo avisarás con un mes de anticipación que se publicará el relato: con una banda alrededor de la cubierta del número de diciembre? Cuando nos veamos a finales de octubre quisiera hablar contigo sobre la publicidad, así que por favor no encargues el trabajo aún al responsable de ese departamento. En cuanto a las fotografías, tengo una instantánea de nosotros tres con una tabla de surf que podría ampliarse a papel satinado de 6 × 10 ideal para fotograbados, y también un buen doble perfil de Zelda y yo del tamaño convencional de los estudios fotográficos, y acabo de recibir un presupuesto del fotógrafo. Pide 18 dólares por doce copias, 24 por veinticuatro y 35 por cincuenta, y dice que no entrega las placas, aunque supongo que se le podría convencer haciéndole una oferta a «todo o nada». ¿Cuántas necesitarías? Estas dos fotos son nuevas, no quiero que circule ninguna de las viejas y no quiero que desentierren algunos de esos horrores de las morgues de los periódicos.

Dime cuántas necesitarías para todas las cuestiones de prensa. ¿Sería más barato si me retratan cuando vaya allí? El problema es que en una sola de las tres fotografías mi cara tiene interés.

5. Mi idea, y creo que es muy importante, es convencer a la Modern Library, incluso si depende de un subsidio, de que publique *Gatsbypocas* semanas después de la publicación de esta novela.¹¹⁰ Por favor, no me digas que alguien podría pensar: «Uno de estos libros está en la Modern Library, de manera que no compraré el otro», o que ambos pueden confundirse. La gente que compra libros de la Modern Library no es la misma que compra libros nuevos. En su formato actual, al no estar a la vista de los compradores, *Gatsbysolo* obtendría pocas ventas gracias al éxito de este libro. Tengo la impresión de que cada vez que el departamento comercial ha adoptado una visión a corto plazo de la comunidad interesada en esta cuestión, a saber mi reputación, no ha habido ganancias para vosotros y menos aún para mí. Por ejemplo: una novela de Ernest en la Modern Library y ninguna novela mía, un buen cuento de Ernest en la colección de Grandes Cuentos Modernos y un cuento puramente comercial de los míos. Quiero hacer esto casi tanto como quiero publicar esta novela y cooperaré hasta el punto de compartir los costes.

Hablaremos de más cosas cuando nos veamos en octubre, pero me tranquilizaría que me dieras una idea sobre los puntos anteriores, para poder hacer planes en consecuencia. Te avisaré dos o tres días antes de ir por allí.

Una última cuestión: a diferencia de Ernest, no tengo ningún problema en hacer los cortes necesarios para la *publicación por entregas*, pero como es de esperar insisto en hacerlos yo mismo.

No imaginas el orgullo con el que entraré en tu oficina a un mes vista. *Por favor no prepares una banda, que no me gusta la música.*

Con afecto,
F. Scott Fitzgerald

* • *

A Maxwell Perkins

La Paix, Rodgers' Forge

Townson, Maryland
19 de octubre de 1933

Querido Max:

Por aquí, todo bien. Los primeros dos capítulos han quedado listos y empezaré el tercero esta tarde. Así que te enviaré la primera sección, unas 26.000 palabras, el viernes por la noche o el sábado por la mañana.

Naturalmente, me alegró mucho el gesto que tuviste al estirarte hasta 2.000. Ruego a Dios que los resultados se vean en la tirada de la revista y creo que lo harán. Desde luego, pararon las negociaciones con *Cosmopolitan* y Ober dice que la exención de *Liberty* es solo una formalidad y que él se encarga. Creo que necesitaré el dinero un poco antes que dentro de un mes, digamos 1.000 dólares a la entrega de la primera sección y los otros tres pagos de 1.000 cada quince días después de ello. Como sabes, le debo a Ober 2.000 o 3.000 y debo reembolsarlo para que pueda adelantarme el dinero necesario para llegar al final y escribir un cuento para el *Post*. Los pagos por la publicación por entregas deben hacersele directamente a él.

Paso a comentarte algo que te recordaré más adelante. Mi idea es que el libro se monte a partir de las galeradas corregidas de la publicación por entregas, y que ahí se restituyan los cortes que estoy haciendo en estas últimas.

Si tienes alguna manera de obtener carteles ferroviarios franceses o suizos, sería bueno que intentaras hacerlo. En cuanto a los textos de contraportada, creo que no debería haber muchos; aquí te envío nueve.¹¹¹

«*El gran Gatsby* es sin duda una obra de arte».
The London Times

En cuanto a T. S. Eliot, lo que me dijo fue en una carta personal: que había leído la novela varias veces, que le había interesado más que cualquier otra que hubiese visto en Inglaterra o Estados Unidos en muchos años, y también que era el primer paso adelante en la novela norteamericana desde Henry James.

Lo conozco un poco, pero no me atrevería a pedirle su respaldo. Si se puede arreglar sin exponernos a un rechazo, una afirmación más matizada por su parte sería lo mejor a excepción del apoyo de James Joyce o de Gertrude Stein.

Por supuesto, creo que las citas de contraportada son puras bobadas, pero quizá sea el punto de vista de un escritor, y el lector de a pie no sabe nada de la sociedad de bombos mutuos que está detrás de muchas de ellas. Como sea, lo dejo en tus manos. No cites todas las frases a menos que lo creas oportuno.

Hablemos de la cuestión de *Gatsby* en la Modern Library después de que se haya hecho público tu anuncio.

De nuevo, gracias por el aumento del pago y recuerda que el título es un secreto hasta el último momento.

Con el afecto de tu amigo,
Scott Fitzgerald

Al decir que este es mi primer libro en siete años, habría que tener cuidado de *no dar a entender que contiene siete años* de trabajo. La gente esperaría demasiado en cuanto a volumen y amplitud.

Esta novela, mi cuarta, completa mi historia de los años de bonanza. Tal vez sea bueno recalcar que *no trata* de la depresión. *No* acentúes que trata de estadounidenses en el extranjero. Se ha publicado mucha basura bajo ese rótulo.

Nada de exclamaciones del estilo: «Por fin, la tan esperada», etc. Solo sirven para inspirar un ánimo de: «¿Ah sí?».

1934

38 años

La siguiente es una idea descabellada, condicionada por el hecho de que mi médico cree que estoy anquilosado en la soledad y que debería buscar intereses fuera de casa. Bueno, para mí esos intereses suelen atañer a las mujeres, el alcohol o alguna forma de exhibicionismo.

(Carta a Christian Gauss,
7 de septiembre)

A Harold Ober

Baltimore, Maryland
21 de febrero de 1934

quiero decidir ya cómo reunir dinero para aguantar un mes hasta revisión final del libro sin consultar a max ¿puedes pedir opinión de algún dramaturgo notable sobre las posibilidades de dramatización? si no preferiría rodar todo y vender al cine para salir de este agujero financiero hay que decidir de inmediato mañana almuerzo con clark gable y quiero saber el estado actual de gatsby porque le gustaría interpretarlo por favor responde por telegrama inmediatamente

f. scott fitzgerald

* • *

A Maxwell Perkins

1307 Park Avenue
Baltimore, Maryland
4 de marzo de 1934

Querido Max:

En confirmación de lo que hablamos por teléfono esta mañana, me gustaría que les dijeras a los impresores que no interfieran con mi uso de itálicas. Si me hubiera liado con los tipos de letra, sería otra cuestión. Pero sé exactamente lo que hago y quiero usar las itálicas de manera *enfática*, sin desperdiciarlas en convenciones periodísticas estipuladas por el editor Frank A. Munsey en 1858. Por supuesto, siempre has sido muy amable al hacer que

los impresores siguieran mis indicaciones, pero en este caso, y dadas las prisas con que trabajamos, me preocupa que las galeras me lleguen con las mismas exactas observaciones que hubo en las de la revista. ¿Podrías hacerles algún guiño para que sigan el texto exactamente como solían hacerlo, al ser esta mi última oportunidad para corregirlo? Quien se haya ocupado de ello debe de ser muy paciente, pues llegados a la novena corrección me dan náuseas de solo ver cualquiera de sus partes. Con todo, en este caso particular estoy obligado a perseverar mientras que ellos no, así que son más propensos a descuidarse.

Repasando los otros puntos, espero que 1) se envíen con bastante tiempo los ejemplares a los reseñistas y 2) que estos reciban la versión de la novela tal como será publicada, porque no hay duda de que cada corrección comporta una enorme diferencia en la impresión que causará el libro. Al fin y al cabo, Max, ando con pies de plomo. Una vez tuve una charla con Ernest Hemingway y le dije, en contra de la lógica que imperaba por entonces, que yo era la tortuga y él la liebre, y lo cierto es que así es, todo cuanto he logrado ha sido gracias a un largo y perseverante esfuerzo, mientras que Ernest posee un toque de genio que le permite realizar con facilidad cosas extraordinarias. Yo no tengo facilidad. Me resulta fácil lo que tiene poco valor, si me avengo a permitírmelo. Puedo escribir cosas de poco valor. El otro día cambié la manera de actuar de Clark Gable en el cine de aquí. Puedo hacer cosas así con igual rapidez que cualquiera, pero cuando quise ser un hombre serio me puse a forcejear con cada detalle hasta convertirme en una lenta mole, de manera que eso seré durante el resto de mi vida. En fin, estas cuestiones de corrección, etc., son muy importantes para mí, y puedes cargarlo todo a mi cuenta, y así entenderé todo el trabajo que te han dado.

Como te dije por teléfono, me hizo ilusión el cumplido de Marjorie Rawlings, pero vino matizado por su afirmación de que mis personajes son gente trivial. He recibido otros comentarios elogiosos de escritores de todo el país, a veces por telegrama.

En cuanto a la publicidad. Una vez más te transmito mi teoría de que cualquier clase de bombo es letal, y que sería un completo desastre que el departamento de publicidad se propusiera explotar el interés que los intelectuales han demostrado por el libro hasta ahora. La reputación de un libro debe extenderse de adentro hacia afuera, mediante un crecimiento

natural. En términos de ventas, no creo que este libro pueda compararse con *Gatsby*. *Gatsby* tenía en su contra su longitud y su enfoque puramente masculino. Este, en cambio, es un libro para mujeres. Con un poco de suerte, creo que se labrará su propio camino dentro de las ventas actuales de ficción.

Disculpa si esta carta tiene un tono dogmático. Llevo tanto tiempo viviendo en la esfera de este libro y con estos personajes que a menudo me parece que el mundo real no existe, sino que solo existen los personajes. Por pretenciosa que suene esa afirmación (y, Dios mío, tener que ser pretencioso sobre mi propia obra), he ahí un hecho, hasta el punto de que sus alegrías y desdichas son exactamente tan importantes para mí como lo que ocurre en la vida real.

Zelda está mejor. Puede que se levante para asistir a la exposición de sus cuadros en Pascua, aunque no es seguro. ¿Te sigue pareciendo válida la idea de apilar los manuscritos acumulados en el escaparate?¹¹² Mis instintos no logran resolver el tema. ¿Qué crees? ¿No resultará un poco falso?

Un abrazo,
Scott

* • *

A Ernest Hemingway

1307 Park Avenue,
Baltimore, Maryland,
1 de junio de 1934

Querido Ernest:

Tu carta por poco no se ha cruzado con una mía que me alegro de no haber mandado, porque la vieja y simpática franqueza de la tuya ha disipado la atmósfera nebulosa que, me daba la impresión, dificultaba la conversación entre nosotros.

Dado que voy a ponerme egoísta contigo dentro de un momento, quiero decir que yo también pensé exactamente aquello que me sugeriste una vez: que

aquel cuento sobre el tráfico de chinos¹¹³ editado en *Cosmopolitan* le habría dado a «El ganador no se lleva nada» el peso que necesitaba. Permíteme una crítica más: aunque admiro los títulos puramente abstractos que empleas, no creo que este último haya sido una elección especialmente afortunada.

Luego quisiera discutir contigo un par de cuestiones técnicas. Te había escrito una carta porque Dos Passos pasó por aquí y me contó que, a propósito de mi libro, mencionaste algo de lo que hablamos una vez sobre personajes compuestos¹¹⁴ en un café de la Avenue de Neilly. No discrepo del todo en cuanto a la teoría, pero no creo que puedas demostrar nada con un caso como el de Bunny usando a su propio padre como el de John Dos Passos, o el de este libro, que transita por un territorio por el que tú personalmente anduviste más o menos al mismo tiempo que yo. En cualquiera de los dos casos, ¿cómo puedes confiar en tu distancia? Si nunca hubieras conocido a las personas originales, tus opiniones serían más convincentes.

Siguiendo por ese lado, ¿dónde termina la debida y lógica combinación de hechos, causas y efectos, etc., y empieza la imaginación? Tal vez en esto llesves toda la razón, porque supongo que aplicas la idea especialmente a la facultad creativa de la mente del autor y no al efecto que esta tiene en el lector desconocido. No obstante, yo no estoy tan seguro, y en particular no me convence que así se expliquen los grandes defectos de *Suave es la noche*. Piensa en los casos de los pintores renacentistas y los dramaturgos isabelinos. En el primero, tenían que sobreimprimir una concepción medieval de la ciencia y la arqueología, etc., sobre el relato bíblico; y, en el segundo, Shakespeare trataba de interpretar sus propias observaciones de la vida que lo rodeaba sobre la base de las *Vidas* de Plutarco y las *Crónicas* de Holinshed. Admitirás que allí se llevó a cabo la hazaña de construir un monumento con tres tipos distintos de mármol. Puedes acusarme con justicia de no tener la capacidad de lograrlo, pero la teoría de que no puede hacerse es muy dudosa. Insisto en este punto porque semejante concepción, si te atienes a ella, puede limitar tu propia elección de materiales. La idea puede reducirse simplemente a: no puedes decir *con exactitud* que la caracterización compuesta perjudica mi libro, sino solo que lo hace para ti.

Por poner un caso específico, el de Gerald y Sara. Ignoro cuánto crees saber de mi relación con ellos a lo largo de mucho tiempo, pero por los comentarios que haces, como que «Gerald te abandonó», me parece que ni

siquiera conocías lo básico de nuestra relación. En ese caso llegas a lo opuesto de la verdad.

Obviamente, mi respeto por tu vida artística es absoluto y total; a excepción de unos pocos muertos y viejos moribundos, eres el único escritor de ficción de Estados Unidos al que admiro muchísimo. Hay pasajes y párrafos de tu obra que leo una y otra vez; de hecho, dejé de hacerlo durante un año y medio por miedo a que tus ritmos concretos se colaran en los míos por un proceso de infiltración. Tal vez reconozcas algunas de tus observaciones en *Suave*, pero he hecho todo lo posible por evitarlo. (Dicho sea de paso, no leí el cuento de Wescott¹¹⁵ sobre los marineros de Villefranche hasta terminar mi propia versión. Creo que fue lo más precavido, al menos para mí, y recibí una amable carta de su parte en relación con ello).

Volviendo a mi cantinela, el segundo punto técnico que acaso te interese atañe al robo directo de una idea tuya, una idea de Conrad y una de David Garnett. La teoría de base la tomé del prefacio de Conrad a *El negro del Narcissus*: que el propósito de una obra de arte es apelar a los efectos perdurables en la mente del lector, a diferencia del propósito de, digamos, la oratoria o la filosofía, que respectivamente ponen a la gente de ánimo pendenciero o reflexivo. El segundo elemento del robo fue una teoría similar que tú pergeñaste de cara a los problemas con el final de *Adiós a las armas*. Recuerdo que tu primer borrador, o al menos el primero que vi, incluía una especie de sinopsis anticuada de las vidas futuras de los personajes. «El sacerdote continuó en sus funciones bajo el fascismo», etc., y quizá recuerdes mi sugerencia de coger un fragmento elocuente de cualquier parte del libro y concluir con ello; estabas en contra de la idea porque creías que el verdadero curso de una obra de ficción consistía en llevar al lector hasta un álgido punto emocional y luego soltarlo y dejarlo ir suavemente. No diste ninguna razón estética para ello, pero me convenciste. El tercer robo que estamos mencionando fue mi admiración por la caída mortal en *La dama que se transformó en zorro*, de Garnett, y la imité hasta donde era humanamente decente en mi propio final de *Suave*, diciéndole al lector en las últimas páginas que, a fin de cuentas, se trata de un hecho fortuito, y procurando que se sumara a mi equipo, en vez de salir a sacudir sus nervios, dar vivas y dejarlo en un estado como el de una mujer insatisfecha en la cama. (¿Acaso te ocurrió algo así en tus días con MacCallagan o McKisco, cariño?)

Gracias de nuevo por tu carta, que me hizo muchísima ilusión, y mis mejores deseos para todos. Dicho sea de paso, ¿de dónde sacaste la idea de que no me caía bien Pauline, o no tan bien como debería? En toda mi vida, la única vez que reaccioné con frialdad ante alguna de las personas con las que andábamos fue en el caso de Ada MacLeish, e incluso entonces nunca pasó de ello. Francamente nunca me ha interesado el odio. El rencor pasajero que sentí por alguna gente siempre se terminó a causa de lo que Freud llamó un complejo de inferioridad y Cristo «aquel que esté libre de pecado...», etc. Recuerdo el día en que lo dijo. Así éramos entonces; echamos una moneda al aire para ver quién iba a ponerlo en práctica, y perdió.

Actualmente solo pido 5.000 dólares por las cartas. Haz el cheque a nombre de Malcolm Republic, en *The New Cowlick*.¹¹⁶

Con el afecto de tu amigo,
Scott

P. D.: ¿Viste mi artículo sobre Ring en *The New Cowlick*? Creo que te habría gustado.

P. D. 2: No hace falta responder a esta carta y sus preguntas. Tienes razón en eso de que ya no escucho, pero mis historiales clínicos suelen destinarse siempre a las mismas revistas, y con los simples no soy sino amable. Pero a ti te escucho, y me gustaría muchísimo volver a oír tu voz.

* • *

A Christian Gauss¹¹⁷

1307 Park Avenue,
Batimore, Maryland,
7 de septiembre de 1934

Estimado decano Gauss:

La siguiente es una idea descabellada, condicionada por el hecho de que mi médico cree que estoy anquilosado en la soledad y que debería buscar

intereses fuera de casa. Bueno, para mí esos intereses suelen atañer a las mujeres, el alcohol o alguna forma de exhibicionismo. Ahora mismo lo más práctico me parece lo tercero, por lo que me gustaría impartir una serie de charlas en Princeton, digamos unas ocho, sobre el tema de la escritura de ficción. No se cobraría entrada y lo consideraría un favor si se me permitiera hacerlo en una sala de conferencias. (Dicho sea de paso, a fin de que usted se encontrase a salvo de mi elaborada reputación, le daría mi palabra de honor de no beber en Princeton más que lo que se sirviera en su mesa si me ofreciera el almuerzo antes de uno de estos intentos).

No he planeado las charlas, pero en general versarían sobre la historia de, digamos:

1. Qué es el temperamento creativo.
2. Qué es el material creativo.
3. Su organización.

Y así sucesivamente.

Todo ello sería un testimonio de primera mano, y tal vez haya que saltar barreras en el departamento de literatura. Si no le parece el momento indicado, no dude en decírmelo con franqueza. Tantos farsantes se han presentado en Princeton para predicar aquello que nunca han sido capaces de practicar que, incluso si mis palabras hallan eco en solo media docena de talentos incipientes, el asunto puede merecer la pena desde un punto de vista escolástico, y lo haría en un sentido egoísta: me gustaría organizar estas charlas por la tarde, después de eventos atléticos que quisiera ir a ver.

Nadie mejor que usted para consultarlo con los poderes imperantes en el departamento de literatura. Tengo la corazonada de que le caigo bien a Gerould y Root me cae bien, más allá de cómo le caiga yo a él...

Se trata de un disparo en la oscuridad. Creo que nunca supe tanto sobre mi trabajo como ahora, sobre la técnica correspondiente, y en ningún sitio me gustaría difundir este sentimiento egoísta más que en Princeton.

Puede que el resultado sea sorprendente, ¡quién sabe!

Espero que haya pasado un agradable verano en el extranjero. Mis saludos a la señora Gauss.

Atentamente,
F. Scott Fitzg.

P. D.: Desde luego, después de mi lamentable actuación en el Cottage Club, puede que usted dude de mi capacidad para manejar a una audiencia, pero mi sugerencia es que se anuncie la charla como una sola, y que *solo si* sigue habiendo demanda continuemos con las demás.¹¹⁸

* • *

A Harold Ober

1307 Park Avenue,
Batimore, Maryland,
8 de diciembre de 1934

Querido Harold:

Después de releer tu carta me da la impresión de que han quedado algunas cosas por responder. La primera es que tengo la honda sospecha de que en algún momento tú y Max os reunisteis y decidisteis que yo necesitaba un escarmiento. Sé muy bien el afecto que tengo por vosotros dos y supongo que es recíproco y también sé que cuando un hombre está en deuda con otro se encuentra indefenso en estos asuntos. No obstante, la suposición de que todos mis problemas se deben a la bebida es un poco simplista. En cuanto a mis dificultades domésticas y mi falta de moderación en ese ámbito, y dudando de qué causó el problema —si la gallina precedió al huevo o el huevo precedió a la gallina—, quisiera aclarar unos cuantos hechos: una compacta «*apologia pro vita sua*» tras los horrores vividos en Montgomery en el invierno del 30 y el 31, la recaída de Zelda, los ataques de la familia, etc., (y verás que esto coincide casi exactamente con mi negligencia de entregar los manuscritos de acuerdo con lo prometido). Me resultó evidente que mi reputación literaria, excepto para los lectores del *Post*, estaba en su punto más bajo. Yo había sido completamente olvidado, y el libro que Zelda escribió descuidadamente me lo

refregó en las narices. Desde aquel momento hasta principios de esta primavera mi principal preocupación fue lograr que mi libro se publicara a cualquier costa para mí, con tal de poder seguir adelante. Con tu ayuda y la de Max y algún favor por parte de mi madre se pudo llevar a cabo, pero al final acabé en el agujero negro de Calcuta, mentalmente exhausto, emocionalmente exhausto y, quizá, moralmente exhausto. No parecía haber tiempo ni espacio para recuperarse. Mi expedición a Bermuda fue un desastre debido a la pleuritis; Zelda tuvo otro colapso poco después de las vacaciones. La necesaria «recarga» que un escritor debe efectuar después de hacer grandes esfuerzos fue imposible. En cuanto terminé de revisar la última galera de la última versión de *Suave es la noche* en forma de libro tuve que sentarme a escribir un cuento para el *Post*.

Desde luego mi *apología* es por fuerza y en cierta medida un lamento, uno se cava su propia tumba y supuestamente tiene que yacer en ella, y sé que la culpa de todo esto se remonta a aquellos años que fueron años de egoísmo...¹¹⁹

1935

39 años

Me has salvado la vida con Scottie. Habrás adivinado que las cosas no marchan bien por aquí. Apenas un día después de que dictaminaran que los pulmones estaban completamente sanos, el corazón se volvió loco de nuevo y me mandaron de vuelta a la cama y solo pude trabajar un día de cada tres. Ahora estoy de nuevo en pie, pero no me gusta tener menos de cinco días para terminar el cuento, hacer las maletas, etc.

(Carta a Harold Ober, 5 de septiembre)

A Sara Murphy

Asheville, Carolina del Norte
15 de agosto de 1935

Queridísima Sara:

Hoy una carta de Gerald, recibida hace una semana, donde me contaba esto y aquello sobre la horrenda música de órgano que nos rodea, me hizo pensar en ti, y me refiero a *pensar en ti* (nadie más en el mundo entiende la diferencia). Según mi teoría de la ficción, que se opone totalmente a la de Ernest, se necesitan media docena de personas para sintetizarlas en un personaje ficticio de suficiente intensidad; de acuerdo con esa teoría, o mejor dicho a pesar de ella, te utilicé una y otra vez en *Suave*:

«Su rostro era duro y hermoso y lastimero».

Y de nuevo:

«Llevaba años sintiendo por ella un amor pesado y aterrador en el estómago».

En esas oraciones y en otras cien intenté no evocarte a *ti*, sino el efecto, los ecos y reverberaciones que produces en los hombres. Es una devolución insuficiente de todo lo que has dado con tu presencia vital, pero aun así es el intento sincero de un artista (¡qué palabra!) por preservar un trozo de verdad en vez de un «retrato» pintado por el señor Sargent. Y algún día, a pesar del afectuoso escepticismo que sentiste por el impetuoso joven que conociste en la Riviera hace once años, me harás sitio en ese rinconcito de ti que conozco mejor que nadie; sí, incluso mejor que Gerald. Y si acaso se tratara de tu oreja izquierda (odias que alguien examine cualquier parte específica de tu persona, por mucho que la aprecie; de ahí que usaras ropa colorida) los jueves por la tarde en el mes de junio de 11:00 a 11:15, esto es lo que diría.

Que nada de lo que has hecho es en vano. Si perdieras todo lo que has

traído al mundo, si quemaran tus obras en la plaza pública, la ley de la compensación seguiría en vigor (lo que estoy diciendo me conmueve demasiado para escribirlo tan bien como quisiera). Formas parte de nuestro tiempo, parte de la historia de nuestra raza. La gente cuyas vidas has tocado directa o indirectamente han reaccionado de manera *positiva* ante el paquete colectivo de átomos que eres. *Te he visto una y otra vez en momentos de confusión tomar casi a ciegas el camino más difícil, porque mucho después de que te abandonara la capacidad de raciocinio seguías aferrándote a la idea del coraje intrépido.* Tú fuiste quien dijo:

«De acuerdo, me quedo con los hombres cuadriculados».

Sé que tú y Gerald sois uno y que es difícil dissociar al uno del otro, por ejemplo en cuestiones como el afecto y el aliento que dabais a la gente llena de vida en vez de a aquellos otros, igualmente interesantes y menos exigentes, que se definían con nombres rígidos. No te elogio por *eso*; la diferencia era ese pelín adicional, la pequeña e incommensurable porción de un milímetro, aquella cúspide absoluta que marca la distancia entre el campeón mundial y el perdedor, la miradita que me echaste cuando estabas sentada en el sofá con Archie y me dijiste:

«Y... ¡Scott!»

... encima comprendiéndome, y con tanta compasión empeñada en tus seres más queridos que nadie más en el mundo habría tenido ese poquito adicional de reserva.

Caramba, acabo de entusiasmarme un poco. La cuestión es que me caes muy bien, y *creo* que tienes madera de buena mujer.

Gerald me ha invitado a que vaya a veros algún fin de semana de otoño, quizá en septiembre.

Es raro que cuando releo esta carta no parece transmitir ningún mensaje en particular, pero la voy a enviar igual. Como la elocuente canción de Cole:

«Creo que te diré lo *fantástica* que eres».

De tu eterno amigo,
Scott

A Harold Ober

5 de septiembre de 1935
Asheville, Carolina del Norte

Personal y confidencial

Querido Harold:

Esta carta trata de varias cosas.

Lo primero, el cuento: lo empecé tres veces y solo ahora estoy satisfecho con lo que tengo (unas 4.200 palabras). No quiero interrumpirlo una vez más (ya lo hice para ocuparme de lo de *Red Book* y para escribir un *sketch* de radio), ahora lo están mecanografiando, así que calculo que me quedaré aquí hasta el 12 en vez del 9 como tenía planeado. Deberías recibir el cuento el jueves 12.

Si puedes subir a Scottie al tren que sale de Penn a Baltimore el viernes 13, la recogeré en la estación. En Baltimore pararé en el Hotel Stafford, pues pienso mudarme y no quiero abrir la casa solo para una semana.

Me has salvado la vida con Scottie. Habrás adivinado que las cosas no marchan bien por aquí. Apenas un día después de que dictaminaran que los pulmones estaban completamente sanos, el corazón se volvió loco de nuevo y me mandaron de vuelta a la cama y solo pude trabajar un día de cada tres. Ahora estoy de nuevo en pie, pero no me gusta tener menos de cinco días para terminar el cuento, hacer las maletas, etc.

En cuanto a ir de compras con Scottie (me refiero a la sugerencia de la señora Ober), dado que no me he decidido por una escuela, más vale esperar porque los pertrechos de un niño dependen de ello y no puedo decidir nada hasta ver cómo sobrellevo el viaje a Baltimore. Si al menos muriera, ella y Zelda recibirían el dinero de la póliza de seguros y sería un alivio general, pero parece que la vida me ha estado jugando una mala pasada desde hace ocho meses y no sabe cuándo parar.

Como sea, de momento parezco estar fuera de peligro, y los médicos lo dicen en serio. Yo no quería que se anduvieran con vueltas.

Me gusta la sátira para la radio; es original y creo que bastante potente. Las pequeñas correcciones que hay que hacerle solo tomarán un día.

Ni que decir tiene que mendigaré dinero el 12 o el 13 cuando tengas el cuento en tus manos. Creo que hasta entonces puedo ir tirando.

En cuanto a Spafford,¹²⁰ le prometí dinero cuando la obra diera réditos; al parecer entendió que eso incluía la venta de derechos, pero le he escrito para aclararle que no: me refería a las primeras regalías. Según vi en algunos recortes, el contrato se firmó, pero supongo que no pagaron más que unos pocos cientos, ¿no? Spafford dijo que temías que Kirkland tardara en pagar. En cualquier caso, le he dicho a Spafford que ahora mismo no podía ayudarlo; la idea de compensarlo por el tiempo empeñado y sus esfuerzos fue una oferta gratuita entre él y yo.¹²¹

Me alegro de que te gustara el cuento para *Red Book*. Detesté tener que hacer todo ese trabajo sin recompensa alguna, pero era culpa mía, y ahora la serie sobre Phillipe tiene unas 30.000 palabras, casi la mitad de lo que se necesita para un libro. No sé si daré un próximo paso en esa dirección. Sin ninguna duda, tengo que apuntar a donde hay buen dinero hasta saldar mis deudas.

Con afecto,
Scott Fitzg.

* • *

A Harold Ober
18 de noviembre de 1935

Skylands Hotel
Hendersonville, Carolina del Norte

Querido Harold:

Las cosas se han derrumbado de nuevo. Desde el 20 de agosto he escrito:

1. Prácticamente un nuevo cuento para *Red Book*.¹²²

2. La primera versión del cuento sobre la Provenza.
3. Emisión radiofónica (vendido).
4. Primera versión del cuento sobre el suicidio (vendido).¹²³
5. Segunda versión del cuento sobre la Provenza.¹²⁴
6. Segunda versión del cuento sobre el suicidio.
7. Artículo de emergencia para *Esquire* por 200 dólares (terminado hoy).¹²⁵
8. La mayor parte de una emisión radiofónica. Termino mañana.

Sin duda tres buenos meses de trabajo, pero hasta ahora las ganancias totales apenas llegan a los 2.000 dólares. Claro que, si «Moriría por ti» se vendiera, la situación tendría otro color.

Trabajé durante un día en la obra con Spafford, le di un nuevo tercer acto, que era su punto débil. No tiene gran talento, pero trabaja duro y tiene sentido común y reconoce el talento del libro. Lástima que Kirkland no se sumara al proyecto.

Me quedo aquí hasta terminar un cuento para el *Post*, algo alegre y jovial. En Baltimore empecé a toser de nuevo debido a una multiplicidad de hechos, también a la bebida y a los enfados que me agarraba con todos los que me rodeaban. Ahora Scottie se encuentra allí con la señora Owens.

Estoy viviendo en un hotel de dos dólares al día, completamente solo, ¡gracias a Dios! Y a menos que algo me afecte nuevamente, terminaré el cuento el 27 y llegaré a Baltimore el 28, espero, esta vez para pasar allí el invierno.

Entretanto recibirás la emisión de radio.

Propio de mi confusión fue decir que el cuento sobre Constance Smith era para el *Post*. Ya pasó por allí en su primera versión y debería haber ido a *American*. Espero que hayas desestimado mi sugerencia.

Con afecto,
Scott Fitzg.

Tomé la decisión de marcharme de Baltimore cuando descubrí, tras haberme mudado, que un supercomerciante me había alquilado un apartamento con paredes de cartón *al lado del de un pianista*.

¿Has visto a Cormack?¹²⁶

1936

40 años

Te ruego que no te metas conmigo en letra de molde. Aunque a veces elijo escribir de profundis, eso no significa que quiera que mis amigos recen en voz alta inclinados sobre mi cadáver.

(Carta a Ernest Hemingway,
16 de julio)

A Ernest Hemingway

Asheville, Carolina del Norte
16 de julio de 1936

Querido Ernest:

Te ruego que no te metas conmigo en letra de molde.¹²⁷ Aunque a veces elijo escribir *de profundis*, eso no significa que quiera que mis amigos recen en voz alta inclinados sobre mi cadáver. Sin duda tu intención era amable, pero me costó una noche en vela. Cuando incluyas el cuento en un libro, ¿te importaría quitar mi nombre?

Es un cuento excelente —de los mejores que has escrito—, aunque lo de «pobre Scott Fitzgerald» me lo arruinó un poco.

Con el afecto de tu amigo,
Scott

La riqueza *nunca* me ha fascinado, salvo cuando se combina con el mayor de los encantos y la máxima distinción.

* • *

A Annabel Fitzgerald
¿Agosto de 1936?

Baltimore, Maryland

Querida Annabel:

Hoy fue un día bastante terrible y mañana promete no ser mejor, pero después de eso voy a —tengo que— quitarme de la cabeza a nuestra madre durante un día o algo así. Te resumo lo que ocurrió.

Fue triste sacarla del hotel, el único hogar que conoció en los últimos quince años, hasta su muerte, y revisar sus cosas. Las zapatillas y el corsé con que se casó, las muñecas de Louise envueltas en papel de seda, cartas viejas y *souvenirs*, papeles acumulados y diarios empezados que no iban a ninguna parte, todos sus motivos de orgullo y de desilusión reducidos a nada. Y a ella se la llevaron como a un montón de carne inútil con la que el mundo hubiera acabado.

Mamá y yo nunca tuvimos nada en común, salvo un rasgo de despiadada testarudez, pero cuando vi todo eso se me revolviéron las tripas al darme cuenta de lo desdichada que había sido con aquel carácter y cómo se aferró hasta el final a aquello que le recordaba momentos robados de felicidad. Así que no he podido tirar nada, ni siquiera la alfombra, y voy a meterlo todo en un trastero.

* • *

A Scottie Fitzgerald

Grove Park Inn,
Asheville, North Carolina,
31 de julio de 1936

Querida:

Encontrarás adjuntos unos dibujos que cuentan una historia triste. Tuve un accidente horrible y me rompí el hombro. Pensé que quedaría muy bien hacer un clavado y, después de un año y medio de inactividad, estiré demasiado los músculos en el aire y me rompí el hombro. Ha sido muy molesto y costoso, pero trato de tomármelo con buen humor y todo el mundo ha sido muy amable; aquí me han construido un curioso tablero para escribir de manera tal que trabajo con la mano sobre la cabeza, más o menos así.



Adjunto dinero para tus pequeños gastos. Puede que el coste de esta lesión me impida pagarte una escuela cara este otoño, pero a veces la vida nos hace estas cosas y sé que eres valiente y que podrás adaptarte a los cambios y que sabrás que dedico todos mis esfuerzos a tu educación y al cuidado de tu madre. El médico me ha dicho que, de no haberme operado, nunca habría podido volver a levantar el brazo por encima del hombro. Aún está por verse si podré volver a hacerlo alguna vez.

Estoy orgulloso de ti y solo un poco enfadado de que no hayas leído más que uno de los libros en francés.

El domingo por la noche me marché a Baltimore y puedes escribirme allí a nombre de la señora Owens o aquí cuando esté de regreso. ¿No es una suerte que después de todo no me haya ido a España? O tal vez habría sido una experiencia bastante buena.

Tu papá, que te quiere,

1937

41 años

Dos años de desmayos y escupir sangre me han puesto a salvo de las preocupaciones físicas, pero los aprietos financieros, si no se resuelven pronto, tendrán una influencia cada vez más grande en mi trabajo, minando mi confianza y arruinando lo que queda de mi mercado.

(Carta a Harold Ober, 13 de mayo)

A Harold Ober

Recibida el 6 de abril de 1937

Tryon, Carolina del Norte

Querido Harold:

El asunto de Hollywood fue un golpe duro, claro. Me habría venido de maravilla. Desde luego, no se puede hacer justicia al trabajo puramente creativo con la salud en pedazos y lleno de preocupaciones. Pero, dado que la salud es buena y la paga habría aliviado la preocupación, habría sido ideal. Lo que más he perdido es la confianza.

Así que espero que hagas todo lo posible por obtener una oportunidad para mí en Hollywood. Las cosas empeoran financieramente de semana en semana y, por supuesto, *no* pueden seguir así por mucho tiempo si tengo que ir allá a venderme por unos cuantos cientos a la semana. Estoy terminando el cuento sobre fútbol americano y voy a empezar otro, pero sería el doble de fácil trabajar si viera una salida posible de este pantano. Si Swanson no puede colocarme, ¿qué hay de Leland Hayward? Hace tiempo era un gran amigo y admirador mío.

Quizá mañana no me sienta tan deprimido como hoy, pero de momento todo se ve muy negro. Envíame la ilustración del cuento para echarle un vistazo. Ruego a Dios que vendas «Pulgares». Mándame un telegrama si lo haces.

Con afecto,
Scott Fitzg.

* • *

A Harold Ober
2 de mayo de 1937

Tryon, Carolina del Norte

por favor acepta cualquier precio por interludio 150 en descubierto situación tensa sin ayuda de herencia por una semana más cuento casi terminado por imposibles condiciones de trabajo

fitzgerald

* • *

A Harold Ober
Recibida el 13 de mayo de 1937

Tryon, Carolina del Norte

Querido Harold:

La vida me ha tenido en vilo por un tiempo. Rechazaron un cheque mío en el banco y después otro y después nuevamente el primero. No había dado propinas a los asistentes durante seis semanas, ni pagado al mecanógrafo, al farmacéutico, al médico, etc. Cada vez que llega el correo hay una amenaza de demanda. En resumen, la breve y simple historia de los pobres. Todo este año he vivido de la caridad. Ha pasado casi un año, por cierto, *desde que vendí un cuento*, aunque solo he escrito cinco y tal vez dos de ellos aún se vendan. De hecho, si estos dos no se venden, estaré enseguida en una situación peor que la anterior. Tengo un saldo de seis dólares inmediatamente después de haber ingresado lo que mandaste.

Mi única salvación sería cobrar unos cuantos cientos de la herencia que se decide dentro de dos semanas. Necesito una suma considerable, primero para pagar un porcentaje de las cuentas, segundo para estar tranquilo durante un mes entero y tercero para llevar a Zelda durante tres días de viaje a Myrtle Beach, algo que le he estado prometiendo por dos meses y a lo que el sanatorio la alienta. *No ha salido del hospital durante tres años y medio*, y

creen que está lo bastante bien para hacer un viaje.

Estos dos cuentos se parecen a los de antes. Siento que mi capacidad regresa conforme mejora mi salud. Creo haberte contado que, desde que dejé de beber, subí de 63 a 72 kilos. Por fin estoy durmiendo y, aunque tengo el pelo canoso, me siento más joven que en los últimos cuatro años. Por sorprendente que parezca, las muchas dificultades no me deprimen, aunque me siento tremendamente embotado: me cuesta un triunfo funcionar. Dejé de fumar para ahorrar y abandoné los medicamentos y los tratamientos caros. Bagatelas como cuatro dientes con abscesos y un tumor que debe extirparse realmente no me molestan. Dos años de desmayos y escupir sangre me han puesto a salvo de las preocupaciones físicas, pero los aprietos financieros, si no se resuelven pronto, tendrán una influencia cada vez más grande en mi trabajo, minando mi confianza y arruinando lo que queda de mi mercado.

¿Por qué Littauer?¹²⁸ No creo que en el *Post* hayan sido poco razonables. Han rechazado cuentos buenos como «Domingo loco» y «Phillipe» e «Íntimos desconocidos», pero la mayoría de las cosas que vieron no eran buenas. Me disgustó que me redujeran la tarifa, pero quisiera esperar a que rechacen un buen cuento *sin ningún motivo* para decidir que no le caigo bien a Stout.¹²⁹

Bueno, espero que tengas buenas noticias sobre un cuento para cuando recibas esto.

Con afecto,
Scott Fitz.

Fue una pena vender por 200 dólares el cuentito que aparece este mes en *Esquire*, ¿no? He ahí el puro resultado de las deudas.

* • *

A C. O. Kalman¹³⁰
Junio de 1937

Tryon, Carolina del Norte

Querido Kaly:

Me echaste una generosa mano para que saliera de aquella pesadilla, y ahora que se ha pagado la deuda —hasta donde una «obligación» así puede pagarse— quiero contarte que no he dejado de pensar con gratitud y aprecio en lo que hiciste. Aquel desastre de dos años, que tocó fondo en el otoño de 1936, ocurrió por la combinación habitual de circunstancias. Algún enemigo prejuicioso diría que fue culpa de la bebida, una madre cariñosa que fue una racha de mala suerte, un psiquiatra que fue un colapso nervioso. Tal vez fueron en parte todas estas cosas; el resultado me impidió realizar ningún trabajo justo a la edad en que supuestamente uno está en la cima de sus capacidades. Por entonces, mi vida parecía un caso perdido y lo cierto es que no *quería* que mejorara. Ya todo me importaba un bledo.

Por fortuna unas pocas personas tuvieron fe en mí, o quizá solo fueron amables. Un doctor mostró interés y algunos viejos amigos simplemente no podían creer que me pasara eso a mí. Sufrí muchísimo en lo profesional, pero no hice gran daño en mis relaciones personales: Scottie estaba lejos en el internado, Zelda en un sanatorio y yo en Carolina del Norte donde no veía a nadie. En los últimos seis meses (dejé de beber por completo en enero, ni siquiera cerveza) me he estado reponiendo, primero físicamente y al cabo económicamente, aunque esto último acabe de empezar. Me temo que deberé ir a trabajar a Hollywood para poder ahorrar.

En esas he estado, y no creo que vuelva a ocurrirme algo así. Me gustaría ir a St. Paul en algún momento del verano, quizá de camino hacia la costa, o si no a la vuelta, y quiero asegurarme de encontrarte allí, así que escíbeme y cuéntame en qué fecha Sandy y tú iréis a Europa para luchar con el general Franco por el derecho al trabajo y la jornada de 20 horas. *Scribner's*, 587 5^a Avenida, es mi dirección postal permanente, aunque en persona me encuentro en Carolina, cerca de Zelda. Ayer la llevé a nadar y hablamos de ti. Una vez más, mi más profunda gratitud.

Con el afecto de siempre,
Scott Fitzg.

* • *

A Scottie Fitzgerald
Julio de 1937

1937 (Camino a Hollywood)

Querido pastelito:

Tal vez esta sea la última carta que te envíe durante un tiempo, aunque no olvidaré el cheque cuando saque la chequera.

Estoy un poco ansioso. La tercera aventura en Hollywood. Dos fracasos en el pasado aunque uno no fuese por culpa mía. El primero ocurrió hace justo diez años. Por entonces muchos me consideraban el escritor estadounidense número uno tanto en el sentido artístico como, dadas las ganancias, en el comercial. Había holgazaneado durante seis meses por primera vez en mi vida y mi confianza frisaba la arrogancia. Hollywood nos consintió muchísimo, y las muchachas eran muy hermosas a ojos de un hombre de treinta años. Honestamente creí que *sin ningún esfuerzo* era una especie de mago con las palabras, una vieja ilusión teniendo en cuenta lo mucho que había trabajado para obtener un estilo pulido y colorido.

Resultado final: mucha juerga y nada de trabajo. Me pagarían solo una pequeña cantidad a menos que rodaran mi película, y no la rodaron.

La segunda vez fue hace cinco años. Eran momentos difíciles y, aunque todo estaba tranquilo en la superficie, mientras tu madre parecía recuperarse en Montgomery, en el fondo yo estaba muy inquieto y empecé a beber más de lo debido. Lejos de enfocar el trabajo con exceso de confianza, pequé de humilde. Me llevé muy mal con un cabrón llamado De Sano,¹³¹ que luego se suicidó, y dejé que me pasara por encima. Yo escribía la película y él hacía cambios mientras la escribía. Quise comunicárselo a Thalberg, pero me advirtieron de que sería «de mal gusto». Resultado: un mal guion. Me marché con dinero en el bolsillo, porque me pagaban por semana, pero desilusionado y asqueado, jurando nunca regresar, aunque me aseguraron que no era culpa mía y me invitaron a quedarme. Yo quería ir al este al finalizar el contrato para ver cómo se encontraba tu madre. Esta circunstancia se interpretó luego como que yo «había puesto pies en polvorosa» y fue usada en mi contra.

(El tren ha salido de El Paso desde que empecé esta carta. De ahí la caligrafía: caligrafía de Montañas Rocosas).

Quiero sacar provecho de mis dos experiencias. Hace falta tener tacto, pero mantenerse firme desde el comienzo: buscar al tipo clave de los jefes y al más flexible de los colaboradores, luego luchar con uñas y dientes contra los demás, hasta que, de hecho o en efecto, me ocupe yo solo de la película. Es la única manera en que puedo dar lo mejor de mí. Si me dejan espacio, puedo conseguir que me doblen el contrato en menos de dos años. Tú puedes ayudarnos a todos procurando no meterte en líos. Será una gran diferencia en los años más importantes de tu vida. Cuídate en lo mental (estudia cuando estés fresca), físico (no te depiles las cejas), moral (no te pongas en posición de mentir), y te daré más libertad que Peaches.¹³²

Papá

* • *

A Thomas Wolfe

Mediados de julio de 1937

Puro Impulso

EE. UU.

1937

Querido Tom:

Creo poder argumentar que necesitas cultivar un alter ego, un artista más concienzudo en tu interior. ¿No has pensado que atributos como la amabilidad o la tristeza, la exuberancia o el cinismo, pueden resultar una peste en los demás? ¿Que a menudo quienes viven a todo trapo no obtienen emocionalmente lo que quieren en el momento más importante, porque esa cualidad no está puesta de relieve?

Ahora bien, cuanto más definidas sean las tendencias del hombre fuerte, cuanto más seguro esté de que resulten visibles, más necesario le será atenuarlas, usarlas con moderación. La novela compuesta de incidentes selectos tiene a su favor lo siguiente: un gran escritor como Flaubert dejará conscientemente fuera las cosas que Bill o Joe (o en su caso Zola) vendrá a decir dentro de poco. Solo dirá aquello que nadie más ve. Por ello *Madame*

Bovary es una obra eterna mientras que Zola ya empieza a tambalearse por la edad. *La represión es valiosa en sí misma*, como cuando conduce al poeta, en su búsqueda necesaria de la rima, a una novedosa asociación de palabras que no habría descubierto mediante ningún proceso mental o incluso mediante el fluir de la consciencia. «Oda a un ruiseñor» rebosa de ello.

Para un talento exiguo como el mío no existe ese problema. Yo debo incluirlo todo para tener lo suficiente, y aun así a menudo no me alcanza.

Lo anterior es en dos palabras lo que argumentaría en tu contra, si puede decirse eso cuando pienso en lo mucho que te admiro y en que tu talento no tiene parangón en este ni en ningún otro país.

Con el afecto de tu amigo,
Scott Fitzg.

* • *

A Anne Ober
26 de julio de 1937

Hollywood, California

Querida Anne:¹³³

Te debía esta carta desde hace tiempo. En resumen, he visto Hollywood: hablé con Robert Taylor, cené con Fredric March, bailé con Ginger Rogers (esto sacará de quicio a Scottie, pero es cierto), entré en el camerino de Rosalind Russell, bromeé con Robert Montgomery, Adolph Zukor y Jesse Lasky, almorcé a solas con Maureen O'Sullivan, vi actuar a Joan Crawford y me quedé prendado de una chica medio china cuyo nombre he olvidado. Hasta ahora siempre me pagué mis desayunos.

Pero esta carta es para decir que se me ha acabado la farra. De ahora en adelante no iré a ninguna parte ni veré a nadie porque el trabajo es durísimo, al menos para mí, y he bajado cuatro kilos. Así que adiós a Miriam Hopkins, que se acerca *mucho* al hablar, adiós a Claudette Colbert, a quien aún no he visto, a la misteriosa Garbo, a la encantadora Dietrich, a la exótica Shirley

Temple; nunca me conocerán. Excepto Miriam, que prometió llamarme pero no lo ha hecho. No hay remedio, chicas, salvo creer en la reencarnación y seguir adelante.

Dile a mi hija que es una vil hija de Babilonia que nunca escribe, pero que puede comprarse vestidos lavables por un total de 25 dólares en Franklin Simon's pero en ningún otro sitio. O, si quiere, Harold le adelantará 25 dólares de un cheque enviado hoy a Saks.

Me alegro de que esté jugando al tenis. Tengo muchas ganas de ver a esa desdichada pequeña harpía, no dejes que me lo impida. Helen¹³⁴ estará en Nueva York después del 29 y se marchará el 2. Ninguna cita en Long Island debería impedirle a Scottie contactarla y venirse con ella. Los únicos acompañantes que encontraron los de la Metro fueron los Ritz Brothers,¹³⁵ y no me convence. Serían capaces de hacerla desaparecer como quien gasta una broma.

Con afecto, gratitud y devoción,
Scott

* • *

A Scottie Fitzgerald

Culver City, California
8 de octubre de 1937

Pastelito mío:

Lamento mucho lo del telegrama. Recibí una carta de Bill Warren¹³⁶ en la que me decía que por todo Baltimore corre el rumor de que aquí gano 2.500 por semana, y me ha fastidiado y enfadado. Supongo que fue una de las ideas de Rita Swann.¹³⁷ No sé por qué sospeché de ti. Debería haber sabido que eres más discreta y que, cuando menos, habrías mencionado una cifra más creíble. ¡Ya ves la fama que te has hecho con tus fábulas románticas!

En cuanto a los tres días de ausencia, lo cierto es que no te culpo por ello. El problema fue que Harold Ober tampoco sabía dónde estabas. Si le hubieras mandado un telegrama a él en vez de a la tía Rosalind, no habría pasado nada.

De todos modos, lo pasé mal solo una hora, porque ya no me preocupo por ti tanto como antes. El verano pasado sí me preocupó que fumaras, pero me diste tu palabra de que no lo harías en casa de Peaches, así que no hay problema; y no me importa con quién salgas siempre y cuando regreses a una hora decente y no te acostumbres. Ya verás que a partir del verano próximo tendrás más libertades, aunque no quiero que se conviertan en hábitos que se vuelvan en tu contra y te consuman. Tienes que dedicar la mejor parte de tus energías, lo más fresco que hay en ti, a aquello que redunde en una vida feliz y provechosa. No hay nada sino el presente.

Sin grandes novedades, ha estado todo tranquilo. Tuve el dudoso honor de conocer a Walter Winchell,¹³⁸ un tipo de mirada torva rodeado de guardaespaldas corpulentos. Norma Shearer me invitó a cenar tres veces, pero no pude ir; mala suerte, porque me cae bien. A lo mejor me invita de nuevo. También he visto un poco a Buff Cobb, la hija de Irving Cobb, un viejo amigo; y a Sheilah,¹³⁹ que, dicho sea de paso, ha roto su compromiso con el marqués de Donnegal. (El pobre estaba a punto de zarpar en yate, pero habría sido un matrimonio imprudente en muchos sentidos.) También fui a ver mucho tenis y vi cómo Helen Willis y Von Cramm le daban la vuelta a un partido y derrotaban a Budge y su pareja. La otra noche llevé a Beatrice Lillie, Charley MacArthur y Sheilah al club de tenis, y se sumó a nosotros Errol Flynn. Me cayó simpático, aunque es un poco bobo y fatuo. No entiendo la fascinación de Peaches. Más tarde Frank Morgan¹⁴⁰ se acercó a hablar conmigo, y me contó que nos habíamos peleado en el guardarropa de Gloria Swanson hace diecisiete años, pero yo no recordaba nada del incidente salvo que había reñido con alguien. En aquellos días hubo tantas refriegas que ninguna de ellas destaca en mi memoria.

Espero que hayas considerado mi análisis de cómo acostumbrarse a vivir en orden, y que por una semana te ocupes de cada cosa individualmente *desde el momento de tocarla hasta el momento de darla por finalizada*, en vez de hacer tres al mismo tiempo. Creo que dominarías la técnica en un mes, y la vida te resultaría más fácil. *Por favor cuéntame sobre esto cuando escribas.*

Repasando tus cartas para ir contestándolas. Fue muy amable por parte de Peaches dar una fiesta en tu honor, y me alegro de que Stanley sea tan apuesto; lamento que Andrew te cause rechazo. Me alegro de que salieras con ese gran galán, Bob el panadero. ¿Te trató bien Bob Haas? Tu siguiente carta me llega

desde Exeter. Lamento que no puedas ir a Annapolis. Ya volverán a invitarte. Aquí tengo una postal y, Dios mío, estoy muy resentido por lo de las clases particulares. No entiendo cómo diablos la carta se puede haber perdido. La envié aquella noche desde el aeropuerto de Spartansburg. ¡Así que en retrospectiva sigues pensando en la fiesta de Fisher Island!

Otra carta menciona que quieres visitar a Mary Earl en Long Island. Me parece bien, pero tienes razón en que los episodios románticos en realidad ocurren en una cocina con cucarachas y en patios traseros. La luz de luna está sumamente sobrevalorada. El préstamo que te dio Harold está bien. Lo cargará a mi cuenta. ¡Conque Meredith te llamó desde Baltimore! ¿No te da miedo agitar esos viejos rescoldos? Tu deslealtad hacia Princeton me parte el alma. Le mandé a Andrew entradas para el fútbol americano. Tu vestido suena estupendo, Scottie, muchachita mía.

Por último, la carta con matasellos de Yale. Apuesto a que tú compraste el papel. Me recuerda algo que ocurrió ayer. En un papel similar, pero con el sello de Princeton, en mi primer y segundo año en la universidad yo solía mandarle cartas interminables a Geneva King, de Chicago y Westover, que más tarde inspiró un personaje de *A este lado del paraíso*. No volví a verla durante veintiún años, aunque la telefoneé en 1933 para que fuera con tu madre a la Exposición Universal, y lo hizo. Ayer recibí un telegrama en el que decía que está en Santa Bárbara y me pedía que fuera a verla de inmediato. Fue la primera chica de la que me enamoré y he evitado fielmente verla hasta ahora para conservar la ilusión inalterada, porque al final se deshizo de mí con sumo aburrimiento e indiferencia. No sé si debería ir o no. Sería algo muy, muy raro. Estas grandes bellezas suelen ser muy distintas a los treinta y ocho años, pero Geneva tenía mucho más que belleza.

Tenía la esperanza de que te organizaran un curso de «Francés avanzado». ¿No se hizo nada al respecto? La señorita Walker lo mencionaba en su carta. No le veo sentido a que estudies alemán, pero no te tomes mis palabras como una invitación a holgazanear. Saber un poco te serviría de base, sobre todo si vamos al extranjero durante unas pocas semanas el verano próximo.

Envié los 13 dólares a Rosalind.

¿Qué quieres para tu cumpleaños? Hazme una sugerencia.

Pienso mucho en ti. Me llenaste de orgullo todo el verano y creo que lo pasamos bien juntos. Tu vida parecía mucho más moderada, y no lamento que

hayas probado un trago de infortunio durante mi larga enfermedad, pero ahora podemos hacer más cosas juntos, siempre que no encontremos a nadie mejor. Ahí tienes, ¡eso te pondrá en tu lugar! Realmente te adoro y nos veremos en Navidad.

Con amor,
Papá.

* • *

A Harold Ober

Recibida el 14 de diciembre de 1937

Hollywood, California

Querido Harold:

Yo también me alegro de que me hayan renovado el contrato. En fin, trabajé como un burro, en un mundo donde me parece que la mayoría son holgazanes e incompetentes.

Si me dejaran trabajar siempre por mi cuenta, como creo que harán cuando me tengan más confianza, creo que podría escribir cuatro películas al año contando los meses de vacaciones. *Entonces* pediré mucho más dinero.

Es un trabajo estresante, pero me gusta, salvo por la maldita espera y las conferencias, que son una pérdida de tiempo.

Trataré de llevar el cuento a *Collier's* cuando vaya al este en Navidades. Pasaré por Nueva York al menos un día y mientras tanto te tendré al corriente de mi paradero. Scottie parece haber organizado una especie de sistema para asistir a buena parte de los bailes de Baltimore. Gracias por recibirla. Te escribiré o lo haré yo para concretar una visita cuando te resulte conveniente. Espero reunir a mi familia en algún sitio en Navidad. Ya te escribiré más.

Scott

1938

42 años

Estoy hablando mucho de mí mismo para decirte que me preocupo por ti. Mi estado de salud debe de haber aumentado la tensión y pensé que te habías hecho ideas un tanto grandiosas de cómo gastar el dinero que ganaré y que considero un capital, por más que este viaje carísimo sugiera lo contrario. [...] no estás casada con un millonario de treinta años, sino con un tipo bastante maltrecho y prematuramente avejentado que no tiene un céntimo, salvo por lo que puede exprimírle a su mente cansada y a su cuerpo enfermo.

(Carta a Zelda Fitzgerald, abril)

A Joseph Mankiewicz¹⁴¹

Culver City, California
20 de enero de 1938

Querido Joe:

Bueno, he leído la última parte y me siento como deben de haberse sentido unos cuantos escritores. Yo te di un dibujo y tú cogiste una caja de tizas y lo coloreaste. Pat se ha convertido en una chica sentimental de Brooklyn, y descubro que todos estos años me engañaba a mí mismo al crearme un buen escritor.

Ha desaparecido la mayor parte del movimiento, las acciones que eran sorprendidas y entretenidas se han ralentizado hasta el punto de que no asombrarán a nadie, y ahora el público puede concentrarse directamente en la muerte de Pat, retorciéndose un poco mientras espera la segunda película del programa.

Decir que estoy desilusionado sería quedarme corto. Llevo diecinueve años, salvo los dos años que pasé enfermo, escribiendo entretenimiento popular, y se supone que mis diálogos son de lo mejor que hay. Pero al releer el guion descubro que de pronto has decidido que los diálogos no son lo bastante buenos y que tú puedes tomarte unas pocas horas libres y mejorarlo.

Creo que ahora tienes un fracaso en tus manos, una película tan ingenua como *La novia vestía de rojo*, pero completamente imperdonable, porque antes tenías algo bueno y lo has hecho trizas de manera arbitraria y descuidada. Quitar la manicura y la escena del balcón para hacerle sitio a esa bobada salida de las novelas románticas que disfruta Pat en la página 116 me hace pensar que no hablamos el mismo idioma. Dios y «labios frescos», sean lo que sean, y relámpagos y elefantiásicos juegos de palabras. La reacción del público será: «Ah, muérete de una vez». Si Ted hubiera escrito esa escena, la

habrías tirado por la ventana riéndote.

Simplemente te has cansado de las mejores escenas de tanto leerlas y, como has perdido el control, te estás dando el gusto antes mencionado que se da un niño con una caja de tizas. Eres o *has sido* un buen escritor, pero este es un trabajo del que te avergonzarás antes de que acabe. La escasa vida de lo que queda de mis diálogos y mis situaciones no salvará la película.

El ejemplo número 3.000 es lo de quitar la escena del piano entre Pat y Koster y reemplazarla por los martillazos del garaje. Pat, ¡la chica del garaje! Y la reescritura de los diálogos es *casi un escándalo*.

La escena entre Lenz y Bobby en la página 62 no está siquiera en la misma categoría que mi escena. Es sosa y solemne, y en la página 44 Koster resulta un pelmazo tan poco interesante como los que he evitado toda mi vida.

¿Qué significa la escena de la página 116? Ya me imagino a los muchachos relajándose después de la tensión y celebrándolo.

Y Pat en la página 72: «ella le enseñará sobre libros y música». Dios mío, Joe, date cuenta de lo que has hecho. Esa no es Pat, es una universitaria de Pomona College o una de las señoras con gafas del departamento de la señora Farrow. ¡Libros y música! ¡Usa la cabeza! Pat es una dama, una europea culta, una mujer encantadora. Y Bobby es un soldado. Y Pat habla de manera refinada sobre el jardín con flores. En su luna de miel en Staten Island hacen cualquier cosa menos jugar al corro. No son personajes reconocibles, y con cortar las peores frases aquí y allá no se restaurará lo que has destruido. Todo es demasiado inconsistente. ¡Pensé que habíamos decidido hace tiempo cómo queríamos que fuese Pat!

En la página 74 nos cruzamos de nuevo con el señor Sheriff, y todos dicen las cosas más simpáticas y alegres y comparten ráfagas de risitas femeninas.

En la página 93 Dios se mete en el guion con ganas, *pero decir en detalle lo que pienso de esas frases me llevaría un libro entero*. Las últimas páginas, que a todo el mundo le gustaban, empiezan a rechinar a partir de la 116, y cuando las terminé tenía lágrimas en los ojos, pero no por Pat: por Margaret Sullavan.

Solo espero que *pienses claramente por un momento. Que le pidas a una persona inteligente y desinteresada* que le eche un vistazo a los dos guiones. Ahora mismo unas pocas ideas honestas serían más valiosas para la empresa que el esfuerzo de convencer a los demás de que has mejorado la película. Se

me ha caído el alma al suelo al ver meses de trabajo destruidos a toda prisa en una semana. Espero que tengas la honradez de tomarte esta carta como lo que es, una petición desesperada por que restablezcas la calidad anterior de los diálogos, que recuperes el carro de las flores, la mudanza del piano, el balcón, la manicurista, todos esos toques que eran naturales y nuevos. Ay, Joe, ¿los productores nunca se equivocan? Soy un buen escritor, francamente. Pensé que ibas a jugar limpio. Ahora el papel puede interpretarlo Joan Crawford, porque el resultado rezuma tanto sentimentalismo como *La novia vestía de rojo*, pero las verdaderas emociones han desaparecido.

* • *

A Harold Ober

Culver City, California

9 de febrero de 1938

Querido Harold:

Empecé a cobrar mi sueldo el día en que llegué, el lunes 31 de enero. Los 200 dólares son por la media semana del lunes pasado al miércoles. Los 400, por la nueva semana que terminará hoy, 9 de febrero. A partir de la semana que viene te enviaré 600 dólares para que deposites 200 contra impuestos, como acordamos.

Recibí dos cartas tuyas acerca de Scottie y de sus gastos. Me ocuparé de los gastos la semana próxima, o puedes cargarlos al total de mi cuenta.

La dramatización de *Suave es la noche* marcha muy bien, aunque voy a devolverles el manuscrito sugiriendo algunos cambios. Me pareció excelente. Estoy asombrado de la cantidad de material de la novela que han logrado incluir. Lo único que temo es que se les haya pasado un poco la mano, hasta el punto de que los diálogos adquieran las proporciones de los de Bernard Shaw.

Le estoy escribiendo una larga carta a Ann. Por supuesto, todos los gastos del viaje a Hartford correrán por mi cuenta. Es lo menos que puedo contribuir a una fiesta que Scottie describió como «totalmente magnífica».

Esta semana, Sidney Skolsky, un columnista, ha dicho que «el guion de

Tres camaradas fue escrito por F. Scott Fitzgerald y E. E. Paramore Jr., y se rumoreaba que es uno de los mejores que jamás han recibido en la Metro». Sin embargo, por muchos elogios que reciba uno, lo cierto es que al guion le falta alma y no será una gran película, a menos que yo esté muy equivocado. Tracy tiene que ingresar en el hospital y Franchot Tone desempeñará su papel, lo que es el golpe de gracia. Estuve mirando las tomas de las escenas de multitud, que deberían ser excelentes si se refirieran a algo, ahora que el cónsul alemán ha expresado su opinión.

Estoy en mitad de una de esas semanas enloquecedoras en que espero ver al señor Stromberg. Es extraño que a uno le paguen por telefonar dos veces por día para conseguir una reunión, pero todo el mundo dice que tengo suerte de trabajar con él porque va directo al grano y es el mejor productor del estudio, si no de Hollywood.

Participaré en la nueva película de Joan Crawford, y al parecer tendré que escribir un original, aunque se base en una obra de teatro o en un cuento. No hay disponible ninguna obra larga o novela que se adapte realmente a ella, pues es una estrella muy difícil a la hora de otorgar los papeles. En cualquier caso, me ocuparé de eso hasta Pascua, creo, y puede que un tiempo más.

Tengo muchas otras cosas que escribirte, pero por ahora es suficiente.

El viaje de regreso fue terrible: el aeroplano se paseó por todo el sur antes de atravesar las turbulencias hasta Memphis, luego fue de Memphis a Nashville durante tres horas tratando de aterrizar y al final cogimos un viento de cola que nos llevó a Los Ángeles donde llegamos el lunes por la mañana con cuatro horas de retraso.

No me olvido de ninguna de las conversaciones que mantuvimos y trataré de seguir tus consejos sobre dinero, trabajo, etc.

Con afecto,
Scott

* • *

A Zelda Fitzgerald
Abril de 1938

Hollywood, California

No tuve fuerzas para escribirte la semana pasada; estaba muy enfadado conmigo mismo y bastante contigo. Pero mientras se calman las cosas puedo considerarlo todo con cierta distancia. Como te conté, estaba enfermo cuando me fui de California. Tuve una pequeña hemorragia a finales de marzo, la primera en dos años y medio, y seguí adelante solo gracias a la falsa exaltación que me causaba el haber hecho un trabajo excelente. Pensé que podría descansar en Norfolk, pero la idea era disparatada y debería haber descansado antes de emprender el viaje. No he bebido nada estando aquí, *ni una sola gota*, pero por desgracia soy esclavo de la cafeína durante el día y del cloral por la noche, lo que es casi igual de malo para los nervios. Como te conté, si puedo terminar una película *excelente* que supere a *Tres camaradas*, creo que obtendré mejores términos: más descanso y más dinero.

Estoy hablando mucho de mí mismo para decirte que me preocupo por ti. Mi estado de salud debe de haber aumentado la tensión y pensé que te habías hecho ideas un tanto grandiosas de cómo gastar el dinero que ganaré y que considero un *capital*, por más que este viaje carísimo sugiera lo contrario. En cuanto al dinero, el doctor Carroll¹⁴² simplemente cree que por ahora él debe llevar tus asuntos y puede hacerlo si vives a una escala modesta y estás cerca. Personalmente, no le importa si gastas 100 dólares al mes o 10.000; sin duda en el segundo caso podrías viajar por todo lo alto con un médico y una enfermera privados. He ahí el primer problema con que toparás al tratar de volver al mundo, y espero que trates de compartirlo con nosotros y te adecues a ello: no estás casada con un millonario de treinta años, sino con un tipo bastante maltrecho y prematuramente avejentado que no tiene un céntimo, salvo por lo que puede exprimirle a su mente cansada y a su cuerpo enfermo.

Podemos mantener la relación que quieras, pero no he sabido nada de ti y unas palabras me tranquilizarían, porque siempre me preocupo por ti.

Scott

Ay, Zelda, esta iba a ser una carta muy fría, pero no es lo que siento. Antes éramos una sola persona y siempre será un poco así.

* • *

A Scottie Fitzgerald
Primavera de 1938

Hollywood, California

Queridísima:

Espero que a Mary Earle no le parezca demasiado caro el viaje. Lo *será* si no entras en Vassar, pero si te aceptan, merecerá la pena. Ojalá pudiera acompañarte.

Hemos topado con la censura en *Infidelity*, para nuestra infinita desilusión. *No* será la próxima película de Joan y la hemos aparcado hasta idear una manera de eludir a los imbéciles del código Hays y su legión de la decencia. En 1932-33 era necesario adecentar las películas (¿recuerdas que no me gustaba que las vieras?), porque eran sugerentes y salaces. Pero, por supuesto, los moralistas quieren medir *todos* los temas fuertes con el mismo rasero, de manera que la producción de los últimos dos años es floja y falsa, a menos que trate de niños. En cualquier caso, estamos empezando un nuevo proyecto, que es más seguro.

En cuanto a los *adjetivos*: la buena prosa depende de que los verbos lleven adelante las oraciones. De que las pongan en marcha. Probablemente, el mejor poema en lengua inglesa en un sentido técnico es «Eve of Saint Agnes», de Keats. Un verso como «*The hare limped trembling through the frozen grass*» (La liebre renqueó temblando por la hierba helada) tiene tal vida que se lee a toda prisa, casi sin notarlo, pero matiza todo el poema con su movimiento: el renqueo, el temblor y la helada ocurren delante de nuestros ojos. ¿Me harás el favor de leer ese poema y comentármelo?

Estoy en plena polémica con el hospital Highland. Quieren que tu madre pase allí todo el año salvo seis semanas de vacaciones y algunos viajes con el doctor y la señora Carroll. No lo veo viable; creo que debería salir un cuarto o un quinto del tiempo y utilizar el hospital más bien como sede principal. Si insisto, amenazan con entregármela, lo que sería una catástrofe. No puedo trabajar y cuidarla al mismo tiempo. Y ella no obedecería a ningún acompañante a menos que el hospital respaldara la autoridad del

acompañante. La señora Sayre quiere que su hija vaya a sentarse al pie de lo que pronto será su lecho de muerte y eso me parece un futuro muy poco alentador. No es que la señora Sayre esté enferma, pero casi. Tu madre quiere ir a tu entrega de diplomas con Newman y Rosalind. Estoy de acuerdo, si se puede conseguir una enfermera que la acompañe a y desde Nueva York.

De momento no me atrevo a contarle a tu madre sobre el viaje con Alice Lee Myers, ni que he alquilado una cabaña aquí en la playa (la dirección sigue siendo Garden of Allah). Pensaría que somos felices mientras ella sigue en prisión. Ojalá el viejo Carroll fuese menos testarudo. No obstante, el asunto debería solucionarse en unas semanas. Tal vez yo *deba* ir al este, pero Dios no lo quiera.

Recibí carta de la señorita Walker. Mi intuición nunca me había alertado de algo con más certeza que ahora: estás en la cuerda floja. Más allá de lo que creas conveniente, tengo que mostrarme «severo» durante unas cinco semanas, para que no confundan ningún acto mío con frivolidad. En la vida hay que jugar a esos juegos; en la mía, por ejemplo, cuando vine aquí tuve que mantenerme alejado de los bares, aunque sentía la tentación de beber. La conexión «bar-borracho» se habría establecido con demasiada facilidad en la mente de la gente después de los espectáculos que he dado. Pero no has de contarle ni a tu mejor amigo que te estás haciendo el sobrio: los rumores corren deprisa y llegan lejos. De momento, lo inteligente será que te hagas la monja; cinco semanas te harán ganar muchos meses.

Con el amor de siempre,
Papá

* • *

A Mildred Thompson

Culver City, California
12 de junio de 1938

Estimada decana Thompson:

Hace unos dos años le escribí sobre la posibilidad de que mi hija

ingresara en Vassar. Hace una semana, después de su graduación en la escuela Ethel Walker, ocurrió un hecho de naturaleza infortunada que usted deberá tener en cuenta antes de determinar si ella cumple con los requisitos para ser admitida. Puede que la escuela le haya escrito sobre ello: pasado el fin de semana de graduación y amén del sistema de honor, mi hija y otra muchacha fueron a New Haven en contravención de las reglas, cenaron con dos estudiantes de Yale y fueron descubiertas al regresar esa misma noche a las nueve. Uno de los estudiantes era el «prometido» de la otra chica; mi hija no conocía a ninguno de los dos. La otra chica telefoneó al círculo estudiantil de su amigo y se encontraron en un restaurante, después de lo cual los muchachos las llevaron en coche a Simsbury sin demora. La dirección de la escuela Walker estaba especialmente molesta porque las chicas hubieran «hecho autostop» para llegar a New Haven. En modo alguno era la única vez que aquello ocurría en la escuela, aunque fue la primera vez que lo hizo mi hija y ella fue la primera a la que pillaron. Era de día y escogieron un coche en el que viajaba un hombre solo, lo que no les pareció peligroso, si bien un adulto tiene una reacción completamente diferente. La señora Smith me telefoneó para decirme que no podía permitir que mi hija siguiera allí durante la preparación de los exámenes de admisión. Coincidí con ella y no le guardo el menor rencor a la escuela, que ha tratado a mi hija con suma amabilidad.

A primera vista, el cuadro está perfectamente definido: he aquí el tipo de chica que desperdicia una educación superior, pierde la cabeza por los muchachos, es irresponsable, casi delincuente. Pero eso merece la pena compararse con el juicio de sus compañeras, que han convivido con ella en la escuela durante dos años. Hace un mes su clase de treinta y pico alumnas escogió a las mejores y peores. De entre ellas copio la siguiente entrada del periódico del colegio:

- Con más posibilidades de éxito....., Fitzgerald (1ª)
- Más divertida....., Fitzgerald (1ª)
- Más artística.....Fitzgerald (2ª)
- Más original....., Fitzgerald (1ª)
- Más honesta....., Fitzgerald (2ª)

En la elección de la «Muchacha más perfecta» en total, descubro:

Personalidad.....Fitzgerald (1ª)

Sencillamente, las dos visiones no cuadran, porque lo anterior representa, creo, la clase de chica que *sí* merece una educación superior. Sus calificaciones bajaron un poco este año por haber editado la revista de la escuela y escribir el musical de la escuela, pero estas cosas indican una mente activa y un provechoso exceso de energía.

Si yo pudiera asumir la culpa por un acto que ella misma trata desesperadamente de entender, lo haría, pero mi hija tiene dieciséis años y debe ser responsable por su cuenta. Que no haya tenido madre durante diez años ni hogar durante cinco no explica gran cosa, porque ante esas privaciones una chica debería ser más, no *menos*, madura. Me parece más relevante el hecho de que esta sea solo la segunda vez en su vida que se ha metido en líos; la otra fue un comportamiento insolente que culminó en una larga discordia con una encargada de la escuela Walker.

Pero quiero que las dos visiones sean juzgadas por sus propios méritos. Así como usted tomará en consideración no solo el mero aspecto numérico de las calificaciones, quería presentarle la otra cara de esta moneda. Porque no sé qué se hace en un caso como este. Para la mayoría de las chicas de Walker la respuesta sería la entrada a la sociedad de Nueva York, pero todas las flechas de mi hija apuntan a una carrera, apuntan en la dirección contraria de una vida de ocio y pereza. Y en el preciso momento en que la escuela parece haber quedado detrás y las puertas empiezan a abrirse, ella cede a este impulso indeliberado, algo que una semana más tarde solo habría cosechado una severa reprimenda de mi parte. Si esto le cierra las puertas, ¿qué hará ella de aquí en adelante con su talento y su personalidad? Hace solo un mes, era quien tenía «más posibilidades de éxito». ¿Quién es ahora?

Atentamente,
F. Scott Fitzgerald

P. D.: No necesito agregar que ella no es ahora la misma chica que cometió esa imprudencia, y que nunca volverá a serlo.

* • *

A Scottie Fitzgerald

Culver City, California
19 de septiembre de 1938

Queridísimo pastelito:

Aquí van algunas ideas que no pude comentar contigo, así que te mando esta carta para que la recibas tu primer día.

Por el amor de Dios, no llames la atención preguntando por todas partes cuáles son las chicas de Farmington, cuáles las de Dobbs, etc. Te granjearás la enemistad de todas las que *no* lo son. Gracias al cielo finalmente estás en igualdad de inteligencia. La mayoría de las líderes serán chicas de instituto público, y no me gustaría nada que ya en la primera semana te tuvieran por una esnob. No quiero ni pensarlo. Lo importante es que vayas a la biblioteca y abras los libros, que formes parte del cinco por ciento que lo hará y partas con esa ventaja y con aire fresco.

Ahora mismo no tienes que pasarte de la raya porque:

a. Las autoridades de Vassar tendrán presente durante bastante tiempo el episodio ocurrido en Walker. (Llegó a mis oídos por primera vez la semana pasada en una versión confusa). *Pero si no se repite, morirá de muerte natural en seis meses*. El hecho de que lleves mi apellido le da larga vida a esos episodios, ya sean graves o insignificantes: hace los cotilleos más sabrosos.

b. El segundo motivo está relacionado con el anterior: además de la «inteligencia» que, se supone, has «heredado», la gente no dudará en endilgarte mis faltas. Si me entero de que has bebido una copa antes de cumplir los veinte años, me sentiré con el derecho a emprender mi última e interminable borrachera, y el mundo también se interesará por tu comportamiento. Le encantaría decir: «Ahí la tienes, igualita a su padre y a su madre». Y a la menor provocación lo diría. ¿Hace falta aclarar que puedes considerar ese hecho una maldición o sacarle mucha utilidad?

Recuerda que pasarás allí cuatro años. Es una residencia universitaria y le

guardan rencor a las mariposas sociales. Nunca hagas alarde de que irás al Baile de los Solteros. No imaginas lo importante que es esto. Por una hora de vanagloria te miraran con otra cara de ahí en adelante. Nada es tan odioso como la suerte de los demás. Y ya que estamos: notarás que allí hay un movimiento de izquierdas bien organizado. No quiero que especialmente pienses en política, pero *no* te pongas en contra de este movimiento. Se me conoce como alguien de izquierdas y me sentiría orgulloso si tú también lo fueras. En cualquier caso, me resultaría un escándalo que te identificaras con cualquier forma de nazismo o anticomunismo. Puede que ahora muchas de las radicales no te parezcan gran cosa, pero a lo largo de tu vida es probable que ocupen altos cargos en los consejos de la nación.

Creo que sería aconsejable fingir un poco en relación con tus compañeros de los cursos superiores. En toda universidad, el curso que está justo por encima del tuyo es de enorme importancia. Te consideran con mirada sumamente crítica, te juzgan y están en posición de ayudarte o ponerte trabas en cualquier cosa que necesites. Me refiero a la clase *inmediatamente* superior. Los de segundo año suelen ser unos presumidos. Creen que ya han dejado atrás lo peor y han aprendido algo. Aunque eso sea dudoso, es aconsejable consentirles ese punto de vanidad. Muchas veces sacarás provecho de mostrar un respeto que quizá no sientes, y quiero que seas capaz de hacerlo a voluntad, porque en la vida puede que te encuentres una y otra vez con que debes aceptar un cargo subalterno en una organización muy estricta. Si alguien me hubiera dicho en mi último año en Princeton que me pondría de pie y aceptaría órdenes de un expolicía, me habría reído en su cara. Pero ese fue el caso cuando, como oficial del ejército, me encontré con un expolicía que estaba muy por encima en el escalafón y en competencia; y no fue la última vez que ocurrió algo así.

Durante el curso verás que ocurre lo siguiente. Al principio del primer semestre, siempre aparece una media docena de líderes. Al menos dos de ellos se emborrachan tanto de sí mismos que no pasan del primer año, dos sobreviven como líderes y dos son farsantes a los que desenmascaran en el primer año y, por tanto, caen más bajo que al principio, granjeándose el rencor de quienes se sienten engañados.

Todo lo que seas y hagas de los quince a los dieciocho será lo que hagas y seas el resto de tu vida. Han *pasado* dos años y la mitad de los indicadores

apuntan hacia abajo; te quedan dos años y ¡tienes que aferrarte a los que apuntan hacia arriba!

Ojalá pudiera estar contigo el primer día, y espero que el trabajo ya haya empezado.

Con todo mi amor,
Papá

* • *

A Harold Ober
Recibida el 9 de noviembre de 1938

Encino, California

Querido Harold:

He vuelto al trabajo con un proyecto que promete mucho: *Madame Curie* para Greta Garbo. Es un placer, y estoy encantado después de varios meses ingratos arreglando historias purulentas. Knopf dijo que podía dedicarme a un guion original si quería, pero que me recomendaba firmemente este.

Lamento que mis preocupaciones por Scottie nublaran el día que pasé en tu casa. Creo que el señor Haas¹⁴³ creyó que hablábamos de un partido de fútbol americano, y me avergüenza haber mostrado en público la consternación que ella me causa. No hay nada que hacer salvo dejar que el asunto se calme por sí solo; pero te ruego una vez más que no le des dinero. Sé lo que opinas: que soy cruel e injusto, pero recuerda que las ideas que tienes al respecto te las ha inculcado Scottie. Por supuesto, te estoy sumamente agradecido, pero, si me permites, creo que la directora y los maestros de Walker, la decana y los profesores de Vassar y yo, que he mantenido una correspondencia constante con ellos y me he preocupado profundamente por Scottie desde sus siete años, estamos en mejor posición que tú para evaluar su carácter. Yo tengo que vérmelas con los resultados: cuestiones de estabilidad y honra. A ti te tocan los aspectos superficiales relativos al encanto. De manera que te ruego que me facilites las cosas no dándole dinero ni crédito, que ella usa —

específicamente en el caso del vestido de noche— para desafiarme directamente a mí.

No quiero traerla aquí. En la última carta que le escribí le pedía concesiones muy sencillas. Ya veremos qué sucede. Mientras siga mintiendo todo es muy difícil y tortuoso desde cualquier punto de vista.

Con afecto,
Scott

* • *

A Maxwell Perkins

Culver City, California
24 de diciembre de 1938

Querido Max:

Desde que se descatalogó *A este lado del paraíso* y el éxito (¿lo es?) de *La quinta columna*, no he podido evitar sentirme un poco abandonado. ¿No se está permitiendo que se esfume mi reputación? Quiero decir, lo que queda de ella. Para mucha gente sigo siendo una figura importante y, dada la cantidad de veces que aún veo mi nombre en el *Time* o en el *New Yorker*, etc., me pregunto si debe permitirse que aquella desaparezca sin más, mientras se levantan monumentos conmemorativos de dos pisos en honor a tipos como James T. Farrell o Steinbeck.

Creo que debería publicar algo esta primavera. Tú tenías un plan para las tres novelas, y yo tengo otro para un libro gordo, del que paso a hablarte; la recesión acabó hace rato, y abrigo la ambición natural de que la nueva generación conozca mis libros. Es obvio que Bennet Cerf no moverá un dedo por *Suave es la noche*, y me parece que para esas cosas se precisa el chispazo del propio editor. No hace tanto que *Suave* se contaba entre las doce mejores novelas de una mala temporada y recibió una oferta de la Literary Guild, así que no puedo tener tan pocas posibilidades como, digamos, Callaghan. Es muy probable que cualquiera de los dos libros se vendiera bien. Hay una generación entera que no ha leído *A este lado del paraíso*. (Siempre he

pensado que si Frank Bunn hubiera encargado unas cuantas docenas de ejemplares en su librería de Princeton, los habría vendido todos antes de Navidad).

Pero me preocupa sobre todo *Suave*: el libro no está muerto. La *hondura* de su atractivo existe. Constantemente me cruzo con gente que siente el mismo apego por él que otros sienten por *Gatsby* y *Paraíso*, gente que se identifica con Dick Diver. Su gran defecto es que el *verdadero* comienzo, el joven psiquiatra de Suiza, está oculto en medio del libro. Si se trasladaran las páginas 151-212 al principio se ganaría muchísimo atractivo. De hecho, el error lo notaron y sugirieron una docena de reseñistas. Para redondear esa modificación harían falta cambios en media docena de otras páginas. Y tal como sugeriste, una antología debería traer también un prefacio o prefacios, amén de mi glosario de cosas absurdas e inexactas propuesto en *A este lado del paraíso*. Esto último debería llamar bastante la atención y ser entretenido.

La otra idea es la siguiente:

Una gran antología de cuentos que empiece por *Phillipe*: enteramente reescrito y reunido en una novelita de 30.000 palabras. La colección consistiría en:

1. *Phillipe*.
2. *Preguerra* (Basil y Josephine).
3. *May Day*.
4. La era del jazz (los diez o doce mejores cuentos de jazz).
5. Otros doce cuentos, incluyendo «Babilonia».

Quisiera usar *Phillipe* por lo siguiente: en cierta medida el personaje se completa en el cuarto cuento (que no has leído) y, pese a la escritura un poco embrollada, es uno de los mejores que he «trazado». Se merece un libro largo. Pero, con independencia de si la MGM me renueva el contrato, pasaré un año más aquí trabajando por cuenta propia para ahorrar dinero y luego escribir mi novela moderna. De manera que literalmente tardaría *años* en volver a *Phillipe*, si es que vuelvo.

Mientras siga trabajando aquí puedo sacar tiempo para reescribir las partes de *Phillipe* según tengo pensado; podría terminarlo hacia finales de febrero. Los demás cuentos se incluirían en la antología sin cambios. A

diferencia de Ernest, no me apetece incluir *todos* los cuentos de los cuatro libros, pero me gustaría agregar cuatro o cinco que nunca se hayan publicado.

Las dos ideas me hacen una enorme ilusión. Creo que las novelas deberían salir primero y, a no ser por factores que no me hayas comentado, me parecería una pena posponerlo. Al principio no se venderían a lo loco, pero si no me das un voto de confianza, mi reputación se secará por falta de nutrientes. Si vieras las fichas de mis libros en las bibliotecas de aquí de Los Ángeles, donde hasta el día de hoy piden continuamente mis libros, sabrías que no tuve una distribución muy amplia en algunas partes del país. Cuando *A este lado del paraíso* alcanzó el primer puesto en *Bookman's Monthly* ni siquiera apareció en los veinte estados del oeste.

Imaginarás lo desagradable que me resulta esta clase de autobombo, pero procede de la honda convicción de que podría hacerse algo, si se hace de inmediato, en cuanto a mi fama literaria; admitiendo que me quede un poco.

Con el afecto de tu amigo,
Scott

* • *

A Harold Ober

Recibida el 29 de diciembre de 1938

Los Ángeles, California

Querido Harold:

Como te decía en el telegrama, no me han renovado el contrato. Por qué, no lo sé, pero no por el trabajo. Es curioso: me encargan a mí solo la película más importante y a *continuación* me dicen: «No serán necesarios sus servicios». Al final Eddie Knopf dijo que, cuando acabara, esperaba poder ofrecerme un buen contrato. De acuerdo. Si *Curie* es un éxito a mi regreso pediré 2.000 dólares por semana. ¡Vaya si estoy feliz de escapar! ¡Odio el sitio desde que Monkeybitch reescribió *Los tres camaradas*!

Me alegro de que Scottie fuese amable.

Sheilah te manda recuerdos.

Con afecto,
Scott

1939

43 años

Solo te pido lo siguiente: déjame que me las arregle con mis hemorragias y mis esperanzas, y la persona que al cabo gane la batalla tendrá el derecho de salvarte, el permiso de darte una oportunidad.

Tu vida ha sido una desilusión, al igual que la mía. Pero no hemos sudado en vano. Scottie tiene que sobrevivir y este es el año más importante de su vida.

(Carta a Zelda Fitzgerald,
6 de octubre)

A Scottie Fitzgerald
Enero de 1939

Encino, California

Querido pastelito:

¡Día de descanso! Pasé la noche trabajando como un loco en *Lo que el viento se llevó* y mañana me espera otro tanto. He leído la novela. Quiero decir, de veras la he leído, y es buena, no demasiado original, de hecho toma mucho de *Cuento de viejas*, *La feria de las vanidades* y todo lo que se ha escrito sobre la Guerra de Secesión. No hay personajes nuevos, técnicas nuevas, observaciones nuevas, ninguno de los elementos que crean literatura; en particular, ninguna observación nueva de las emociones humanas. Por el lado positivo, el libro es interesante, sorprendentemente franco, consistente y de buena factura, y no sentí el menor desdén por él, sino solo cierta pena por quienes lo consideran el supremo logro de la mente humana. Ya ves. Puede que el guion me lleve dos semanas o dos meses. Discrepé de todo el mundo sobre cómo encarar lo de *Madame Curie*, y están probando otro enfoque.

Tu resfriado me causó algunos pensamientos sombríos. Como yo, te resfriabas a menudo de pequeña, con el pecho congestionado, al borde de la neumonía. No empecé a fumar en serio hasta segundo de universidad, pero en solo un año el resultado fue una tuberculosis, y su sombra ha sido extremadamente larga. Ojalá hubiera algo que te convenciera de dejarlo. La única ventaja es que si estás mala en junio, podrás pasar el verano al aire libre, lo que es una pena habiendo tanto que hacer y aprender. No quiero sepultarte con tu vestido de debutante.

Mis planes son inciertos. Estoy bastante asqueado del negocio tras el asunto de la censura, y quisiera descansar un tiempo cuando mi nombre aparezca en los créditos de una buena película (no lo hará en los de *Mujeres*).

¿Cuándo será eso? No lo sé.

No he leído *De Monarchia*. He leído varias piezas de Cornelia Skinner, y me resultaron flojas y faltas de gracia. Dado que te has comprometido con *Dorian Gray*, espero que sea un éxito, pero también espero que la profesora sepa lo que haces. Tal vez reordenar palabras ajenas no le parezca un composición literaria, lo que te dejaría mal parada. ¿Te has apuntado a natación?

Con todo mi amor,
Papá

P. D.: Por supuesto, no me importa si pospones «Cynara», etc., no es más que un detalle, y tienes que ir a la biblioteca a diario. Tus quehaceres académicos son lo primero, pero no puedo evitar preguntarme por qué, si el tiempo apremia tanto, se te ocurrió presentarte a la audición de una obra de teatro. Por supuesto, por ahora hay que descartarlo. Deberías haber aprendido *esa* lección el año pasado.

* • *

A Zelda Fitzgerald

Encino, California
6 de mayo de 1939

Queridísima Zelda:

Disculpa que te escriba a máquina, pero se supone que debo guardar cama una semana y quedarme mirando el techo. Me he resistido un poco a ese régimen por parecerme demasiado drástico, así que me permiten trabajar dos horas al día.

Fuiste un encanto durante todo el viaje,¹⁴⁴ y no pasó ni un minuto en que no sintiera de tu parte toda la antigua ternura y una consideración que antes no sabía que tenías. Dado que solo soy capaz de recordar tu consideración, quizá lo anterior suena como lo que diría un doctor o alguien que te conoció cuando

estuviste enferma.

Eres la persona más preciosa, más tierna, más hermosa que he conocido, pero incluso eso es quedarse corto, porque el esfuerzo que hiciste al final habría puesto a prueba a cualquiera, más allá de lo tolerable. Todo lo que dije y lo que hablamos en aquel momento sigue en pie. Recibí un telegrama de nuestra hija sobre la muchachita de Vassar, en el que me dice su nombre y que todo el asunto está olvidado, pero aún no me siento tranquilo con ello.

Cuando llegue me espera una dulce carta tuya.

Con todo mi amor,
Scott

* • *

A Maxwell Perkins

5521 Amestoy Avenue
Encino, California
22 de mayo de 1939

Querido Max:

Acabo de recibir una carta de Charlie Scribner; una carta muy amable, que me hizo ilusión, y voy a responderle. Parece estar convencido de que mi novela trata sobre Hollywood, y me aterra pensar que las columnas literarias hayan difundido esa información errónea. Si di esa impresión, es totalmente falsa: lo que dije fue que la novela trataba de algunas cosas que me han ocurrido en los últimos dos años. En modo *alguno* trata de Hollywood, y si lo hiciera, es lo último que yo querría que se supiera.¹⁴⁵

En cualquier caso, avanza bien, salvo que la enfermedad de siempre me ha obligado a guardar cama unas semanas. Me hizo ilusión verte un poco, por breve que fuera el encuentro, sobre todo el último día. Tomé el avión a las cuatro y media y tuve un viaje sin incidentes de regreso al oeste.

Me he encariñado con este rincón particular de California, en el que pasaré todo el verano. Las fechas de las novelas son, como sabes, inciertas,

pero estoy esbozando esta de tal manera que, a diferencia de *Suave*, pueda aparcarla por un mes y retomarla objetiva y emocionalmente en el lugar exacto donde la dejé.

Ojalá tuviera novedades, pero últimamente solo veo lo que se ve por la ventana. Te mando mis mejores deseos para todos, y por favor corrige esa impresión que parece haberse hecho Charlie.

Con afecto de tu amigo,
Scott

* • *

A Harold Ober

5521 Amestoy Avenue
Encino, California
29 de mayo de 1939

Querido Harold:

Esta carta rebosará de información, parte de la cual mencioné en Nueva York o habrás adivinado. Primero, como me temía, he estado algo aquejado de mi antigua enfermedad desde que abandoné *Lo que el viento se llevó*. Sabía que no debía haber aceptado las últimas dos películas, que eran un horror y que en aquel momento excedían mis fuerzas. El repentino abuso de la bebida resultó de un intento por conservar las fuerzas durante un esfuerzo del que no era capaz. Cuando consulté al médico me condenó, en términos inequívocos, a quedarme en casa un tiempo, parte del cual debo guardar cama. Eso no quiere decir que no trabaje; tengo permitidas tres o cuatro horas al día, pero le he dicho a Swanie que me borre de las listas de guionistas disponibles. (Parece que yo encabezaba la lista de ese inglés llamado Hitchcock para trabajar en *Rebecca*). Pero obviamente Swanie sabía que yo no estaba en condiciones de hacer nada, porque en una lista que por casualidad vio Sheilah en el set de Hitchcock en Selznick, ponía: «Indisponible, de viaje en Cuba».

Bueno, «Indisponible, de viaje en Cuba» sirve tanto como cualquier otra

cosa. No quisiera que los amigos de la costa este supieran que estoy enfermo. Cualquier cuento acerca de que me he marchado a las montañas de California para escribir una novela disfraza la situación, porque si quiero dedicarme al cine el otoño próximo, no me conviene que nadie sea capaz de decir: «Bueno, lo que es Fitzgerald, tengo entendido que estuvo enfermo, y en esta película no queremos a nadie que pueda venirse abajo». Dicho de otro modo, aquí me perjudicaría más que en el este, porque son todos unos cotillas. Prefiero que Swanie me considere un exagerado hipocondríaco a que se sepa toda la verdad. Creo que le dije que tenía un leve problemita cardíaco. Aquí en Encino estoy aislado de todo y de todos los que podrían molestarme, bajo los cuidados de un médico excelente. No hay mancha de alcoholismo que confunda las cosas, y solo me visita Sheilah, que viene dos o tres veces por semana. Nos hemos amigado una vez más, incluso en la intimidad, aunque nos mantenemos fieles a la vieja resolución de no volver a la misma situación que antes.

Ahora, me gustaría que me mandaras por correo aéreo la siguiente información, y te ruego que no me ahorres lo malo, porque tengo la moral alta y quiero saber en qué posición exacta me encuentro de cara a las revistas, en particular el *Post*. Como hablamos otras veces, es probable que la longitud de 5.000 palabras acabe dándome muchas preocupaciones, y, aunque me doy cuenta de que *Collier's* tiene derecho a echar un vistazo a algunos de los cuentos, de alguna manera no veo ahí una relación permanente. He planeado mi trabajo en el siguiente orden:

Primero, he esbozado mi novela completamente, con una sinopsis en borrador de cada episodio y hechos y personajes, de manera que en las circunstancias apropiadas podría empezar a escribirla mañana mismo. Será una novela corta, de unas 50.000 palabras, y me llevará unos tres o cuatro meses.

De cualquier manera, por razones de impuestos sobre la renta me parece que debería tener más seguridad económica antes de lanzarme a tal aventura; pero el libro se dividiría fácilmente en partes de 5.000 palabras, y acaso *Collier's* se arriesgue a aceptar lo que el *Post* no.

Segundo, estuve dudando entre la idea de escribir los guiones originales que comenté contigo o la idea de escribir algunos cuentos y me he decidido por lo segundo, porque como no he compuesto un solo cuento en más de dos

años me siento lleno de material y tengo bastantes ganas de plasmar algunos. Lo que más me gustaría saber es cuánto me pagaría el *Post*. Quisiera que el contacto de ellos me comunicara francamente qué opina el nuevo editor de mi trabajo y tan concretamente como fuese posible qué suma me ofrecerían. Tras la larga pausa (han pasado cuatro años desde que yo era su cuentista estrella) no espero 4.000 dólares, desde luego, pero si sugiriera algo así como 2.000 pensaría que mi trabajo no le gusta especialmente, o que siente que he empeorado y me marché a Hollywood, o que quiere hacer borrón y cuenta nueva con los antiguos autores de Lorimer. Si no puedes averiguar nada en concreto, por favor escíbeme para contarme qué *sensación* te ha dado.

También en relación con otras revistas. *The Pictorial Review* no publicó aquellos dos cuentos sobre Gwen. No eran buenos; los escribí en un mal momento, y no los culpo. Quizá pueda corregirlos más adelante y mandarles esos dos con un tercero, lo que constituiría una serie interesante. Sin embargo, por ahora lo descarto, porque siento que todo lo que escribí en el 35 estaba cubierto por el polvo de la melancolía y la enfermedad. Lo mismo con respecto a Balmer, que, supongo, no me ha perdonado por el envío tardío de los cuentos para *Red Book*. ¿Qué opciones quedan de revistas que paguen bien en Nueva York? Como decía, siento que tengo tela para escribir entre dos y cuatro cuentos, que serían en mi estilo de siempre. Y permíteme repetir que, si pudieras enviarme por correo aéreo esta información o todo lo que puedas conseguir, sería inestimable en este momento.

Te advertí que iba a ser un carta larga. Con todo mi afecto para ti y Ann y los niños,

Scott

* • *

A Maxwell Perkins

5521 Amestoy Avenue
Encino, California
3 de julio de 1939

he estado escribiendo en cama con tuberculosis al cuidado de médicos enfermeras desde que llegué al oeste. ober decidió no respaldarme aunque le devolví cada centavo y ocho mil de comisiones. el viernes volveré a trabajar al estudio por mil quinientos por semana. ¿puedes prestarme seiscientos por una semana por giro al bank of america culver city? estoy totalmente sin blanca. por favor no pidas ayuda a ober.

scott

* • *

A Kenneth Littauer

5521 Amestoy Avenue
Encino, California
18 de julio de 1939

Querido Kenneth:

Naturalmente, me alegró mucho acabar el cuento sobre la Guerra de Secesión¹⁴⁶ de un modo acorde con tu gusto, y he de decir también con el mío, porque *sentí* que la última versión era la correcta. Y después de trabajar veinte meses en el cine fue divertido volver a escribir prosa. Ese ha sido el único momento de alegría en una situación que tal vez te haya contado Ober: que he estado guardando reposo y escribiendo en cama desde el 1 de mayo, y que acabo de levantarme y vestirme.

Como le dije por teléfono a tu empleado, el señor Wilkinson, lo primero que hice cuando tuve que dejar el cine por un tiempo fue esbozar mi novela (que es breve, de la longitud de *Gatsby*), y la planeé sobre la base de unidades de 2.500 palabras. La sinopsis me permite retomarla o aparcarla en el tiempo que me dejan libre los guiones y los cuentos. Nunca volveré a firmar un largo contrato en el cine, por *grandes* que sean los incentivos: cuando uno trabaja hasta agotarse, la mayor parte de las ganancias acaban en manos de médicos y enfermeras.

Entretanto, estoy terminando un cuento de 4.500 palabras pensado para tus

páginas. Te lo enviaré por correo aéreo el sábado por la noche, porque debo volver a los estudios el lunes por la mañana para corregir brevemente algunas cosas.

Me gustaría enviarte el cuento directamente, lo que casi equivale a una ruptura con Ober. Eso es de lamentar después de veinte años de colaboración, pero más vale enmascararlo bajo la anonimidad de «una de esas cosas». Harold es un buen hombre y ha sido un buen agente y la culpa es mía. Cuando estuve enfermo la vez pasada me respaldó con una suma sustancial de dinero (que le he devuelto en su totalidad con el oro de Hollywood), pero no está dispuesto a hacerlo de nuevo ahora que tiene dos hijos en edad escolar. A falta de su apoyo, prefiero actuar como mi propio agente con este cuento, como he hecho siempre con Scribner's. Pero lo cierto es que prefiero, tanto por tu bien como por el mío, que el hecho de que te mando el cuento directamente quede *entre tú y yo*. Si Ober se enterase a través de tu oficina, puede que se produjera una desagradable disolución de una vieja relación. Le escribiré *más adelante esta semana* para formalizar la ruptura en términos que entendamos los dos y no tengo duda de que, en cierto modo, probablemente lo agradezca. Por desgracia, las relaciones suelen desgastarse, como casi todo en este mundo.

¿Estarías dispuesto, a cambio de un acuerdo o contrato que estipulara el derecho *a ver la novela antes que nadie y un número específico de cuentos en cierto tiempo*, a darme un adelanto de 750 dólares por giro al recibir esta carta, antes de que te llegue el cuento el lunes? En este momento se trata de un factor de peso, porque a causa de los tres meses de enfermedad me he metido en un berenjenal con Hacienda y tengo problemas con la aseguradora. Cuando recibas la carta, ¿me podrías contestar Sí o No por telegrama? Es que, si la respuesta es No, probablemente pueda empezar a trabajar para el estudio el viernes. Tal vez esto vaya en contra de tus principios; desde mi punto de vista, te ofrezco bastante por una suma moderada.

Con mis mejores deseos,
Scott Fitzgerald

P. D.: Si respondes favorablemente a mi oferta, el dinero debería girarse a Bank of America, Culver City. Si no, ¿podrías contestarme por telegrama de

todas maneras? La decisión de manejar mis relaciones con las revistas es definitiva.

La novela tendrá un poco menos de 50.000 palabras.

* • *

A Harold Ober

5521 Amestoy Avenue
Encino, California
19 de julio de 1939

Querido Harold:

Esta carta no es una petición de respaldo; no habrá más peticiones así. Estoy seguro de que te plantarías en tu decisión con la misma firmeza con que hasta 1934 confiaste en el valor de mis cuentos. Además, escribo esta carta, espero, sin ninguna animadversión, sino simplemente a partir de un sentimiento que acaso compartes: el de que llevo demasiado tiempo dependiendo de tu apoyo económico y que es hora de que descubra de manera directa si mis productos son defectuosos y por qué.

Como te decía en el telegrama, lo que me chocó no fue tu negativa a prestarme determinada suma, porque conozco los compromisos que tienes y sé que tal vez no me la podías facilitar en ese momento; fue más bien «la manera de hacerlo», cambiando repentinamente de política al no prestarme hasta el límite del precio de un cuento, una costumbre que funcionaba entre nosotros desde hace más de una década. Las consecuencias de ello ahora importan poco: rechacé varias ofertas en el cine con la convicción de que me podías sacar de apuros hasta conseguir un trato con una revista (y eso, pocos meses después de que me dijeras que no había prisa para devolverte el dinero, y al año y medio de que le pagara a tu empresa más de 10.000 dólares en comisiones y te devolviera a ti 13.000 dólares de adelantos). Aun enfermo, habría aceptado esas ofertas en vez de depender de dos préstamos que se esfumaron de inmediato en cuentas médicas y han dejado en las últimas siete semanas un saldo en mi cuenta de entre 80 y 14 dólares.

No estabas aquí; las llamadas de larga distancia son siempre insatisfactorias. Cuando de pronto los telegramas merecieron solo una respuesta a vuelta de correo, no pude sino concluir que ya no querías saber nada de mí. Lo repito, no te culpo. Cada vez que viajé al este fui de parranda, casi siempre después de pasar un tiempo con Zelda, y la última vez le causé bastantes inconvenientes a la estabilidad de tu vida. Fuiste muy amable y cortés al respecto, y apenas si recuerdo ocasiones en que hubiera asperezas entre nosotros; nunca te he guardado rencor, y la deuda no escrita que tengo contigo es enorme y siempre seré tremendamente consciente de ello: que cuidaras y quisieras a Scottie en los intervalos entre la escuela y los campamentos de verano aquellos años horribles que pasé enfermo en 1935 y 1936. Siempre he querido poder corresponderte haciendo algo por tus muchachos, movido por el mismo instinto que me hizo ofrecerle un viaje hasta aquí a la pequeña de los Finney.

Pero, Harold, no puedo dejar que mi confianza en mí mismo vuelva a despedazarse como en aquellos años negros. Y la situación se resume a lo siguiente: es como si un hombre una vez hubiera hecho una expedición al Ártico para salvar a su compañero y su cargamento, y más tarde, cuando el compañero se perdió una segunda vez, el mismo que lo había ayudado no pudo o no quiso volver a hacerlo. No por ello disminuiré la gratitud del hombre extraviado en cuanto a los favores anteriores, pero, en vez de perecer, tendrá que encontrar su propia escapatoria, y rápido. Tuve que malvender un cuento de 2.400 palabras a *Esquire* por el que, según creo, poco después *Liberty* habría pagado 1.000 dólares, debido a que tres Fitzgerald necesitaban médicos, psiquiatras y medicamentos al mismo tiempo.

Lo digo sin tapujos porque tal vez querías oírlo desde hace tiempo. Ahora tienes muchos autores que producen como deben y manejan sus asuntos con seriedad. En cambio, mi neurosis sobre la incertidumbre que cualquiera pueda sentir sobre mi talento ha sido una de las principales desventajas en el mundo del cine. Y, segundo, la semiparálisis que a veces me provoco (casi como el héroe de mi cuento «Financiando a Finnegan») me llena, en noches largas, de un rencor hacia el absurdo del presente que no es justo contigo ni con el pasado. Todo lo que he hecho o escrito soy yo, y quien elija no aceptar la totalidad no identificará sino sabiduría en una despedida. Uno no cambia a los cuarenta y dos años, aunque podrá sentirse más cansado y ser más conformista.

Creo saber cómo te sientes sobre todo esto: me doy cuenta de que en este mundo tortuoso hay poco sitio para exhibir nervios hechos pedazos o cualquiera de las cosas que la enfermedad le hace hacer a la gente.

Así que adiós, no cometeré la ridiculez de darte las gracias de nuevo. Nada me hará olvidar tus muchos actos de amabilidad y los buenos tiempos y las risas que compartimos. Mis mejores deseos para Ann y los niños.

Con afecto y agradecimiento,

Scott

P. D.: Sé que no te preocupan los 500 dólares, pero te los devolveré en cuanto cobre algo de dinero, lo que probablemente será pronto.

* • *

A Scottie Fitzgerald

21 de septiembre de 1939

Encino, California

puedes inscribirte en vassar stop cuesta ojo de la cara pero reuní dinero de esquire y acordé con el interventor pagar segunda mitad el 15 de octubre si no juegas limpio será la última vez stop perdona si soy injustamente cínico recuerda armonía más útil que historia de la música también otro cambio stop devuélveme el cheque anterior por correo con amor

papá

* • *

A Gerald Murphy

21 de septiembre de 1939

Encino, California

estuve enfermo aquí abril pasado y postrado en cama cinco meses y ahora en pie y trabajando pero sin un duro grandes deseos de que mi hija continúe en

vassar puedes prestarme 360 dólares durante un mes si es posible por favor girar a 5521 amestoy avenue encino calif

scott fitzgerald

* • *

A Zelda Fitzgerald

5521 Amestoy Avenue
Encino, California
6 de octubre de 1939

Queridísima Zelda:

Dado que, como todo el mundo, vivo en el naufragio de la situación internacional, me resulta difícil encontrar trabajo. Estoy sin un céntimo. He escrito cuentos para *Esquire* porque, con un balance en el banco de 100 dólares, no tenía tiempo para nada más. Recordarás que, en promedio, me llevaba seis semanas meterme en la atmósfera de un cuento de los publicados en el *Saturday Evening Post*.

Sin embargo, quizá todo se solucione el día de mañana. Como te escribía (¿o no?), gracias a algunos amigos Scottie volvió a la universidad. Eso era más importante que cualquier placer para ti o para mí. Aún se deben 200 dólares de la matrícula, pero creo que me los apañaré para encontrarlos en alguna parte.

Después de ella, eres mi siguiente preocupación; me conmovió de verdad el intento de tu madre de mandar a buscarte, aunque no lo bastante como para pasarnos de la raya. Que salgas en tu primera excursión *sin* una enfermera, *sin* dinero, sin siquiera lo necesario para el billete de vuelta, cuando el doctor Carroll te da su apoyo y cuando, por fuerza de las circunstancias, Scottie y yo estamos casi tan indefensos como tú, en fin, me parece el ardid de una anciana inteligente a la que respeto y admiro y que te quiere de verdad, pero no con prudencia.

Ninguno de vosotros se lo está tomando muy bien. Rosalind y Newman no

quisieron prestarle a Scottie unos cuantos cientos para la matrícula, cuando en 1925 le presté a él quinientos, y tú y yo vivíamos con un margen en el banco *menor de lo que le presté*. De acuerdo con Rosalind, detrás de quien se escudó Newman, los pondría en apuros. ¡Yo *pedí prestado* para darles dinero cuando caducó su póliza de seguros! La vida te da sorpresas. Gerald y Sara *sí* me prestaron el dinero, y lo hicieron con la dignidad de siempre.

Solo te pido lo siguiente: déjame que me las arregle con mis hemorragias y mis esperanzas, y la persona que al cabo gane la batalla tendrá el *derecho* de salvarte, el *permiso* de darte una oportunidad.

Tu vida ha sido una desilusión, al igual que la mía. Pero no hemos sudado en vano. Scottie tiene que sobrevivir y este es el año más importante de su vida.

Siempre con todo mi amor,
Scott

* • *

A Maxwell Perkins
Octubre de 1939

Encino, California

por favor almuerza si puedes con kenneth littauer por la novela por entregas de la que tiene sinopsis. ober totalmente excluido de negociaciones en estado actual bebí mi último trago el pasado junio si importa dile a littauer que rechacé tontamente la oferta de literary guild por suave. escíbeme si puedes esa misma noche. sinopsis de novela totalmente confidencial pues incluso una sinopsis sería plagiada aquí con afecto

scott fitzgerald

* • *

A Scottie Fitzgerald

Encino, California
31 de octubre de 1939

Scottina:

(¿Sabías que el sobrenombre no me lo he inventado, sino que lo ideó Gerald Murphy hace años en la Riviera?) ¡Oye! He empezado a escribir algo que quizá sea grande, y pasaré cuatro o seis meses enfrascado en ello. Puede que no nos *dé* un céntimo, pero cubrirá los gastos y es mi primera obra escrita por amor al arte desde la primera parte de *Infidelity*. (¿Recuerdas el guion a medio terminar que canceló el censor y que te mostré en Norfolk en la Pascua de hace dos años? Lo leíste en el camarote de uno de aquellos buques de la ruta Baltimore-Norfolk).

Como sea, vuelvo a estar vivo. Superar aquel octubre dio sus frutos, pese a todas las presiones y necesidades y humillaciones y esfuerzos. No bebo. No soy un gran hombre, pero a veces creo que el aspecto impersonal y objetivo de mi talento y los sacrificios que, aun hecho pedazos, supone conservar su valor esencial tiene una especie de grandeza épica. Por la noche me consuelo con ilusiones así.

Y creo que cuando leas este libro, que abarcará la época en que me conociste siendo adulta, comprenderás con qué intensidad conocí tu mundo, aunque no en toda su extensión, pues estaba muy enfermo y no podía ir de un lado a otro. Si vivo lo suficiente, oiré tu versión, pero creo que tu corazonada sobre tus limitaciones como artista quizá sea correcta: tal vez experimentando con distintas artes encuentres tu nicho como yo encontré el mío, pero por ahora no creo que tengas un «talento innato».

¿Qué más da? Estos son años muy valiosos. Déjame ver un poco cómo siguen. ¿Qué asignaturas cursas? Hazme una lista, por favor. No me pidas que suba a la cima de mi energía nerviosa, desde donde puedo discernir a lo lejos el nombre del tinte del pelo que usa tu monitora, o reconstruir un asesinato de marzo de 1938 a partir de una bolsa, un hueso y una mata de pelo. Pero hazme un resumen.

- a. ¿Qué dicen los Ober de mí? ¿Es muy triste?
- b. ¿Cómo es eso que le dije a la señora Owens de que eras una sinvergüenza?

- c. ¿En qué obra de teatro participas?
- d. ¿En qué bailes y deportes? ¡Déjame al menos revivir mi juventud!
- e. Como muchacha, y no como el retoño de un genio loco, ¿a qué te dedicas? ¿Y cómo?
- f. ¿Qué muebles? ¿Sigues queriendo grabados?
- g. ¿Qué ha escrito Rosalind?
- h. ¿Quieres que te haga una prueba?
- i. ¿Alguna vez pensaste en ir a visitar a los Murphy para darles una alegría *a ellos*, no para menospreciar a Honoria?

Me alegro de que hayas leído a Malraux. ¿Sacaste el permiso de conducir? ¿Es simpática Mary Earle? En Connecticut, enseguida me dio la impresión de que era una persona valiente, preciosa, pícaro. Y tu amiga, ¿se retrasó un poco debido al inevitable y terrible viaje del abortista a la cura de reposo? No contestes a esta última pregunta. Su nombre sigue dándome náuseas.

* • *

A Sheilah Graham

9 de noviembre de 1939

Encino, California

el país ahora está detrás de ti stop relájate y habla tranquila durante una hora¹⁴⁷ stop acabamos de saber inglaterra entró en guerra stop la prensa local lo niega y lo afirma parece increíble firmado constance carol hedda stop te echo muchísimo de menos

scott

* • *

A Kenneth Littauer

sin rencores¹⁴⁸ no ha habido un editor con los pantalones puestos desde george lorimer

scott fitzgerald

* • *

A Sheilah Graham

Encino, California
2 de diciembre de 1939

Querida Sheilah:

Perdí los estribos en tu presencia y herí tus sentimientos y los de Jean Steffan.¹⁴⁹ Es un hecho.

Pero también dije cosas horribles que hasta cierto punto pueden desdecirse. Salieron de una porción minúscula de mi mente, como sabrás, y nada representan de mi vida consciente y muy poco de mi subconsciente. Tienen más o menos la misma importancia que nuestras viejas discusiones sobre Inglaterra y Estados Unidos.

Creo que no vamos a ninguna parte. Me alegra que ya no me tengas respeto ni afecto. Las personas se hacen bien unas a otras o no, y obviamente yo te hago *daño*. Te amé con todo lo que tenía para dar, pero algo marchaba tremendamente mal. No hay que buscar mucho el motivo: yo. No sirvo para las relaciones humanas. Solo te *amé*; me lo diste todo. Y fue muy bonito y caballeresco y muy propio de ti.

Quiero morir, Sheilah, y hacerlo a mi manera. Antes tenía a mi hija y a mi pobre y perdida Zelda. Desde hace más de dos años tu imagen está en todas partes. Déjame que te recuerde hasta el final, que está muy cerca. Eres lo mejor. Eres algo importante por ti misma. Eres demasiado para un neurótico tuberculoso que solo puede mostrarse celoso y vil y perverso. Estaré una última vez contigo, pero será en tu ausencia. Ya falta poco. Ojalá hubiera podido dejarte más de mí mismo. Puedes quedarte con el primer capítulo de la novela y la sinopsis. No tengo dinero, pero eso tal vez valga algo. Pregúntale a Hayward.¹⁵⁰ Te amo completa y enteramente.

Quería enviarte esto escrito a mano, pero no creo que fuese legible.

Scott

1940

44 años

Antes creía en la amistad, creía que podía (aunque no siempre quisiera) hacer feliz a la gente, y era lo más divertido del mundo. Ahora, hasta eso me parece el sueño barato de un actor de vodevil, una gran comedia musical en la que uno siempre interpreta al esclavo.

(Carta a Maxwell Perkins, 20 de mayo)

A la agencia Phil Berg-Bert Allenberg¹⁵¹

5521 Amestoy Avenue
Encino, California
23 de febrero de 1940

Estimados señores Berg, Dozier y Allen:

A renglón seguido está la información que prometí, desde que llegué aquí en agosto de 1937 con un contrato de seis meses para la Metro.

1. Dos semanas en *Un yanqui en Oxford*, con Jack Conway y Michael Balcon. Utilizaron dos escenas mías.

2. Seis meses con Joe Mankiewicz en *Tres camaradas*. Aparecí por primera vez en los créditos. Me renovaron el contrato con un aumento de 1.000 a 1.250 dólares.

3. Tres meses con Hunt Stromberg en *Infidelity* hasta que nos topamos con problemas de censura y se abandonó el proyecto. Hasta entonces Hunt estaba muy conforme con mi trabajo y por esas fechas Joe Mankiewicz me pidió que colaborara en otra película, pero decidí quedarme con Hunt.

4. Cinco meses con Stromberg en *The Women*, colaborando primero con Sidney Franklin y luego con Don Stewart. En este caso Hunt era difícil de complacer y hacia el final Don y yo perdimos interés.

5. Tres meses con Sidney Franklin en *Madame Curie*. Estábamos en contra de la idea preconcebida que tenía Bernie Hyman de considerarla una historia de amor. Hyman echó un vistazo a lo que habíamos hecho y aparcó el proyecto. A Franklin le interesaba mucho hasta ese momento.

6. Otros estudios me habían hecho varias ofertas temporales. Cuando Knopf me dijo que no me renovarían el contrato fui derecho a ver a David Selznick de G. W. T. W. El ambiente era un lío y me marché después de dos o

tres semanas.

7. En este punto quería tomarme un descanso: estaba mal de salud y deprimido por el asunto de la Metro. Pero Swanson me convenció de que aceptara un trabajo con Wanger en *Carnaval de invierno* subiéndome el sueldo a 1.500 dólares. Fue un error. Me puse hecho una furia después de un viaje a Dartmouth y me acatarré y me emborraché y acabé marchándome.

8. Tras un mes de descanso conseguí un trabajo con Jeff Lazarus en *Air Raid*. Avanzamos durante un mes y luego la película fue dejada de lado en favor de *Honeymoon in Bali* y me fui a Cuba.

9. En la costa este descubrí que estaba más enfermo de lo que había creído y regresé aquí en mayo para guardar cama hasta que mi salud mejorara. En esos meses tuve que rechazar *Dos mujeres y un amor*, *Rebecca* y otra media docena de proyectos, pero en julio, cuando quise volver a trabajar, dejé de recibir ofertas. Lo primero que apareció fue una semana de trabajo con Stahl en un original vagamente planeado (por 1.500 dólares).

10. En septiembre Eddie Knopf me convocó para *Raffles*. Ya estaban rodando y caí en medio de un violento enfrentamiento entre Goldwyn y Wood. Los remito a Eddie Knopf en cuanto a ese asunto. Más o menos por esa época Joe Brown me llamó de la Twentieth Century Fox para trabajar en una película con Sonja Henie, pero al parecer solo era para que aportara ideas durante un día. En cualquier caso, salvo alguna migaja que me ofreció Hempstead para *Kitty Foyle*, nadie desde entonces ha mostrado interés en mí.

He ahí la historia de dos años y medio.

* • *

A Maxwell Perkins

A nombre de Phil Berg Agency
9484 Wilshire Blvd.
Beverly Hills, California
20 de mayo de 1940

Querido Max:

Te debía una carta decente desde hace meses. Antes de nada, la de arriba es mi dirección más segura, aunque ahora mismo estoy buscando un pequeño apartamento. Estoy en la última semana de un trabajo para el cine de ocho semanas por el que recibiré 2.300 dólares. No alcanzaría para pagarte nada, ni al gobierno tampoco, pero algo era algo, y se trataba de una película sobre un cuento mío, «Regreso a Babilonia», y tal vez lleve a otras cosas por aquí. No me ha ido bien como escritor a sueldo, cosa que, al igual que todo lo demás, requiere cierta práctica y excelencia.

¡La radio acaba de anunciar la toma de San Quintín! ¡Dios mío! ¿De qué sirvió que te contara por telegrama que André Chamson tenía un libro exitoso cuando la guerra ha entrado en una nueva etapa, que hace de su libro un vestigio de una desaparecida época de paz?

Ojalá mis obras no estuvieran descatalogadas. Dentro de uno o dos años, resultará extraño que Scottie les cuente a sus amigos que yo era un autor y descubra que no se consigue ninguno de mis libros. Por cierto, no es culpa tuya. Tú (y otro hombre, Gerald Murphy) has sido un gran amigo en los momentos oscuros de los últimos cinco años. Es curioso qué es un amigo: la broma de Ernest en «Las nieves», el artículo del pobre John Bishop en *Virginia Quarterly* (bonita manera de devolverme diez años de recomendaciones en el mundo literario) y la repentina deserción de Harold en un mal momento los han convertido en menos que amigos. Antes creía en la amistad, creía que *podía* (aunque no siempre quisiera) hacer feliz a la gente, y era lo más divertido del mundo. Ahora, hasta eso me parece el sueño barato de un actor de vodevil, una gran comedia musical en la que uno siempre interpreta al esclavo.

En lo profesional, lo sé, me toca a mí mover pieza. ¿Conservaría la colección de 25 centavos a *Gatsby* a la vista del público, o *no es popular el libro*? ¿Ya tuvo su oportunidad? ¿Acaso una reedición en esa serie, con un prefacio escrito, *no* por mí, sino por uno de sus admiradores (quizá puedo elegir uno), lo convertiría en un favorito entre los alumnos, profesores, amantes de la prosa inglesa, o quien fuere? Pero morir de manera tan absoluta e injusta después de entregarse tanto... Incluso hoy, poca de la narrativa estadounidense que se publica no lleva mi ligera impronta; a mi *modesta* manera fui original. Recuerdo cuando tuvimos una de nuestras pocas

discusiones sin importancia, porque yo dije que a ningún amante de «Cuando las últimas lilas estaban en flor», Tom Wolfe podía resultarle *tan* original. Desde entonces he cambiado de parecer sobre él. Sitúo «Solo los muertos conocen Brooklyn» y «Arthur, Garfield, etc.» a la altura de los mejores. ¿Y dónde estamos Tom y yo y los demás mientras los Robespierres psicológicos se pavonean por las letras estadounidenses encumbrando melodramas como *El Cristo del cemento*, y los jóvenes leen a Steinbeck como antes leían a Mencken?! No he perdido la fe. La gente *comprará* mi nuevo libro y espero no cometer de nuevo los muchos errores de *Suave*.

Cuéntame las novedades si tienes tiempo. ¿Dónde está Ernest y qué hace? ¿Qué hay de Elizabeth Lemmon, la preciosa y amarga virgen sacrificada, la víctima de la vanidad de su familia, como descubrí de manera gradual y deprimente? Cómo me disgustaban todos: la bigotuda señora del doctor, la jadeante hermana ama de casa con sus aires de aristócrata, el vendedor de bonos de Baltimore que esperaba la herencia. Y, en medio de ellos, la nívea pureza de Elizabeth. Era insoportable de tan triste.

Recuerdos a todos vosotros, de todas las generaciones.

Scott

* • *

A Scottie Fitzgerald

1403 North Laurel Avenue
Hollywood, California

12 de junio de 1940

Queridísima Scottina:

Gracias por tu amable y extensa carta. Me puso contento, y no cuestiono tu sinceridad en cuanto al trabajo. Creo que de aquí en adelante serás una trabajadora, y me alegro. La manera constante en que tu madre pensaba y reflexionaba sobre cosas sin solución allanó el camino de su ruina. No había recibido una educación, no por falta de oportunidad, pues podría haber

aprendido conmigo, sino por una especie de testarudez interna. A su manera, era muy original, quizá con un brillo más intenso del que jamás alcancé yo, pero intentaba y sigue intentando resolver todos los problemas éticos y morales por su cuenta, sin la ayuda de miles de predecesores muertos. Y no posee nada «cinético», lo cual, en física, quiere decir una fuerza motriz interna; se deja llevar o guiar. Ese fue el rasgo de cansancio que heredaron todos los hijos del juez Sayre. ¡Y pensar que la abuela a veces sigue siendo una bola de fuego!

Coincidiría contigo y no con el decano Thompson si estuvieras sacando notables. Entonces diría: como no vas a ser profesora o académica profesional, no intentes sacar sobresalientes, no te matricules en asignaturas en las que puedas sacar sobresalientes fácilmente, porque podrás aprender esas cosas por tu cuenta. Trata de aprender algo nuevo y difícil, y ponle ganas, y acepta las notas que saques. Pero no cuentas con ese margen de respetabilidad, y te inquieta estar en el límite. Las dudas y las preocupaciones te paralizan, como me paraliza a mí la incapacidad de administrar el dinero o los excesos que me permití en el pasado. Ese es tu talón de Aquiles, y ningún talón de Aquiles se ha fortalecido por sí solo. Cada vez se hace más vulnerable. Mis escasos logros han sido fruto del trabajo más intenso y laborioso, y ojalá *nunca* hubiera aflojado o vuelto la vista atrás, y ojalá hubiera dicho al terminar *El Gran Gatsby*: «He encontrado mi estilo, de aquí en adelante esto es lo principal. Este es mi deber inmediato, sin esto no soy nada...».

Por favor, dime por telegrama qué días has elegido para viajar al sur, así hago los arreglos financieros necesarios.

¿Podrías contar allá algún cuento sobre la imperiosidad de que vayas a la escuela de verano después de haber estado a punto de que te echaran de la universidad? Si no, se preguntarán por qué no se podía emplear el dinero en unas vacaciones en la playa para todos. Vivo en el apartamento más pequeño que puedo sin *parecer pobre*, un lujo que no me puedo permitir en Hollywood. Si la película se concreta, llevaré de viaje a tu madre en agosto. De momento le paso poco dinero, pues durante diez años ha absorbido la mayor parte de los ingresos de la familia.

Claro que escuché la radio durante todo el viaje. ¡Dios mío! ¡Qué batalla!

¡Te ruego que *vayas a ver a Gerald Murphy, aunque sea cinco minutos, cuando pases por Nueva York este verano!*

Mándame los detalles sobre la Escuela de Verano de Harvard. ¿Se puede pagar en cuotas?

Incluso como dramaturgo, Pinero¹⁵² era inferior a Shaw e Ibsen. ¿Qué sentido tiene enseñar en Vassar las obras de un Noël Coward de segunda?

Puede que te trabes con el cuento para el *New Yorker* si le das demasiada importancia. La obra de teatro *fue* un gran logro. Lo digo con orgullo y con gusto. Me gustaría ver el cuento. ¿No puedes enviarme una copia?

Cuando releo tu carta, en absoluto me das la impresión de ser una introvertida. Suenas un poco eufórica y muy segura de ti misma, pero no es preocupante.

Con todo mi amor,
Papá

P. D.: Tú quieres ir a la escuela de verano. Tendré que aceptar más encargos para ello, y lo haré con gusto, pero quiero que primero pases diez días con tu madre. Y *por favor* hazme un informe *completo* del estado en que se encuentra. Tu petición de 15 dólares me llegó cuando metía esta carta en un sobre. Ir a enviártela (Frances no está) me ha costado una mañana entera. No me pidas que te gire dinero; es mucho más difícil que el verano pasado. Debo *miles* de dólares. No habría podido permitirme este viaje si no fuera porque iban los Roger y me invitaron. Lamento terminar la carta de esta manera, pero tendrás que cuidar el dinero.

* • *

A Zelda Fitzgerald

1403 North Laurel Avenue
Hollywood, California
29 de julio de 1940

Queridísima Zelda:

El problema con Shirley Temple es que es demasiado mayor para tener el

encanto de una niña, y aunque sus últimas películas han incluido de todo — canciones, baile, prestidigitación, etc.— no conmueven al público. De hecho, la última es de una sentimentalidad más bien nauseabunda.

Así que un productor «independiente», Cowan, que ahora está en Columbia y en breve pasará a Paramount, tuvo la idea de rodar con ella un drama romántico, y el año pasado compró para ello mi «Regreso a Babilonia» por 900 dólares. Tendría que haber pedido más, pero el cuento llevaba diez años publicado sin que nadie lo tocara. A continuación, sabiendo que yo había estado enfermo y probablemente necesitaba el dinero, el señor Cowan me contrató con total avaricia para que escribiera el guion según un porcentaje. Me da, o mejor dicho me *dio*, unos pocos cientos por semana por un guion escrito a toda prisa.¹⁵³ Lo hice y luego me metí en cama para recuperarme. Ahora quiere que escriba otro, y se supone que debo agradecerle porque, como no he hecho una película desde hace tiempo, al muy cabrón le resulta fácil sacar la conclusión de que no sé escribir. Si vieras y hablaras durante cinco minutos con la gente con la que trato, entenderías sin necesidad de palabras lo difícil que es actuar solo con cortesía.

En fin, *creo* que ha sido algo positivo salvo por el lado de la salud y, si vende el guion a la señorita Temple y a Paramount, habrá un poco más de dinero, siempre y cuando Cowan no idee una manera de privarme de él.

En esas estamos. Dime, ¿recibiste el reloj? No me lo has mencionado.

Con todo mi amor,
Scott

* • *

A Gerald y Sara Murphy

1403 North Laurel Avenue
Hollywood, California
14 de septiembre de 1940

Queridos Gerald y Sara:

No sabéis lo preocupado que me ha tenido este tema. Es la primera deuda *personal* en la que he incurrido y me alegra poder devolver 150 de los 350 dólares.

Vuestra generosidad me permitió mandar a Scottie a Vassar el otoño pasado. Este año ella trabaja como representante de *Harper's Bazaar* y ha vendido cuentos a distintas revistas, y las cosas marchan mejor en todos los sentidos. Pero, de verdad, ella es una de esas personas para las que una educación superior es sumamente importante, y me habría roto el alma no poder ofrecérsela.

Con amor a los dos y *muchísima* gratitud,
Scott

* • *

A Scottie Fitzgerald

1403 North Laurel Avenue
Hollywood, California
5 de octubre de 1940

Queridísima Scottie:

Me alegra que te gustara *La muerte en Venecia*. No veo relación alguna entre esa obra y *Dorian Gray*, salvo la homosexualidad implícita en las dos. *Dorian Gray* es poco más que un cuento de hadas galvanizado que estimula la actividad intelectual en los adolescentes de unos diecisiete años (te causó el mismo efecto que a mí). Algún día lo releerás y te parecerá en esencia ingenuo. Pertenece al borde inferior y deshilachado de la «literatura», así como *Lo que el viento se llevó* pertenece a la categoría superior del entretenimiento de masas. *La muerte en Venecia*, en cambio, es una obra de arte, de la escuela de Flaubert, aunque nada imitativa. Wilde contó con dos modelos para *Dorian Gray*: *La piel de zapa*, de Balzac, y *Al revés*, de Huysmans.

Después de esa lección de literatura, solo puedo compadecerme de la

cuasi desolación que reina en Vassar y asegurarte que muchas de las alumnas que se han marchado lamentarán durante toda su vida no haber seguido. Hablando de eso, ¿no hay muchos traslados desde otras universidades en tercero? Yo diría que después de este último año todo te resulta aburrido. Has conseguido casi todo lo que querías: en Vassar, en Baltimore y en general. Pero es una suerte no repetirse en la vida. Ciertamente ahora deberías plantearte nuevos objetivos: más que ninguno, este debería ser el año en que despierte tu mente incipiente. Una vez envuelta en el mundo material, ni una persona entre diez mil encuentra el tiempo para formarse un gusto literario, cuestionar la validez de los conceptos filosóficos por sí misma o formarse lo que, a falta de frase mejor, llamaría el sentimiento sesudo y trágico de la vida.

Con ello me refiero a algo que subyace a las grandes trayectorias, desde la de Shakespeare hasta la de Abraham Lincoln, y que se remonta hasta el comienzo de los libros: la sensación de que la vida es en esencia una estafa y sus condiciones las de una derrota y que aquello que la redime no es «la felicidad y el placer» sino la honda satisfacción que procede del esfuerzo. Cuando aprendas la teoría de las vidas y las conclusiones de los grandes hombres, podrás disfrutar muchísimo más de las cosas positivas que encuentres por el camino.

Hablas de lo buena que es tu generación, pero creo que, como todas las generaciones desde la Guerra de Secesión en adelante, comparte la idea de que, de un modo u otro, los tuyos están por heredar la tierra. Ya me has escuchado decir que las caras de casi todas las mujeres estadounidenses de más de treinta años se me antojan como un mapa en relieve de una desdicha petulante y perpleja.

Bueno, te deseo lo mejor. Nunca contestas las preguntas concretas de mis cartas. Me cuentas sobre tus asignaturas en general, pero no en particular. Y la pregunta sobre tu nombre literario era importante: estoy en contra de que firmes con *dos* nombres míos, como en *College Bazaar*.

Con todo mi amor,
Papá

* • *

A Zelda Fitzgerald

1403 North Laurel Avenue
Hollywood, California
19 de octubre de 1940

Queridísima Zelda:

Estoy poniendo todo mi empeño en terminar la novela para mediados de diciembre, y es un poco como cuando escribía el final de *Suave es la noche*. No pienso en otra cosa. Aún no tengo noticias del cuento para Shirley Temple, pero sería un gran alivio si ella decidiera hacer la película, aunque en el periódico dice que formará un dúo con Judy Garland en *Little Eva*, lo que me recuerda que vi a las dos hermanas Duncan en el hipódromo y estaban tremendamente gordas. ¿Te acuerdas de cuando las vimos en el barco con el vizconde Bryce y sus perros?

Mi habitación está llena de gráficos, como lo estaba en la época de *Suave es la noche*, que detallan los distintos movimientos de los personajes y de sus historias. Sin embargo, de acuerdo con lo que planeé hace dos años será una novela más corta, más o menos de la longitud de *Gatsby*.

Con mucho amor,
Scott

* • *

A Scottie Fitzgerald

1403 North Laurel Avenue
Hollywood, California
2 de noviembre de 1940

Queridísima Scottina:

Al oír por la radio el partido Harvard-Princeton con los viejos cánticos, recuerdo las cosas que viví hace un cuarto de siglo y que estás viviendo tú ahora. Imagino que estás ahí, aunque no sé si habrás ido o no.

Recuerdo que hace mucho tenía una hija que me escribía cartas, pero ahora no sé dónde se encuentra ni qué está haciendo, así que me sentaré a escuchar a Puccini: «Algún día ella escribirá (*Pigliano edda ciano*)». ¹⁵⁴

Con todo mi amor,
Papá

* • *

A Zelda Fitzgerald

1403 North Laurel Avenue
Hollywood, California
23 de noviembre de 1940

Queridísima Zelda:

Adjunto el breve cuento de Scottie. Por recomendación mía, acababa de leer «Melanctha», de Gertrude Stein, y la influencia es lo que se dice perceptible.

Lo raro es que se publicó en la edición de la costa este del *New Yorker* y no en la de la costa oeste, y pasé un mal momento buscándola en la revista que ella me había indicado y preguntándome si la vista me fallaba.

El editor de *Collier's* me ha pedido que escriba para ellos (está en la ciudad), pero le he dicho que estoy terminando la novela y lo único que puedo prometerle es mostrársela. En cualquier caso, no se parecerá a ninguna otra cosa, porque la extraigo de mi interior como si fuera uranio: medio kilo por cada tonelada cúbica de ideas descartadas. Es una novela *à la Flaubert*, sin «ideas», con gente que pasa individualmente y en masa por auténticos estados de ánimo, según espero.

Se parece más a *Gatsby* que a cualquier otra cosa que haya escrito. Me alegro de que te encuentres bien y medianamente contenta.

Con todo mi amor,
Scott

P. D.: Por favor, devuélveme el cuento de Scottie con tu próxima carta, pues al parecer es imposible conseguir más copias y probablemente quiera mostrárselo a autores y editores con orgullo paterno.

* • *

A Zelda Fitzgerald

1403 North Laurel Avenue
Hollywood, California
6 de diciembre de 1940

Querida Zelda:

Sin novedades, salvo que la novela avanza y me enfada que esta pequeña enfermedad me retrase. Ya he tenido problemas cardíacos, pero nunca nada orgánico. Lo de ahora no es un ataque importante, sino que parece haberse desarrollado gradualmente y, por fortuna, apareció en un electrocardiograma. Tal vez tenga que mudarme del tercer piso al primero, pero puedo trabajar, etc., si no me agoto.

Me dice Scottie que llegará al sur el día de Navidad. Envidio que estéis juntas y pensaré en vosotras. Todo en mi novela es nuevo; se ha convertido en algo apasionante. Espero ser capaz de terminarla en febrero.

Con todo mi amor,
Scott

* • *

A Scottie Fitzgerald
15 de diciembre de 1940

1403 North Laurel Avenue
Hollywood, California

Queridísima Scottie:

Por estas fechas te habrá llegado, espero, un pequeño abrigo. Era uno que Sheilah no se había puesto casi nunca y quería enviarte. Me pareció muy amable de su parte: a lo mejor abulta tu más bien magro guardarropa. El padre de Frances Kroll es peletero y le ha hecho unos arreglos, ¡sin cobrar!

Así que *hazme el favor* de escribir las siguientes cartas *de inmediato*.

1. A Sheilah, sin señalar la contribución de señor Kroll.
2. A Frances, elogiando el estilo.
3. A mí (como quien no quiere la cosa), de tal manera que pueda mostrarle la carta a Sheilah, que sin duda me preguntará si te gustó el abrigo.

Me facilitarás las cosas si escribes estas cartas sin demora. Cuando se hace un regalo, no hay placer en recibir una carta de agradecimiento tres semanas más tarde, por más que la carta rebose de disculpas. Le habrás robado el placer a una persona que intentaba dártelo (Eclesiastés Fitzgerald).

Por último, invéntate un cuento y di en Alabama que le compraste el abrigo a alguna chica. No digas que te lo mandé yo.

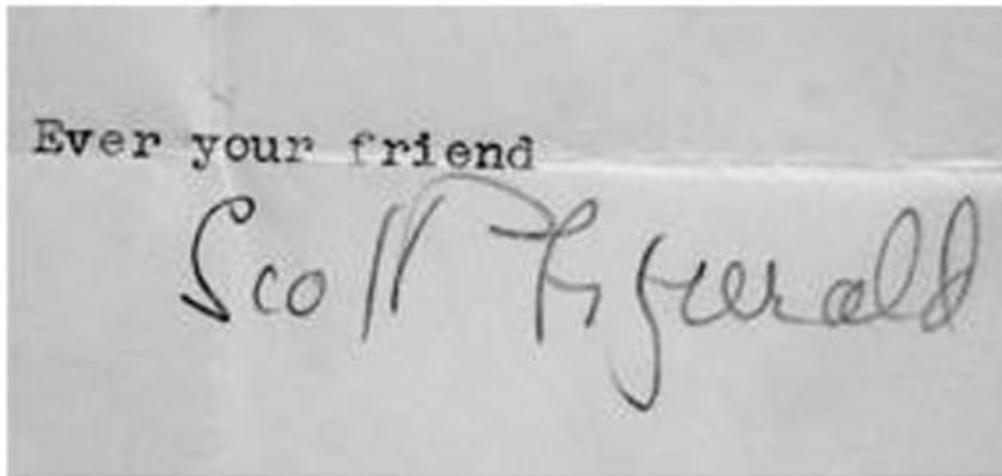
Por lo demás, sigo en cama. Esta vez es el resultado de veinticinco años de cigarrillos. Tienes dos acabados ejemplos de malos padres. Haz todo lo que no hemos hecho nosotros y estarás siempre a salvo. Pero pórtate bien con tu madre en Navidad, pese a que probablemente te obligue a adorar las runas de los primeros caldeos durante las fiestas. Sus cartas son trágicamente brillantes en todos los sentidos, salvo en los de vital importancia. Qué extraño que fracasara como criatura social. Ni siquiera los criminales fracasan en ello, pues constituyen la «Leal Oposición» a la ley, por así decir. Pero los locos siempre son meros invitados en este mundo, eternos extranjeros que van por ahí con decálogos rotos que no saben leer.

Aún no he terminado la novela de Tom Wolfe y no puedo darte un informe final de ella, pero el relato del incendio es magnífico. Solo temo que, después de la gran presentación de personajes, no resulte gran cosa. La imagen de «Amy Carleton» (Emily Davis Vanderbilt, que venía de visita a nuestro apartamento de París, ¿la recuerdas?), con los ojos grises agrietados y la

manera de hablar reproducida al dedillo, es sencillamente perfecta. Se esforzó por conquistar a Tom —*sans succès*— y al final murió por mano propia en un solitario rancho de Montana en 1934. El retrato de la señora Jack también es fantástico. Me lo creo sin reservas.

Con todo mi amor,
Papá

P. D.: ¡Por el amor de Somerset Maugham, la *carta!*¹⁵⁵



© Getty Images

NOTAS BIOGRÁFICAS

Frances Scott («Scottie») Fitzgerald

Hija de F. Scott y Zelda Fitzgerald, nació en Minnesota en 1921. Se graduó en el Vassar College en 1942, tal como con tanto empeño quiso su padre. Fue periodista y una figura notable en los círculos sociales de Washington. Se casó dos veces, en 1943 con Samuel Jackson Lanahan, con quien tuvo cuatro hijos, y en 1967 con A. C. Grove Smith. Falleció en 1986. Toda la correspondencia con sus padres y el material fotográfico que estaba en su poder fue cedido a la Biblioteca del Vassar College.

Sheilah Graham

Llamada en realidad Lily Shiel, durante 35 años fue una de las más temidas columnistas de cotilleos de Hollywood. Nació en 1904 en un barrio pobre al este de Londres y debió valerse de toda su inteligencia y belleza para salir adelante. En julio de 1937, en una fiesta donde celebraba su compromiso con el marqués de Donegall, conoció a Fitzgerald. Fue amor a primera vista, por lo que inmediatamente rompió su compromiso y comenzó una aventura con el escritor que duraría más de tres años, hasta el 21 de diciembre de 1940, cuando Fitzgerald murió en sus brazos. Sheilah Graham inspiró el personaje de Kathleen, la heroína de *El último magnate*, la novela que el autor de *El gran Gatsby* dejó inconclusa a su muerte. «Nunca fui su amante», decía Graham. «Yo era una mujer que amaba a Scott Fitzgerald para bien o para mal, hasta que murió». Sheilah Graham falleció en Florida en 1988.

Ernest Hemingway

Periodista y escritor estadounidense nacido en Illinois en 1899. Hemingway era un escritor en ciernes cuando conoció a Fitzgerald en el bar Dingo, en París, en 1925. Allí comenzó una estrecha relación que en sus primeros años fue de afecto y complicidad. Fitzgerald fue muy importante para su progreso como escritor en su condición de lector y crítico de sus libros y por ser quien avaló y recomendó su obra a Maxwell Perkins, quien los editaría a ambos de por vida en Scribner's. Tuvieron una amistad tan cercana como conflictiva, debido, en general, al carácter orgulloso y competitivo de Hemingway. De la correspondencia de ambos escritores se conservan 57 cartas y telegramas: 28 de Fitzgerald y 29 de Hemingway. Este último sobrevivió a Fitzgerald veintiún años. Se suicidó en julio de 1961.

Gerald y Sara Murphy

Gerald Clery Murphy y Sara Sherman Wiborg conformaban una hermosa pareja de ricos estadounidenses expatriados que se habían trasladado a la Riviera francesa en los años veinte y que, con su hospitalidad y estilo para las fiestas, habían creado un círculo social vibrante que incluía un gran número de artistas y escritores de la llamada Generación Perdida. F. Scott y Zelda Fitzgerald los conocieron en Francia durante la primavera de 1924 y establecieron una estrecha relación. Dejaron su impronta en numerosas obras de esa época: *Suave es la noche* fue una de ellas.

Harold Ober

Después de licenciarse en la Universidad de Harvard, Harold Ober se hizo agente de la neoyorquina agencia literaria Paul R. Reynolds. En 1929 creó su propia agencia, donde representó, entre otros autores, a F. Scott Fitzgerald. Al igual que Maxwell Perkins, siempre lo apoyó en sus apuros económicos y vitales. Él y su esposa acogieron a Scottie, la hija de los Fitzgerald, cuando esta era adolescente. La amistad, y luego la relación profesional, se rompieron definitivamente una de las muchas veces en las que el autor le pidió dinero de sus regalías por adelantado: la negativa a su petición no fue bien recibida por

Fitzgerald. Ober murió en 1959.

Maxwell E. Perkins

Se unió a la venerable editorial Charles Scribner's Sons en 1910, después de trabajar como reportero para *The New York Times*. Desde el inicio de su carrera como editor aspiró a descubrir nuevas voces entre los jóvenes escritores, tarea que no le fue fácil al encontrarse dentro de una editorial con gustos conservadores. Su primera tentativa en este sentido fue con la publicación de *A este lado del paraíso*, a la que siguieron todas las novelas que F. Scott Fitzgerald escribió a lo largo de su corta vida. Perkins fue fundamental en la publicación de los textos de Fitzgerald como lector crítico de su trabajo y consejero. Asimismo, fue un amigo incondicional hasta el final de su vida, prestándole apoyo económico y moral en todo momento. Mantuvieron una correspondencia asidua y un intercambio intelectual estimulante. Perkins creó un catálogo con lo más nuevo y atractivo de su época, lo que lo llevó a que hoy en día sea considerado uno de los grandes editores del siglo xx. Falleció en Connecticut en 1947, a los 67 años.

Zelda Sayre

Nació en Montgomery, Alabama, el 24 de julio de 1900. Fue la menor de seis hermanos y siempre destacó por su belleza y espíritu alegre. Tras conocerlo durante un baile en un club de campo de su ciudad natal, contrajo matrimonio con F. Scott Fitzgerald en 1920, con quien tuvo una hija. Zelda fue una mujer con una voz creativa propia. Durante su vida, el ballet, la escritura y la pintura fueron objeto de su obsesión en diferentes grados. En cuanto a la escritura, su período de mayor productividad tuvo lugar entre 1929 y 1934, época en la que, sin embargo, fue intermitentemente hospitalizada por sus ataques nerviosos y comportamiento errático. En el hospital escribió la novela *Resérvame el vals*, publicada en 1932. Fue fuente de inspiración para Fitzgerald, en particular, para el personaje de Daisy de *El gran Gatsby*. Falleció trágicamente el 10 de marzo de 1948 en el incendio del hospital Highland de Asheville, en Carolina del Norte.

Edmund Wilson

Respetado crítico literario que crearía escuela. Durante su larga carrera escribió para la revista *Vanity Fair*, ayudó a editar *The New Republic*, ejerció como crítico literario en *The New Yorker* y fue colaborador frecuente de *The New York Review of Books*. Asimismo, fue conocido por sus posiciones políticas durante la Guerra Fría. En 1913, durante sus estudios en la Universidad de Princeton, conoció a F. Scott Fitzgerald, quien sería su amigo toda la vida. Compartirían la lectura y el amor por la literatura. Wilson editó el libro póstumo de Fitzgerald, *El último magnate*. Falleció el 12 de junio de 1972 en Nueva York.

EPÍLOGO

F. SCOTT FITZGERALD, EN LA INTIMIDAD AUSENTE

A pesar de todos los indicios, las vidas suelen empezar por el final. Francis Scott Fitzgerald murió en 1940, a los 44 años de edad, abandonado por sus amigos, consumido por los excesos, con su obra descatalogada, maldiciendo una existencia que resultó ser una desilusión, pobre de solemnidad además de endeudado y alejado de una única hija que mantenía con él una relación a medias entre el despecho y la exigencia. Un panorama.

La conclusión de la vida es a menudo luz que se arroja sobre el túnel. Y ya se sabe que los túneles son esas arquitecturas diáfanas que se diseñan para que transite sin obstáculos la oscuridad.

Fitzgerald, desde su más tierna y extraviada juventud, siempre quiso ser escritor. Mal empezamos. Claro que hay varias clases de escritores, aunque no tantas como supone el *merchandising*. Lo cierto es que básicamente son dos: los escritores que quieren ser escritores y los escritores que quieren escribir. Para su desgracia, Fitzgerald se propuso pertenecer a ambas.

Ser escritor es una carrera profesional y tiene las exigencias de cualquier carrera profesional: dinero, reconocimiento, éxito y una exquisita atención a los equilibrios de la oferta y la demanda. Querer escribir, necesitar hacerlo, no poder dejar de hacerlo pertenece más bien a la esfera de los dáimones, una pasión inspirada por una fuerza que desborda y de la que el autor se siente mero instrumento.

Esas dos maneras de ser solo se conjugan con gran dificultad y desde luego contando con mucha suerte. William Faulkner o Joseph Conrad lo consiguieron o les fue concedido. Fitzgerald, no.

La razón es que Fitzgerald necesitaba de una dosis de reconocimiento y de dinero que inevitablemente entró en colisión con su genio, que no era poco. No se conformó, a diferencia de los dos citados, con aquello que viene dado a través de los talentos, con la gracia que a ratos dispensa una sociedad a un creador, sin permitir que los aplausos del público o los regalos de la fortuna —por mucho que se aprecien— invadan nunca el espacio sagrado del escritorio. Fitzgerald no solo permitió la invasión, sino que se dejó arrasar. El resultado: unas pocas novelas, verdadera manifestación de la llama que le abrasaba, aunque de calidades distintas, y un sinfín de cuentos y guiones cinematográficos en los que sin duda sobresalió su genio, pero cuyo propósito y espíritu profundo no eran otros que pagar las facturas. Montañas de facturas.

Si dejamos aparte la melancolía, humor o caso demasiado común entre los escritores, el esquema de vida que siguió Fitzgerald fue un ir y venir infatigable y bastante monótono por un trayecto en el que había tres únicas estaciones: el reconocimiento, el alcohol y el dinero. Desde luego, cuando se juntan es difícil distinguirlos en acción. Incluso llegan a parecer lo mismo o, al menos, a producir la sensación de que se apoyan mutuamente, de que se alcanza cada punto con un solo billete de tren. Podría objetarse que también está su amor por Zelda, la mujer que se hundió a su lado y más tarde se hundió por su cuenta, o por su hija, Scottie, o por sus amigos, como Ernest Hemingway o Harold Ober, que finalmente, hartos de aquella intensidad destructiva, le abandonaron. Pero los afectos, que no hay que poner en duda, siempre fueron atravesados por sus fantasmas, por sus exigencias, por su presencia pública. Suponemos que hubo intimidad en ellos, algo franco y hondo, pero estuvieron demasiado expuestos, demasiado a la intemperie de la mirada de los demás, con todas las ventanas abiertas al mundo. Desde ahí es muy difícil construir no solo la intimidad, sino siquiera un simulacro de privacidad. Todo empieza a naufragar enseguida.

La correspondencia que el lector tiene entre las manos va demostrando página a página que el desastre estaba ya cuajado desde el principio, y que no había salida en un laberinto por el que, sin embargo, corría el viento —más bien, ventolera— en todas direcciones. Imposible alcanzar la paz, imposible siquiera aspirar a ella.

«He hablado demasiado sin vivir lo bastante por dentro como para desarrollar la necesaria confianza en mí mismo», escribe a los 28 años. Hay

que entender esta frase no en el contexto de las crisis episódicas que suelen atacarnos en ciertos periodos cruciales, sino en el de toda una vida que repite la misma cantinela: algo interior se está muriendo y ha traspasado el punto de no retorno. Tres años antes había sentenciado, en plena explosión creativa, en el camino a lo más alto de su gloria social: «Estoy harto por igual de la vida, el licor y la literatura». Nada diferente de lo que escribirá a Zelda un año antes de su muerte, con 43: «Tu vida ha sido una desilusión, al igual que la mía».

Por tanto, no era inconsciente ni ignorante, uno de esos individuos a los que arrastra la corriente y que siempre se enteran demasiado tarde de qué va el mundo o de quiénes son ellos. Sabía demasiado de sí mismo. Y eso no le sirvió para nada. Suele suceder. La escritura, dáimones aparte, es también el lugar en el que se encuentran la impotencia y la clarividencia. Funciona entonces como catarsis, como purificación y alivio de los trágicos sentimientos que alimentan el alma conturbada. Y la tragedia, la tragedia en cualquier época, no es más que una catástrofe desatada por el choque de dos mundos irreconciliables, dos planos distintos de la realidad que no pueden hallar su punto de equilibrio, sino que, por definición, se relacionan a través de la violencia que se ejercen mutuamente. De hecho, Fitzgerald siempre se vio a sí mismo, mejor dicho, siempre le gustó verse como el héroe de una tragedia. Tenía razón. Lo malo es que sus esfuerzos, como los de los héroes de tragedia, solo aceleraban el drama de su final. Sabía mucho de sí mismo, pero poco de tragedia.

Sin embargo, acierta cuando habla de una interioridad que le falta. Y cuando prosigue que esa carencia mina la confianza en uno mismo, acierta aún más. Se diría que la escritura es precisamente eso, el lugar de la intimidad. Lo malo es que Fitzgerald solo la experimentó como raptó, como explosión y desgarró, y que finalmente la puso al servicio del comercio y del intercambio de deseos: escribir para pagar facturas, escribir para rodearse como un príncipe *ancien régime* de villas francesas con mayordomos, niñeras, cocineros; escribir para ser el mejor de su generación y a ser posible de todas las generaciones, escribir para ser el escritor de algo tan vano, y lamentablemente tan actual, como «la gran novela americana»; escribir para una gloria contante y sonante, escribir, en resumidas cuentas, para ser mirado como él jamás podría verse.

La enfermedad de la exterioridad —pues es una enfermedad, que además solo se da a conocer en estado terminal— es precisamente eso: no poder verse, construir la imagen de uno mismo exclusivamente a través de las miradas de los otros, apostar la vida al qué dirán y al qué tener. Los grandes personajes de Fitzgerald están todos aquejados de parecido mal: carecen de intimidad, su carácter es en realidad personalidad, igual que los de la *Commedia dell'Arte*. Se les supone un espíritu, una forma de ser producida por algo de adentro, por el modo en que se han construido, por su experiencia, por lo que han aprendido, pero lo cierto es que viven en una prisión mental, la de obedecer al destino, representado en este caso por la norma de una sociedad que exalta el éxito, la posición y la riqueza en cualquiera de sus manifestaciones. Es un mundo de seres obedientes que disimulan su abotagamiento espiritual y su pereza moral en el reconocimiento que obtienen de su mundo. Es un mundo de máscaras y tras la máscara, como en Arlequín o en Colombina, no hay nada. Máscaras son Dick Diver, Monroe Stahr o Jay Gatsby, los seres condenados por su pasión, pero también son máscaras los observadores y los destinatarios como Nick Carraway, Nicole Diver o Daisy Buchanan.

De modo que, en realidad, la tragedia era una comedia, un gran sarcasmo sobre el dolor de los títeres. Ciertamente, que sea una cosa u otra dependerá de la distancia con que se mire, como decía Chaplin, pero también es verdad que el sufrimiento no puede acumularse sin provocar una especie de risa (de risa de Dios). En todo caso, los espasmos de una máscara se aproximan peligrosamente a la comicidad.

Fitzgerald escribe poco antes de morir: «Antes creía en la amistad, creía que podía hacer feliz a la gente. Ahora hasta eso me parece el sueño barato de un actor de vodevil, una gran comedia musical en la que uno siempre interpreta al esclavo». De héroe trágico hemos pasado a actor de opereta. Quizá se trataba desde el principio de una opereta.

Esa vida expuesta, en la que solo se consigue alguna intimidad —siempre malograda— gracias al rapto de la escritura, suele venir acompañada de dos ingredientes inevitables que funcionan como psicotropos: el alcohol y el dinero. Ambos son omnipresentes en la obra del autor.

El alcohol extremo actúa en primer lugar como anestésico. No es que consiga hacer que desaparezca el dolor, sino que lo eleva a un plano en el que

puede ser recreado, y esta recreación es en sí una forma de placer. El dolor deja de ser lo que era, un cuchillo clavado en el corazón o un puño que golpea arbitrariamente, para convertirse en demiurgo de una invención. Las metamorfosis a las que contribuye lo deforman y lo apartan de su verdadera génesis y de su campo de acción. A partir de ahí cumple su segunda función, que es la de convertirse en espectáculo (aunque en ocasiones dramaturgo y público se reduzcan a la misma persona). En esta presentación en escena, en esta publicación, el dolor aspira a ser universal, a ser de todos, comprometiendo a los espectadores y esperando de ellos una empatía completa, como si ese dolor les perteneciera y, ya en plena paradoja, como si de alguna manera ellos fueran también la causa. En la medida en que escuchan, en la medida en que toman asiento frente a la angustia, se interpreta que pagan y que pagan por algo. La responsabilidad del que interviene como público se vuelve evidente. Si paga es que algo debe.

Por efecto de la recreación y de la representación, el creador se coloca directamente en el centro del universo, donde confluyen todas las miradas. Pero esas miradas ya no van a parar al sujeto genuino, al ser doliente, sino al personaje dramático que, al captar la atención, somete al otro hasta hacerlo desaparecer. Y esta es su tercera función: la de centrar la perspectiva sobre el personaje, desviándola del paciente real.

El alcohol resulta, en consecuencia, una posibilidad de exteriorización poniendo afuera algo de adentro y además con un vasto catálogo de ventajas. Es decir, viene a comportarse como un simulacro del éxito. Y, también como el éxito, precede inexorablemente a la caída, a la culpa. Cuando el fantasma (de *fantasía*) abandona la escena, ocupa su lugar el guiñapo gimiendo en un teatro vacío. La única solución es que todo vuelva a empezar, eso que vulgarmente se denomina «empalmar». La necesidad de que el sujeto regrese sobre sí mismo y mire en su interior no se contempla.

Por su parte, el dinero, al menos el dinero contemporáneo, trabaja en el territorio de la pura virtualidad, y no hace falta referirse, por lo patente, a su conducta financiera. Sucede que no solo pretende transformar a los individuos volviéndoles otros radicalmente (desde la raíz) distintos de los que eran, sino que impone la firme creencia de que transforma las circunstancias y el tiempo. Llegado de afuera, obtenido mediante manejos en las relaciones con el mundo, usurpa el lugar de la conciencia.

A este respecto, la historia de Gatsby, paradigma dentro de la narrativa de Fitzgerald, no admite otra interpretación. Ni el tema de la riqueza, ni el del poder ni el del amor (la ambición apenas existe, pues ya ha concluido cuando comienza la historia y el narrador, Carraway, que podría tener alguna, alberga más bien un corazón bucólico de ambigüedad) aparecen en la novela de otra forma que no sea la que el dinero les da. Se podría decir que Gatsby *ambiciona* a Daisy, la mujer de la que estuvo enamorado tiempo atrás, cuando era *pobre*, pero su ambición está más relacionada con sus visiones que con ninguna especie de realidad. Puesto que sus visiones ya las tiene, hemos de deducir que no ambiciona nada, excepto impedir que se las quiten o tener más (como el dinero, mismamente).

Necesita a Daisy no para ganar —ya que lo único que ganaría sería un buen tazón de realidad—, la necesita para no perder, incluso para no perderla nunca. Pero eso es algo muy distinto de querer tenerla a ella en lo que ella es. Gatsby es un alucinado, pero no un idiota: sabe que en su interior siempre reinará el vacío, y lo sabe tan íntimamente que miente y se miente.

Cuando, por otro lado y en la misma línea, proclama que el pasado puede regresar, el pasado de su amor tal como era, está convencido de que puede alterar el curso del tiempo, y el tiempo mismo moldeándolo a su gusto. El dinero puede hacer eso, porque el dinero al fin y al cabo es virtualidad, es decir, visión igual a realidad, y las visiones de las cosas —a diferencia de las propias cosas— no padecen las arremetidas del tiempo, se pueden quedar como están tanto como dure la vida.

Así se explica la satisfacción de Gatsby —incomprensible a los ojos de Carraway— cuando Daisy se deshace en un mar de lágrimas en el primer encuentro, la chispa de sus ojos cuando muestra a la —digamos— amada la luz verde del malecón desde su mansión a la vez que rehúye el contacto, la descripción de su enamoramiento confundido con los rayos que saltan de un mundo desconocido y que acaban por cegarle, mientras demora el beso fatal que le enfrentará a un simple ser humano con su ambivalente bagaje de ternura, lealtad, persistencia y —no lo olvidemos— tiempo. No quiere tenerla, pero tampoco quiere perderla. Quiere su brillo cegador, pero nada de lo que ese brillo esconde, caso de que escondiera algo.

Al mismo tiempo, Gatsby reescribe su biografía, mejor dicho se la reescribe el dinero. Se inventa una estirpe y un enigmático relato de

emprendedor. Es un relato para los demás, sin duda, pero también es un relato que le convence. Rompe con el pasado narrándolo de nuevo y así pierde su verdadera vida. Como el dinero, se queda sin origen, sin pegotes, sin lastre. No necesita ser humano. Y así se queda «por encima de las ardientes luchas de los pobres», es decir, por encima de la lucha, del ardor y de la mayoría de los hombres. En suma, se queda por encima de la realidad tratable, por encima de la vida temporal, por encima de la propia conciencia, en una especie de excelsitud, de eternidad. Cuando todos muramos, el dinero permanecerá.

Sin duda, la pérdida o la carencia de la mirada interior, de la intimidad que hace a todo ser humano sentirse vivo (según Aristóteles, el mayor de los placeres) estaba en el fondo de los sentimientos autodestructivos que acompañan la biografía de este autor grande y que recorren la correspondencia seleccionada en este libro. Eso no evitó que la mirada sobre su mundo fuera profunda —y tan despiadada como la que arrojó sobre sí mismo— y que su literatura esté considerada justamente como una cima de la lengua inglesa. Por suerte, el dáimon también era fuerte y acabó por sobrevivir al escritor de carrera preocupado por la crítica, por las campañas publicitarias, por la competencia de otros autores, por su lugar en el Parnaso, por los delirios de grandeza y por las penurias económicas. O, tal vez, esta división, esta doble e irreconciliable existencia fuera precisamente la naturaleza de su genio, ese número irracional que permite edificar las arquitecturas sólidas y bellas. La vida de Francis Scott fue un lamento oscuro de principio a fin, pero su obra iluminó las prisiones en que vivimos.

Alejandro Gándara

Este libro se acabó de imprimir
el día 14 de enero de 2016.

Tal día como hoy de 1896 nace
John Dos Passos, novelista y periodista
estadounidense. *Manhattan Transfer*
fue la novela que le dio fama
y relevancia mundial

NOTAS

- ¹ Director editorial de Charles Scribner's Sons.
- ² Hombre de letras estadounidense a quien Fitzgerald fue presentado a los dieciséis años por el padre Fay y Shane Leslie.
- ³ *The Note-Books of Samuel Butler* (1912).
- ⁴ Robert Bridges, editor de *Scribner's Magazine*.
- ⁵ Agente literario de Fitzgerald para publicaciones periódicas.
- ⁶ La carta está fechada por error el año anterior.
- ⁷ *The Saturday Evening Post*, un periódico en el que Fitzgerald publicaría muchos de sus cuentos.
- ⁸ La revista de Charles Scribner's & Sons, la editorial de Fitzgerald.
- ⁹ Todas novelas polémicas en su época.
- ¹⁰ Rodado por Metro Pictures con el título de *The Chorus Girl's Romance* (1920).
- ¹¹ Presidente de Princeton University.
- ¹² Strater lideró un movimiento en 1917 para abolir los clubes de Princeton por ser poco democráticos.
- ¹³ Presidente de Charles Scribner's Sons.
- ¹⁴ Publicada como *Hermosos y malditos* (1922).
- ¹⁵ Edmund Wilson (Bunny), escritor y crítico literario estadounidense, al que Fitzgerald conoció en Princeton.
- ¹⁶ Wilson acababa de publicar en *The New Republic* un artículo sobre el ensayista H. L. Mencken, que este último había comentado elogiosamente.

- ¹⁷ H. L. Mencken, periodista, editor y crítico literario.
- ¹⁸ Novela de 1913 de Compton Mackenzie.
- ¹⁹ *The Undertaker's Garland* (1922), antología de poesía y prosa de Wilson y John Peale Bishop.
- ²⁰ Edna St. Vincent Millay, poeta y dramaturga estadounidense.
- ²¹ W. Collins Sons, editorial británica que publicó las dos primeras novelas de Fitzgerald en Inglaterra.
- ²² John V. A. Weaver, poeta y ensayista; Floyd Dell, novelista, autor de *Moon-calf* (1920).
- ²³ George Jean Nathan, coeditor, con Mencken, de *The Smart Set*.
- ²⁴ Novela de 1921 de John Dos Passos.
- ²⁵ Colección de cuentos de 1921 de Sherwood Anderson.
- ²⁶ Poeta y crítico estadounidense. Amigo de Fitzgerald; fueron compañeros de clase en Princeton.
- ²⁷ Thomas Boyd, escritor y periodista estadounidense cuya primera novela, *Through the Wheat*, fue publicada por la editorial Scribner's en 1923 gracias a la recomendación de Fitzgerald.
- ²⁸ Probablemente *El vegetal*, la obra de teatro de la que habla poco después; Scribner's la publicó en 1923.
- ²⁹ Director de publicidad de la editorial.
- ³⁰ Novela de Boyd publicada en 1924.
- ³¹ Amigo de los Fitzgerald, de Great Neck, Nassau, Nueva York.
- ³² John N. Wheeler, editor de *Liberty*.
- ³³ Probable referencia a *En nuestro tiempo*, publicado por Three Mountains Press en 1924.
- ³⁴ *Plumes*, novela de 1924.
- ³⁵ Editor de *Heart's International*.
- ³⁶ *El gran Gatsby* no se publicó por entregas.
- ³⁷ Perkins envió una segunda carta a Fitzgerald en la que cuestionaba algunos aspectos de los capítulos VI y VII sobre la caracterización de Gatsby. También le decía que no era necesario pedir menos regalías que en sus libros anteriores. A esos puntos responde Fitzgerald.
- ³⁸ *Cowboys North and South* (1924), de Will James.

- ³⁹ Novela popular de 1921 escrita por Robert Keable.
- ⁴⁰ Por la publicación por entregas de *El gran Gatsby*.
- ⁴¹ Escritor de novelas populares, que habitualmente pedía dinero prestado a Scribner.
- ⁴² Cather respondió a Fitzgerald el 28 de abril diciendo que le había gustado *El gran Gatsby* y que no detectaba ningún plagio de su novela.
- ⁴³ *Grit* (1924).
- ⁴⁴ Actores de *Grit*.
- ⁴⁵ Se refiere a los directores Allan Dwan, James Cruze y Cecil B. De Mille.
- ⁴⁶ *Manhattan Transfer* (1925).
- ⁴⁷ Nathan Freudenthal Leopold, Jr. y Richard Albert Loeb, conocidos como «Leopold y Loeb», fueron dos estudiantes ricos que secuestraron y asesinaron a Robert Franks en 1924 en Chicago. El caso inspiró la obra teatral *La soga*, de Patrick Hamilton, y la adaptación de Hitchcock del mismo nombre.
- ⁴⁸ *Prejudices* era el título general de las colecciones del crítico H. L. Mencken.
- ⁴⁹ Versos del poema «Plato in Italy», de Bishop.
- ⁵⁰ Cuento de Ring Lardner.
- ⁵¹ Wallace Meyer, del departamento de publicidad de Scribner's.
- ⁵² Perkins le había escrito que las ventas eran «dudosas», si bien las reseñas «excelentes».
- ⁵³ Novelas de Joseph Hergesheimer.
- ⁵⁴ Thomas R. Smith, editor de Boni & Liveright.
- ⁵⁵ Escritora estadounidense de novelas, poesía y teatro.
- ⁵⁶ Stein le había escrito a Fitzgerald que el estilo y la sensibilidad de *Gatsby* «reconfortaban» y, por cómo «recreaba el mundo contemporáneo», había comparado el libro a *La feria de las vanidades*, de Thackeray («no es un mal elogio»).
- ⁵⁷ Título provisional de la novela en que trabajaba.
- ⁵⁸ Novela de 1923 de Thomas Alexander Boyd.
- ⁵⁹ Novela de 1922 de E. E. Cummings.
- ⁶⁰ Libro de 1909 de Gertrude Stein.

- ⁶¹ El poeta Archibald MacLeish.
- ⁶² Obra de teatro de Laurence Stallings y Maxwell Anderson.
- ⁶³ Libro de cuentos de 1925 de Boyd.
- ⁶⁴ Biografía del pintor publicada en 1925 por Boyd.
- ⁶⁵ Hadley Richardson Hemingway, la primera esposa del escritor.
- ⁶⁶ Robert McAlmon, escritor y editor estadounidense afincado en París, había hecho correr el rumor de que Fitzgerald y Hemingway eran homosexuales.
- ⁶⁷ Novela de 1906 de Mary Raymond Shipman Andrews.
- ⁶⁸ No identificada; en su edición de las cartas, Matthew J. Bruccoli piensa que puede tratarse de *The Story of the Other Wise Man* (1899 / 1923) de Henry van Dyke.
- ⁶⁹ Donald Ogden Stewart y Robert Benchley, escritores de parodias literarias.
- ⁷⁰ De la primera novela de John Biggs, *Demigods* (1926).
- ⁷¹ De *Love Nest and Other Stories* (1926).
- ⁷² De *Todos los jóvenes tristes* (1926).
- ⁷³ Perkins le había pedido información a Train sobre los derechos de los estadounidenses que cometían un crimen en suelo francés, un episodio de la novela que planeaba Fitzgerald (*Suave es la noche*).
- ⁷⁴ Herbert Brenon dirigió una versión muda de *El gran Gatsby* en 1926.
- ⁷⁵ De la obra de teatro *El gran Gatsby*.
- ⁷⁶ Samuel Parkes Cadman, predicador y periodista.
- ⁷⁷ Ford Madox Ford, el escritor británico.
- ⁷⁸ Ocultista británico.
- ⁷⁹ Periodista estadounidense residente en París, que inspiró el Harvey Stone de *Fiesta*.
- ⁸⁰ Hemingway había basado el personaje de Brett Ashley en una mujer inglesa llamada Duff Twysden; a esta se refiere Fitzgerald en la oración siguiente.
- ⁸¹ Los datos se han dejado tal como los ha escrito Fitzgerald, aunque no sean certeros.
- ⁸² John Hadley Nicanor, el hijo de la pareja.

⁸³ Parodia de Hemingway escrita por el columnista Franklin Pierce Adams.

⁸⁴ *Hombres sin mujeres* (1927).

⁸⁵ Mezcla del título de Hemingway y el del libro de cuentos de Fitzgerald: *Todos los hombres tristes* (1926).

⁸⁶ El novelista Louis Bromfield, que acababa de publicar la novela *The Good Woman* (1927).

⁸⁷ Libro de 1927 de Glenway Wescott.

⁸⁸ *I Thought of Daisy* (1929).

⁸⁹ Thomas B. Costain, editor de *Saturday Evening Post*

⁹⁰ Del poema «El prisionero de Chillon», de Lord Byron.

⁹¹ Profesora de ballet de Zelda.

⁹² De acuerdo con Brucoli, en su edición de *A life in letters* (MacMillan, 1994), Egorova respondió que Zelda nunca sería una bailarina de primer nivel porque había empezado demasiado tarde. Sí podría ser, en su opinión, una bailarina entre buena y muy buena, capaz de obtener papeles en la compañía de Massine.

⁹³ Gerald Clery Murphy, pintor estadounidense. Él y su esposa, Sara Sherman Wiborg, eran expatriados estadounidenses afincados en la Riviera francesa. Fueron íntimos amigos de los Fitzgerald.

⁹⁴ Cecilia Taylor, prima de Scottie.

⁹⁵ La niñera de Scottie.

⁹⁶ Newman Smith, cuñado de Zelda.

⁹⁷ Conflictivo personaje de una serie de cuentos que Fitzgerald empezó en 1930.

⁹⁸ Director de la clínica psiquiátrica Les Rives de Prangins, en Nyon, Suiza.

⁹⁹ Mary Blair, la primera esposa de Wilson. Este acababa de casarse con Margaret Canby.

¹⁰⁰ Allen Tate, poeta y crítico, estaba casado con la escritora Caroline Gordon.

¹⁰¹ Escritor estadounidense, editado también en Scriber's por Maxwell Perkins.

¹⁰² H. N. Swanson, su agente en Hollywood.

- ¹⁰³ Ala de la clínica Prangins dedicada a los pacientes más graves.
- ¹⁰⁴ Psiquiatra de la clínica Phipps, en Baltimore, donde se encontraba internada Zelda.
- ¹⁰⁵ *Resérvame el vals*, publicada en 1932.
- ¹⁰⁶ Se desconoce el título original de la novela de Zelda, *Resérvame el vals*. El nombre del personaje masculino se reemplazó por el de David Knight.
- ¹⁰⁷ Esta carta se conserva solo en borrador. No se sabe si una versión de ella fue enviada.
- ¹⁰⁸ Fitzgerald recibió tratamiento en el hospital Johns Hopkins por alcoholismo y fiebre tuberculosa.
- ¹⁰⁹ Círculos de lectores con ediciones propias.
- ¹¹⁰ *El gran Gatsby* se publicó en setiembre de 1934, con una nueva introducción del autor.
- ¹¹¹ Falta una página y media, con ocho de los textos.
- ¹¹² De la librería Scribner's.
- ¹¹³ «One Trip Accross».
- ¹¹⁴ Un personaje compuesto, un concepto muy utilizado por los escritores de la época, es el que está inspirado en dos o más personas reales, cuyos rasgos se combinan en una ficticia.
- ¹¹⁵ «The Sailor», en *Good-bye Wisconsin* (1928).
- ¹¹⁶ Malcolm Cowley era el editor de reseñas de *The New Republic*.
- ¹¹⁷ Decano del Departamento de Lenguas Modernas de la Universidad de Princeton.
- ¹¹⁸ Fitzgerald nunca impartió las conferencias.
- ¹¹⁹ Carta incomplete.
- ¹²⁰ Robert Spafford, actor y director de cine. Fitzgerald trabajó con él en la elaboración del guion de una película que nunca se hizo.
- ¹²¹ El productor Sam H. Grisham compró los derechos para dramatizar *Suave es la noche* y quería que Jack Kirkland y Austin Parker se sumaran al proyecto como adaptadores.
- ¹²² «Gods of Darkness».
- ¹²³ «Moriría por ti».
- ¹²⁴ Quizá «Image on the Heart».

¹²⁵ Quizá «El crack-up», publicado en marzo de 1936.

¹²⁶ Bartleett Cormack, agente de cine, intentaba vender los derechos de «Cabeza y hombros».

¹²⁷ En «Las nieves del Kilimanjaro», publicado en *Esquire* en 1936, Hemingway había escrito: «Recordaba al pobre Scott Fitzgerald, que sentía un respetuoso temor por [los ricos], y que una vez empezó a contar un cuento que decía: “Los muy ricos son gente distinta. No se parecen ni a usted ni a mí”. Y alguien le había dicho: “Claro. Tienen más dinero”. Pero esto no le hizo ninguna gracia a Scott, que los consideraba una raza glamurosa», etc. Cuando el cuento se publicó en el libro *La quinta columna y los primeros cuarenta y nueve relatos*, Hemingway quitó el nombre de Fitzgerald tal como este se lo había pedido, para reemplazarlo por el de un imaginario «Julian».

¹²⁸ Kenneth Littauer, editor de la revista *Collier's*.

¹²⁹ Wesley Winans Stout, editor de *The Saturday Evening Post*.

¹³⁰ Charles Oscar Kalman, amigo de Fitzgerald, de St. Paul, Minnesota.

¹³¹ Marcel de Sano, director de cine de origen rumano, que estuvo casado con la actriz francesa Arlette Marchal. Se suicidó en Francia, en 1936.

¹³² Peaches Finney, amiga de Scottie con la que mantenía una estrecha relación.

¹³³ Esposa de Harold Ober, agente de Fitzgerald.

¹³⁴ La actriz Helen Hayes, con quien Scottie viajó a California.

¹³⁵ Grupo de comediantes.

¹³⁶ Amigo de Baltimore.

¹³⁷ Amiga de Baltimore.

¹³⁸ Periodista estadounidense al que se le atribuye haber inventado lo que hoy en día se conoce como la columna de sociedad.

¹³⁹ Sheilah Graham, columnista. Fitzgerald la conoció en Hollywood en 1937 y fue su última compañera sentimental.

¹⁴⁰ Actor.

¹⁴¹ Guionista y director de cine estadounidense.

¹⁴² Robert S. Carroll, psiquiatra del hospital Highland, en Asheville, Carolina del Norte.

¹⁴³ Donald Haas, de Random House, vecino de Ober.

- ¹⁴⁴ Los Fitzgerald habían hecho un viaje a Cuba.
- ¹⁴⁵ La novela de Fitzgerald, que quedaría inacabada y se publicaría póstumamente con el título de *El último magnate*, trataba sobre Hollywood.
- ¹⁴⁶ «El fin del odio», *Collier's*, 22 de junio de 1940.
- ¹⁴⁷ Sheilah Graham estaba de gira dando conferencias.
- ¹⁴⁸ Littauer acababa de rechazar la idea de publicar *El último magnate* por entregas, después de que Fitzgerald le mostrara «las primeras nueve o diez mil palabras» (carta a Maxwell Perkins).
- ¹⁴⁹ Amigo de Sheilah Graham.
- ¹⁵⁰ El agente Leland Hayward.
- ¹⁵¹ La tercera agencia que representó a Fitzgerald después de Swanson y Hayward. William Dozier era el jefe del departamento de redacción.
- ¹⁵² Arthur Wing Pinero, actor y dramaturgo inglés.
- ¹⁵³ Fitzgerald recibió un total de 5.000 dólares por los derechos del cuento y su guion.
- ¹⁵⁴ Parodia de un aria italiana: Edda Ciano era la hija de Mussolini.
- ¹⁵⁵ Referencia algo oscura al cuento «La carta», de Maugham.